



SIERRA NEGRA 1

10 años
y
10 días

Poppy García





SIERRA NEGRA 1

10 años y 10 días

Poppy García



10 años y 10 días
(Serie sierra Negra 1)

Poppy García



10 AÑOS Y 10 DÍAS

Poppy García

«El tiempo no siempre lo cura todo.»

ACERCA DE LA OBRA

Mayra solo necesitaba un poco de tranquilidad.

¿Qué podía pasar en un lugar donde no hay casi gente, por muy cotilla que sea? En Santo Domingo de los Altos encontraría naturaleza, simple y bella naturaleza donde poner en su sitio, pedazo a pedazo, el caos de vida que arrastraba.

Respirar tranquila, sentarse al sol y descansar. Ese era el plan.

Fue demasiado optimista, porque al volver se dio de frente con lo que siempre había estado esquivando y que, por desgracia, seguía ahí esperándola.

Para Carlos el pueblo era su territorio, su hogar, aunque trabajase a decenas de kilómetros.

Volvía cada fin de semana a estar con su gente. Las mismas personas del año anterior y el anterior y el anterior... Bueno, hubo un tiempo que una en especial le hizo salir de la norma, pero de ella no quedaba más que el recuerdo.

Todo iba como la seda hasta que ella apareció y le sacó de una patada del limbo inmutable y predecible en el que vivía.

«Bienvenidos a sierra Negra. Cotillas, secretos de familia y parajes por descubrir».

ACERCA DE LA AUTORA

Poppy García recuerda haber escrito muchas cosas; historias cortas, largas, sueños incompletos, aventuras propias, batallas ajenas... Casi todos esos relatos acabaron en la basura si bien permanecieron en ella, echando raíces.

Hasta que un día, sin proponérselo, germinaron de nuevo y esta vez no solo los escribió, sino que además los conservó, y los puso ahí fuera, para que cualquiera pudiese leerlos.

Y la aventura sigue.

Índice

Portadilla
Acerca de la autora
Vale más una serrana
Dos años atrás
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Tres semanas después

Agradecimientos

Créditos

Vale más una serrana

*Vale más una serrana,
vale más una serrana,
con albarcas ideales que todas las señoritas,
con picos y delantales, con picos y delantales,
vale más una serrana.*

*Vale más una serrana,
vale más una serrana,
con una cintita al pelo que todas las señoritas,
vestidas de terciopelo, vestidas de terciopelo,
vale más una serrana.*

*Cuando sale mi serrana,
cuando sale mi serrana,
sale el sol, sale el salero, sale la gracia del mundo,
sale lo que yo más quiero, sale lo que yo más quiero,
cuando sale mi serrana.*

*A la sierra me he de ir,
a la sierra me he de ir
y con esta me despido, a la sierra he de volver
como el águila a su nido, como el águila a su nido,
a la sierra me he de ir.*

*Vale más una serrana,
jota castellana*

Dos años atrás

*E*staba agotada. Me había levantado tempranísimo para aprovechar bien la mañana y tanto empeño le había puesto al asunto que, ahora, a las diez de la mañana, me había dado flato por intentar hacerle una foto a una cabra montés. Lo de correr monte arriba seguía sin ser lo mío, pero ya se sabe, los hay que nunca aprenden y yo era una del grupo.

El caso es que, para cuando llegué al camino que daba al pueblo, estaba en las últimas y todavía quería hacer un par de paradas más. Lo mismo estaba pasándome un pelín con lo de ponerme al día con el lugar.

En estas me encontraba, con la cabeza gacha apoyada sobre los brazos mientras me sostenía agarrando con fuerza la vara de caminar, cuando un coche negro paró en seco levantando un montón de polvo haciéndome toser. Estupendo para mi flato.

—¿Se encuentra bien? —preguntó una voz femenina.

Levanté la cabeza para contestar.

—Perfectamente, gracias por preguntar.

La mujer asomaba la cabeza por la ventanilla con cara de preocupación. Debía parecer que estaba echando el hígado fuera.

—Estaba descansando, no se preocupe —aseguré.

Antes de continuar, alguien salió del coche por el lado del pasajero. Levanté la vista y cuando le reconocí, me enderecé de golpe.

En ese momento sí que sentí echar el hígado fuera.

Nadie dijo nada durante unos segundos.

—¿Quieres que te acerquemos? —preguntó serio.

—No, gracias. Todavía quiero ir a la garganta y, si tengo tiempo, me gustaría pasarme por el molino viejo.

—Bien —interrumpió la mujer—, entonces continuaremos nuestro camino. Cariño, sube que se nos echa el tiempo encima.

Él no se movió. Me miraba sin parpadear, tenía los labios apretados y los puños cerrados sobre el techo del coche. Todavía estaba resentido.

Seguir en aquella situación tensa no iba a ningún lado, así que emprendí el camino cuesta abajo.

—Gracias por parar —dije echando un último vistazo a la mujer—, seguro que nos vemos por aquí.

Entonces, ella me miró confundida, pero no dijo nada; eso sí, antes de subir la ventanilla, me miró de arriba abajo buscando todos los puntos débiles de mi atuendo, que eran muchos a los ojos de una española.

—Sigo con mi caminata. —Sonreí por puro compromiso sin mirar a nadie.

Quince pasos después, le tenía detrás.

—Espera un momento.

Me di la vuelta, pero él ya se había puesto delante aprovechando el desnivel del terreno y salvando nuestras alturas. Ahora casi le tenía cara a cara. Me repateaba que hiciera eso, todas las veces.

—¿Has venido para muchos días? —preguntó algo más relajado, aunque cortante como siempre.

—Una semana, más o menos. Estoy en casa de mi prima Sonia.

Agachó la cabeza un momento y volvió a levantarla para clavarme esa mirada suya que me hacía perder siempre el norte. ¿Le estaban saliendo patas de gallo?

—Hoy es mi cumpleaños. —Hice cuentas; sí, hoy era el día—. Voy a celebrarlo en La Tasca; estás invitada.

—No sé. Vamos a juntarnos a cenar y ya he prometido que ayudaría en la cocina.

—Después. Los chicos de Sonia seguro que se pasan.

—No te prometo nada.

—Inténtalo, ¿vale?

Asentí con la cabeza.

—Bienvenida a casa. —Y tuvo que sonreírme, y esos ojos azules tuvieron que lanzarme chispas para que yo volviera a las andadas y le correspondiera con cara de boba.

Corrió de vuelta al coche y entonces me di cuenta: Opel Astra. Había cosas que ni después de once años cambiaban.

Para cuando entré en el coche, estaba tan nervioso que hasta me temblaban las manos. Necesité de un par de intentos para abrochar el cinturón de seguridad.

—¿La conoces? —preguntó Nuria. Al grano, para no variar.

«Sí».

—No mucho. —Era una suerte que tuviese que prestar atención al camino en vez de a mi cara.

—¿Cómo se llama?

«Podría darte nombre, apellidos y señalar algún que otro dato comprometedor en su árbol genealógico».

—No me acuerdo. Viene muy poco por aquí.

Siguió conduciendo, pero no dejó de volver una y otra vez a lo mismo.

—¿Has visto lo que llevaba puesto? —preguntó con sorna.

«No, nunca soy capaz de apartar la vista de sus ojos. Grises. Todo iris».

—No he tenido tiempo. Solo quería estar seguro de que se encontraba bien.

—¿Cuántos años tendrá?

«Veintiocho, casi».

—¿A qué viene tanta pregunta?

—Simple curiosidad —aseguró encogiéndose de hombros—. ¡Te has fijado lo pequeñísima que es!

«Metro y medio relleno de unas curvas de infarto».

—Pues...

—¡Y ese pelo! Carlos, te aseguro que en este pueblo sois bien raros.

Con los años, me había dado cuenta de que cambiaba de peinado dependiendo de su estado anímico. Cuando las cosas no iban bien, se lo cortaba, y cuando estaba contenta, se lo dejaba crecer. Cuanto más largo, más alegría, cuanto más corto, más tristeza. Simple.

—¿Por qué su pelo va a hacernos raros de repente?

—¿Dos trenzas de raíz atadas cada una con diferentes gomas de colores justo a mitad de la espalda con el resto del pelo suelto hasta el trasero? Esa chica era la pura imagen de *La casa de la pradera*.

«Mayra ha venido con novio».

Empecé a darme cabezazos contra el reposacabezas intentado en vano desencajar la mandíbula. Tenerla alrededor no era fácil, pero se me hacía más cuesta arriba cuando era testigo forzado de lo bien que le iba en la vida.

«¿Por qué está aquí? No hay ninguna boda, no son las fiestas y no se ha muerto nadie. ¿Por qué, precisamente hoy, tenía que aparecer?».

Miré a Nuria de nuevo y odié esa sensación de impotencia. Siempre igual, siempre la misma historia y acabaría como siempre.

Capítulo 1

En la actualidad

Mayra

Antes incluso de bajar del camión, Carmen me ponía el móvil en la oreja para que escuchara una de sus últimas grabaciones.

—Tienes que entenderlo, Patricia. En un pueblo de seiscientos habitantes censados, que algún desconocido remodele una pocilga es un hito que hay que exprimir al menos durante dos meses.

—Sois todas unas cotillas. ¿Qué más os da?

—Con la cantidad de casas vacías que hay en el pueblo, no me digas que no te pica la curiosidad por saber quién quiere vivir en un casillo de sesenta metros cuadrados, como mucho, que acumula mierda de cabra desde la época de la Guerra Civil.

Risas.

—He oído que la casita está terminada, pero que nadie vive allí todavía. Por lo visto el dueño vendrá con los muebles. ¿Creéis que es de aquí o de fuera?

—Y yo qué sé, chica. Lo mismo es otro que quiere abrir una casa rural. Con esta ya serían cuatro.

—No me habléis de casas rurales. Bastante mal lo llevamos como para que nos salga otro competidor. No hay turista para tanta habitación.

—Le veo poco sentido hacer una casa rural de ese cuchitril, la verdad.

Meneé la cabeza y empecé a mover el dedo índice como lo hacía su madre cuando nos regañaba.

—Un día de estos vas a tener problemas. A la gente no le gusta que la graben sin su permiso, ¿sabes?

—Bah —dijo mientras apartaba mi mano—, no te preocupes. Además, lo he hecho para ahorrarnos tiempo. Así no tengo que contarte la expectación que estás levantando —según hablaba, borraba la conversación de su teléfono y se lanzaba a mí para darme un buen abrazo.

No podía culpar a los lugareños. En el fondo era lo más excitante que había pasado en años. Todo el mundo había construido en la época del *boom*, pero ahora ni Cristo se molestaba en parar y beber un mísero café siquiera en el hostel a pie de carretera. Los bares cerraban, las casas rurales no daban dinero y la zona era preciosísima, aunque el turismo cada vez era de peor calidad. Menos gente, menos presupuesto, menos días de estancia y mucho guarro que esparcía mierda por el monte como si fuese un estercolero.

—¿Preparada? —dije mientras me secaba el sudor de las manos en los pantalones.

—Debería ser yo la que lo preguntase. Todavía no entiendo qué haces aquí, aunque no me quejo. Ya tendremos tiempo de sonsacarte.

Aquel era el día en el que íbamos a decorar La Cuadra. Sabiendo lo que había sido era absurdo llamar a la casa de otra forma. Además, sería la primera casa del pueblo en tener nombre sin ser un negocio y a Carmen le entusiasmaba la idea. Daba gusto tener a otra expatriada cerca, al

menos, los fines de semana. No era fácil compartir ciertas experiencias y opiniones, menos aún rodeados de gente de lo más «particular».

El ruido del enorme vehículo y el horrible olor a tubo de escape me trajo de nuevo a la realidad.

El camión maniobraba marcha atrás con muchas dificultades para acercarse lo más posible a la puerta de casa. Básicamente, era más grande que la calle. Bueno, el camino de piedras que daba a la puerta porque, claro, en su día nadie pensó que sería una buena idea asfaltar aquella calleja hasta la entrada de tres casillos en desuso. No les culpaba, pero ahora íbamos a sufrir las consecuencias. Menos mal que no había mucho que instalar. La cocina y el baño estaban terminados y solo necesitaba cuatro cosas para hacer aquello habitable.

Y, por supuesto, los del pueblo no tardaron ni media hora en hacernos corrillo e intentar meterse en la casa para ver qué se cocía. Por fortuna, eran cuatro monos en total.

Antes de terminar el día, todos y cada uno de los habitantes de la congregación mayores de sesenta años pasaron a dar el visto bueno. En realidad, no le gustó a nadie. Demasiado sencillo, sin color, no había figuritas y las cortinas no tenían bordados. Lo más difícil fue mantenerlos alejados de mi habitación, pero, como había que subir escaleras, presioné por el lado de la ciática para que desistieran de meter las narices en mis «almarios».

Lo que más miedo me dio siempre fue aquel extraño gen que los lugareños habían desarrollado a lo largo de los siglos; ese mismo que les permitía llegar al fondo de cualquier asunto a base de interrogar sin contemplaciones y a bocajarro. En serio que lo de la sutileza les pillaba muy pero que muy a traspiés.

La pregunta «¿Y tú de quién eres?», la oí ese día unas doscientas veces. Una vez por persona y habitante del pueblo. Como si no supiesen de sobra quién era yo. Peero, en realidad, con preguntas así les dabas pie a que indagasen sobre si tu padre se ha vuelto a casar o tiene alguna novieta escondida en Madrid; si es verdad que tu hermana sigue sin teñirse; si has reformado aquella casilla de «na'» con el dinero que, de cierto, tu padre le sacó al seguro por la muerte de tu madre, que en paz descansa, y que viendo que el sitio es tan pequeño, no rascó todo lo que debía de rascar; si has decidido por fin casarte con la edad que ya tienes o para qué has ido dando tumbos por el mundo cuando todo lo tienes en España y mucho mejor, dónde va a parar.

Realmente agotador porque, además, estas mujeres leen tus cambios de expresión y movimientos corporales a la perfección, como si ese gen que pasan de generación en generación llevase instalado una máquina de la verdad infalible. Así que tú, ingenua, crees que no has dicho nada, pero ellas se reúnen en la solanilla luego, sentadas sobre los banquillos con dos cojines debajo del trasero para que no les dé frío, y desmenuzan cada frase hasta llegar a la pura verdad, y esa verdad queda impresa sobre piedra y es inmutable. Que sea o no la realidad carece de importancia. Ellas ya han llegado al meollo de la cuestión y punto pelota.

Yo me había preparado bien lo que decir, pero viendo como acercaban las cabezas para cuchichear creo que no salí victoriosa de aquella lucha dialéctica. En el fondo, nadie ganaba a estas señoras.

Aunque tampoco había por qué asustarse. Tarde o temprano me llegaría la onda de lo que se comentaba sobre mí en las cercanías y, entonces, al menos sabría en dónde me encontraba.

Cosas de vivir en un pueblo.

Aquella noche invité a las cotillas que Carmen había grabado por la mañana: mis amigas. Y hubo cachondeo sobre el tema. Carmen, Patricia, Milagros, Marisa y yo dimos buena cuenta del pacharán que alguna había encontrado en el último momento en a saber qué alacena vieja. Porque,

cuando nosotras nos juntábamos, era obligatorio que la bebida fuese arramblada, como cuando nos escondíamos en la casa del árbol de Marisa para achisparnos. Y si bien ahora nadie nos controlaba, había costumbres que permanecían.

No pararon de bombardearme a preguntas de las cuales solo contesté la mitad de las tres cuartas partes, desviando la atención a otros asuntos mucho más divertidos, lo que no fue difícil porque, con la mala calidad de la bebida, nos pusimos a tono en menos de media hora. Disfrazar mi visita de «vacaciones» no les resultó del todo desconcertante. Sería porque estábamos terminando la Semana Santa.

A lo largo de la noche tuve tiempo de fijarme en mis amigas.

Eran las de siempre, pero el tiempo no pasaba en balde y se notaba. Ya no éramos las mismas inocentes que nos juntábamos cada verano para hablar de tonterías y pasar el rato sin hacer realmente nada. Durante la época del instituto, mis padres solían preguntar qué tal habíamos pasado el día, pero dejaron de hacerlo al ver que no había mucho que contar.

Nuestros días de vacaciones en aquellos años remotos eran pura repetición. Por arte de magia, nos encontrábamos en algún punto o íbamos a buscarnos siguiendo la geografía del pueblo. Marisa venía a por mí porque vivía en la esquina más alejada. Las dos charlábamos cuando esperábamos, pacientemente sentadas al lado del pilón, a que Carmen acabara de arreglarse de una vez; luego seguíamos la calle hasta llegar donde Patricia, la más joven del grupo. Allí solíamos entretenernos aposta porque la buena de Patricia tenía una colección de hermanos que nos hacían babear como idiotas; cuatro, nada menos. Ella no entendía lo que nos atraía de ellos, normal. Era la única hija de la familia y, aunque no era la más pequeña, la trataban como si lo fuese. Eso hacía que siempre tuviésemos a alguno vigilándonos y oye, dependiendo de cuál tocase, una de nosotras era feliz, aunque fuese por una sola tarde.

Milagros, la última de la cadena, iba derecha donde Patricia harta de esperarnos, no sin pasar primero por delante de la casa de Fernando. La pobre vivía por y para él, aunque el chaval no tuviese la más remota idea. Lloré de felicidad cuando me enteré de que iban a casarse cuatro años atrás. Ahora, además, tenían una niña preciosa que, gracias a Dios, había salido a su madre.

Si todo fallaba, siempre podían encontrarnos en el río y, si hacía frío, en la casa donde los padres no estuviesen.

Con los años La Tasca fue convirtiéndose en nuestro refugio, sobre todo a la hora de la siesta cuando éramos casi las únicas tomando café. Porque tomar café en el bar nos daba categoría, no porque realmente disfrutáramos bebiéndolo.

Qué tiempos.

Un porrón de años después y, por fin, volvíamos a ser una pandilla. Tenía mucho de lo que ponerme al día, pero me sentía bien solo por estar rodeada de aquellas locas.

Capítulo 2

Carlos

Al próximo que volviese a proponer juntarnos antes de que la misa acabara para estar seguros de que nadie fuese a interrumpir, iba a llevarse un buen rapapolvo. Además, nadie que tuviese interés en nuestras reuniones iba a misa, así que podían tranquilamente interrumpirnos todo lo que les diese la gana.

Prefería mil veces invitarles en mi casa antes que darme esos madrugones en domingo.

Para colmo, el sábado había sido movido. Primero, tuve que hacer las paces con Sofía después de que me negase por enésima vez a irnos de vacaciones juntos. Las excusas cada vez eran peores y mi más que probada paciencia comenzaba a desaparecer. La suya también, por desgracia.

Mi novia era una mujer que no paraba. Su trabajo era absorbente y se encargaba de que rigiese el resto de su vida. Y cuando no trabajaba, se dedicaba a trabajar para que su trabajo fuese merecidamente reconocido. Perfecto para nuestra relación, en el fondo.

A mí me permitía salir solo y cuando me apetecía con ella y, si debía ir con ella a algún sitio, por lo general era para acabar de fiesta con gente «importante». Nada que objetar. Para fiestas de andar por casa ya tenía el pueblo.

Nuestra relación era perfecta hasta que se le ocurrió la maravillosa idea de pasar al siguiente nivel yéndonos casi tres semanas de vacaciones. Ahí me di cuenta de que Sofía de veras pensaba que íbamos a durar. Por un lado, estaba de acuerdo; yo quería que duráramos, pero pasar de vernos dos veces en semana a estar diecisiete días pegados el uno al otro, era un salto que me daba vértigo.

Tres semanas juntos, los siete días de la semana, las veinticuatro horas del día... Nadie podía echarme en cara intentar acortar de forma drástica aquella locura o, mejor aún, aplazarla lo más posible. Nosotros no estábamos preparados para semejante prueba.

Así que ahí me tienen el viernes por la noche, después de tres días de casi no dormir, haciendo las paces hasta las tantas de la madrugada porque necesitaba convencerla de que lo nuestro era una relación ejemplar, pero que darle al acelerador no nos llevaba a ningún lado. Una vez cumplida la tarea, volví a casa para dormir al menos unas horas. Con todo y eso, me levanté el sábado temprano para visitar religiosamente el gimnasio y sudar todas las toxinas acumuladas durante la semana; con los músculos todavía temblando, conduje más de una hora para llegar a tiempo y ayudar a Fernando con la construcción de su casa en Santo Domingo. Para celebrar lo bien que estaba quedando, nos juntamos todos en el bar y acabé besando la piltra pasadas las cuatro de la mañana.

Decidido, al próximo que defendiera reunirnos a las nueve y media de la mañana los domingos iba a arrepentirse.

Las cuestas, que normalmente eran llevaderas de tanto subirlas y bajarlas, ahora me recordaban aquella agónica subida al Aneto en la que terminé vomitando tras una bajada drástica del nivel de

azúcar. Así que, paré, me aseguré de que no había nadie por la calle, y apoyé las manos sobre las rodillas para recuperar la respiración. Debía estar incubando algo o me estaba haciendo viejo. Lo más seguro que fuera una combinación de las dos cosas.

Para quedar bien, volví a incorporarme y, justo entonces, escuché a alguien canturrear en la cercanía.

—Vaya, vaya. Los años no pasan en balde.

Parpadeé no fuera a ser que los ojos me engañaran. Puse en marcha todos los automatismos necesarios y repliqué como si no se me hubiesen puesto de punta todos los pelos de la piel.

—Cuando llegues a mi edad, ya me contarás. —Me había pillado firme y, al menos, había conseguido disimular la asfixia. Prueba superada.

Salió de la calleja cargando con un tiesto y yo me entretuve con las vistas.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —Cada vez aparecía en los lugares más insospechados y a las horas más raras.

—Tienes delante —dijo señalándose— a la nueva ciudadana del pueblo; la misteriosa remodeladora de casillos llenos de mierda; la loca que ha decidido pasar una temporada en a la tierra de sus ancestros.

—Bienvenida a casa, entonces. —El misterio quedaba resuelto y Pedro iba a llevarse un rapapolvo por ocultarme aquella bomba.

Esperé a darle un medio abrazo ya en la calleja. Ella lo necesitaba y yo también, pero no hacía falta que nadie más lo viese.

—¿Me enseñas, oh, remodeladora sin par, la mansión? —Pensé de repente que ahora viviría sola, es decir, sin carabinas.

—Pasa y te preparo un café.

—Acabas de alegrarme la mañana.

La casa había quedado muy bien. Sin extras, con justo lo necesario. Casi cuarenta metros cuadrados por planta que tiempo atrás albergaran un rebaño decente de cabras lecheras abajo y el heno para alimentarlas durante el invierno arriba en el pajar.

En la planta baja estaba la cocina a la izquierda, una mesa con bancos a la derecha, la estufa algo alejada de la entrada, justo detrás de la mesa, y el cuarto de baño.

Arriba estaba su habitación.

—Pedro ha tenido que poner un par de columnas para que el techo no se me venga encima, pero no me importa —había explicado mientras subíamos las escaleras.

La pared de atrás era todo ventanal donde había una mesa enorme con un portátil encima, un armario bajo ocupando casi todo lo largo de la pared de la izquierda, un sillón con reposapiés y, a la derecha, la cama más grande que había visto en mi vida con el cabecero a dos alturas. Extraño, pero quedaba bien.

—Son el cabecero y los pies de una cama que encontramos en el viejo casillo cuando Pedro y su cuadrilla empezaron a limpiar. Los hemos restaurado y he decidido poner los dos, uno al lado del otro. El problema ha sido encontrar una cama a la medida.

—Parece cómoda.

Mayra carraspeó.

—No tengo sitio para instalar una puerta, así que he puesto una trampilla en la escalera para separar las dos plantas. Supongo que ahorraré algo de energía y podré controlar los olores cuando cocine. Es una puerta que encontramos bajo una montaña de botellas de cristal. Es bastante pesada, así que creo que acabaré con un buen par de bíceps.

¿Cuándo había estado ahí para dirigir las obras? Pedro iba a tener muchas cosas que explicar. Me había acercado a ella otra vez de forma inconsciente. Cuando estábamos solos y bajaba la guardia, acababa casi pegado.

—Tienes una casa alucinante, niña.

Me miró arrugando los labios.

—¿No me crees? —Ella sabía que nunca le mentiría a costa, incluso, de ser cruel.

—Pues no sé —dijo tras un largo suspiro—. Todo el mundo le pone pegas a algo.

Ah. No era yo y mi honestidad, sino la opinión del resto. Siempre bajo la presión del qué dirán.

—Habla la envidia. ¿Cuándo vas a dejar de preocuparte por lo que piensen los demás? Me gusta tu cuadra y no lo digo por cumplir. Me has prometido un café, así que, andando.

Abajo me acoplé en el banco pegado a la pared, justo al lado de la estufa. La mesa era para unas seis personas y en la cabeza había una silla con reposabrazos pensada para acabar delante de la estufa en invierno, seguro. Mayra siempre tenía frío. El banco de la pared tenía respaldo y estaba almohadillado. Acababa de descubrir el segundo mejor sitio de la casa.

La entrada daba a la zona para sentarse alrededor de una mesa grande con una barra alta, justo a la izquierda de la puerta, que separaba la parte de la cocina. Desde donde yo estaba, sin embargo, podía verla ir de aquí para allá preparando la cafetera.

—¿Has desayunado? —preguntó mientras se ponía de puntillas para alcanzar el bote de café.

—No. Se me han pegado las sábanas. Hoy tenemos reunión y voy con el tiempo justo.

—¿Reunión?

—De la Asociación Cultural.

—A vuestra edad y montando peñas.

—Pretende ser algo más que una peña, pero, en el fondo, es otro fregado en el que nos hemos metido y que no estoy seguro de que vaya a ninguna parte. Por intentarlo, que no quede. Un proyecto demasiado ambicioso.

—¿Cómo se llama la asociación?

—Piedras.

—Directo. Me gusta. ¿Y los objetivos?

Todo el mundo odiaba el nombre, pero es lo que tiene decidir cosas importantes en una lotería. No sé por qué me asombraba que ella lo encontrara apropiado; Mayra siempre fue distinta.

—Sobre el papel, desarrollo sostenible. No solo de la naturaleza, sino también de la población. En realidad, intentamos evitar convertirnos en ceniza o, mejor dicho, humo. Al menos, la ceniza es algo, al humo se lo lleva el viento.

Mayra se había dado la vuelta y ahora estaba apoyada sobre la encimera con las manos cruzadas delante.

—No pensé que la situación fuese tan seria.

—Va camino de serlo. La asociación ha nacido algo tarde y hay mucha dejadez. Nos juntamos todas las semanas y, aunque cualquiera puede asistir, acabamos siendo no más de cinco. Tampoco es que nos guste que todo el mundo asista, la verdad; al final, cada cual tiene su opinión y no deja que otros se expresen. Con los meses hemos aprendido a juntarnos en *petit comité*; es la única forma de asegurarnos de que no sean unas discusiones absurdas de las que no sacamos nada. Pero ya digo que cualquiera que pague, tiene todo el derecho a asistir.

—Me imagino que siempre son los mismos los que dan el callo.

—Somos los menos, pero estamos decididos a dejarnos la piel. Ahora iba camino del hostel.

Mayra pululaba de nuevo. Había puesto sobre la mesa algo de pan de molde, mermelada y

mantequilla y, ahora, se agachaba para sacar los platos y cubiertos de la parte de debajo de una alacena.

—Entonces tu desayuno queda descartado —sentenció.

Sobre mi cadáver iba yo a dejar que parase de seguir buscando ahí abajo.

—Que esperen. La idea de tener estas reuniones matutinas es una estupidez, así que, llegando tarde, lo mismo acaban por cambiar el horario. Además, ¿crees que Fernando va a ser puntual?

Se echó a reír y por poco acaban los platos y los tazones en el suelo.

—Lo dudo. ¿Sigue siendo impuntual?

—Llegó tarde a su propia boda.

La cafetera silbó y, mientras ella traía la caféina, yo terminé de poner la mesa.

—Entonces desayuna, que pareces un alma en pena con esas ojeras y, por lo que he visto, tampoco te sobran las energías.

—No es mi culpa si las cuevas de este pueblo son tan empinadas. Se acabó de hablar de mí. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

Se pasó la mano por el pelo cortísimo intentando mantener la raya a un lado. Pegaba más en las calles de París que en La Cuadra de Santo Domingo de los Altos.

—Ni idea.

Hubo un momento de incómodo silencio. Ella miraba absorta su tazón de café y yo intentaba entender su expresión. Mayra había aprendido a ser más hermética. Ojalá tuviese tiempo de ayudarle con lo que fuese que la hubiese traído de vuelta. Por ahora, los temas más mundanos ocuparían nuestras cortas conversaciones.

—No recuerdo la última vez que bebí café en tazón de peltre. —dije a la desesperada. Y funcionó, porque empezó a relajar los hombros.

—Yo tampoco, la verdad, pero ya que vuelvo a las raíces, mejor será hacerlo como Dios manda. Falta el detalle de la leche recién ordeñada. El problema es que ya nadie tiene cabras y a mí me gustaba la leche de cabra con el café.

—Buaj. —La leche de cabra me daba mucho asco—. No te ofendas, pero yo no lo echo de menos. He tenido que beber leche de cabra dos veces en mi vida y las dos veces me costó no vomitar.

«La segunda, por otras muchas razones». Pensé con rabia.

Pero Mayra estaba ahora allí y había que animarla, aunque fuese haciéndola rabiar. Con aquel comentario estaba ofendiendo su alma de cabrera, pero la verdad siempre por delante. Con la primera y única mentira que le dije, tuve más que suficiente.

—Pues que sepas que en algunas culturas es considerada *delicatessen* —sentenció.

—Será en las culturas en las que solo hay cabras.

Rio a carcajadas. Prueba superada, aunque algo en mí siempre buscara sacarla aún más de sus casillas.

—Tu tío Raimundo todavía tiene cabras. Podrías pedirle leche.

Mayra se puso azul; cuando alguien de piel tan clara como la suya empalidece, se vuelve azul. Las ojeras resaltan el doble y todas las venas hacen acto de presencia.

—¿Raimundo? No lo sabía.

—Ahora lo sabes, así que podrás disfrutar de tu leche de cabra todos los días; si se lo pides, claro está.

Mayra apretó los labios. Le tenía pavor a su tío Raimundo. Si se envalentonaba e iba a comprarle leche, demostraría lo mucho que realmente echaba de menos el oro blanco.

—Te acuerdas de dónde vive, ¿verdad?

Ahí estalló.

—A veces te retorcería el pescuezo, en serio. Peero ya soy una niña grande o, más bien, una mujer pequeña y ese albino con cara de comeniños no me da miedo.

—Mayra, tu tío Raimundo le da miedo a su mismísima mujer, por desgracia es el único que queda con cabras.

Ella suspiró.

—Tendré que pensarlo, aunque me has dado una idea. Mi tía puede que me eche una mano.

Al final, Mayra haría todo lo posible para no enfrentarse a su tío y no la culpaba. Aquel bruto parecía salido de una película de asesinos en serie.

Con otro suspiro, este más largo y profundo, mi anfitriona volvió a la conversación inicial antes de que yo volviese a la carga.

—Tampoco tengo pan. Me refiero a pan pan.

Entonces tocó el turno de ponerme también serio. Hacía tiempo que intentaba no deprimirme viendo como nuestro pueblo encogía.

—La tía Azucena se jubiló el año pasado y nadie ha querido abrir otra panadería. Nos conformamos con las barras de pan de la viuda Roberta, aunque no es lo mismo.

—¿Es Roberta la señora con rulos de la tienda?

Le expliqué el árbol genealógico de la dueña de la tienda de ultramarinos, pero no pilló nada. Mayra con los nombres era un desastre.

—Creo que no conozco a nadie. Nunca me aclaré con todos esos nombres de familias y apodos. Con saber quién eran mis primos hasta el cuarto grado de consanguinidad, tenía más que suficiente.

—Si los vieras, los reconocerías, aunque no sea por el nombre. No habrás hablado con ninguno, pero tienes que habértelos cruzado alguna vez.

—Ya me irás poniendo al día. ¿Por qué se llama la viuda Roberta?

—Porque ya ha enterrado a cuatro maridos.

—No. Pobre mujer. —Se llevó la mano al boca—. ¡Pero si no puede ser mayor de cincuenta!

—Como lo oyes. Le compró el negocio a los traperos cuando se jubilaron. La viuda Roberta fue la primera en volver al pueblo, aunque solo fuese porque huía de «su cruz», como ella lo llama. Vendió su piso en la época del boom y se instaló aquí después de la muerte de su último marido. Por ahora asegura no querer volverse a casar, pero aquí hay un montón de hombres solteros a los que a lo mejor no les da miedo el *curriculum vitae* de la señora.

Soltó una carcajada.

—Mira que eres bruto. Creo que me gustará conocerla.

—Que Dios nos pille confesados.

Y me lanzó un trozo de pan plasticoso a la cara.

Capítulo 3

Mayra

*E*staba recogiendo los cacharros del desayuno, cuando Carmen apareció como un torbellino persiguiendo a uno de sus hijos.

El pequeñajo debía comer dosis extras de proteínas porque tenía energía de sobra para agotar a un ejército de niñeras.

—¡Mayra, Mayra! —gritó el pequeñuelo corriendo hacia mí—. Te he traído una rana. ¡Mira!

—¡Arturo! —gritó Carmen al borde de la histeria—. ¡Saca fuera ahora mismo ese bicho o no respondo!

Con lo del «no respondo» Carmen creía que que le ponía firme, pero todos sabíamos, incluido su hijo, que era incapaz de poner en práctica sus amenazas. Siempre había sido así.

Mi amiga se dejó caer en uno de los bancos mientras yo, con buenas palabras, ayudaba a su hijo a devolver el anfibio al arroyo. Carmen también era famosa por sus malas resacas.

—¿No te gustan las ranas, Mayra? —preguntó el pequeño Arturo algo tristón.

—Me encantan las ranas. Son muy bonitas y me da la risa cuando las oigo croar, pero su sitio está en el agua, al aire libre, no encerradas en mi cocina.

Arturo empezó a hacer pucheros. «Houston, Houston, tenemos un problema».

—Si quieres, le ponemos un nombre y así sabré quién croa por la noche en el arroyo. ¿Qué te parece?

Lo del nombre le gustó, si bien no soltaba al animal.

—Creo que le pondré Gustavo, como en Barrio Sésamo —dijo muy bajito.

—El nombre perfecto para una rana. Si grita mucho, podré regañarle como hace Peggy desde la ventana.

Arturo se echó a reír y solo entonces dejó a la pobre rana libre.

Cuando entramos en La Cuadra, Carmen se estaba peleando con el Cola Cao.

—Arturo, lávate las manos y ven a sentarte con nosotras —ordenó mi amiga—. ¿Por qué no tienes Nesquik? —preguntó sin coger aire mientras presionaba los grumos con la cuchara con una agresividad que la pobre taza no se merecía.

—Yo soy de Cola Cao. De toda la vida y a mucha honra.

—Debe sobrarte el tiempo porque se tarda una eternidad en preparar.

Lo dicho, Carmen estaba siempre de un humor de perros después de haber bebido. En nuestros años mozos era un tormento porque venía a aguarnos la mañana un día sí y otro también.

—Esta conversación la tuvimos hace quince años y siento decirte que sigo pensando lo mismo. Primero: el Cola Cao es mucho más entretenido. Segundo: me gustan los grumos. Tercero: ¡Me gusta el Cola Cao!

—A mí también me gusta —aseguró Arturo muy serio mientras intentaba en vano limpiar con la lengua el bigote de cacao que le cubría hasta la nariz.

Su madre le lanzó una mirada de aviso, pero el chaval no se dobló. Arturo era un muchachito bien valiente.

—Gracias, *Kumpel*. —Levanté la mano para chocar los cinco.

—¿*Kumpel*? —Dejó de lamerse el bigote, aunque el chocolate seguía intacto en su cara, incluida la punta de la nariz.

—Es como decir «colega» en alemán.

—¡*Cool!* —gritó sonriente enseñando las muelas mientras chocaba su mano con la mía.

—¿Dónde has dejado a Sara? —Cambié de tema porque con las cosas del Cola Cao no se juega y, si seguíamos discutiendo, podríamos llegar a mayores.

—*K.O.* en los brazos de su abuela. Después de darle el pecho cae rendida. —Carmen debía estar sedienta porque ahora bebía el Cola Cao con grumos y todo.

—Sara solo duerme y mama. ¡Es tan aburrida! —protestó Arturo todo dramático.

Carmen volvió a explicar la tesis a su hijo mayor.

—Sara acaba de nacer; alégrate de que no llore por las noches. Tú no nos dejaste dormir de tirón hasta que cumpliste los tres años.

Arturo volvió a sonreír, esta vez orgulloso de haber conseguido algo que nadie más podía.

—Dentro de nada tendrás que enseñar a jugar a Sara porque ahora eres un hermano mayor y sabes mucho más que ella —dije.

El crío sacó pecho como un gallo y enfocó todos sus esfuerzos en beber del Cola Cao poniéndose perdido por el camino. Otra vez.

Capítulo 4

Carlos

Mayra había vuelto, pero ¿por cuánto tiempo? A juzgar por sus palabras, al menos esta vez se quedaría más de cuatro días; no es que me importase.

Y, ¿por qué había renovado aquel casillo? Tenía primos de sobra con los que quedarse el tiempo que le diese la gana. Si lo que necesitaba era unas vacaciones, no hacía la menor falta que se tomase tantas molestias. Aunque bien mirado, con casa aquí, era más probable que la viésemos más a menudo; no es que me importase.

Mayra había cambiado desde la última vez que la vi. Ahora parecía más segura de sí misma y, al mismo tiempo, muchísimo más precavida. Pero eso solo debía ser mi imaginación porque ningún cabrero era precavido por definición, todo lo contrario. La mayoría de las veces actuaban sin pararse a pensar en las consecuencias de sus actos y casi nunca filtraban al hablar. Aquello que pensaban salía en cascada por su boca y allá cada uno si no les gustaba.

Y ese corte de pelo... Demasiado corto, aunque tan dorado como siempre. Su madre la había llamado «mi pequeño ángel». Cuando sonreía, todo en ella se iluminaba y su cabellera rubia parecía brillar más.

Los cabreros eran todos rubios, sin excepción. Unos más claros que otros; desde albino hasta pelirrojo, pasando por el pálido trigo, dorado o casi grisáceo. Los hombres y mujeres de aquella familia tenían la piel muy clara y eran famosos por sus pecas repartidas por todo el cuerpo, aunque años de emparejarse con el resto de iberos morenos de piel más oscura y pelo por todas partes habían diluido mucho ese efecto.

Mayra era cabrera de la cabeza a los pies, tanto en el exterior como en el interior, pero no tenía pecas, al menos en las partes que más se veían. Era una mujer pequeña, aunque con unas curvas que jamás la confundirían con una niña o, siquiera, con una adolescente. Tenía los ojos grises y una nariz algo respingona que se movía con voluntad propia cuando su dueña se concentraba demasiado. Así sucedió aquella mañana en demasiadas ocasiones como para dejarme tranquilo.

Al menos, ya no se mordía las uñas. Ahora las llevaba pintadas y bien cuidadas. ¿Irían a juego con las de los pies?, no es que me importase. Si se quedase lo suficiente, tendría tiempo de ir a nadar al río...

Empujé la puerta del hostel con demasiado ímpetu, lo que hizo que todos los que estaban dentro giraran la cabeza al mismo tiempo.

—¡Carlos!

Cómo odiaba que me llamaran a gritos en un sitio cerrado y en este pueblo sucedía constantemente. Levanté la mano y me acerqué al corro de gente. Como era de esperar, la reunión se había retrasado y los que habían hecho el esfuerzo de aparecer a tiempo ya se habían bebido tres cafés a juzgar por el número de tazas y vasos sobre la barra.

Para evitar que todo el mundo metiera las narices en nuestras reuniones, nos juntábamos en una de las salas del hostel que no estaban abiertas al público. Allí nadie nos molestaba y era mucho mejor que ir a turnos de casa en casa. Teníamos un bote con el que pagábamos los cafés o los refrescos, nada de alcohol, y, si nos apetecía, hasta podíamos improvisar algunas raciones.

Ahora mismo me miraban todos como si nos hubiesen dado una subvención.

—Hemos desvelado el misterio, aunque no gracias a Pedro —oí a Milagros gritar desde algún punto oculto detrás de la barra.

—Sois unos pesados —se defendió el aludido—. Ya os he dicho que no quería que la gente empezara a cotillear antes incluso de instalarse.

Me apoyé con el codo sobre la barra, lo más lejos posible del centro de atención, y me dispuse a escuchar. No tenía ninguna intención de participar en aquella conversación; nunca lo había hecho y no tenía intención de empezar ahora.

—Pues ha sucedido lo contrario porque nos ha tenido en vilo más de dos meses.

A Pedro le estaba costando no sentirse demasiado satisfecho en frente del personal. Había conseguido que cuatro paredes llenas de restos orgánicos fuesen ahora una casa acogedora y en tiempo récord.

Yo seguía plantado, apoyado en la barra, mirando aquí y allí, pensando en cuántos años llevaban aquellos cuadros colgados en las paredes. En cuanto Milagros se ponía a darle a la lengua, solo se la podía hacer callar con un esparadrapo. Mejor, porque se iba por los cerros de Úbeda pasando por alto lo que de verdad importaba.

—Y a callar todo el mundo, que me desviáis de la conversación y yo quiero ser la primera en decírselo a nuestro vicepresidente y tesorero.

—¿Decirme el qué? —Lo de disimular se me daba de fábula. La experiencia es un grado, que dicen.

—¡Mayra es la que ha remodelado La Cuadra!

—¿La Cuadra? No me digáis que ha puesto nombre a la casilla —comentó alguien con desagrado.

Puse mi mejor cara de póquer, respiré cuatro veces mientras miraba por la ventana y cambié el peso a la otra pierna.

—Qué te parece, Carlos.

Alcé las cejas y me señalé.

—¿A mí? ¿Qué se supone que me tiene que parecer?

—Te lo estoy contando a ti porque aquí todo el mundo ya lo sabe —afirmó Milagros como si me estuviese dando clase.

—Vale, alguien se ha construido una casa en el pueblo.

—¿Alguien? Mayra llevaba años sin aparecer y, la última vez, me aseguró que no volvería a pisar por aquí.

—¿Quién has dicho? —pregunté inocente mientras sentía la bilis subir por el esófago. Todavía me cabreaba recordar la razón por la que volvió a salir corriendo. Como si yo tuviese que pedirle disculpas al mundo por hacer que Pedro le «ayudara» a bajar de aquella mesa en la que bailaba medio borracha con aquel idiota de Corneja, ¡en mi fiesta de cumpleaños!

Rosales tuvo problemas para aguantar la risa, pero consiguió recuperarse a tiempo, mientras Milagros seguía con sus explicaciones.

—Mayra. La que vivía fuera, ¿no te acuerdas?

Seguí en mis trece.

—¡La de los cabreros! La chica bajita.

—¡Ah! ¿Estás segura?

Ahora sí que Rosales tuvo que darse la vuelta.

—Ayer estrenamos la casa y nos comentó que tiene pensado quedarse lo mismo hasta el verano.

—¡Por fin, Fernando se digna en aparecer! Vale ya de cotilleos, ¿empezamos la reunión o no?
—dijo Rosales.

De camino a la sala donde Milagros lo tenía todo preparado, le di las gracias a mi amigo con una palmada en la espalda. Pero la tranquilidad no duró mucho.

Con algo de lo que hablar, los asuntos de la asociación quedaban en quinto plano.

Discutimos los puntos del día con una ligereza pasmosa. Tanto que Rosales, nuestro secretario, ni se molestó en escribir. Tampoco es que últimamente se le viese muy animado, pero al menos le dábamos excusas para hacer algo en aquellas reuniones.

—Y, ¿qué pensáis de La Cuadra? —preguntó alguien.

Alcé la vista de los papeles, pero no dije nada.

—No sé. A mí me parece una celda de convento. —Bajé la vista de nuevo y me puse a hacer círculos en el papel a la vez que enfocaba en respirar con tranquilidad. Una técnica que tenía depurada después de practicar durante un montón de años—. No hay color por ningún lado. Las paredes están enjalbegadas y en algunos sitios ha dejado la pared de piedra vista. Se va a congelar en invierno.

—De eso nada —se defendió Pedro. Al fin y al cabo, había hecho él la obra.

—Y casi no tiene muebles. —La voz de la prima del alcalde era inconfundible tras cincuenta años fumando como un carretero.

—Se acaba de instalar. Dale tiempo. —Rosales siempre conciliador, aunque de poco le servía.

—No —dijo Milagros muy seria—. Nos dijo que no iba a añadir nada más.

—Ya me conozco yo esas explicaciones... Si no pone es porque no tiene.

Así era como empezaban las habladurías en este pueblo: alguien dejaba caer una duda razonable que otro, automáticamente, hacía suya y adornaba para acabar con una historia que poco o nada tenía que ver con lo que se estaba hablando en un principio. Eso sí, todo «de buena fe».

Y es que cualquier cosa que tuviese que ver con Mayra era un tema demasiado tentador para dejarlo estar. Nuestra pequeña rubia, conociendo de sobra sus limitaciones, prefería no abrir la boca y así no meter la pata, lo que teñía su vida de un halo de misterio que la hacía todavía más interesante. Además, como era cabrera y todos sabíamos lo bocazas que podían llegar a ser, el que no soltara prenda solo avivaba más la imaginación de los locales. Y cuanto ella menos hablaba, más se hablaba de ella en una espiral sin fin.

Solo la trágica muerte de su madre y que luego no viniese con tanta frecuencia calmó durante un tiempo la viva curiosidad de los habitantes del pueblo, motivo por el que ahora hablaban de ella con muchísimo más ahínco para compensar años de monótona existencia.

—Dice que está de vacaciones.

—¿En esta época, justo después de Semana Santa?

—Oye, cada uno tiene vacaciones cuando se las dan.

—¿Y de qué trabaja?

Se hizo el silencio: el que faltase semejante pieza esencial en la bibliografía de alguien solo creó más interés si cabe.

Pobre Mayra.

Capítulo 5

Mayra

*T*uve que ponerme de puntillas y estirarme lo más posible para poder tener una panorámica del local. Mi metro cincuenta y cuatro... bueno, cincuenta y dos..., vale, mi ajustadísimo metro y medio no ayudaba a la hora de encontrar a alguien en sitios concurridos.

Recurrí a la vieja técnica del salto para hacer una batida, pero nada. El tío que estaba de espaldas, justo al lado de la puerta, debía ser el más alto de los allí reunidos. Típico.

Salté otra vez y otra, pero hasta que el señor no se apoyó y abrió algo el ángulo, no divisé a mis amigas arrinconadas justo al final.

Carmen estaba sentada moviendo el culo siguiendo el vuelo de una mosca con el codo apoyado en la barra sin prestar atención a la conversación que se desarrollaba a su alrededor. Probablemente, la falta de cotilleos la tenía de lo más aburrida.

Este fin de semana había venido sin su marido y la abuela Rosario iba a hacer de niñera durante cuarenta y ocho horas sin parar. Por lo visto, llevaba haciendo planes desde hacía un mes para tener a los niños entretenidos. Lo de acercar a Arturo esa mañana había sido porque el muchacho quería regalarme aquel anfibio y la abuela necesitaba un rato para lidiar con la bebita Sara.

Mi amiga me hizo señas desde la barra para que me acercara. El Tonel era un bar alargado y estrecho, así que tendría que ir esquivando cuerpos hasta llegar al final y, como no, ir saludando y parando cada diez centímetros para que todo el mundo quedara contento.

—¡Buenos días, señorita! —Me interceptó el bueno de don Prudencio, el padre de Patricia, de tal palo...—. Tus compinches están instaladas al fondo.

—Ya las he visto. Voy a ver si me dejan pasar.

—Vas a tener que dar unos cuantos codazos.

—¡Deja a la muchacha en paz, Prudencio! —gritó Andrés, el dueño del local.

—Si hubieses abierto un bar más grande, no tendríamos que estar como sardinas en lata. Pasa, hija, pero me da que vas a tardar un rato en llegar.

Dos pasos después uno de mis primos me cortaba la trayectoria.

—¡Hola, primita! Llegas en la hora punta, ¿una cerveza? —Me abrazó y nos dimos un par de besos.

—No estoy para cervezas en este momento. Un café me vendría mejor. —No había dormido nada y lo que necesitaba era cafeína.

—¡Andrés, un café para mi prima Mayra!

—Con leche y en vaso —apunté.

—A la orden. Te lo sirvo al fondo.

—Me han dicho que te has instalado en el casillo de las cabras —dejó caer mi primo para tantearme. Los tíos, en mi opinión, cuando les daba por ser cotillas, eran peor que cualquier maruja.

—Las noticias vuelan. —No llevaba ni veinticuatro horas viviendo en el pueblo y todavía no había tenido tiempo de hacer la ronda, pero todos mis primos conocían ya los pormenores.

—Bien sabes que aquí no hay secretos. Tendré que pasarme a ver qué tal ha quedado.

—Cuando quieras, Ramón. ¿Cómo está tu hermana?

Ramón perdió entonces el color, aunque se recuperó enseguida.

—Parece que la mejoría que tanto celebrábamos no es tal. Acaban de empezar a darle nuevas sesiones de quimio.

No me esperaba esa respuesta. Había preguntado, precisamente, porque me habían dicho que se encontraba mucho mejor.

—Me pasaré por casa a estar un rato con ella. Ahora que somos medio vecinas, tengo tiempo de sobra para darle la tabarra.

—Le gustará, pero no esperes que se le note. —Ramón parecía agotado. El cáncer estaba comiendo viva a Esther desde hacía meses y no había nada que pudiésemos hacer más que confiar en los médicos y esperar.

Mi primo Ramón no vivía en el pueblo, pero su hermana sí. Era de las pocas mujeres jóvenes que había decidido quedarse y yo, a veces, la envidiaba por su valentía. Había estudiado Turismo en la Universidad porque quería trabajar en la región, pero no había tenido tiempo de nada. Supo que estaba enferma mientras terminaba un contrato temporal trabajando como recepcionista en un hotel de la zona y ya no tuvo fuerzas para buscar un nuevo trabajo.

Tampoco es que hubiese mucho que hacer. El hostel, el colmado y la empresa de construcción de Pedro eran los últimos negocios que sobrevivían en el pueblo. Las casas rurales ya ni siquiera se llenaban en verano.

—Creo que tu café ha llegado a su destino. Suerte con la expedición, ¡y cuidado con los codos!

Le lancé una mirada homicida por soltar un chiste así delante de todo el mundo, aunque tenía razón. En cuanto la gente no miraba y hacía aspavientos yo acababa comiendo codo y algún que otro manotazo en la cara. Lo de ser tan canija no tenía más que inconvenientes.

Veinte minutos después de entrar por la puerta, por fin, llegaba a mi destino. Saludé rápidamente y me lancé a por el café que, a esas alturas, debía estar ya frío.

—¿No hay ningún taburete por aquí?

—Lo siento, hermosa, pero están todos pillados.

Sin decir nada más, me acoplé entre las piernas de Carmen y me apoyé en ella. Siempre lo habíamos hecho así. Si una no encontraba asiento, se apoyaba sobre la otra. Éramos un tándem y así evitábamos empujones innecesarios.

Con el café en las manos miré alrededor. Todas mis amigas estaban allí además de varias mujeres que me eran del todo desconocidas.

—Me gusta tu chaqueta. —Carmen me abrazó por detrás y yo pegué un respingo por la sorpresa. Se me había olvidado que mi amiga abrazaba a todo el mundo a todas horas.

—Gracias.

—¡Eh, chicas! —Empezó a chascar los dedos como si fuese el ama del lugar—. Antes de que se me olvide, me gustaría presentaros a mi amiga Mayra.

—Mayra, estas son Laura, Marina y Sofia.

Saludé con la cabeza a la vez que soltaba un «hola» general.

—¿Mayra, igual que la del «Un, dos, tres»? —preguntó una.

En todos los grupos tenía que haber alguien que saliera con aquello. No iba a negar que durante años había sido una tortura, pero ahora simplemente me parecía patético. Por desgracia, la actriz

cubana había arruinado el nombre para todas las demás. Las pobres Mayras del mundo vivíamos ahora bajo su sombra. Al menos, con el tiempo, la gente recordaba cada vez menos los detalles del famoso programa; de lo contrario, mi nombre daba para una noche entera de cachondeo. Lo que me vino a decir que... cómo se llamaba... va, daba igual, no era una jovencueta, en absoluto.

—Sí, igualita que la presentadora —respondí.

La tía incluso osó ofenderse por mi tono de voz. Ver para creer.

—Mayra —comentó Carmen— está pasando una temporada aquí.

—¿Has encontrado trabajo por la zona? —preguntó otra de las recién presentadas.

—No, son unas largas vacaciones más bien.

La respuesta solo creó una nueva oleada de preguntas en sus cabezas. Chismosas.

—¿Y vosotras? ¿Sois de por aquí? —mi tono inocente coló.

—¡No! —gritaron a coro como si fuese un pecado ser de la zona más bonita del mundo mundial.

Pero, claro, en Santo Domingo de los Altos olía siempre a mierda de vaca y no todo el mundo lo encontraba, cómo decirlo..., atrayente.

—Las he invitado yo —dijo otra; tenía los nombres confundidos, ¿quién era quién? Genial, ahora tenía que pescarlos al vuelo—. Quería darle una sorpresa a mi novio y ya de paso enseñarles esto. La zona es conocida y tenían curiosidad.

La que acababa de hablar era una mujer elegante y estirada que parecía algo incómoda en aquel bar a juzgar por la forma en que se atusaba la nariz cada diez segundos. El que la hubiese puesto allí para hacer algún experimento sociológico era un tipo cruel.

—¡Ah! Hablando del rey de Roma —dijo mientras se estiraba todavía más y hacía señas a alguien detrás de nosotras.

—Tienes un novio de lo más atractivo —dijo la tercera amiga en tono de secretismo total y nosotras, las pueblerinas, pusimos los ojos en blanco ante tanta tontería.

—¿Le conoces? —me preguntó la del «Un, dos, tres».

—Eh...

—A lo mejor no son amigos, pero sabe quién es, seguro —dijo Carmen algo impaciente.

Levanté las cejas. Acababa de llegar, tampoco es que tuviese que estar al tanto de quién estaba con quién. Y poco me importaba, la verdad.

—Sale con el mamporrero —me explicó Carmen.

En ese momento, la novia del mamporrero se puso roja como un tomate y casi se cae de la banqueta. Era comprensible.

Carmen no se dejó amilanar. Bien pensado, parecía estar haciéndolo aposta. Todo el mundo conocía el mote de aquella familia, pero ya nadie lo usaba, más que nada, para evitar situaciones como aquella. A Carlos, el mamporrero, le importaba poco o nada que le llamaran así, es más, lo consideraba todo un título. Gracias a tal oficio, su abuelo había hecho un buen dinero en Andalucía y el esperma que criogenizaba su padre estos días se vendía a precio de oro en todo el mundo.

No nos habíamos echado unas buenas risas ni nada explicando a los foráneos el significado del nombre. De adolescentes todo nos hacía gracia, pero cuando nos tocaba gesticular con las manos para aclarar el concepto, acabábamos con dolor de cara.

Ahora que lo pensaba, hacía años que habían acertado el mote y se había quedado en un «mamporro». Eso es: Carlos, el mamporro. Con lo pacífico que era él. La crueldad de los motes.

Recuerdo el ataque histérico de risa que me dio cuando me notificaron el cambio de nombre. Una risa repleta de lágrimas, por cierto.

Aquella noche, había bebido nada más y nada menos que un par de Licor 43 con chocolate y andaba yo chispilla por la vida, pero es que necesitaba la desinhibición para llevar a cabo mi plan estudiadísimo después de dos interminables semanas de desvelos.

Yo estaba convencida de que, por arte de magia, el tío más cotizado del pueblo se había fijado de alguna manera en mí. Era uno de los mayores, además, y yo levitaba pensando que no había mejor manera de celebrar el verano que dándole un achuchón al hombre más guapo que había visto nunca. Porque el mamporrero era un hombre, no un chaval, y tenía coche y todo. No era más ingenua porque no se podía, en fin.

Aquella noche no me percaté del peligro cuando no quiso participar conmigo en el concurso de pasodobles; tampoco pensé que me estaba mandando ningún mensaje cuando, estando unos pocos alrededor de la fogata, se levantó de mi lado para ir a sentarse justo al otro extremo; ni siquiera pensé que olía a muerto cuando comentó, casi chillando, que a él las «yogurinas» no le iban un pelo llamándome «niña» por primera vez; pero todo quedó claro cuando, delante de mis narices, comenzó a tontear con la prima de una amiga que había ido de visita durante la semana de las fiestas.

Tuve que salir corriendo para no vomitar el Licor 43 sobre la fogata cuando el tonteo pasó a ser un manoseo en toda regla. Aprendí de la peor de las maneras aquel extraño lenguaje encriptado con el que nos comunicaríamos a partir de ese momento. Un hablar sin dirigirnos la palabra en público y, hasta mucho tiempo después del desdichado episodio, tampoco en privado.

Aquella misma noche, cuando Carmen me cuchicheó que alguien había pensado cambiarle el mote de mamporrero a mamporro, me dio la risa pensando en lo apropiado de la metáfora de tan fuerte que había sentido el golpe de su indiferencia.

Reí y lloré a partes iguales y ahí se acabó la historia de mi primer gran amor. Todas mis amigas apoyaron la moción de no darme alcohol nunca más porque, por lo visto, parecía poseída bailando y gritando como una loca mientras que no paraba de derramar lágrimas. Ahora, con cierta perspectiva, el verme a mí misma tan idiota perdiendo los papeles me hacía sonreír. Qué tiempos.

—¿Cómo le has llamado? ¿Y a ti qué te parece tan gracioso? —espetó la sufrida novia del mamporrero más que alterada mirando a Carmen y luego a mí para volver a Carmen.

Ups, mal momento para recordar. «No te rías Mayra, no te rías».

—Mamporrero —repitió mi amiga sin despeinarse—. Deberías preguntarle a él y no a mí por qué le llamamos así.

Todas las allí presentes lanzaron a Carmen una mirada de aviso porque sabíamos que lo de «mamporrero» no lo usaba ya nadie.

Para cuando Carlos llegó a nuestra altura, la chica era un manojo de nervios y me dio pena no tener un helicóptero con el que sacarla de allí pitando.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él acercándose como una bala.

—Perfectamente —suspiró poniendo ojitos y abrazándole por debajo de la cazadora.

Me moví incómoda ante el espectáculo.

—Mamporrero —dijo la mala de Carmen demasiado alto interrumpiendo el romántico encuentro—, mira a quién tenemos aquí.

Se dio la vuelta no antes de echarle otro vistazo a su novia para asegurarse de que no iba a desmayarse o algo.

—No sé si te acordarás de Mayra, pero más vale que empieces porque vas a verla mucho por aquí.

—Eso he oído. Hacía tiempo que no te pasabas por estos lares. —Inclinó la cabeza y levantó

algo las cejas.

Aquel gesto, en lenguaje encriptado significaba, «sigue la bola».

—Un par de años, más o menos —dije para que dejara de mirarme, pero no lo hizo y a mí se me tensaron los tendones del cuello como cuerdas de violín.

—¿Poniéndote al día? —me preguntó taladrándome con esa mirada socarrona. Debería haber sido actor.

En mi retorcida mente, donde manteníamos duelos imaginarios, el primer encuentro en público siempre lo ganaba él. A mí siempre me costaba adaptarme y parecer distante hasta pasadas un par de veces.

Se dio entonces otra vez la vuelta para atender a su chica. Ella abrió los brazos y le pegó un morreo delante de todos. Con lengua.

—¿Te gusta la sorpresa? —Le tenía agarrado de la chaqueta y le hablaba tan pegada a su cara que creí ver como bizqueaba.

Otra vez tuve que aguantar la risa porque aquella mujer parecía tan bien compuesta que bizquear no le quedaba nada bien.

—Sí, claro. ¿Qué te ha decidido a venir? —Nuestra visitante pasó del pecho al brazo de forma que Carlos quedó pegado a ella con una mano sobre su muslo mientras él intentaba limpiarse las babas de su novia de la cara con disimulo.

Esta era de las territoriales, como aquella de Burgos. La que tenía una camiseta que decía «mi novio me mimaa».

—Estas dos no paraban de darme la tabarra y he pensado, ¡qué diablos! Así que aquí estamos, pero tenemos que volver en unas cuantas horas. ¿Por qué no nos das un *tour*?

Volví al presente. No por las palabras de ... ¿cómo se llamaba? ...luego preguntaría, sino por el cambio brusco de postura de Carmen.

—Por supuesto —dijo Carlos mientras intentaba desenroscarse—. Os enseñaré los alrededores del río. Espero que os guste.

Tras decir «adiós» moviendo la mano, salieron como pudieron del bar y yo conseguí sentarme en una de las banquetas que habían dejado libres.

El día mejoraba por momentos.

—Creo —le dijo Carmen a la concurrencia— que acabo de decidir de forma unilateral volver a cambiarle el mote. De mamporro a mamporrero otra vez.

—¿Por qué le has hecho pasar un mal rato a la pobre mujer? —Marisa odiaba los juegos de poder entre las féminas y no tenía problemas en echarlo en cara cuando se daba la ocasión.

—Me cae gorda.

—A ti nadie te cae mal, Carmen. —Marisa quería ahora hacerla reconocer su falta de tacto.

—Pues esta no termina de convencerme.

—Reconócelo, Carmen —soltó Patricia—. Ninguna novia de Carlos te caerá nunca bien.

Patricia era la más buena y la más ingenua del grupo, pero cuando quería, podía ser tan víbora como las demás.

—¿Qué insinúas? Recuerda que soy una mujer casada que ama a su marido.

Y nadie lo ponía en duda, pero es que el mamporrero levantaba pasiones y, oye, a nadie le amarga un dulce, aunque fuera solo en la imaginación.

—Por supuesto, pero desde aquel que sí sí que sí no con él, te has convertido en una especie de agente custodio y miras con lupa a cada una de sus conquistas como si necesitaran tu visto bueno.

El café se me quedó entre la boca y la tráquea formando una piscina que por poco sale a chorros

en cuanto me entró la tos. ¿Carlos y Carmen, mi amiga Carmen? Allí había pillado cacho con el mamporrero todo el mundo menos yo. Bueno, probablemente, Patricia tampoco.

—Carlos es amigo mío —se defendió mi amiga levantando la barbilla.

—¿Desde cuándo? —pregunté intentando no parecer desesperada por la información.

—En teoría es más amigo de Scott, pero me siento responsable. —Esa era la Carmen madre que podía morder la yugular de cualquiera que osase invadir el mundo en el que ella era la *mamma*.

—Carlos usa novias como *kleenex* y así le va, pero reconoce que esta parece que es más estable. Llevan juntos bastante tiempo ya —aseguró Patricia.

Marisa le dio la razón afirmando con la cabeza mientras atacaba su cerveza.

—¿A un par de meses le llamas estabilidad? —preguntó Carmen afectadísima. No dije nada, pero en Carlos dos meses eran igual que dos decenios para el resto en lo que a novias se refiere, claro.

—Ese creo que es justo el problema —siguió Patricia toda seria—. Que realmente alguna le haya cazado no te gusta un pelo. Admítelo, doña Felizmentecasada. Con él fuera del ruedo, pasas al grupo de las marujas, querida. Se acabó la sal y la pimienta.

Debió dar en el blanco porque Carmen necesitó un par de segundos y un buen trago del botellín para tranquilizarse.

—Sí que han cambiado las cosas por aquí —pensé en alto—. Voy a necesitar algo de tiempo para ponerme al día. —Lo de que Carlos acumulaba novias como otros cursos del INEM no era nuevo, pero que ahora todo el mundo pareciera ser una piña sí que era una novedad. Menudo contubernio.

—No hay mucho que explicar —aseguró mi amiga—. Cada vez somos menos y hemos terminado por juntarnos lo que hace que, salvo que haya grandes diferencias de edad, estemos todos en el mismo grupo. Ahora mismo somos nosotros, por un lado, y el grupo de los hijos de tus primos, por el otro, año más año menos. De ahí que se diese la posibilidad de que Carlos y yo pudiésemos emborracharnos un día y me atreviese a darle un pico.

Giré la cabeza para asegurarme de que nadie escuchaba. ¿No se daba cuenta de que allí todo el mundo, en vez de oídos, tenía antenas parabólicas?

—Ni que decir tiene —soltó Marisa picarona—, que tuvimos munición suficiente para cotillear durante meses, aunque no pasara nada de nada. ¿Verdad, Carmen?

—Verdad —admitió con un suspiro—. Admito que llevé bastante mal que, con la cantidad de tías con las que se lía, yo no consiguiera ni medio magreo.

Todas nos echamos a reír.

«Bienvenida al club, hermana. Aunque medio magreo...».

Estaba perpleja ante tanta novedad. Carmen suspiró perdida en sus pensamientos, aunque pronto cerró la conversación.

—Carlos es un buen tío, pero va de flor en flor. Lo mismo con Sofía funciona; me caiga como me caiga, parece que les va bien juntos.

Demasiada información. Hora de salir pitando.

—Bueno, chicas. Me tenéis que disculpar, pero todavía tengo que hacer tropemil visitas. Más vale que presente mis respetos antes de que alguna de mis tías se entere de que llevo aquí más de diez horas seguidas y no he ido a saludar.

Todas las allí presentes me miraron con cara de pena. Lo de ir de romería era una obligación ineludible. Había que pasar por todas las casas de los parientes para decir «hola, qué tal, aquí estoy» y explicar con todo lujo de detalles la razón, duración y planes para la estancia. De ahí

pasaríamos a cómo se encontraban mi padre y mi hermana para centrarse después en mí con el sutil «hija, ¿para cuándo un novio serio?».

Al menos tendría un buen brasero donde calentar los pies. Podía ser mucho peor.

Dejé para el final la única visita que realmente quería hacer y la que más miedo me daba. Subiendo la cuesta desde la plaza pensaba en lo que me iba a encontrar. No es que yo y mi prima Esther fuésemos las mejores amigas, pero siempre nos habíamos llevado bien.

La noticia sobre su enfermedad había sido un palo y que hubiese recaído, me había puesto un nudo de angustia en la boca del estómago. Nunca había tenido enfermos a mi alrededor y ahora me encontraba algo descolocada sin saber muy bien cómo afrontar la situación.

La pérdida de un ser querido, por desgracia, no me era desconocida. Mi madre había fallecido en un accidente años atrás y todavía me costaba no ponerme a llorar cuando la recordaba. Debía evitar pensar en esas cosas delante de mi prima, pero era difícil separar los conceptos de cáncer y muerte.

Ni mucho menos quería ser la pesada que estuviese repitiendo que todo iba a salir bien. La pobre seguro que ya había oído de sobra el cliché. Tampoco era normal actuar como si la vida fuese una fiesta para compensar y, al mismo tiempo, pretender que no pasaba nada, era forzar demasiado las cosas.

Antes de tener claro nada, ya estaba llamando a la puerta.

—¡Está abierto! —gritó mi tía.

Hacía muchísimo tiempo que no la veía, aunque me recibió a lo domingueño, es decir, que lo primerito fue recibir una bronca por no haberme pasado por el pueblo más a menudo.

Menos mal que mi tío era de los de ir al grano. De no ser por él, no habría pasado del umbral.

—Mayra, pasa y no hagas caso a tu tía. Hoy no ha podido desahogarse con nadie y lo echa de menos.

—¡Javier!

—¿Mayra? —oí al final del pasillo.

Pero mi tía ya estaba preparando un plato de queso con chorizo y le daba igual lo que su marido o yo tuviésemos que decirle. Tenía una misión que cumplir: engordar a la sobrina para convertirla en un buen partido.

—Estás en los huesos y dudo que comas algo decente ahí sola en la casa esa que te has construido.

La casilla, en principio, le había tocado a ella en herencia, pero, por supuesto, pensaba que no valía nada. No recuerdo las veces que protestó con eso de que ella había salido perdiendo con las particiones. Me la vendió por cuatro perras y ahora se mordía las uñas al ver lo que había conseguido construir en donde ella había ordeñado cabras toda su infancia. Mi tía Irene era de las pocas que no había venido a hacer una visita. Primero, porque esperaba invitación y, segundo, porque no quería ver lo bien que había quedado.

Viva sierra Negra y su gente.

Cuando yo empezase a dar señales de convertirme en una maruja al estilo de Santo Domingo de los Altos, esperaba de todo corazón tener a alguien como el tío Javier a mi lado para no dejarme pasar al lado oscuro del «cotillismo» feroz.

Antes de que el plato tocara el hule de la mesa, la voz de mi prima vino a rescatarme por segunda vez desde que entré.

—¡Mamá! La prima viene a verme a mí, así que deja de embutirla con comida y hazla pasar.

Puse cara de ángel y, antes de que me pusiera el plato en las manos, salí disparada hacia la

habitación de atrás. Trucos de adolescente que funcionaban igual de bien que antaño.

La cara angelical se evaporó en cuanto entré por la puerta de aquella sala.

Habían convertido lo que antes era el salón en una espaciosa sala de hospital. Las persianas estaban medio bajadas, las cortinas cerradas y mi prima reposaba en la cama en completo silencio. Olía a desesperación allí dentro.

En cuanto entré, alzó los brazos, pero, por el movimiento de las muñecas, quedaba claro que le estaba costando mantenerlos en alto. No la hice esperar y poco menos que me abalancé sobre ella, más por mi salud mental que por la suya.

—Cuánto me alegro de verte —le susurró a mi nuca.

La estrujé con más fuerza y si ella lo encontró demasiado, no comentó nada, cosa que agradecí porque en ese momento no sabía qué hacer, ni qué decir, ni cómo comportarme. Pero Esther tenía sobrada experiencia en aligerar las situaciones.

En cuanto aflojé las tenazas con las que la tenía presa, comenzó a hacerme preguntas que, oh, milagro, contesté con toda la sinceridad de la que fui capaz. Según charlábamos me prometí no tocar el tema de la enfermedad, ni del tratamiento, ni nada que tuviese que ver con lo que la tenía postrada allí. Para recordarle lo mala que estaba, ya tenía al resto del pueblo.

—Dime que es cierto que has decidido instalarte entre porquería.

—Oye, guapa, de porquería nada. He dejado la casilla como un pincel.

—¿Por qué la llamas La Cuadra si siempre ha sido La Casilla?

—Veo que te han llegado las noticias. Alguien en la oficina del arquitecto se confundió al escribir el nombre en los planos y Cuadra se quedó. ¿Cuándo vas a venir a verme y dar el visto bueno?

—Cuando consiga elevarme de este colchón. Bueno, siempre puedo pedir a un guapo mozo que me lleve en brazos... ¿Por qué no se me había ocurrido antes?

—Eres una bruja, prima.

—Perdona —dijo levantando la mano—. Oportunista, mejor dicho, pero una tiene que aprovechar lo que se le ofrezca. Haré una lista. ¿Crees que conseguiré darle pena al mamporro?

«Ya tardábamos en hablar de la estrella del pueblo».

Seramente, el susodicho empezaba a caerme mal, por enésima vez consecutiva. Bueno, peor de lo que ya me caía. Todo ese halo de donjuán me ponía mala. Si estaba a punto de cumplir los cuarenta, por el amor de Dios, y además estaba pillado.

—No cantes victoria. Por lo que he visto hoy, le tienen de lo más atareado.

—Dicen que su novia es una pija de cuidado —comentó mientras cambiaba de postura.

—Dicen... Dicen.

—Sí, dicen. Porque a mí solo me llegan las cosas de oídas. Por alguna extraña razón, salgo poco.

—Eso se acabó a partir de ahora. Sea como sea, te quiero ver en mi cocina todos los días para darme la tabarra. Acabo de llegar y no estoy muy segura de poder sobrevivir a tanto tiempo libre, tanta tranquilidad y ni un mísero cine al que ir.

—¿Tienes DVD? —Pretendía hacerme un favor, pero Esther era un libro abierto y ahora mismo sus ojos relucían de alegría.

—Sí, pero no tengo películas.

—Por eso no te preocupes. Yo tengo de sobra.

—Entonces, ¿para cuándo nuestra primera sesión de palomitas?

—Hoy estoy baldada. Al día siguiente de la quimioterapia no me puedo mover, pero mañana me

tienes después del desayuno.

—Hecho. Lunes, sesión de cine. —No se podía empezar mejor la semana.

—¿Vas a pasar el verano aquí?

—Esa es la idea. Lo mismo me gusta y acabo estacionándome.

—¡Ah, no! Bastante mal anda el trabajo como para que tengamos a otra compitiendo.

Me eché a reír. Esther siempre a bocajarro. Lo que pensaba lo decía y casi nunca de la forma más fina.

—Tranquila. Prometo no interferir. Ya me las apañaré para ganar unos cuartos sin quitarle el trabajo a nadie.

—Así me gusta. Respetuosa con el medio.

Esther tenía unas salidas con las que era imposible rivalizar. Solo Carlota sabía ponerla en su sitio. Las trifulcas que esas dos montaban eran archiconocidas. ¿Quién quiere televisión si puede pasar una hora de puro entretenimiento viendo como las dos bocachanclas del pueblo se tiran los trastos a la cabeza? Solo Patricia conseguía meterse en medio y hacerlas razonar, pero era solo fachada; en cuanto Patri salía por la puerta, volvían a las andadas.

—¿Quieres que invite a Patricia también?

Esther calló un momento y se puso seria.

—No. Prefiero que nos pongamos al día primero.

—No hay más que hablar entonces. Y ahora te dejo que todavía tengo que recuperarme de una soberana resaca. Espero que nadie aparezca de repente porque pretendo empalmar la siesta con la noche.

—Uf. De esas tengo yo a porrillo. Nada como una cabezadita para rejuvenecer diez años.

—Hablas como una vieja.

—Vale, tres años.

—Te dejo entonces, pillá.

Me incliné y le di un abrazo.

—Recupera fuerzas para mañana y trae una peli decente —insistí.

—Llevaré una peli que me guste y tú tendrás que mentir y pregonar lo buena que es.

—Te las sabes todas.

—Cómo lo sabes.

Cuando entré en la cocina para despedirme, mi tía ya me había preparado una tartera con lo estrictamente necesario para morir de una coronaria. Filetes empanados sobre media tortilla de patata y unos pimientos verdes fritos que goteaban aceite de oliva. Quizá acabase con las venas congestionadas, pero la resaca de pacharán tenía los segundos contados.

Capítulo 6

Carlos

*E*se miércoles había decidido dormir en el pueblo sin razón aparente y, para no pasar la tarde mirando por la ventana, me había pasado por casa de Mayra.

La encontré rodeada de papeles y, por lo poco que me dejó ver antes de recoger a toda prisa, tenían pinta de ser organigramas y tablas de gastos e ingresos. Una agenda que corría peligro de explotar estaba abierta en el jueves siguiente y tenía todas las líneas ocupadas con anotaciones, números de teléfono y citas.

—Si te pilló en mal momento...

—En absoluto. Pasa y ponte cómodo.

Llevó todos los papeles y el ordenador a la habitación de arriba. Cuando bajó, sacó unas cervezas de la nevera.

Me tocaba decir algo y en realidad no tenía ninguna razón de peso para estar ahí. Por cierto, ¿por qué estaba yo allí y no llamando a la puerta de Rosales?

—¿Qué música es esta?

«Muy profundo, Carlos».

—LaBrassBanda. ¿Te gusta?

—Suena bien.

—Dos trompetas, un trombón, algo parecido a una tuba y una batería; en mi opinión son la mejor banda de Ska del momento. Bueno, Ska, Punk y Reggae, Tecno... No le hacen ascos a nada.

Por la cara que puse, debió intuir que no tenía la menor idea de lo que estaba hablando.

—Son bávaros —aclaró—. Tocan descalzos en *Lederhosen* y camiseta y le han dado una vuelta de tuerca a la música tradicional folclórica alpina; por suerte, no son los únicos. Una actitud así es la que nos falta por aquí.

—Música alemana. Ya veo.

—Bávvara —matizó.

—¿Leder... qué?

—*Lederhosen*. Pantalones de cuero. En alemán *Leder* significa «cuero» y *Hosen* significa «pantalones».

—¿Como los que te pones para andar? —Me acordé de los pantalones bombachos con los que se paseaba de vez en cuando por el pueblo. Parecía sacada de una postal de hacía dos siglos. Tenía dos pares: unos de lana y otros de cuero.

—Ríete todo lo que quieras. Esos pantalones durarán toda la vida y espero que mis hijas los usen algún día. A eso, amigo mío, se le llama tradición y por aquí yo ya no veo ninguna.

Había tocado un tema importante para ella a juzgar por el ímpetu con el que cerró la nevera. Hablaba sin dar opción a réplica como si necesitase dejarlo salir.

—A esa gente se la puede acusar de muchas cosas —continuó—, pero no consienten que la desarraiguen y es una cualidad admirable. Hagan lo que hagan, se nota de dónde son, lo que son y no les da vergüenza. En este país o se es un urbanita o hay que ir dando explicaciones y así nos va. A este paso se nos va a olvidar poner una piedra encima de otra porque no es chic. Este concierto fue grabado en un establo lleno de vacas, para que te hagas una idea.

Paró para abrir las botellas y yo aproveché para darle otro empujón.

—¿Estás hablando de los bávaros en general o del grupo este en particular?

—De las gentes que viven en los Alpes. A veces me da envidia ver lo orgullosos que están de vivir allí. Saben que lo que tienen es especial y se esmeran en conservarlo. Y sí, el resto del país se ríe, pero vuelve una y otra vez tanto en verano como en invierno. Las mujeres no llevan *Dirndl*¹ solo para ir al *Oktoberfest*,² lo llevan todos los días para ir a por el pan. Es cierto que la línea divisoria entre la tradición y el circo es muy fina, pero al menos hay una base a partir de la cual evolucionar. Aquí, es que ya no queda nada.

Tenía razón. Lo estábamos perdiendo todo porque no le dábamos la importancia que tenía. Cediendo a la presión de Pedro, Fernando era el único en el pueblo que había decidido construir su casa siguiendo los métodos tradicionales y recibía comentarios por ello como si la casa no fuera a sobrevivir al invierno. Al mismo tiempo, los más mayores se pasaban el día comiéndole la oreja en cuanto recordaban algo de sus tiempos jóvenes. Cosas tan simples e importantes como lo grande que debía ser la chimenea o en qué parte debería estar el cuarto de las patatas para que aguantaran todo el invierno. Un día la cosa casi llega a mayores cuando salió el tema del grosor de las paredes, pero aquellos hombres salieron del bar de Andrés diez años más jóvenes.

—Carlos, ¿cuándo fue la última vez que escuchaste la palabra «chato» en un bar?

Otra vez en la llaga.

—Creo que deberías decir eso mismo en la siguiente reunión de la asociación —le dije.

Algo teníamos que hacer y Mayra era el aire fresco que necesitábamos.

—Ni hablar. Si sale de mi boca, les entrará por un oído y les saldrá por el otro. Tú tienes más posibilidades de entrar en la dura mollera de la gente de por aquí. «Esta no es de aquí y no va a venir a decirnos cómo solucionar nuestros problemas», eso es lo que comentarán.

—Puede, pero alguien ha de ser el primero en decir estas cosas. Después vendrán otros. No forzarás nada, lo irás dejando caer.

—Un momento, un momento, ¿en dónde me estás metiendo?

—En el mismo fregado en el que estamos todos los demás, niña. Bienvenida a Santo Domingo de los Altos. ¿No querías integrarte? Ahora sí que te vamos a integrar. Para empezar, podías invitar a unos pocos a merendar. El resto déjame a mí.

Puso los ojos como platos y yo volví a perderme en esos iris enormes.

—Por cierto, me gustan esos pantalones tuyos de cuero.

Debía dejar claro que no iba a criticar por criticar nada de lo que dijese, se pusiese o hiciese. Ya no. Mayra se merecía cumplidos más a menudo y yo le había fallado miserablemente en ese aspecto durante la última década.

—Gracias. Aunque los míos no son los tradicionales; son una versión moderna y más minimalista. Al fin y al cabo, no soy de allí, así que no tengo que atender a patrones. En principio los *Lederhosen* son para hombres, pero cada vez hay más mujeres que los usan. Normalmente van por encima de la rodilla, aunque yo terminé con los bombachos porque siempre tengo frío. Lo de

llevar calcetines altos de colores es cosa exclusivamente mía también. La primera vez que salí con unos a rayas rojas y verdes me llevé más de un comentario.

—Solo por curiosidad, ¿dónde los compraste?

—El qué, ¿los calcetines o los pantalones?

—Los pantalones, gansa.

—En el Tirol austríaco. Cosidos a mano, hechos a medida de la mejor piel de ciervo por el módico precio de dos mil quinientos euros. Una ganga.

—Anda ya.

—Los de cuero de vaca o cerdo son más baratos, pero cuesta más domarlos. Siempre hay tallas estándares, si bien, como puedes ver, mi talla es todo menos estándar y quería que fueran cosidos con mimo. Te lo he dicho. Tengo intención de que cuando muera, una de mis hijas se los ponga. Ya me encargaré yo de que ni se les ocurra llevar otra cosa puesta cuando se pateen la sierra. Vale, a lo mejor estoy exagerando un poco, pero creo que pillas la idea.

—Deberías entonces pensar en lo tradicional de aquí en vez de lo que es tradición a miles de kilómetros, ¿no te parece?

—Encantada de la vida. ¿Y qué es «la tradición de aquí»?

Necesité un momento para meditar la respuesta. Un momento que se alargó y alargó hasta que Mayra vino a mi rescate.

—Veo que entiendes de sobra a lo que me refiero.

La determinación con la que dijo aquello y su mirada fija en mí me noquearon y sentí la dolorosa sensación de que ya no me encontraba ante una niña. No, Mayra era una mujer y ya no podía hacerme el ciego y pretender que no lo sabía.

La cosa empezaba a complicarse y ya que Mayra estaba en el ajo, directamente la empujé a la piscina.

—Empieza a hacer notas de todo esto porque lo vamos a necesitar para empezar una nueva etapa en sierra Negra. Por cierto, la suscripción es de treinta euros anuales.

—¿Solo?

—Apunta el tema de la suscripción también.

Su determinación seguía intacta cuando asintió con la cabeza y empezó a escribir en unos folios mientras yo leía el periódico por no quedarme mirándola embobado.

Capítulo 7

Mayra

La vida en Santo Domingo de los Altos consistía en invernar durante la semana para salir de la cueva en cuanto llegaba el viernes por la tarde. El domingo por la noche, los vecinos volvían a meterse en la cueva y no salían de ahí hasta que las visitas de familiares les sacaban el siguiente fin de semana.

Y mi caso no podía ser distinto, aunque la falta de actividad empezaba a ponerme muy nerviosa y eso que me perdía por la sierra al menos dos veces por semana. O buscaba algo que hacer o volvería a Madrid y daba igual que Pinky y Román montaran en cólera.

Era sábado y estábamos en la hora de la siesta, así que antes de regodearme en mi falta de actividad, salí para dar otro paseo con la sana intención de explorar cada metro cuadrado de rivera de río. La verdad era que debía darme vergüenza conocer cada sendero en el monte y no tener ni idea de dónde tomar el sol en el río a menos de un kilómetro de mi casa. Lo mismo encontraba algún sitio interesante.

Tras una hora de marcha, me topé con una plancha de roca enorme que hacía de cama justo al lado del agua. Detrás de aquella plancha había un recoveco en el que podía sentarme a la sombra fuera de la vista de cualquiera. Aquel lugar era perfecto. Podías tomar el sol, podías refugiarte del mal tiempo y, si querías, darte un baño.

Miré alrededor para asegurarme. No se veía a nadie, ni siquiera alguna vaca perdida.

El agua cristalina reflejaba los rayos del sol y, aunque sabía de sobra que estaba fría como el hielo, invitaba a darse un chapuzón.

Volví a mirar. Nadie.

Pasé por encima de la plancha y comencé a desnudarme en el hueco de roca y escoba justo detrás. Sin pensármelo dos veces, corrí a la orilla y salté en aquella minipiscina natural.

Quedé congelada en el momento que me sumergí, pero nada como un buen tratamiento de choque para volver a la vida. Tampoco es que experimentara demasiado. A los dos minutos, viendo que ya no sentía la sangre circular, salí del agua y me tumbé sobre la plancha de granito calentita.

Aquello era gloria y más valía que no comenzara a levantarse el aire o algún lugareño apareciera de repente.

Tuve suerte.

Para cuando volví a casa, estaba más contenta que unas castañuelas y, sin siquiera llamar a nadie, me fui a La Tasca a tomar una cerveza con cualquiera que estuviese cerca de la barra. Cada día me volvía más de pueblo.

Ya había un grupillo formado cuando llegué y, para mi sorpresa, Marisa estaba allí.

Desde que volví, la había visto dos veces. La primera en mi fiesta de bienvenida y la segunda en el bar al día siguiente. Al igual que yo, Marisa iba al pueblo por compromiso. Vivía en Zamora, pero visitaba a sus padres al menos dos veces al mes. Los pobres iban mayores y

necesitaban algo de ayuda en la casa. Sus suegros eran cántabros, así que entre el poco tiempo que tenía libre y que tenía que cruzar la península cada fin de semana, la veíamos tarde, mal y nunca.

La nueva novia de Carlos, Sofía, estaba también allí sentada, aunque decidí ignorarla y centrarme en exclusiva a ponerme al día con mi vieja amiga. Pedí mi café con leche en vaso, acerqué una silla y me dispuse a tener una buena charla.

—Bonito cinturón —dijo alegre.

—Gracias. ¿Dónde has dejado a los niños?

—Con los abuelos haciendo los deberes. Mis padres no sabrán mucho de la gramática española, pero te aseguro que les tienen como una vela hasta que acaban. Se sientan con la espalda recta y todo. Mano de santo.

Era un gusto volver a conectar con Marisa. Habíamos sido buenas amigas en el pasado, aunque llevábamos tanto tiempo sin vernos que éramos casi dos desconocidas.

—¿Y tú, Marisa? —preguntó Sofía de repente.

—¿Perdón? Estaba charlando con Mayra y no he seguido vuestra conversación.

—Preguntaba que a qué te dedicas.

Marisa pareció sorprendida. Supongo que así, a bocajarro, a veces cuesta volver al modo formal después de charlas sobre los deberes de tus churumbeles.

—Ahora mismo no trabajo. Después del segundo embarazo, la empresa prescindió de mí y decidí dedicarme a los niños.

—¿No te gustaría trabajar? No sé, a tiempo parcial en algún sitio —preguntó Sofía llena de curiosidad.

—Me encantaría. ¿Conoces de alguien en Zamora que necesite a una ingeniera de caminos, canales y puertos a tiempo parcial?

Salidas así, dichas con elegancia, eran para mí una imposibilidad. Yo necesitaba estirar los labios aparentando sonreír, contar hasta diez y después soltar una frase hecha. De seguir mis instintos habría soltado tan mala contestación que habría tenido que pedir disculpas durante meses.

—No... Supongo que con la crisis... —atinó a rectificar Sofía.

—Justamente. Así que, por el momento, ama de casa a tiempo completo y, aunque preferiría traer un sueldo a casa, estoy viendo crecer a mis hijos. Podía ser mucho peor.

Y claro, después de Marisa, siguiendo las agujas del reloj, iba yo.

—¿Y tú Mayra? ¿Has encontrado algo?

Miré confundida a mi alrededor. Arrugué la frente, conté hasta diez y me salió un:

—En realidad no estoy buscando nada.

Ahora las conversaciones paralelas habían cesado y todo el mundo escuchaba atento.

—¿Y cómo te las apañas? —Sofía no parecía darse cuenta de lo personal de aquellas preguntas. Y viendo lo equivocada que estaba, decidí optar por el camino del medio. Decir la verdad, pero no toda la verdad.

—¿Con mi sueldo tengo más que suficiente? —Que no hablase de mi trabajo no significa que no lo tuviese.

—Pensaba que no trabajabas. Como llevas aquí tanto tiempo...

Sería de la capital, pero esta tía era más cotilla que las del pueblo.

—Trabajo desde casa, en un proyecto en internet. Nada del otro mundo.

—Ah, ya veo. —Ese tonillo condescendiente me habría hecho estallar, aunque allí delante de toda aquella gente me lo pensé dos veces y dejé que pensase lo que le diera la gana. Eso sí, dejé

bien claro lo que opinaba al decirle en bajo a su amiga, para que todo el mundo lo oyera, un «otra bloguera».

Alguien carraspeó en la barra y Sofía se levantó sonriente a la llamada.

Marisa simplemente puso los ojos en blanco y continuó poniéndome al día de su vida como si la conversación que acabábamos de tener nunca se hubiese producido.

—He pensado en ir a ver a Esther. ¿Crees que es una buena idea? Lo mismo está agotada y no quiero que por mi culpa se sienta peor.

—Estará encantada, seguro. La compañía le vendrá bien. Voy contigo.

Estuvimos animando a Esther con chorradas un buen rato y cuando vimos que empezaba a bostezar, la dejamos por fin en paz.

—Mayra —dijo Marisa antes de despedirse—. Mañana podríamos ir a dar un paseo al río. Hace una eternidad que no voy por allí.

Creo que di un salto de alegría.

—¡Como en los antiguos tiempos! ¿Te acuerdas de cuando íbamos a espiar al los chicos mayores porque nos habían dicho que a veces se bañaban en pelotas?

Nos echamos a reír a carcajadas.

—Ya te digo. ¡Y siempre nos pillaban antes de que pudiésemos ver nada!

—Porque a Patricia le entraban las vergüenzas y empezaba a moverse tanto que las escobas crujían.

—Eso y que éramos cinco apretujadas en menos de medio metro cuadrado.

Nos reíamos con más fuerza mientras bajábamos la cuesta y alguna que otra vieja nos miraba de reojo.

—Decidido. Mañana nos pasamos por el mismo sitio. Quién sabe, ¡lo mismo tenemos suerte! —medio chilló Marisa.

Y como dos crías, nos despedimos igual que antaño. Besos y abrazos sin venir a cuento.

Una hora después, alguien llamaba a la puerta y ese alguien ni se molestó en esperar respuesta para entrar a maticaballo.

—Tuviste que hacerlo otra vez.

¿Me estaba acusando de algo? ¿Lo que fuese? Ver para creer.

—¿Disculpa?

—Has vuelto a las andadas y has dejado que los comentarios de una pija estirada te apabullen.

—No quiero ser desagradecida, pero estás insultando a tu novia.

—No estoy diciendo nada que todo el mundo, incluida ella, no sepa. Ni siquiera deberías tomarte en serio lo que ella diga de ti, habla por hablar. No te conoce, así que da igual lo que piense.

¿Cómo podía decir algo así de alguien con quien tenía una relación sentimental?

Seguía ahí, de pie, en medio de mi cocina apoyándose con una mano en la mesa. Mi mesa.

—En vez de echarme la charla, deberías volver con ella.

—Ha vuelto a casa. Mañana tiene que trabajar.

—¿En domingo?

—Sí. Por si no lo sabes, los autónomos no tienen la suerte de tener horario fijo y un sueldo en el que confiar todos los meses.

«Le mato, juro que le mato».

—Habló el funcionario.

No de la misma forma, pero Carlos apoyaba las teorías de Sofía. Asumían que me rascaba los

pies todo el día y que mi vida eran unas continuas vacaciones. Después de tantos años y no sabía nada de mí, peor aún, no tenía ningún interés en averiguarlo.

Por eso ni decía que sí ni decía que no en mi presencia a nada de lo que otros comentaran de mí. Dejaba que otros dijesen en alto lo que él pensaba. Sin levantar sospechas llevaba dándome puñaladas traperas durante años; básicamente había sido así desde que le conocí.

—Mira, niña...

—¡No me llames así!

—Mayra. No comprendo por qué no te defiendes.

—¿De qué?! ¿De los comentarios malintencionados de una «pija estirada»? Contestar a esas insidiosas preguntas supone seguirle el juego. Pintar mi vida para que gente como a ella le parezca bien, solo me pone a su nivel. ¿Tú crees que diga lo que diga va a cambiar un ápice la opinión que ella, o cualquiera, tenga de mí?

—Entiendo lo que dices y, hasta cierto punto, te apoyo, pero no vas a conseguir que se callen si no pones pie en pared. ¿No te das cuenta de que mantienes el misterio y eso solo pica aún más su curiosidad?

A veces era como hablar con una pared y en ese momento el pie me pedía a gritos aterrizar en su cara. Pena que, para eso, tuviese que tener la flexibilidad de una gimnasta de circo y al menos cuarenta centímetros más de estatura.

—Además —continuó, ignorando la bomba de relojería en la que me estaba convirtiendo—, la mitad de las veces te pones a la defensiva cuando la gente solo intenta mantener una conversación. ¿Has pensado que a lo mejor no hay nada detrás? Te sorprendería saber que muchos de los que te preguntan, simplemente quieren ponerse al día. La gente que aquí te rodea solo quiere tu bien.

Si me pinchan no sangro.

—¿Mi bien? Quizá deseen que no me vayan muy mal las cosas, no lo niego, pero tampoco quieren que me vayan bien. Menos aún que me vayan realmente bien. Te lo aseguro.

—¿Desde cuándo eres tan cínica? —Tuvo el valor incluso de apoyar una mano en la cadera.

—No soy cínica, solo me protejo.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, déjalo.

Mantuvimos un incómodo duelo silencioso durante unos segundos. Yo con la cabeza gacha y él lanzándome cuchillos por los ojos. Lo sabía porque tenía la espalda en carne de gallina y eso solo pasaba cuando me miraba así.

—¿Tan mal te va, Mayra? —No había acusación en su tono, pero para el caso daba lo mismo.

—Con esa pregunta acabas de darme la razón.

Capítulo 8

Carlos

*I*r y venir de Ávila al pueblo no me importaba lo más mínimo si no fuese porque llevaba y traía ropa que al final terminaba donde no debía. Bastaba que quisiera ponerme el traje azul un miércoles por la mañana, para darme cuenta de que en el último mes había acumulado mis tres trajes azules en Santo Domingo porque llegaba con ellos un viernes por la tarde y se me olvidaba empaquetarlos de vuelta el lunes por la mañana.

Hoy, había vaciado el armario y las cestas de ropa sucia, así que parecía que me iba de vacaciones seis semanas.

Estaba metiendo la última bolsa en el coche cuando la vi venir con una carretilla llena de aperos. Silbaba mientras miraba a izquierda y derecha y, de vez en cuando, se paraba para admirar los geranios de alguna ventana o la cagada fresca de una de nuestras hermosas vacas. Con un peto vaquero y un sombrero de paja en la cabeza, parecía la imagen de los productos artesanales de alguna marca de comida ecológica.

Miré hacia atrás y no vi a nadie. Bien.

—¿Dónde vas tan temprano? —pregunté a cierta distancia.

Giró la cabeza y dejó de silbar.

—A plantar patatas —dijo cuando llegó a mi altura.

Por el tono, Mayra todavía seguía enfadada conmigo por la discusión de la semana anterior. Nunca se tomó a bien que le dijera a bocajarro mi opinión sobre ella, aunque, he de reconocer, que tendía a sermonearla en demasía. El problema radicaba en que me era imposible contenerme, más aún intuyendo lo que bullía en su interior. Mayra ya no era una niña, cierto, pero eso no significaba que no quisiera defenderla y protegerla; de ella misma, incluso. Porque ella era su peor enemiga exagerando defectos que no eran tales o encontrando faltas donde no las había. Era enervante que no se quisiera más.

Todo era más difícil cuando debía pretender que no la conocía. ¿Cómo le haces entender a una persona que te preocupas por ella si no puedes ni siquiera mostrar afecto en público? Al menos ahora había más posibilidades de vernos en privado, pero seguía sin ser suficiente.

—¿Y dónde, si se puede saber?

—En el «prao de la linde». Según mi madre, era el mejor huerto para plantar patatas y se da la circunstancia de que es el más cercano a mi casa. El huerto mayor está al otro lado del río.

Es decir, que iba a poder verla plantar patatas desde la ventana de mi salón. Los milagros existían.

—Te ayudo.

—Puedo sola. —Me iba a costar hacer las paces esta vez.

Siguió tan pancha hasta asomarse por la pared de piedras y, como era de esperar, paró en seco en cuanto se asomó. El «prao de la linde» se llamaba así porque en tiempos, fue el huerto que

hacía de límite entre la zona urbanizable y el resto. Hoy en día estaba rodeado de casas, pero el nombre no había cambiado.

El huerto en cuestión estaba a un par de metros por debajo del nivel de la calle. Para entrar había que trepar un muro y bajar por el otro lado gracias a unas escaleras que no eran tales. A saber qué antepasado había instalado en la pared algunas piedras finas que sobresalían y que hacían de improvisados escalones.

—¿Cómo conseguían bajar con los aperos? —pensó en alto.

Decidí no hacer un comentario jocoso sobre su miedo a las alturas. Seguro que hoy no se lo tomaría muy a bien.

—Recuerda que había una pequeña choza donde guardaban lo necesario. Además, como buen domingueño, tu abuelo solo necesitaba una azada. Tú has traído media tienda de jardinería.

—Me acuerdo de la choza —dijo todavía mirado hacia el abismo—. La pusieron ahí porque vosotros instalasteis la ventana mirando a nuestro terreno.

—No, perdona. La ventana fue después de la choza. Por lo visto, tu bisabuelo podía construir lo que le diera la gana en su huerto sin permiso y sobre nuestra pared, pero nosotros debíamos seguir las ordenanzas y no tener ventana en la cocina.

—Porque decidisteis cambiar la cocina a la parte de atrás y ahí no había ventana.

Fui a defenderme, pero no me dejó.

—¡Y! —enfaticó toda chula con un dedo en alto—. Cuando visteis que la cocina no quedaba bien ahí, volvisteis a la distribución original, pero ¡no quitasteis la ventana!

—Esos son pequeños detalles sin importancia, niña. Además, ¿cómo sabes tú todo eso?

—Anda que no habéis rellenado horas entrañables de cotilleo los domingos después de misa. Que si los mamporreros hacen eso, que si los mamporreros dejan de hacer eso...

Es cierto que nuestras familias nunca se habían llevado del todo bien y, por lo visto, nosotros habíamos heredado el hábito.

—¿Has traído una polea? —dije señalando al huerto.

—Ja, ja. Muy gracioso —intentaba sonar irónica, pero ya no me miraba con el ceño fruncido.

Eché un vistazo por encima de la pared. Eran alrededor de trescientos metros cuadrados llenos de malas hierbas y piedras. La pobre Mayra iba a sudar de lo lindo intentando plantar algo allí. Aquello era terreno hostil con el que nuestros padres sobrevivieron, pero porque no tenían más remedio. Nadie en su sano juicio intentaría producir nada en esas condiciones.

Bueno, Mayra no era conocida por tener juicio. De hecho, era conocida por hacer cosas que nadie se esperaba. Además, como nunca hablaba de ella misma, todo el mundo asumía que no debía estar bien de la cabeza. Demasiado impulsiva; igual que todos los cabreros; demasiado cabezona, aunque era muda en comparación con sus primos. Plantar patatas en aquel lugar tenía que ser debido a otra característica famosa en esta familia: la ingenuidad. Ellos se defendían diciendo que no eran ingenuos, sino bien pensados, pero ni ellos mismos se creían aquello. Mayra debía haber imaginado que comer sus propias patatas era una buena idea sin pasarse primero a ver las condiciones en las que estaba el huerto. Cabrera de la cabeza a los pies.

—Yo creo que hoy deberías dedicarte solo a limpiar. En realidad, no vas a necesitar más que una azada. Puedes dejar la carretilla y el resto de aperos a la puerta de mi casa debajo de la bancada. Nadie los tocará.

Señalé la entrada de mi casa. Hacía unos años que había instalado un pequeño porche en el que había un tablón que servía de banco.

—Pero si lo dejo ahí, no podrás entrar.

—Tranquila, ya me iba.

—¿Vuelves a Ávila? —giró la cabeza y arrugó la frente.

—Sí. A veces me voy los lunes temprano, pero mañana me espera un día duro, así que prefiero dormir allí.

Mayra me miró de arriba abajo como si fuese un desconocido. Quería preguntarme algo, era evidente, sin embargo se mordió la lengua.

A veces, intentar indagar en esa cabeza suya era una tarea agotadora. Pero con insistir no conseguiría nada, más bien todo lo contrario. La Mayra que tenía delante recelaba de todo y de todos y debía admitir que ver aquellos dejes de ingenuidad me hacían sentir que la auténtica Mayra no estaba tan enterrada como parecía. Y me alegré, porque la echaba de menos.

—No te entretengo más, entonces. Y gracias por dejarme usar tu entrada.

Empujó la carretilla y la colocó debajo del tejadillo. Con la carretilla también iba a tener que practicar bastante o ya veía marcas y mellas en los postes de mi entrada. Para mi sorpresa aparcó sin rozar nada.

—No hay de qué. Intenta tomártelo con calma y, si admites un consejo, no quieras plantar todo el huerto. Con veinte plantas tendrás más que suficiente.

Mayra volvió a mirar por encima del muro.

—Ya veré —cada vez sonaba menos convencida de poder comer sus propias patatas.

—Hazme caso. Poco a poco conseguirás más y tu espalda lo agradecerá.

—Oído cocina.

—¿Quieres que te ayude a bajar antes de marcharme?

—Mm, no gracias. —Esta vez sonó agradecida y sincera.

—Está bien. Hasta el viernes entonces.

—Que tengas una buena semana. —Y se llevó las manos al bolsillo delantero del peto volviendo a parecer una granjera moderna sacada de un catálogo.

—Igual te digo.

Con la azada al hombro empezó a escalar el muro de piedra. Hasta que no llegó abajo al otro lado sana y salva, no me metí en el coche.

Capítulo 9

Mayra

«*P*atatas, trabajo, patatas, trabajo, patatas, trabajo».

Era la tercera margarita que deshojaba. La primera me había dicho que patatas y la segunda que trabajo, así que arramblé con una tercera para desempatar.

Patatas.

Fui a por otra flor del ramo.

«Patatas, trabajo, patatas, trabajo».

Yo que tanto defendía la vida en el campo al aire libre y todas esas cosas, me acurrucaba en el banco porque, en el fondo, no quería bajar al huerto a darle a la azada. Nadie me había dicho lo agotador que era plantar patatas. Más bien plantar nada.

Lo había intentado con las zanahorias también, pero el topo no había dejado ni una y no tenía alma para matar al pobre animal. Los métodos que mi tío Raimundo me había aconsejado eran espeluznantes. Soltar gas en el túnel, poner trampas que yo creo que cortaban la cabeza del animal o usar veneno eran, a su entender, la única forma de erradicar la plaga.

El caso es que yo solo tenía un topo en el huerto y, hasta el momento, había respetado mis patatas.

Patatas, por cierto, que necesitaban abono con urgencia. Un abono que esperaba paciente en la carretilla y que me daba una pereza enorme transportar.

Así que pensé en ponerme a trabajar, pero me había prometido no hacerlo durante el fin de semana. Pero es que las patatas me agotaban.

La margarita me daría la respuesta.

Trabajo.

—Está bien—le dije a la montaña de pétalos de la mesa.

Para qué engañarnos, el trabajo era mucho más importante, así que mejor empezar cuanto antes para tener el día siguiente libre.

Jamás desconectaría, eso lo había tenido clarísimo antes de «exiliarme», pero empezaba a cargarme con más trabajo que si estuviese en la oficina solo porque no quería que me acusasen de estar escurriendo el bulto.

Se suponía que estaba en medio de la nada para desconectar, aunque los ciento treinta y dos *emails* en mi bandeja de entrada convertían lo de «reducir el ritmo de trabajo» en el eufemismo del siglo.

Tras una hora leyendo comunicados, avisos y agendas para reuniones a las que no tenía que aparecer, quedé enganchada con la nueva proposición de Román.

Su arte, sus manos y su hiperactividad eran el corazón y alma de nuestro proyecto, pero, económicamente hablando, su genialidad le convertía en un agente peligroso. Mi amigo no conocía

límites y, si le dejaba a su libre albedrío, íbamos a terminar en bancarrota antes incluso de terminar de presentarnos ante el mundo.

Lo último que le tenía obsesionado era la lencería. «Lencería agresiva» era lo que para él era la nueva ola. Nada de parecer monas; Román nos quería tigresas.

Había que reconocerle que podía funcionar, pero ahora no era el momento. Ya a duras penas conseguíamos cubrir la demanda y expectativas como para añadir más quebraderos de cabeza.

Román parecía olvidar a la velocidad del sonido lo difícil que había sido encontrar proveedores decentes, es decir, empresas que, además de ofrecer un buen producto, no esclavizaban a sus trabajadores. Tres viajes a la India nada menos, eso después de haber recorrido toda la península ibérica para acabar con nada menos que cinco empresas confeccionando sus diseños. La logística de todo aquello no daba para más.

Y luego estaba lo del catálogo: catálogo sí, catálogo no. Eran tantos los factores a tener en cuenta, que empezaba a sopesar seriamente tomar una decisión al respecto desojando otra margarita. Algo me decía que existían las mismas posibilidades de dar la campanada como de hacernos perder un dinero que no teníamos.

Los asuntos se apilaban y no había manera de hacerlo desde casa. Teníamos que juntarnos y presentar nuestras propuestas; analizar hasta el último céntimo si de veras nos compensaba complicar así el negocio y, una vez hechos los cálculos, votar qué hacer.

Nuestro sistema podía ser un tanto precario, pero funcionaba. Nada se hacía sin contar con el apoyo unánime de todas las partes. Si pegábamos el pelotazo, ganábamos todos, si acabábamos bajo un puente, no podría acusarse a nadie de la debacle. Aunque, como contrapartida, debíamos rumiar y masticar cada decisión cuatrocientas veces hasta que todo quedaba claro para todo el mundo.

Menos mal que éramos solo tres.

Acababa de encender el ordenador cuando Carmen entró como un huracán por la puerta de mi casa.

Traía puestas unas botas de montaña y la mochila más grande diseñada por el hombre a los hombros.

—Vienes o qué.

—¿A dónde? Si se puede saber.

—Te lo dije anteayer. Medio pueblo ha decidido pasar el día en el refugio viejo. ¿No te acuerdas?

No dije nada, pero algo vio en mi mirada.

—¡Lo has olvidado! Mayra, creo que no es normal que debas apuntar en una agenda el único evento del mes. Santo Domingo no es la Gran Manzana que digamos.

—Lo siento. Se me pasó por completo —dije sin pensar.

—Pero vienes, ¿no?

—El caso es que...

Me había puesto a trabajar, por fin, y no tenía intención de dejarlo todo a medias para ir de paseo.

Debería haber optado por las patatas. Allí a Carmen no se le hubiese ocurrido buscar, aunque el organizador de la caminata y su novia, la lapa, me habrían visto por la ventana.

Mi amiga era más fácil de espantar. Con Carlos, en cambio, habría dicho alguna tontería, me habría pillado en un renuncio y me habría empujado escaleras arriba hasta asegurarse de que me preparaba a tiempo.

A veces la insistencia de esta gente era agotadora.

Carmen resopló exasperada con un gruñido muy parecido al rebuzno de un burro.

—Tengo trabajo que hacer aquí —me defendí señalando la pila de papeles y el ordenador—. En serio que estoy muy liada.

—No voy a suplicar —zanjó hablándome como si yo me llamase Arturo—. Si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarnos. Pero que sepas que no me vas a ver el pelo en un montón de tiempo porque en un par de semanas vamos a Escocia de visita. Esta sería la última vez que pudiésemos hablar.

Levantó la barbilla y se dio la vuelta despacio. Esa era la técnica que tenía para intentar convencer a la gente, pero nunca funcionó y nunca funcionaría. La pobre Carmen no sabía cómo plantarse y ordenar. A Dios gracias. Además, que me hiciera chantaje emocional me afianzaba más en llevarle la contraria.

—Si termino rápido, intentaré alcanzar al grupo.

Sabía que era una imposibilidad a no ser que no fuera a pie diez kilómetros antes de coger el camino que subía al refugio, pero el trabajo era el trabajo y realmente necesitaba un día sin que nadie se dejara caer por mi casa para poder organizar mis pensamientos.

Carmen se resignó, aunque no salió sin robarme una galleta gigante de chocolate. La última que me quedaba y que había estado reservando para el momento de histerismo total justo antes de recurrir al deshoje de margarita, otra vez.

Bruja.

Al menos volvía a estar sola.

«Dónde estábamos. ¡Ah, sí! Con las bragas de Román».

No, era inviable. La lencería la dejaríamos por el momento, por mucho que él insistiera que un corsé de cuero y un látigo venderían mejor que cualquier camiseta rebajada al 50%.

¿Y si Román tenía razón?

Era oficial: tenía que trabajar.

Capítulo 10

Carlos

—*Y*a estamos todos. ¡En marcha!

A Milagros le gustaba mandar. Mandaba en el hostel, mandaba en casa, mandaba en las reuniones, mandaba en el grupo de amigas, así que, ahora, le tocaba mandar aun no sabiendo dónde íbamos exactamente.

Al final, la caminata que tenía pensado hacer solo se había convertido en una excursión planeada en la que medio pueblo quiso participar. Eso significaba que los treinta kilómetros que quería andar iban a reducirse a menos de diez; la ruta que pensaba seguir hasta llegar a una de las cumbres era ahora un paseo por el valle, y nada de caminos de mala muerte porque la mitad de los allí presentes iban con sandalias. No iba a quejarme; las mochilas estaban llenas de comida y en el refugio viejo nos esperaban unas cuantas cervezas. Ya tendría oportunidad de ir por mi cuenta durante el verano.

Pero todavía no habían llegado todos y llevábamos un buen rato de palo tieso en la plaza del pueblo.

Milagros volvió a intentarlo.

—¡Venga que se nos echa el tiempo encima!

No era de mi incumbencia, pero yo pensaba...

—Y Mayra, ¿no viene? —preguntó Patricia.

—No —contestó Carmen—. Y no me ha dado una excusa convincente. Allá ella.

Sofía se acercó para darme su chaqueta.

—¿Me la llevas, cariño? Ahora mismo no hace frío.

—La mochila va petada, Sofía. Vas a tener que atarte la chaqueta a la cintura.

—¿Y dar de sí las mangas?

La chaqueta debía haber costado una fortuna y, a la hora de la verdad, tendría que prestarle la mía para que no se muriera de frío. El concepto «forro polar» no computaba en su estético cerebro.

—Como quieras, pero va a terminar arrugada igual que el fuelle de un acordeón.

Sofía meditaba los pros y los contras cuando Milagros empezó a organizar a la gente en coches a empujones.

—La llevaré en la mano, por ahora —decidió—. Seguramente la necesite en cuanto lleguemos.

Se dio la vuelta y encaminó sus pasos hacia mi coche.

—¡Sofía! —gritó Carmen—. Al final el coche del mamporrero no nos va a hacer ninguna falta.

Sofía perdía los nervios cada vez que me llamaban así y Carmen lo sabía. Daba igual las veces que le hubiese explicado el porqué de aquel mote, mi novia lo encontraba denigrante, si bien presumía del éxito de nuestro negocio familiar. Hablar de caballos de raza era de lo más chic, pero nada de semen, por favor.

—Carlos y yo vamos en nuestro coche. No hay necesidad de ir apretados. Un maletero más vendrá bien.

La postura de mi novia no aceptaba réplica.

—Tienes razón —concedió Milagros—. Supongo que alguien más podrá ir con vosotros.

—¡Nosotras vamos! —gritó Laura arrastrando a la loca de Carlota del brazo. Aunque eran mucho más jóvenes, se habían adaptado de maravilla con nosotros, los «mayores».

Esta vez Sofía no pudo protestar porque las dos pillas ya se habían metido en el coche.

Todavía había un asiento libre.

—¡Nos vemos en el aparcamiento del pinar! —gritó nuestra líder por la ventanilla y, por fin, nos pusimos en movimiento.

Los coches tomaron el camino más corto para salir a la carretera, pero yo decidí dar un pequeño rodeo.

—¿A dónde vas? —preguntó Laura.

—A recoger a tu prima. Ha debido surgirle algo y, si no va con nosotros, se perderá la excursión.

Laura y Carlota encontraron la explicación razonable, aunque me llevé una mirada de soslayo de Sofía.

Mi coche era de tres puertas, así que me mandaron a mí en misión de recogida.

Llamé con los nudillos.

—Pasa, está abierto.

Mayra estaba sentada delante de su portátil mientras hablaba por teléfono. Paró de hablar cuando me vio y, tras un par de segundos, volvió a la conversación mientras levantaba la mano para saludar.

—No lo creo —le dijo al auricular—, pero deberíamos asegurarnos.

Escuchó con atención lo que la otra persona le decía meneando la cabeza igual que cuando no estaba de acuerdo y no tenía intención de discutir.

—Lo miraré entonces. Mañana te llamo.... Que síííí, pesado, deja que repose la idea. Un beso.

Y colgó. Iba listo el pobre si pensaba que Mayra iba a ceder en lo que fuese que estuviesen discutiendo. Cuando Mayra decía que no, era que no. Cabezona como ella sola.

—Buenos días. ¿A qué debo la visita? —sonaba igual que la perfecta recepcionista y, como tal, ni siquiera levantó la vista de la pantalla.

—Vengo a por ti. —Empecé a sudar; ahí hacía mucho calor.

—Aquí me tienes, pero estoy liada —dijo señalando la pantalla del ordenador.

—Unos cuantos *emilios* pueden esperar hasta mañana.

Mayra levantó la cabeza, arrugó la frente y cerró los puños.

—Estamos esperando en el coche. —A mí tampoco me apetecía discutir.

—¿Quiénes y para qué?

—La excursión. La caminata será corta, aunque puede que se levante algo de aire, así que lleva un chaqueta por si acaso.

—Le dije a Carmen que no iba.

—Y yo digo que sí. Si quieres, llamo a Carlota para convencerte. —Señalé la puerta con el dedo y empecé a girarme—. Hemos dado una vuelta extra para venir a por ti —dije serio—. Si no quieres que traiga a la caballería pesada, te aconsejo que te apresures. Mi novia no es una mujer paciente.

Mayra arrugó la nariz de una forma que no había visto hasta entonces. Tendría que prestar más

atención; Mayra había vuelto con una batería de movimientos corporales nuevos que me estaba costando horrores interpretar.

Crucé los brazos para meterle prisa.

Me miró de arriba abajo sopesando sus posibilidades de victoria. Tras un momento, cerró el portátil y se levantó.

—¿Tengo al menos dos minutos?

—Si somos optimistas.

—Ve al coche a calmar a la caballería. En un momento salgo.

—¿Seguro?

Ni me miró. Se dio la vuelta y fue a su dormitorio con el ordenador debajo del brazo.

Media hora más tarde llegábamos de una pieza al punto de encuentro. Aquella salida sería recordada en las décadas venideras. Más de treinta domingueños en procesión. Hasta los turistas nos abrían paso.

—Deberíamos haber venido en burro. No hay *sherpa* capaz de cargar con todo eso —dijo Mayra en el momento que salió del coche y vio el percal—. Puedo cargar con un par de mantas, mi mochila va medio vacía.

—Muchas gracias, pero en teoría está todo controlado.

—Eso se ve a primera vista. —¿Por qué últimamente solo se le soltaba la lengua para picarme?

Tras otro buen rato organizando, al final casi todo el mundo acabó cargando con más de lo esperado.

—Si seguimos aquí mareando la perdiz se nos va a pasar el día —grité a todo pulmón—. ¡Atención todo el mundo! ¿Tenemos los teléfonos de todos por si acaso?

Hubo un sí apagado general. Estupendo, la peña estaba cansada antes de empezar a caminar.

—Muchos sabéis el camino. Pedro y yo nos turnaremos delante. Si alguien se separa del grupo que, al menos, avise. ¿De acuerdo?

—Vale, pesado —soltó Milagros.

Pedro comenzó a andar y el resto siguió obediente a paso de tortuga. La marcha de una hora podría alargarse hasta la noche. Me di la vuelta para asegurarme de que nadie quedaba atrás y vi a Mayra intercambiar números de teléfono.

—¿Todo bien? —pregunté cuando llegó a mi altura.

—Perfecto, salvo que no tengo el número de nadie.

Le quité el teléfono de las manos y apunté mi número.

—Hazme una llamada perdida.

Me llamó y yo grabé el número.

—Ya está. Será mejor que nos demos prisa no sea que los caracoles nos saquen mucha ventaja.

A menos de quince metros nos esperaba Sofia con los brazos cruzados.

—Mayra, si se te hace muy cuesta arriba, alguien podría ayudarte con la mochila.

—Muchas gracias, pero creo que me las apañaré bien. Os sigo.

—Es tan pequeña —me susurró Sofia mientras se colgaba de mi brazo—. No quisiera que le diese un bajón de azúcar o algo por culpa del esfuerzo.

No supe qué decir y, al mirar atrás, me percaté de que la mochila ocupaba casi más que Mayra.

Emprendimos el camino tranquilamente, como quien da un paseo antes de la cena. El paisaje era tan espectacular que pedía recrearse a cada paso. La primera parte de la caminata era a través del pinar, pero pronto comenzaríamos a subir; los pinos darían paso a las retamas de escobas y en lo alto solo habría praderas hasta casi las cumbres de roca desnuda.

Aquí y allí nos toparíamos con enormes piedras de granito amontonadas unas encima de las otras en un extraño equilibrio por culpa de la erosión. Todos nos habíamos preguntado millones de veces cómo era posible que algunas no colapsaran, pero si eras de por aquí, acababas explorando y metiéndote en todos los recovecos sin pensártelo dos veces.

A lo lejos podían verse la calvas que años atrás habían dado nombre a este lugar. Todo el mundo conocía este sitio como la sierra Negra, aunque nadie leería ese nombre en ningún mapa. Sierra Negra era un mote; un doloroso recuerdo, más bien.

En 1977, algún hijo de mala madre decidió acabar con décadas de esfuerzos forestales y miles de años de equilibrio natural iniciando el más horripilante fuego de la historia de lugar. Cinco puntos haciendo un círculo perfecto alrededor de la sierra, de abajo arriba barriendo todo a su paso. El fuego duró dos semanas dejando un mar de rastrojo, escobas y bosque quemado que aún hoy podía verse sobre la superficie de la roca.

Después hubo otros incendios, pero ninguno como aquel. Tardaron casi tres semanas en tenerlo controlado y cuatro personas perdieron la vida en el proceso. El 60% de la sierra quedó carbonizado, incluida la mayoría de la fauna.

El pirómano nunca fue encontrado, aunque siempre se sospechó del hijo loco de una familia en Corneja del Valle. Nada se pudo probar. Se decía que el hombre había perdido la cabeza cuando no heredó unos terrenos tras la muerte de su padre quemándolos junto con todo lo demás. Nunca supe quién era exactamente el sospechoso. Tampoco pregunté; con ciertas cosas era mejor no indagar demasiado.

El teléfono vibrando en el bolsillo de atrás del pantalón me sacó de aquellas historias pasadas.

La palabra «Niña» parpadeaba en la pantalla.

—Dime que no te has perdido. —Si me llamaba, era porque estaba en apuros, seguro.

—¿Yo? Conozco este sitio mejor que tú. Al contrario que el resto, cuando tengo la oportunidad de venir de visita, aprovecho y me pateo el monte por diversión.

Miré alrededor buscándola, pero no se la veía por ninguna parte.

—¿Dónde estás?

—En el peñón, a tu derecha. Mira hacia arriba.

Una pequeña figura en lo alto de un pedrusco movía el brazo haciendo señas.

—¿Cómo leches has terminado ahí arriba?

—Andáis tan lento que me he puesto a explorar.

—Baja y sigamos con la marcha.

—No. Será mejor que subas tú aquí.

—No tenemos tiempo, niña. —Me alegré de haberme separado algo del grupo.

—He encontrado algo y no quiero sacar conclusiones erróneas. Serán solo diez minutos.

Volví a mirar hacia arriba. Mayra no decía las cosas porque sí.

—No te muevas de ahí. Ahora subo.

Llamé a Pedro y, tras asegurarnos de que todo el mundo iba por buen camino, fui a ver qué diablos había encontrado Mayra.

—Sígueme. —Había subido medio corriendo y ahora mismo me costaba respirar. ¿Iba ella a percatarse y dejarme recuperarme? No.

—Mayra, espero que sea importante.

La seguí entre dos rocas y me tuve que quitar la mochila para poder pasar por debajo de otra. Llegamos a un claro en el que crecían flores silvestres y vivía una colonia de moscas del tamaño de avispas.

—El sonido de los insectos atrajo mi curiosidad —dijo en voz baja.

A unos pasos señaló el suelo donde un trillón de moscas levantó el vuelo al mismo tiempo provocando una nube negra a nuestro alrededor.

—¿Qué es? —pregunté. Algo estaba medio enterrado en un lado del claro.

—No estoy segura, pero a mí me parece cuero, pelo y carne a medio descomponer.

Con una vara y el pie aparté unas piedras y más piel y pelo recio oscuro quedó al aire.

—¿Qué piensas?

—Furtivos. —Mierda.

Mayra asintió con la cabeza mientras daba unos pasos hacia atrás.

Hice una llamada.

—¿Llamas al Seprona? —preguntó seria.

Negué con la cabeza. Contestaron al segundo tono.

—A las buenas tardes, Carlos. ¿Tenemos que ir en acción de rescate?

—Rosales. Mayra ha encontrado algo y deberías venir a verlo. Si estamos en lo cierto, aquí hay piel de cabra enterrada.

—Dónde estáis.

—A medio camino del refugio viejo desde el aparcamiento. En un alto a la derecha, donde hay unos canchos en forma de T con una piedra más pequeña en lo alto.

—Voy ahora mismo. Tardaré algo, cuando veas que me acerco con el todoterreno, me haces una llamada perdida. Estad a la vista.

Cuando Rosales llegó, ya habíamos movido todas las piedras, escobas secas y troncos después de sacar unas fotos. Cuanto más apartábamos, más quedaba claro que allí había enterrados varios cadáveres de cabra montés.

Mayra tenía para entonces un disgusto importante. Cualquier hijo de vecino habría dicho que aquella escena era una simple y pura salvajada, pero para una cabrera debía estar cerca de ser considerado genocidio.

Nuestro amigo corroboró nuestras sospechas.

—Furtivos. No hay duda. Y de los chapuceros. No han enterrado bien los restos y ni se han molestado en buscar un sitio apartado.

—Bien pensado. Aquí, tan cerca de la vereda, no se os ocurriría buscar —musitó Mayra.

—Hasta que no analicemos esto no sabremos cuántos animales hay aquí enterrados y si hay machos; quién sabe, lo mismo algún loco quería hacerse un safari sin tener que ir a África.

—Pero, ¿no es un poco absurdo que despellejen a los animales aquí? Yo veo más sencillo cargar con el animal entero. —Mayra estaba azul y se tapaba la boca cada vez que miraba hacia el suelo.

—Depende —afirmó Rosales—. Estos animales ocupan mucho sitio en el maletero de un coche, incluso si es un todo terreno. Aquí hay varias piezas. De llevárselo todo, habrían necesitado a un montón de gente para acercarlos hasta el aparcamiento y eso llama la atención, incluso de noche. En una cosa tienes razón, este claro no es un mal sitio. Las peñas protegen lo suficiente para hacer un trabajo rápido sin que nadie se dé cuenta. Pero por ahora son todo especulaciones. Os agradecería, sin embargo, que no hablarais de esto con nadie. El Seprona iniciará una investigación y es mejor no levantar la liebre.

—Hecho —dije mientras agarraba el brazo de Mayra—. Niña, andando. Ya no tenemos nada más que hacer aquí y llevamos más de una hora desaparecidos.

Ante la idea de que pudiésemos crear cualquier clase de comentario, Mayra comenzó a moverse

como si le picara el trasero. Con los bombachos y el sombrero parecía una caricatura de sí misma, le quedara lo bien que le quedara.

—Gracias por llamar —dijo Rosales a nuestra espalda—. Y bien hecho, Mayra.

—Ojalá no hubiese encontrado nada. ¿Te vemos luego?

—Se supone que ya estoy fuera de servicio, así que, cuando acabe aquí, me acercaré al refugio.

—Te reservaremos una cerveza —grité sin darme la vuelta.

—Tu siempre tan generoso —Mayra me dio un codazo y casi pierdo el equilibrio.

—Una cerveza, ¿qué más quiere? —pretendí hacerme el ofendido por el comentario y por el empujón.

Mayra puso los ojos en blanco y, a pesar de las circunstancias, nos reímos mientras corríamos cuesta abajo.

—Será mejor que nos demos prisa o ya habrán terminado con la comida para cuando lleguemos.

La ayudé a dar el último salto antes de alcanzar el camino y empecé a ir a buen paso. Para mi sorpresa, Mayra no tuvo ningún problema en seguirme. La caminata le devolvió el color.

Cuando llegamos al refugio, la gente ya se había puesto cómoda alrededor de la comida esparcida sobre mantas y las manos bien pertrechadas con botellines de cerveza. Aquí y allí se habían formado grupos y Milagros y compañía nos hacían señas para sentarnos con ellos.

—¿Qué vamos a decir? —susurró Mayra.

—Que te habías perdido.

—Sí, hombre. Piensa en otra cosa.

—Rosales ha pedido discreción. Si quieres, decimos que te torciste un tobillo y te quedaste atrás.

—Por eso ahora ando estupendamente. Tampoco colará.

Habíamos llegado a la altura del grupo.

—¿Os habéis perdido? —indagó Milagros. Viendo la cara que todo el mundo puso, entendí por qué Mayra dedicaba tantas energías a ocultarse. Iba a tener que aprender a ignorar ciertas actitudes si no quería volverse loca.

—Va a tener que ponerse las pilas si quiere salir con nosotros más a menudo —solté señalándola con el pulgar.

No había dicho que se hubiese perdido, solo deje en el aire la insinuación y, por supuesto, Mayra no hizo nada por defenderse en público.

Me prometí compensarla por la encerrona.

—¡Carlos! —Me di la vuelta y me encontré a una Sofía furibunda, por mucho que intentara ocultarlo. Escondía su malestar detrás de una sonrisa a medias, con los brazos en jarras dando golpes con el pie en el suelo.

De repente, todo el mundo encontró excusas para desaparecer.

—Llevo horas sola soportando conversaciones estúpidas mientras tú te dedicas a ir de Caperucita Roja por el monte —dijo entre dientes.

Aquel tono ácido era nuevo.

—Ya estoy aquí y a tu entera disposición. —Me acerqué para abrazarla y darle un beso en los labios. Aunque seguía cabreada, las muestras de cariño en público la relajaron lo suficiente para acabar con la conversación.

Sofía se esforzaba por destacar en el pueblo. En cuanto tenía la oportunidad, me agarraba, me abrazaba, me besaba sonoramente o me hacía cualquier otra carantoña que gritara a los cuatro vientos que estábamos juntos. A veces lo encontraba demasiado extravagante, aunque debía

admitir que me gustaban esas muestras de atención. Sofía me exhibía con orgullo. Me hinché como un pavo y miré alrededor para presumir. Todo el mundo iba a lo suyo, solo Mayra nos observaba de reojo mientras hablaba con Carmen.

*Teatro,
lo tuyo es puro teatro...*

La voz de la Lupe comenzó a sonar de un MP3 que alguien había conectado a unos altavoces mientras me tumbaba con Sofía al sol.

Capítulo 11

Mayra

Algo me incomodaba por dentro y no sabía exactamente qué. Desde que encontrásemos aquel horrible yacimiento el fin de semana anterior, no había sido capaz de conciliar el sueño.

«Deja de pensar en ello, Mayra».

Una cosa era saber que en la sierra había furtivos y otra muy distinta ver en primera persona lo que eso significaba. En sierra Negra siempre hubo caza ilegal. Recordaba que, de niña, en el momento que el maestro, el médico, el farmacéutico y el cura se juntaban, pasaban revista a todos los problemas de la región y los cazadores furtivos eran uno de ellos. Además, el asunto de los furtivos tenía su aquel. Era mentar el tema y, de repente, bajaban el tono de voz cavilando quién podía ser. Siempre pensé que lo hacían para parecerse a los de las películas. Detectives de andar por casa pretendiendo que los furtivos eran los malos y nosotros no conocíamos a los malos, cuando en realidad soltaban algún que otro apellido. Los malos vivían en el mundo de los malos y nosotros vivíamos en Madrid y en Santo Domingo de los Altos. Los mayores, a veces, me resultaban algo ridículos.

Días después de la excursión no conseguía ni siquiera centrarme en el libro que estaba leyendo. Además, me entró la extraña paranoia de que quizá yo conocía a alguno de esos furtivos. ¿Qué había dicho Rosales? «Cazan como hecho demostrativo».

Decidí salir a dar una vuelta. El aire fresco me vendría bien.

No sirvió de nada. A cada paso volvía a darle vueltas al asunto. ¿Y qué se supone que quieren demostrar? ¿Que la escopeta funciona? ¿Que son más listos que el resto de los mortales que paga por una licencia y caza un número restringido de piezas?

Nunca entendí la fascinación por salir al monte a cazar animales, más aún cuando no son para comer, pero cruzar la línea y convertirse en un furtivo lo veía vomitivo. Ver aquella carne putrefacta me convirtió en una radical anticaza.

Aunque yo tampoco podía criticar mucho. Me vestía con cuero y mis *Lederhosen* eran de piel de ciervo cazado legalmente en los Alpes o, mejor aún, criado en una granja biológica. ¡Aj!

La línea divisoria entre la necesidad y la presunción era, además de fina, muy borrosa.

Entré en el bar y me encontré un desierto de mesas y sillas. Ni siquiera Juan estaba detrás de la barra. Creo que era la primera vez que estaba sola en La Tasca. Había quedado con Carmen para tomar café, pero llegaba tarde. Tarde no, tardísimo. Lo de adecentar a dos críos y llegar a tiempo a los sitios parecía ser una imposibilidad para mi amiga en aquellos días. Nada que objetar, yo no tenía hijos, así que poco sabía de qué iba la vaina.

Decidí esperar tomando una manzanilla porque el estómago me estaba matando con los recuerdos de aquellas pobres cabras desolladas.

Rosales entró por la puerta y se acercó a mi mesa.

—¿Está ocupada? —preguntó señalando la silla en frente de mí como si tuviésemos que dar codazos para encontrar donde sentarnos.

—Lleva tu nombre —contesté cambiando el vaso de mano para no quemarme la punta de los dedos, después de asegurarme de que los no presentes no asaltaran aquella silla moviendo la cabeza con mucho teatro. El movimiento hizo que la infusión resbalara por el borde del vaso, así que me quemé igual.

Rosales me lanzó una sonrisa tímida y gritó a la nada que por favor le sirvieran una Coca-Cola mientras se sentaba. Creo que era la primera vez que yo escuchaba eco en un bar y, si no recordaba mal, también era la primera vez que nuestro guarda forestal se me acercaba a conversar. Y me alegré por ello porque aquel grandullón era un encanto de hombre y siempre quise hacer amistad con él, pero nunca tuve oportunidad. El problema residía en que, al ser el mejor amigo de Carlos, el 99% de las veces que podía hablar con uno tenía que hacer compañía al otro.

Obviamente, complicarme la vida había sido uno de mis pasatiempos favoritos porque si hablaba o no con alguien no era asunto de nadie. Pero ya se sabe que hay ojos y oídos en todas partes y la gente se imagina cosas y luego las comenta y acaban por ser verdad universal.

—¿Qué hace una mujer tan guapa como tú tan sola a estas horas? —El piropo no es que fuese a ganar ningún concurso, pero esa voz...

Aproveché la oportunidad para mirarle bien. Rosales pasaba siempre desapercibido a pesar de tener una buenísima presencia, un pelo negro brillante con un corte que le favorecía muchísimo, una perilla bien arreglada y una mirada inteligente que te hacía querer contarle todos tus problemas.

Rosales podría haber sido un buen cura, aunque, pensándolo bien, algo en sus movimientos indicaba que nuestro guarda era demasiado... cómo expresarlo... demasiado carnal.

—Esperando a que Carmen decida por fin aparecer. Últimamente siempre llega al menos media hora tarde.

—Juan lo agradecerá.

De eso no había duda. Mientras esperaba, me atiborraba a infusiones, cafés y, a veces, a helados. Una que es débil.

—¡Coca-Cola! —gritó Juan desde la barra.

Así era nuestro tabernero. Todo a gritos y esperaba lo mismo de los clientes. Lo que todavía me asombraba era que cada uno supiera cuándo le llamaban. Menos yo, claro. Cuando Juan gritaba «¡café con leche en vaso!» yo tenía la mala costumbre de pensar que era el mío y siempre me encontraba con el brazo de alguien arrebatando de malas maneras mi dosis de cafeína diaria. Al cabo de cuatro intentos fallidos, dejaba de atender y era justo entonces cuando se trataba de mi café.

Rosales volvió a la mesa con su refresco y, tras un breve silencio, decidí preguntarle algunas cosas. No quería que pensara que cotilleábamos, pero, durante las últimas noches, había estado demasiado intranquila como para dejar pasar la oportunidad.

—¿Se sabe algo nuevo de lo del otro día?

Rosales me miró serio sopesando cuánto contarme.

—No, la verdad. Es pronto para atar cabos.

En ese momento apareció Carlos por la puerta.

Genial.

—¡Una cerveza sin! —gritó y se dirigió hacia nuestra mesa demasiado decidido, en mi opinión.

—Siento llegar tarde, pero tenía un montón de ropa sucia que organizar.

Levante las cejas.

—Usar dos casas al mismo tiempo no es fácil, ni... Mayra.

—No te ofendas, pero nunca te puse en el grupo de los hacendosos.

—Pues ya ves.

—¡Cerveza sin! —bramó Juan justo cuando Carlos estaba a punto de tocar el asiento con el trasero.

—Lo hace aposta, seguro —gruñó mientras volvía a recuperar con dificultad la posición.

Rosales y yo nos reímos de él de buena gana.

—A mí me lía con los pedidos y yo no me quejo —dije en alto.

Juan esperaba satisfecho apoyado sobre la barra mirándonos como si fuésemos sus peones de ajedrez.

Cuando Carlos por fin se sentó a la mesa, ya se había quitado la chaqueta y arremangado las mangas de la camisa enseñando unos antebrazos musculosos que me eran desconocidos. Los años le sentaban bien, de hecho, ahora tenía mucho mejor cuerpo que diez años atrás y ya entonces apuntaba maneras.

Saqué el abanico plegable y decidí esperar a que se enfriara la manzanilla.

—Le comentaba a Mayra que no hay noticias sobre lo que encontrasteis.

—Encontró —puntualizó Carlos.

—Pues eso, que no hay nada que contar, por desgracia. —Rosales parecía tranquilo hablando de ello.

—Tengo que reconocer que la idea de que haya furtivos me pilló por sorpresa —confesé en voz baja.

—Siempre los ha habido y, por desgracia, siempre los habrá. En el momento que hay una especie protegida, salen de debajo de las piedras. —Evidentemente el tema no le enervaba tanto como a mí o puede que estuviese más acostumbrado que yo.

—¿Les merece la pena? —En serio que no terminaba de comprenderlo.

—Hay mucho dinero de por medio. Eso es un buen incentivo, creo yo. —Carlos bebió entonces de su cerveza, dejando a Rosales que continuara.

—Ya os lo dije la semana pasada, los hay que cazan porque así demuestran que son los amos de la sierra y los hay que solo buscan el negocio. Por lo general, los primeros trabajan para los segundos. Luego están los que lo hacen todo. Ellos cazan y venden las cornamentas, muchas veces in situ.

—¿Sabes quién podría ser?

Carlos y Rosales se miraron sin decir nada. Eso, en el lenguaje masculino, viene a significar «¿le decimos que sí o nos inventamos una milonga?».

—¿Por qué me da la sensación de que tenéis ya una lista de sospechosos?

—Ese es el problema, niña. Solo son sospechas, siempre lo son hasta que pueda probarse nada.

—Se dice, se habla, se comenta. Lo de siempre —espeté—. Da igual el tiempo que pase, cada vez que vuelvo aquí, necesito días para que no me dé «yu-yu» saber que tengo miles de ojos siguiendo mis pasos. —Cómo odiaba los cotilleos.

—Exactamente —dijo Rosales—. Por eso es mejor no hablar de más y dejar que las autoridades hagan su trabajo.

Sabía que Rosales era un buen tío. Lo llevaba escrito en la frente y actuaba como tal. Vale, no todo el mundo dedicaba cada minuto del día a husmear en los asuntos de los demás. Eso

significaba que ahora no me veía en posición de indagar más, lo que suponía que saldría de aquel bar sin tener ni idea de quién era el supuesto «furtivo» del pueblo. Efecto colateral.

Mejor. Bastante tenía ya con mi vida, ¿no?

—¿Crees que los encontrarán? —Pensé que esa era una pregunta legítima.

—Tarde o temprano, supongo. Aunque lo más seguro es que no haya repercusiones. Casi nunca las hay. ¿Tú crees que se castiga como se debe a alguien por matar una cabra montés? —Rosales tenía ahora tensos los músculos del cuello y los nudillos blancos de apretar la botella de refresco.

—Toman el pelo a los cazadores con licencia —continuó—, hacen el agosto a costa de exterminar uno de los habitantes naturales de la sierra por colgar unos cuernos en la pared de su salón.

—¿Qué se puede hacer? —pregunté.

Rosales me miró con simpatía y Carlos apoyó su mano en mi brazo.

—Nada, niña.

Levanté la mano para que me diesen un segundo en explicarme.

—Sé que yo sola no voy a cambiar nada, pero ya visteis que no ando perdida por el monte y presto atención a mi entorno. Solo tenéis que decirme qué cosas son sospechosas y en las próximas salidas sabré dónde y cómo mirar.

Rosales pensó un momento.

—Haz lo que hiciste el fin de semana pasado. Acumulaciones de pájaros, olores extraños y alguna grieta o gruta lo suficientemente grande para esconder los animales suelen señalar el lugar del crimen. La sierra es tan grande que lo del otro día fue un golpe de suerte.

Resoplé porque sabía que tenía razón.

—Muchas gracias por llamarnos —continuó—. Otros habrían pasado olímpicamente.

—Imposible. —Aquello era una carnicería. ¿Cómo podía alguien ignorarlo?—. Una llamada anónima no cuesta nada.

—Te asombraría saber lo que algunos hacen por no meterse en líos o perder un día de acampada prestando declaración al Seprona. Por cierto, me temo que te tendrás que pasar por el cuartelillo en Corneja del Valle para contar a la Guardia Civil tu versión.

Asentí con la cabeza decidida, pero tenía un nudo en la garganta.

Hablábamos tan bajo que era imposible que Juan se enterase de nada y cuanto más bajo hablábamos, más acercábamos Carlos y yo la cabeza como si quisiéramos urdir un complot.

Cuando más interesante estaba la conversación, empezó a sonar un teléfono móvil. Nadie se movió. El tono sonó más alto.

Carlos se separó entonces y pidió disculpas mientras buscaba algo en los bolsillos.

—¿Sí? —preguntó bobalicón.

Rosales carraspeó y bebió de su refresco.

Carlos volvió a pedir disculpas con la mano y se levantó para continuar la conversación a unos metros. Quise desesperadamente oír lo que estaba diciendo y, al mismo tiempo, me sentía fatal por ello. ¿Qué me importaban a mí las llamadas telefónicas de Carlos? Debía estarse pegando el virus «cotillil» del lugar.

Para no caer en la tentación de escuchar conversaciones privadas, seguí charlando con Rosales. Puede que aquella fuera a ser la única vez.

—¿Rosales?

—Dime.

—Estoy pensando... —cómo preguntar sin sonar histérica.

—Dispara, Mayra. Si tienes alguna duda, es mejor aclararla cuanto antes mejor. Este asunto es muy serio.

«Pues nada, preguntaré, aunque quede en ridículo».

—¿Es peligroso? Me refiero para los que andamos por el monte por placer.

—Creo que había quedado claro —dijo Carlos entre dientes.

Rosales alzó las cejas no sé muy bien si por mi pregunta o por la conversación telefónica se se desarrollaba detrás de él.

—¿Por qué iba a ser peligroso? —preguntó nuestro guarda.

—Hablamos de gente con escopetas que van a hacer negocio. No me gustaría estar en medio de un cazador y su presa —reconoció.

Se atusó la perilla y pensó un momento cómo contestar a mi estúpida pregunta.

—Entiendo tu preocupación, aunque los casos en los que un turista es disparado por un furtivo son inexistentes, que yo sepa. Accidentes hay, aunque no de la clase que me estás preguntando. El furtivo no puede ser visto y siempre se asegura de que no haya nadie por los alrededores; las cazas ilegales se realizan casi siempre al anochecer, así que tendrías que estar acampando. ¿Has oído alguna vez algún disparo en el monte?

—No.

—¿Y no puede esperar? No te creas nada; siempre dicen que son las dos últimas plazas que quedan, pero no es más que una patraña. —Carlos andaba de un lado a otro con una mano sobre la cadera. Siseaba a su interlocutor y se rascaba la cabeza.

—Ahí lo tienes. Ten en cuenta que en la época de caza hay cazadores legales en el monte y a esos tampoco los has oído —aseguró Rosales.

Me quedé mucho más tranquila con aquellas palabras, aunque hasta que no pasease entre los pinos al menos cinco veces sin que pasase nada, no se iría el come-come.

—Me quitas un peso de encima. Por un momento...

—Sigue como hasta ahora, Mayra. Disfruta de la sierra y olvídate de esa gente. Ese es mi trabajo, no el tuyo. Si por casualidad ves algo raro, llámame en cuanto puedas y asunto arreglado. El Seprona siempre tiene una patrulla con un ojo en la caza ilegal, tarde o temprano los encontrarán.

Sacó su teléfono móvil.

—¿Cuál es tu número? —me preguntó.

Le di mi número de teléfono y apunté el suyo.

—Sí, sí, estoy aquí. Perdona, ¿qué decías? Está bien, pero espera a que yo llegue. ¿De acuerdo? ... Sí... Yo también.

Carlos colgó y se dirigió hacia el cuarto de baño.

—Llevo toda la noche dándole vueltas al tema y todavía no consigo entender los motivos. No del todo. ¿Quién puede querer colgar una cornamenta cazada ilegalmente? —seguí preguntando.

—Idiotas. Pero idiotas los hay a porrillo y cazando de forma ilegal, además de sentirse Rambo, consiguen cabezas de cabra «a lo aventura».

—Otra cosa que me tiene algo preocupada es si se caza sin licencia para poder comer.

Otra pausa. Este tema no parecía ser del agrado de nadie.

—Lo de cazar ilegalmente para comer es, en parte, una metáfora. Pocos cazan porque necesiten la carne para sobrevivir, aunque los tiempos cada vez son más difíciles y algunas familias no le dicen que no a cinco kilos de carne gratis, venga de donde venga. Es más por el dinero extra que recaudan por cazar o por dar algún chivatazo y, por desgracia, siempre hay alguien interesado. Los

ilegales están mejor o peor preparados, son más o menos, pero siempre hay alguno. Es parte de la realidad de la sierra.

Carlos salió del cuarto de baño poco después.

—Bueno, gente. Me voy pitando. ¿Todo bien?

—Vete tranquilo —aseguró Rosales—. Por cierto —dijo dirigiéndose a mí—, si no tienes a nadie que te lleve, puedo acercarte luego al cuartel.

—Muchas gracias. Si no te importa, me gustaría ir contigo sin que nos vea mucha gente; me acribillarían a preguntas en el momento que vieses que tengo que hablar con la Guardia Civil.

—Hecho. Cuando te canses de Carmen me llamas.

Rosales se levantó, le dio una palmada en el hombro a Carlos y se alejó en dirección a la barra.

—Si quieres, te acerco yo.

—No hace falta. Tendrías que llevarme, traerme y luego volver a hacer el mismo camino.

—De veras que no me importa —insistió.

—No tengo ni idea de lo que tardaré en prestar declaración. Te eternizarías para nada.

—Está bien, como quieras.

En ese momento, el huracán Carmen apareció por la puerta y ya no nos dio tiempo a decir nada más.

Tomamos el café con tranquilidad aprovechando la hora de la siesta. Una vez pasada la hora de rigor, Carmen se despidió para ir a despertar a sus hijos y marido que, según ella, dormían hechos una piña en su cama. Durante todo ese tiempo, Rosales esperó paciente mientras charlaba con Juan, así que no tuvimos ni que hablar cuando me siguió fuera y me acerqué a Corneja del Valle.

Las comisarías imponen y los cuartelillos más. Básicamente porque están llenos de guardias civiles y en mi libro, esos no se andan con chiquitas.

Rosales había entrado en un despacho a hablar con no sé quién después de que prestara declaración y yo me movía incómoda en la silla porque me habían dicho que a lo mejor tenía que volver a responder algunas preguntas.

Una mujer de más o menos mi edad se sentó a mi lado. Estrujaba su chaqueta de tal forma que estaba dejando un reguero de arrugas que difícilmente desaparecerían tras una plancha. Se la veía muy inquieta y yo, sentada a su lado, no hacía más que ponerme más nerviosa de lo que ya estaba.

La mujer comenzó a sorberse la nariz. Una y otra vez usaba la mano para impedir que los mocos salieran, pero, tras empezar a llorar en silencio, la mano no fue suficiente. Le acerqué uno de mis pañuelos y ella lo cogió sin ni siquiera mirar.

Tras sonarse pareció recuperar algo más la compostura.

—Muchas gracias —susurró.

—De nada. ¿Necesita algo más? ¿Agua?

—No gracias.

La mujer volvió a sus lloros y yo intenté leer una de las revistas que estaban esparcidas por ahí. «Caza mayor».

Genial.

Dejé la revista sobre la mesa con brusquedad.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la mujer a mi lado.

—Algo nerviosa. Llevo un buen rato aquí y quiero volver a casa.

—Yo no. —Y volvió a sonarse la nariz.

No dije nada. No iba a meter la pata y menos con una desconocida que estaba pasando un mal rato en un cuartel de la Guardia Civil.

—Me llamo Trinidad —dijo.

—Mayra.

—Vaya sitio para conocer a alguien, ¿verdad?

Trinidad era sin duda una mujer tímida. Miraba a los ojos, pero le costaba no hundir los hombros. A pesar del estado en el que se encontraba, tenía una sonrisa dulce en los labios. ¿Por qué estaría allí?

De repente, comenzó a llorar otra vez y sentí la necesidad de abrazarla. Saqué otro pañuelo del bolso y le di palmaditas en la espalda mientras intentaba de nuevo parar. La guardia de la puerta nos miraba de reojo y, al ver a Trinidad toda compungida, apretó los labios y negó con la cabeza.

—Si necesitas desahogarte, no te preocupes por mí. Lloro tranquila, a veces es el mejor remedio.

Dijo que sí con la cabeza y continuó como una Magdalena un rato más. Uno de los perros policía que pasaba se acercó despacio y apoyó el hocico sobre la rodilla de Trinidad.

—Dejo a Tarzán a tu cargo, Trini —dijo la guardia civil de la puerta—. Y si quieres le digo que le muerda al capullo de tu novio en el culo.

Eso hizo reír a Trinidad y Tarzán dio un ladrido de alegría que nos hizo pegar un brinco en la silla.

La señora de la Benemérita nos dejó con el perro prometiendo que intentaría agilizar los trámites para que Trinidad no esperara mucho más tiempo.

—Perdona el espectáculo —dijo sorbiendo por enésima vez la nariz.

—Tu novio... ¿Te ha hecho daño?

Trinidad me miró asustada. Yo y mi boca.

—Perdona, no es asunto mío.

—No, no. Es que como por aquí todo el mundo conoce mi historia, pues me he asombrado de que alguien no se haya enterado. Sería una sorpresa.

—Supongo que en Corneja son igual de cotillas que en Santo Domingo.

—A estas alturas, creo que todos los pueblos de la sierra saben que mi novio me ha vuelto a dejar sin blanca —suspiró meneando la cabeza rendida ante la evidencia.

Pero para evitar meter otra vez el cazo, cerré la boca con pegamento y esperé a que ella me contase lo que quisiera.

—Es la segunda vez, ¿sabes? —dijo algo más serena—. La primera juró que era para ayudar a un amigo, pero, ahora... Esta mañana he visto todas nuestras cuentas a cero y las tarjetas de crédito en rojo. Hace dos días fue a un viaje de negocios y no lo he vuelto a ver. No contesta a las llamadas y su madre me ha cerrado la puerta en las narices acusándome de haber llevado a su hijo por el mal camino. Así que aquí estoy, denunciando una desaparición y un robo, aunque no vaya a ver un duro del dinero y él acabe saliendo de rositas. Soy tan estúpida.

—Trinidad —aseguré sin poder reprimirme—, querer a alguien no es estúpido y es él el que se ha llevado tu dinero. Tú no tienes la culpa de que sea un chorizo.

Volvió sorber por la nariz.

—Eso es lo que me repito, aunque no me hace sentir mejor.

En ese momento Rosales salió de aquella oficina.

—Nos podemos ir, Mayra —dijo, aunque, en cuanto se percató del estado de Trinidad, paró en seco.

—Trini...

—Hola, Rosales.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. Físicamente.

Rosales se tensó y apretó los puños.

—Otra vez. Si me le ponen delante...

Nunca había visto a Rosales tan fuera de sus casillas.

—Tranquilo. Estoy aquí para poner una denuncia y para cortar todos los hilos. No volverá a ocurrir.

—De eso estoy seguro.

—Rosales —dijo la guardia de la puerta—. Esa boca o tendré que detenerte.

Rosales mandó una mirada asesina, pero se contuvo de lanzar más amenazas. Ahí pensé que era hora de que saliéramos de allí.

—Trinidad —le dije apoyando la mano en su brazo.

—Llámame Trini.

—Trini, este es mi número de teléfono. Si te apetece tomar algo o dar una caminata por el monte o charlar, no tienes más que llamarme. Vivo en Santo Domingo, así que estoy a un canto de piedra.

Trini aceptó la tarjeta que le extendí.

—Gracias —dijo mientras volvían otra vez las lágrimas.

—Ya sabes dónde encontrarme —recordó Rosales—. Si necesitas espantarle...

—¡Rosales! —Tarzán se levantó y ladró esperando órdenes de su cuidadora.

—Vale. Ya nos vamos —dijo el guarda levantando las manos.

Le guiñó un ojo a Trini y rascó a Tarzán detrás de las orejas, pero seguía tenso cuando salimos del cuartelillo.

—Y yo pensando que los cabreros éramos los bocazas —dije intentando aligerar el momento.

—A algunos habría que colgarles de las pelotas.

—Eso no te lo discuto.

Capítulo 12

Carlos

*P*or supuesto que mi ordenador tenía que morir mientras buscaba en internet otro ordenador con el que sustituirle. Siempre fue un resentido que jamás perdonó que decidiera comprarlo solo porque estuviera en oferta.

Desde el primer día me dio problemas. Nunca cargó bien, era lento a más no poder, la batería no duraba nada y la pantalla estaba algo descuadrada. Tanto es así, que empezaba a tener dolores de cuello en el momento que trabajaba más de dos horas seguidas con él.

Puede que su animadversión hacia mí fuese porque lo dejase caer sin querer. No fue mi culpa que mi compañero Luis no cerrase el estuche y el portátil resbalase en cuanto levanté el maletín. El ordenador nunca me lo perdonó y supo la forma de hacerme la vida imposible a partir de aquello.

Para despedirse a lo grande, no tuvo más que apagarse para siempre justo antes de que tuviese la oportunidad de darle al icono de «comprar» a unos setenta kilómetros de la tienda de ordenadores más cercana, un sábado casi a la hora de cenar, el mismísimo día que había recibido un *e-mail* en el que se me exigía aparecer el lunes por la mañana en una reunión con la presentación preparada.

La idea de que en un futuro no muy lejano el ordenador fuera a darme plantón, me había animado a comprar primero un sustitutivo antes de ponerme manos a la obra y sacar el trabajo adelante.

Maldito.

Eso sí, me di el lujo de lanzar el ordenador por la ventana y oír el crac al estrellarse contra la montaña de piedras en la esquina del huerto de Mayra. Quién diría que aquella pirámide en la que empezaban a crecer malas hierbas fuera a reportarme tanta satisfacción.

Aunque no para la que pegó un salto a varios metros de la colisión.

—¿Es que quieres matarme o qué?!

Me asomé pensando que el ordenador había vuelto de ultratumba para vengarse.

Mayra, inclinada mientras hacía surcos tirando nuevas piedras a la montaña, se estiró de golpe con la clara intención de lanzarme una apuntado a la frente.

—¡Perdona! —grité desde la ventana.

Pero ella ya no me miraba y la piedra había resbalado de sus dedos.

Un grito que no tenía nada que ver conmigo salió de su boca y se llevó una mano a la espalda mientras caía de rodillas.

—¡Mayra!

Salí corriendo de casa y bajé a trompicones aquellos escalones de granito resbaladizo. Para cuando llegué a su altura, sólo gemía:

—No me puedo mover.

Estiró el brazo hacia mí y, en cuanto sintió la manga de mi chaqueta, agarró con fuerza.

—Dónde te duele —apremié.

—La espalda.

—¡No te muevas! —dije demasiado tarde.

Mayra había intentado incorporarse de nuevo, pero volvió de culo al suelo cayendo justo sobre la piedra que me había querido lanzar. Ahora se quejaba por la espalda y por el dolor en la rabadilla. A cada cual peor.

—Está bien —intenté tranquilizarla—. Apóyate en mí y gira despacio para que vea qué tienes.

—¡No me muevas!

—Niña, si no me ayudas, no vamos a poder salir de aquí. Deja que mire y cuando esté seguro de que no es nada, intentaremos subir esos escalones.

Gruñó en cuanto la idea reposó.

—Tumbate aquí... Despacio.

—¿Crees que puedo correr?!

Ese genio...

—No estás en situación de ponerte farruca, niña. Haz lo que te digo y llegarás pronto a casa. El lunes el médico podrá recetarte algo. Seguro que, con una pomada y reposo, se te pasa.

—Si pudiese te arreaba una patada.

—Me alegro de que no puedas. ¿Te tumbas o no?

—¡Ya voy!

Apoyando una mano en el suelo y la otra en mi brazo, le ayudé a medio tumbarse. Ahora me tocaba desabrochar el peto.

—Niña, ¿dónde están los enganches de esta cosa?

—¡Delante!

Genial. Tumbada bocabajo tenía que volver a moverla.

—Intentaré bajar los tirantes y ya.

Replicó con otro gruñido.

La cosa no fue tan complicada. Bajé la tela del pantalón y subí la camiseta para acabar deslumbrado por la espalda más blanca que había visto en mi vida ¡y con pecas!

—¿Todo bien? —preguntó asustada cuando vio que no me decidía.

—Veamos qué tienes.

Soltó el aire, pero cuando fui a tocar donde ella me señaló, pegó un brinco que casi me hace caer hacia atrás.

—Relájate.

—No comento porque sé que diría algo de lo que me arrepentiría después.

—Voy a pasar la mano otra vez. Intenta no noquearme si es posible. ¿Te ha dado lumbago antes?

—No, ¡ay!

—Deja de quejarte. ¿Te duele solo aquí?

Volvió a gruñir junto con un «sí» que a mí me recordó a situaciones completamente distintas y que, por lo general, llevaban aparejadas una cama y no un suelo seco lleno de piedras.

—No veo nada fuera de lo normal, niña. Ha debido ser el cambio brusco de posición.

—Ya que lo mencionas. ¿Qué diablos has tirado en mi huerto? Me has pegado un susto de muerte y ¡un jodido dolor de espalda!

—Esa boca, niña.

La vi rumiarse unos cuantos insultos, pero se los calló todos. Empecé a masajear con cuidado.

—El ordenador me ha dejado tirado en medio de algo importante —expliqué—. Ahora no

puedo terminar el trabajo y tampoco comprar otro ordenador antes del lunes. Además, llevaba queriendo imprimir el trasto desde hacía tiempo.

—En mi huerto.

—La ventana estaba abierta. El huerto estaba en el sitio equivocado en el momento equivocado.

—Típico de los mamporreros. Mi abuela tenía toda la razón; no deberíamos haber consentido que pusierais ahí la maldita ventana.

—¿Vamos a empezar otra vez con el temita?

—No. Bastante tengo con la espalda. ¡Ay! ¡Pero no pares! Ahí justo... Sí, aprieta ahí... Sin embargo, estoy pensando en pedir compensación o algo. Primero, por tirar basura al campo y, segundo, por provocarme una hernia.

¿Tenía que gemir mientras hablaba?

—Tendrás que conformarte con el espray que tengo para el dolor. Reza para que no esté caducado.

Ir de senderismo me había traído algún que otro problema en la rodilla y siempre tenía un bote de Voltarén a mano.

—¿Me vas a dejar aquí tirada?! —gritó al ver que me levantaba.

—Si quieres, puedes subir y salir del huerto antes de que deje de dolerte. Tú verás.

Mayra me lanzó una mirada asesina, pero movió la mano para meterme prisa.

Corrí de vuelta e hice todo lo posible por no reírme mientras hurgaba en el botiquín del baño. «Contrólate, Carlos». Pero es que Mayra despotricando estaba de lo más graciosa. «Aguanta la risa al menos unos cuantos años hasta que consigas que Mayra le vea la gracia».

Volví aprisa no fuese a encontrarme una iracunda agricultora aficionada con fuerzas suficientes para lanzarme la maldita piedra.

—Ponme más.

—He gastado medio bote.

—¡Pero todavía me duele!

—¿Quieres esperar a que haga algo de efecto? Déjame ponerte los tirantes otra vez y verás cómo no duele tanto cuando te levantes.

—No me sueltes.

—Mayra...

—Vale, vale. Ya voy, pero ¡despacio!

—No sabía que fueras tan quejica.

—Ya me gustaría verte a ti en mi lugar, listillo.

Casi me parto cuando la vi andar como una ancianita con la espalda encorvada y una mano sobre los riñones. Le estaba echando teatro, pero dejé que disfrutara el momento.

Subir los escalones nos costó más, pero ella agarrada al muro de piedra y yo en el suelo apoyando las manos sobre su cadera hizo que, despacio, consiguiese subir entre «ays», «nomesueltesnomesueltesnomesueltes» y «malditosmamporrerosdeldemonio».

—Voy a por el coche. No te muevas —dije ya en la puerta de mi casa.

Me miró como si fuese idiota. Vale, el comentario era estúpido, pero es que los nervios por perder el ordenador no me dejaban pensar con claridad.

La llevé de vuelta a casa en coche y la senté de espaldas a la estufa para que el calor atenuara el dolor. Cuando conseguí encender el fuego, fui a preguntar si estaba cómoda.

—¡Ni una palabra! —gritó.

—No he dicho nada. —Ni la miré mientras preparaba una bolsa de agua caliente. Sabía que me

encontraba al borde de un ataque de risa y, salvo que ella también riese, no iba a consentir que explotase a su costa.

Por supuesto que un «ya te lo dije» ni siquiera contaba como opción. Y eso que le había repetido una y mil veces que se tomara con calma lo del huerto. Plantar patatas le dejaba a uno baldado, pero si encima había que quitar piedras primero, la cosa se eternizaba y, al final, ni huerto limpio ni patatas.

Una semana después de empezar con el huerto y, viendo a Mayra buscar algo en la pared, cometí el grave error de preguntar. Buscaba la tubería del agua, como si fuese a aparecer ahí por arte de magia. Nadie debió explicarle el sistema de riego del pueblo que poco tenía que ver con abrir un grifo y regar. Los pocos que sembraban todavía dependían de un sistema ancestral, por no decir extremadamente anticuado, por el que el agua se distribuía por todo el pueblo a través de un laberinto de acequias que nosotros llamábamos regaderas. Una vez a la semana, abrían el depósito del agua situado en lo alto de la colina y la gravedad hacía el resto. De algo tenía que valer que todo el pueblo estuviese en cuesta.

Cometí otro error al llamarlas regaderas en vez de acequias porque tres horas después, Mayra volvía al huerto empujando la carretilla con dos galones de agua en garrafas y una regadera minúscula salida de alguna tienda de diseño.

Apunto estuve de reírme en su cara, pero cuando le expliqué por dónde venía el agua y vio el patético estado en el que se encontraba el canal, me pasó la azada y acabé por limpiar no sé cuantos metros de acequia llena de maleza y madrigueras de a saber qué fauna. De haber estallado en carcajadas, las consecuencias habrían sido mucho peores.

Después de aquel día, decidí pasarle la patata caliente a su tío Javier, el padre de Esther, que desde lo de la enfermedad, necesitaba algo que hacer para no volverse loco.

Con todo y eso, ella solita había querido hacer el trabajo de tres y ahora pagaba las consecuencias. Hubiese terminado con lumbago con o sin ordenador estrellándose en la montaña de piedras.

—Sé lo que estás pensando y estás deseando restregármelo, así que olvídate —refunfuñó.

—Sigo callado —dije desde su cuarto de baño mientras buscaba el botiquín.

Aguantar la risa me estaba provocando dolor en los carrillos.

—¡Ay! —gritó por enésima vez.

—¡No te muevas! ¿Dónde guardas las aspirinas o algo parecido?

—Arriba —gruñó.

—¿En tu habitación? —Subí las escaleras y empecé a abrir cajones.

—¡En la mesilla!

—¿Abajo? —pregunté mientras abría el último cajón.

—¡¡No!!

Joooooder.

—Eh... —quedé mudo.

—¡En el de arriba! ¡Ay!

—¡No te muevas! —Yo al menos estaba paralizado. —¿Mayra?

—¿Sí?

—¿Te sientes sola?

—Mierda. ¡Ay! ¡En el cajón de arriba, he dicho!

Una pena que no pudiese ver su cara. Hice inventario a toda prisa. Allí abajo guardaba unos juguetitos de los más sugerentes. Un dildo azul, unas bolas chinas y...

—¿Las has encontrado?

... ¿Huevos de colores, uno con pinchos? «Voy a tener que ponerme al día e investigar para qué sirven, aunque puedo imaginarlo».

Seguí buscando, aunque me negué a cerrar aquel cajón.

—Todavía no, aunque aquí guardas cosas muy interesantes.

—¡Carlos! ¡Ay!

Y ya. Ahí me dio el ataque de risa. Sentado en la cama de Mayra, con un paquete de Gelocatiles en la mano, huevos de colores en la cabeza y una buena señora erección en los pantalones.

«Gracias, querido portátil por haber fallecido».

Capítulo 13

Mayra

No me podía mover y no podía subir para arrancarle el pescuezo. ¿Podía ser la vida más cruel?

—¡Baja o no respondo! —grité con todas mis fuerzas, aunque no estaba segura si prefería que bajase y viese mi cara.

Lo peor era que cada vez que chillaba, las lumbares gritaban a coro «aquí estamos».

—Ya voy, mujer. —Se estaba partiendo de risa allá arriba y por el sonido parecía que se había acoplado en la cama. Me puse aún más roja.

—Carlos —suplicué—. Deja de hacer el chorra. ¡Necesito las aspirinas, hombre ya!

Muy despacio, despacísimo, empezó a bajar las escaleras y yo, claro, ni me atreví a mirar muerta de la vergüenza. Aunque, pensándolo bien, ¿por qué tenía yo que avergonzarme? Si hubiese mirado donde le dije, no tendría que haber visto nada. En el fondo, debía estar cabreada porque revoloteara alrededor de mis cosas. Pero no, la vergüenza ganaba de largo al cabreo.

—Voy a por un vaso de agua —dijo después de carraspear, ya en la cocina.

—Gracias.

Agradecí que se tomara su tiempo en encontrar una jarra y preparase una bandeja con un refresco para él, aunque el muy mamón movía la espalda como si todavía se estuviese riendo. Menos mal que para cuando regresó a la mesa, la situación volvía a estar bajo control, o casi.

«Cambia de tema, lela».

—Entonces, ya no tienes ordenador.

Nada como un golpe bajo para acabar con tanta tontería.

—No me lo recuerdes. Se supone que el lunes tengo que aparecer con una presentación de la que solo tengo un montón de datos en una memoria USB que no puedo conectar en ningún sitio y *emilios* a los que no puedo acceder hasta justo una hora antes de la presentación; una presentación que, por cierto, estaba prevista para el miércoles y que ha sido adelantada porque mi jefe ha decidido ir con su mujer a una cita importantísima que tendrá lugar, curiosamente, en un SPA en el Cantábrico. Mañana pensaré cómo me las apaño. En momentos así, está bien rezarle al santo Cortaypega.

Estaba enfadado. Difícil saber si por quedarse sin ordenador o por tener que trabajar en domingo.

—¿Tienes los datos aquí?

—Sí, los tengo en casa. En realidad, son unos cuantos gráficos con algo de palabrería, pero ya me veo volviendo a Ávila mañana y acabar con un ordenador prestado, por lo menos, hasta que compre otro el lunes por la tarde.

La tetera empezó a pitar y Carlos se levantó para verter el agua en la bolsa de agua caliente que tenía colgada de la pared.

Desde que empecé a vivir en el pueblo, mis pies comenzaban a congelarse alrededor de las diez de la noche y o dormía con calcetines o seguían como témpanos hasta la mañana siguiente. Creo que lo primero que compré en la tienda de la viuda Roberta fue aquella bolsa de agua caliente para llevarme a la cama y Pinky me había regalado una de las fundas de su colección. *Geek* total, pero era parte de su encanto.

Ahora mismo Carlos miraba la bolsa con su funda igual que si se tratase de un jabalí a punto de atacar.

—¿De dónde has sacado esto?

La funda era de tela almohadillada llena de fórmulas matemáticas bordadas a mano. A mí me pareció un regalo precioso y lo tenía entre mis más preciadas posesiones.

—No pienso regalártela, así que deja de mirarla con ojitos. La funda es mía, si quieres una, tendrás que apañártelas solo.

—Eres un dechado de generosidad.

—*Tja*. —Aquel «*tja*» fue la primera palabra que aprendí en alemán. Era como decir «ya ves», pero sonaba mucho mejor que la traducción al castellano porque había que chasquear algo la lengua y soltar parte del aire por la nariz. Además, valía para casi todo. ¿Se le puede pedir más a una palabra?

Una vez cerrado el asunto de la funda, pasé al siguiente punto del día.

—Lo del ordenador...

—Dime —dijo mientras me incorporaba y ponía la bolsa entre mi espalda y el cojín de la silla. Olía a sol.

—¡Ay!

—Quejica.

A punto estuve de cambiar de opinión. ¿No podía ser algo más cuidadoso? Pero cuando se acercaba tanto me costaba centrarme, así que volví a ablandarme.

—Si quieres puedes usar mi portátil. Mientras me duela la espalda, no pienso ponerme delante de la pantalla.

—¿Estás segura?

No pensaba yo que fuese a aceptar con tanta facilidad.

—Claro, ¿por qué no? Pero a cambio tendrás que limpiar los restos de tu ordenador de mi huerto.

Puso cara de felicidad y se recostó gustoso en el banco.

—Con un par de horas tendré suficiente. Voy a buscar el lápiz de memoria.

Y salió por la puerta antes de que le dejase caer que lo que hacía que un ordenador fuese portátil era la capacidad para moverlo de un sitio a otro. Vamos, que lo más lógico hubiese sido que se lo llevara a su casa y trabajara a gusto allí.

Volvió a la media hora con un montón de carpetas sujetas con gomas debajo el brazo y un maletín que perfectamente podía llevar ruedas incorporadas a juzgar por el tamaño.

Cuando extendió todo aquello sobre la mesa, supe que de dos horas nada. Al menos, ya no me dolía tanto la espalda y podía entretenerme preparando la cena.

—Eh..., ¿tienes un MacBook? —preguntó entre sorprendido y contrariado.

Miré mi precioso ordenador plateado con la manzanita en medio del monitor.

—Eso parece.

Resopló y se llevó las manos a la cadera apoyando el peso en una pierna. Mala cosa.

—Es un Mac.

—Muy observador. Puedes abrirlo, no come. Tiene una pantalla y teclitas y memoria y programas y todo lo necesario para hacer una presentación en condiciones. Doy fe.

—No he usado uno de estos en mi vida, niña.

Las dos horas iban camino de convertirse en días.

—Tienes suerte de que sea más fácil de utilizar que un PC. Siéntate y te explico en un momento.

—Tengo compañeros que usan Mac, pero a veces tienen problemas con el sistema y siempre llevan consigo el ordenador por si acaso.

—¿Y?

—Que me lo voy a tener que llevar el lunes.

Aquello no computaba. No, no. En mi ordenador había información importante y confidencial y no tenía intención de dejárselo a nadie para que lo paseara. Menos aún en un Ministerio o donde fuese que él trabajase.

—Déjalo —sentenció—. Mañana puedo utilizar el ordenador de Sofía.

—No hace falta —dije sin pensar. Era muy improbable que Carlos fuese un espía industrial, ¿verdad?—. Te abro una cuenta de usuario y ya está. Prométeme tener cuidado y traerlo de vuelta lo antes posible. Si surge algún imprevisto, puedo solucionarlo con el móvil.

Arrugó la frente como si algo no cuadraba. Y claro que algo no cuadraba. Nadie allí pensaba que yo tuviese nada importante que hacer.

Nos pasamos la siguiente hora igual que en clase. Yo contando para qué era cada cosa y él apuntando lo que consideraba importante. Al final, parece que le pilló el hilo y simplemente me apartó para que le dejase trabajar.

Muy de Carlos.

Estaba cocinando unas sobras cuando Esther apareció por la puerta arrastrando los pies.

Como siempre, tuve que luchar contra el nudo que se me formaba en la garganta al verla vivir con la enfermedad. Aunque siempre mostraba su mejor sonrisa, el cuerpo comenzaba a sufrir las consecuencias del tratamiento abrasivo diario que estaba recibiendo.

Jamás hablábamos de ello. Ella era la prima que venía de visita cuando le placía y yo era la otra prima que disfrutaba agasajando.

Últimamente, sin embargo, dos minutos después de entrar por la puerta, terminaba tumbada en el banco y poco menos que me hacía compañía en silencio. Cuando se cansaba de mí, volvía a su casa y así hasta la siguiente vez.

—Pero mira a quién tenemos aquí —dijo mi prima sonriente en cuanto vio a Carlos sentado con el ordenador aporreando las pobres teclas.

Él levantó la vista y se estiró sobre el asiento, algo incómodo. En ese momento me di cuenta de que era la primera vez que alguien le veía sentado en mi cocina, aunque rara fuese la semana que no se dejaba caer al menos un par de veces para una cosa u otra.

—Menos mal que has venido —dijo Carlos mientras hacía señas para que Esther se sentara con él en el banco—. ¿Te puedes creer que Mayra me ha secuestrado para que haga de enfermero?

Esto...

—Típico de mi prima. —Cuando se ponían mano a mano, eran un peligro y yo era en ese momento el objetivo a batir. Para evitar malas contestaciones me puse con los guisantes. Saqué la bolsa del congelador y empecé a estirar el plástico.

Carlos asintió todo serio mientras le ayudaba a inclinarse sobre un cojín para apoyar la cabeza.

—Va la tía y, por no hacerme caso, se disloca algo en la espalda; termina con el único bote de spray que me quedaba ella solita, me obliga a trabajar aquí para tenerme yendo y viniendo con

analgésicos y bolsas de agua caliente y, encima, lo único que dice es «ay, cómo me duele».

La bolsa de guisantes no cedía. El plástico se estiraba y estiraba, pero no conseguía siquiera atravesarlo con el dedo gordo. Resoplé, cogí aire y volví a tirar con todas mis fuerzas.

—No sé cómo te has dejado convencer —sentenció Esther como si hablase del calentamiento global—. Deberías poner pie en pared, aunque es una batalla perdida porque las mujeres de mi familia somos imposibles de ignorar.

Menos mal que alguien se ponía de mi parte. Solté el aire cuando empecé a ver puntitos y miré hacia abajo. La bolsa seguía igual de cerrada que cuando la saqué del congelador.

—Esto es secuestro —afirmó él. Levantó un brazo e hizo una seña con el dedo para que me acercase.

Le pasé la bolsa de guisantes y ahí aproveché para meter baza.

—¿Y a quién se supone que debo pedir el rescate? —pregunté.

En dos segundos y un movimiento de muñecas, la bolsa se abrió.

—Hombre, si hasta eso lo tengo que hacer yo...

Maldito.

Me incliné a por la bolsa aguantando las ganas de empujarle y, zas, la espalda volvió a cantar seguidillas. Levanté la vista y ahí estaba él preparado. Tuvo incluso el valor de cruzar los brazos todo ofendido. «Dame paciencia, Señor, dame paciencia».

—Idos a hacer gárgaras los dos. —Y volví a la cocina a enfocar mi atención en los bordes de pan Bimbo mientras ellos se reían de mí sin ninguna contemplación.

—¿Ves a qué me refiero?

—Pobre Carlos.

Cría cuervos.

En menos de cinco minutos Esther se quedó dormida y Carlos continuó con su presentación hasta que la cena quedó lista. Apiló sus cosas, las dejó en una esquina en el suelo y me ayudó a poner la mesa.

—¿Qué es esto? —preguntó Esther algo azul señalando la bola.

—*Knödel*, guisantes y filete empanado —contesté. Había pensado hacer algo distinto para animar a mi prima a comer.

—¿Nodel? —preguntó Carlos mirando la bola de pan como si le hubiese salido pelos.

—*K, k, k, Knööödel* —repetí.

—*K, k, k, koodel* —me imitó Esther.

—*Ööö*. —La diéresis alemana era un dolor. Para la «ö» había que sacar morro e intentar pronunciar una «o» tirando a «e» con los labios estirados.

—Oooo —intentó Carlos.

—No. Hay que pronunciar una «e» e ir cerrando la boca hasta llegar a la «o». Así. Eeeeeeoouuu. «Ö».

Y así estuvimos un momento diciendo «ö» los tres a la vez sacando morro.

Esther fue la primera en estallar, y Carlos y yo explotamos en carcajadas un segundo después. Para cuando conseguimos respirar con normalidad de nuevo, la cena se había quedado fría.

—Y este *Kkkknööödel*, ¿qué es? —preguntó mi prima entre lágrimas.

—Es una bola de pan cocido en agua. En principio se hace con harina, pero el sibarita de Arturo me tiene acumulando bordes de pan de molde desde que llegué y no sé qué hacer con ellos.

—¿Has pensado, querida Mayra, comprar pan Bimbo sin corteza? —Cuando Carlos se ponía resabidillo me daban ganas de cruzarle la cara.

—¿Ha pensado alguien por asomo... —contesté con otra pregunta igual de resabidilla que la anterior—, ...que quizá a mí me guste comer pan de molde con borde?

—*K, k, Kööödel*, pequeña *padawan*, *Kööödel* —saltó Esther sacando morro.

Y nos volvió a dar la risa tonta sin haber empezado a comer.

Cenamos los tres en alegre compañía. Bueno, alegre compañía esos dos porque habían hecho frente aliado y no paraban de reírse a mi costa. Y como era de esperar, Carlos no perdía oportunidad de hacer alusiones a lo que yo guardaba en la mesilla de arriba y no podía mandar a hacer puñetas sin que Esther se enterara de todo. A pesar de las risas, mi prima no comió más que un par de guisantes.

Después de cenar apareció mi tío para recoger a Esther y, ya de paso, echarme la bronca por no tener cuidado con la espalda con un «todo el mundo sabe que las patatas son de riñón».

Para cuando Carlos y yo volvimos a quedarnos solos, el pobre me reconoció que no había sacado adelante ni un 10% del trabajo. Así que acabamos en silencio en la cocina, él resoplando y haciendo gráficos y yo leyendo sobre cómo apelar a los sentidos para conseguir la confianza de las personas.

A las once me fui a la cama y ahí le dejé para que terminase el trabajo. Sabía dónde dejaba las llaves, al terminar no tenía más que cerrar la puerta.

Cuando me levanté al día siguiente, el horrible dolor de espalda no era más que una molestia. Miré el reloj: las 6:30 de la mañana. El pueblo me estaba haciendo bien. Al principio me despertaba como muy tarde a las tres de la mañana; ahora casi podía dormir toda la noche de tirón.

Bajé a preparar el desayuno. Aquel día, Carmen, Scott, los niños y yo íbamos a pasar el día en la sierra. Rosales iba a enseñar a los críos a conocer nuestro entorno mientras los mayores podíamos pasar tranquilos un domingo sin tener que correr detrás de ellos. Nunca imaginé que un guarda forestal fuera a ser tan buen niño. Por lo visto, los zagales se le pegaban a los pantalones y dejaban de darle la tabarra a los pobres padres estresados con horas de desvelos acumulándose desde el momento del parto.

Pero cuando bajé a la cocina, me encontré a un mamporrero dormido babeando sobre una pila de papeles con las manos sobre el teclado.

¿Por qué todos los hombres parecen angelitos cuando duermen? Dan ganas de atusarles la cabeza y ronronearles cosas bonitas y hacer el payaso por conseguir que seas tú lo primero que vean por la mañana y te regalen una sonrisa.

Como no tenía sentido caer en aquella tentación, me puse a preparar el café del desayuno.

Mientras la cafetera espurreaba el café y yo intentaba alcanzar los platos de la balda de arriba del armario, oí un gruñido a mi espalda, un bostezo y un crujir de huesos. Con esto último me di la vuelta, no fuera a ser que mi invitado estuviera desmembrándose.

—Buenos días —dijo mientras se frotaba los ojos con las manos.

—Buenos días, tenga usted —contesté—. ¿Te apetece un café mañanero?

—Doble, no... quíntuple, si es posible. Al final, anoche no pugué ojo.

—¿Has conseguido terminar?

—No. En cuanto empecé en serio una cosa llevó a la otra y ahora mismo parece que estoy escribiendo un memorando. Odio cuando mi jefe quiere presumir y empieza a preguntar cosas que no vienen a cuento para impresionar a sus superiores.

—Desayunemos, entonces, y luego continuas.

—¿Dónde dejo todo esto? Creo que la esquina de ahí ya no es suficiente.

La mesa estaba toda cubierta con papeles y dosieres. Parecía un caos, aunque viendo la eficiencia con la que Carlos posaba sus manos sobre ellos, debía ser un caos organizado.

—Eres de los que invaden el territorio, por lo que veo.

—Siento haber tomado posesión de tu cocina así, niña. Debería haber vuelto a Ávila. Por cierto, ¿qué tal tu espalda?

—Mucho mejor, gracias. Solo me resiento cuando hago movimientos bruscos.

El café comenzaba a enfriarse y todavía no teníamos sitio donde desayunar. Carlos miró aquel campo minado de celulosa y soltó el aire como si la situación empezara a sobrepasarle.

Conocía de sobra aquella sensación.

—Puedes trabajar en el escritorio de arriba. ¿Por qué no subes tus cosas allí? En un par de horas, Scott y Carmen vendrán a recogerme para ir con los niños al Centro Temático. Tendrás la casa para ti y nadie te molestará en mi habitación. Cerraré con llave al salir y nadie sabrá que estás aquí.

Me miró de forma extraña. Con la espalda erguida, la mirada dura y los labios apretados. Sin decir nada, empezó a recoger y en tres viajes lo subió en silencio todo a mi habitación.

El desayuno nos lo tomamos con tranquilidad y la conversación se centró en temas banales. El tiempo, quién era primo de quién, dónde había comprado los bancos... Y de repente, la pregunta que llevaba rumiando desde hacía un rato, salió a chorro de su boca.

—¿Te molesta que me vean aquí?

Otra vez volvía al filo de la navaja. Esa sensación de peligro que sentía cuando se trataba de él. Ese lugar entre dos mundos al que tarde o temprano llegaba después de una mirada extraña, un roce fuera de lugar, la carne de gallina de mi espalda o preguntas como aquellas salidas de a saber dónde y que no pegaban en absoluto con la extraña relación que manteníamos.

—Creía —apunté porque parecía haberlo olvidado— que eras tú el que me evitaba a toda costa.

Me mantenía siempre en la distancia por mucho que yo sintiera su presencia, aunque estuviese a dos pueblos. No bajaba la guardia, siempre en derredor, pero nunca lo bastante cerca como para que yo pudiese alcanzarle. Ni física ni metafóricamente hablando.

Si alguna vez perdíamos la compostura y llegábamos a «contactar», solo era por una fracción de segundo. En cuanto el cerebro daba las señales de alarma, volvíamos a separarnos como si el contacto hubiese dolido. Y el contacto dolía, pero la separación dolía más.

Tan frío era cuando se alejaba como volcánico cuando me tocaba, y yo nunca supe qué pensar. Con el tiempo, viendo que las veces que le tenía a mano eran escasísimas y él parecía contento a kilómetros de distancia, acepté que era yo la que se inventaba películas y era yo la que, fiel a mi naturaleza, no encontraba manera de contenerme cuando todo empezaba a hervir.

¿La solución? Mantenerme lejos. Ocultarme de él. Pretender que no le conocía y trabajar duro para que los demás pensasen que no quería conocerle. Aparentar que nunca habíamos hablado, que nadie nos había presentado, que me era indiferente. Que no trabajaba en mi casa ese fin de semana porque necesitaba un favor.

—Siento haber dado esa impresión —dijo.

«¿Qué?!».

—Contigo he sido algo distante siempre —siguió.

«No siempre, pero sí, distante eres».

Me miraba a los ojos mientras hablaba. Por lo visto quería que prestara atención.

—Supongo que tengo que relajarme algo más. Prometo acercarme más en el bar y esas cosas.

—Tampoco hay que forzar la máquina.

Dije aquello con sorna, pero en el fondo estaba siendo honesta. Sinceramente, no me sentía con valor de empezar a acercarme más a él.

—No me molesta que te vean aquí—. Y era cierto, pero él había puesto cara de no saber muy bien qué era broma y qué era verdad—. Si te soy sincera, prefiero nuestros espontáneos encuentros en casa a grandes aspavientos en La Tasca.

—¿Temas dar que hablar?

Esa era otra espina. Resultaría cómico si, además de no tocarnos ni con un palo, la gente creyera todo lo contrario.

—Soy experta en dar de qué hablar y eso que no abro la boca.

—Ese es el precisamente el problema. Cuanto más callas, más piensan los demás que tienes algo que ocultar y como comienzan a sospechar, cierras más el pico para no generar más curiosidad.

Sopesé lo que decía. Tenía razón, aunque hacía años que daba vueltas en aquella espiral que no iba a ningún sitio y la inercia me impedía parar.

Primero, mi padre negándose a pasar más de dos días en el pueblo, luego la muerte de mi madre, luego mi ausencia, mi reaparición y unos años en el extranjero de los que no me apetecía hablar porque es que no eran asunto de nadie. Y un largo etcétera. Eso sin contar a mi hermana. La pobre daba más que hablar que yo y solo por el pelo.

—Alguien tenía que entretener a personal, ¿no?

Eso pareció relajarle.

—Debo admitir que llevas la cruz con mucha dignidad.

—Es fácil cuando no tengo ni idea de lo que van cotilleando por ahí y más fácil aún si tenemos en cuenta que no conozco a nadie por su nombre. Para cuando deje de ser una novedad, irán a por el siguiente.

—Carmen debe estar agradecida de tu retorno. Hasta que tú llegaste, era ella la que estaba en boca de todos. Ya sabes, viviendo también fuera y casándose con un extranjero que usó falda el día de su boda.

—Aquello dio la campanada, sí señor. Un escocés con falda en la iglesia de Santo Domingo de los Altos.

Pero las sonrisas duraron poco.

—No te preocupes, Mayra. En cuanto desayunemos me pongo a trabajar y antes de que vuelvas, habré desaparecido sin dejar rastro.

Tenía los puños apretados y frotaba el pulgar como si quisiese pulir la piel del dedo índice. Estiré el brazo y apoyé la mano en aquel pulgar.

—No hace falta que te vuelvas paranoico por mi culpa. Tómate el tiempo que necesites.

Asintió con la cabeza y terminamos de desayunar.

Capítulo 14

Carlos

No esperé a terminar para salir de La Cuadra. En cuanto llegó la hora de la siesta, recogí mis cosas, me monté en el coche y volví a Ávila.

Aquella estancia estaba jugándole malas pasadas a mi cerebro y empezaba a tener ideas raras sobre la amistad que podía llegar a alcanzar con Mayra. El solo hecho de darle vueltas a la posibilidad me ponía nervioso y me enfadaba en extremo.

A estas alturas, debería ya estar curado de espanto y mostrarme indiferente a lo que dijese, hiciese o pensase. Pero como todo indicaba que la tenía en consideración y en alta estima, esperar deseoso a que volviera no me haría ningún bien. Así que decidí salir de aquel lugar lo antes posible.

Dejé una nota de agradecimiento jurando por lo más sagrado proteger aquel ordenador con mi vida si fuese preciso, prometiendo devolverlo al día siguiente en cuanto saliese de trabajar.

Todavía tenía que pulir algunas cosas, pero prefería hacerlo justo antes de la reunión. No era extraño que alguien apareciera con algún chivatazo sobre cómo andaba el jefe aquel día o lo que esperaba que le contásemos.

Sofía se presentó esa tarde, de repente, en la puerta de mi casa con comida china. El pelo castaño con mechas lo llevaba recogido en una coleta y el vestido dejaba intuir sus curvas. Con una mano mantenía las bolsas en alto y con la otra echaba hacia atrás la chaqueta para picar más aún mi curiosidad.

Mi novia era una tía buena, hablando en plata.

—¿Te pilló en mal momento?

Por su sonrisa era obvio que se trataba de una frase hecha. Me pregunté qué cara habría puesto si hubiese decidido quedarme en Santo Domingo aquella noche.

—No, pasa. —Le planté un beso en la mejilla y la ayudé con las bolsas—. Estaba terminando.

—He intentado localizarte durante todo el día, pero salta el buzón de voz.

—La batería. Qué tal tu viaje.

—Muy bien. Por eso traigo la cena. Quería celebrar contigo el nuevo contrato que he conseguido. El precio está por debajo de mis expectativas, pero tendremos la flota ocupada al 100 % al menos un año.

—Enhorabuena. —Sofía trabajaba para la empresa de transportes de su padre y, desde que estaba al mando, no solo había conseguido eludir la crisis, sino que tenía planes de expansión. Ahora que las empresas veían en la exportación casi la única salida a sus productos, la flota de camiones de Sofía les ponía en bandeja la forma de llegar a sus clientes.

—Muchas gracias. Y tú, ¿que tal durante el fin de semana?

—Movido. Mi ordenador me ha estado dando problemas coincidiendo con una presentación para mañana. Pero he salido del paso.

—Como siempre. Por eso hacemos una buena pareja.

Llevé las bolsas a la cocina y empecé a poner la mesa.

Cuando estaba contando los cubiertos, se acercó por detrás pasando la mano por los hombros, bajando luego por los pectorales para aterrizar sobre la cremallera de mis pantalones.

Dejé caer los tenedores cuando apretó sin mesura.

—Podemos empezar celebrándolo en tu habitación. Para abrir el apetito no hay nada como algo de ejercicio.

Me di la vuelta y volví a asombrarme de la suerte que tenía. Sexi e independiente.

Levanté la falda de aquel vestido para empezar ya con el aperitivo. Al llegar al centro no encontré nada. Bueno, no todo lo que esperaba encontrar.

Sofía había aparecido en mi puerta para darme de cenar sin llevar ropa interior.

Llegar al dormitorio lo antes posible se convirtió en prioridad.

Varias horas después, Sofía aprovechaba que estábamos saciados, disfrutando una copa de vino en el sofá, para volver a la carga con lo de las vacaciones.

—¿Has echado un vistazo a la agencia que te comenté?

Lo había hecho y sonaba bien, aunque seguía sin estar seguro.

—No sé qué es lo que te echa para atrás, pero deja que te diga algo. No soy una asesina en serie, no me como a mis novios y necesito con urgencia unas vacaciones donde lo más apremiante por hacer sea llegar a tiempo a la hora del bufé libre. Un caballero no dejaría a su novia sola dando codazos para conseguir la mejor pieza de muslo de pollo.

Sofía sabía como convencerme. Era innato en ella.

Dejé la copa de vino sobre la mesa y me giré para hablar con ella cara a cara. Me miraba expectante, preparada para contrarrestar cualquier excusa que tuviese para no irnos de vacaciones juntos.

No debería ser tan difícil pasar unos días juntos con tu novia, pero, para mí, lo era.

En días así, de estar alejados de la presión del día a día, decía cosas de las que luego terminaba arrepintiéndome. La experiencia me había demostrado el peligro de tomar decisiones bajo las palmeras, escuchando a Richard Clayderman a la orilla del mar.

Todo te parece perfecto. La vida se ve de color de rosa y te envalentonas para dar el siguiente paso. Una vez de vuelta en la oficina, te agobias con las promesas que dejaste escapar viendo que no vas a poder cumplir casi ninguna.

Y, entonces, vienen las decepciones, los cambios de planes y las broncas. Y da igual que sea por cosas tan absurdas como ir a una boda juntos o asistir al cumpleaños de la madre o hacer de niño. Todas las broncas terminan siendo igual de gordas e igual de hirientes.

Recordando que Sofía ya había dejado caer alguna que otra vez que deseaba empezar a mirar al futuro, me entraban sudores viendo aquellos ojos decididos a todo.

Quien quita la oportunidad, quita el peligro. Eso lo sabe cualquiera.

—Carlos —me dijo poniendo su mano en mi pecho—, respira. Esto no es una obligación, son unas merecidas vacaciones con alguien que nos gusta.

Era de admirar que no hubiese montado en cólera después de darle largas durante tantas semanas. Quizá Sofía fuese distinta.

Trabajaba duro y me daba aire. Lo mismo debería darle el beneficio de la duda.

Respiré hondo y recé para no estar cometiendo un gravísimo error.

—Está bien.

Soltó un grito de alegría y me hizo un placaje que me dejó incrustado sobre los cojines.

—Pero no quiero ocuparme de nada, Sofía. Cuando sepa los días libres que tengo, tú te encargarás del resto.

—Hecho. Mañana me mandas tu calendario y por la tarde puedo enseñarte las alternativas. Si no te decantas por nada, elijo yo.

—Mañana no podrá ser. Tengo que volver al pueblo después del trabajo

Sofía se incorporó y se sentó al otro lado del sofá.

—Empiezo a pensar que vives más allí que aquí.

—Nunca lo he pensado, pero a lo mejor no es mala idea.

La cara de susto que puso casi le descoyunta la mandíbula.

—¿Perdona? ¿Qué sentido tiene vivir allí cuando trabajas aquí y además tienes un piso en propiedad?

—Me gusta el pueblo.

—Eso no hace falta que lo jures —dijo sarcástica.

—¿A qué te refieres?

—A nada. —Comenzó a levantarse y recoger las copas medio llenas de la mesa.

—No. Quiero saber lo que insinúas.

—No insinúo nada. Es obvio que le tienes mucho aprecio a ese pueblo y a esa gente.

—¿Esa gente? No te tenía por una esnob. No a ese nivel. ¿Quizá no estamos a la altura?

—Yo no he dicho eso, pero en vez de ir hacia arriba parece que quieras ir hacia abajo.

—Ahora sí que vas a sentarte y poner las cosas claras.

Se sentó de nuevo, pero no me miró.

—Deberías pensar más en tu carrera. Tienes ascensos en la palma de la mano y, en vez de trabajar en ello, pasas todo tu tiempo libre en ese sitio. Si vamos a alguna fiesta importante es porque te empujo. Y no buscas tampoco la compañía de la gente que podría ayudarte.

—¿Quién ha dicho que necesito ayuda? Por enésima vez, Sofía. No quiero meterme en política.

—¿Por qué no?

—Porque no me da la gana. ¿Te parece una razón de peso?

—¿Cómo puedes trabajar en la Subdelegación del Gobierno y no estar interesado en política?

—He trabajado para dos Subdelegados en mi carrera; de partidos distintos. Créeme cuando te digo que no se me puede tildar de nada.

—Permíteme que lo dude.

—Si tan importante te parece, ¿por qué no lo intentas tú?

Sofía miró al techo, luego hacia la cocina, posó entonces la vista en la televisión y luego enfocó en su copa de vino.

—Así que es eso. Tú eres la que quiere entrar en política, pero yo no soy el consorte ideal. Si esa es tu intención, no tenías más que decirlo. Te apoyaría en lo que quisieses, aunque me mantendría al margen.

—¡Vamos Carlos! No hay forma de mantenerse al margen, al menos no al principio.

—La hay. A no ser que quieras exhibirme.

Ahí lo entendí. Trabajar para el Subdelegado del Gobierno abría muchas puertas, pero era yo el que las tenía delante y ella solo podía estirar la cabeza para atisbar lo que había al otro lado.

—Hagamos una cosa. Yo te presento a todo el mundo que conozco y tú te encargas de lo demás. Yo te doy el empujón y luego tú vuelas sola.

Arrugó la frente. A saber qué plan rondaba por su cabeza.

—No estoy pidiendo favores —dijo.

Sofía entendía más de política de lo que jamás hubiese imaginado.

—No estoy ofreciendo ninguno. Solo me presto a apoyarte sabiendo tus verdaderas intenciones. Una vez que entres en el círculo, no te haré falta para nada y me mantendré al margen igual que siempre he hecho. En casa podemos seguir como hasta ahora.

—Me parece bien —dijo por fin.

Se levantó otra vez del sofá.

—¿Cuándo podemos vernos entonces esta semana?

—A partir del martes cuando quieras.

—¿El miércoles?

—¿Cine y cena?

Sonrió y volvió a ser mi novia Sofía.

—Muy bien.

Una vez que nos despedimos en el portal, me di cuenta de que ella no había admitido que tuviese aspiraciones políticas y tampoco cuáles eran sus planes.

Sofía bien podía terminar de Presidenta.

Capítulo 15

Mayra

*E*sa noche acabé sentada con la hija de mi prima Sonia, Laura y su mejor amiga, Carlota. Había hecho buenas migas con ellas la última vez que estuve en el pueblo y me apetecía ponernos al día. Aquella vez se habían ofrecido a peinarme y acabé con trenzas de raíz. Para mi sorpresa, resultó ser el peinado perfecto. No tuve que apartarme el pelo de la cara ni una sola vez e, incluso, las trenzas aguantaron hasta el siguiente lavado. Ya sé que suena algo guarrete, pero en realidad tuve dos días de paz con la dichosa melena. Cuando me vieron aparecer con el pelo corto, no puede decirse que viese felicidad en sus caras, pero al menos reconocieron que me quedaba bien.

También fui a sentarme con Laura y Carlota porque empezaba a darme cuenta de que los temas de conversación en el pueblo no habían cambiado demasiado. A los clásicos había que añadir ahora los niños y poco más. Hoy llevaban horas dándole vueltas al precio de las guarderías y no tenía confianza para unirme a la conversación de ningún otro corrillo.

La pareja de locas estaba riendo y cuchicheando igual que la última vez que las vi. En aquella ocasión, me martillaron a preguntas sobre la universidad y me sonsacaron detalles escabrosos de las fiestas que se montaban todas las semanas. Me lo pasé pipa viendo sus caras de asombro; estaban entusiasmadas con la nueva etapa que comenzaba en sus vidas, pero también estaban cagadas de miedo ante un mundo desconocido para ellas.

Varios años después, estábamos sentadas alrededor de la misma mesa en el mismo bar, aunque la situación había cambiado considerablemente. Ahora tenía ante mí a dos fascinantes mujeres con la cabeza sobre los hombros y con un montón de ilusión abrazando la vida según venía.

No esperaron ni a que el trasero tocara el asiento para arrancar de mis manos las bebidas que traía y empezar a darle al pico.

—¿Tú también huyes? —preguntó Laura.

Debía tener un pósit invisible pegado en la frente que decía «no termino de acoplarme en las conversaciones de por aquí» y aquellas dos lo habían visto.

—Si os soy sincera, creo que a las de allí —dije señalando con el pulgar hacia mi grupo de amigas— les quedan dos telediarios para ser consideradas marujas por derecho. No paran.

—Entonces harás bien en unirme a nosotras, lo mismo se te pega algo bueno —aseguró Laura.

—Modestia aparte, claro —apuntilló Carlota

—Ya. ¿Y de qué huis vosotras, si se puede saber?

—De los de la asociación —dijeron a la vez.

—Pensé que todo el mundo era de la asociación.

—Los somos, pero no cuando la cosa empieza a ponerse fea.

Levanté las cejas y, con disimulo, miré hacia la esquina donde Carlos y compañía mantenían una conversación de lo más agitada.

—Discuten —susurró Laura a la vez que se acercaba con pose conspirativa— sobre subir la suscripción.

«Ups. Alguien ha empezado a pregonar mis ideas».

—Y como es natural —saltó Carlota—, la gente se ha puesto a protestar.

—No te pongas ahora del lado de las masas —acusó Laura—. Todo el mundo sabe que con los treinta euros anuales no da ni para pagar los libros de actas. Estoy segura de que Rosales no gana para bolígrafos.

Estaba perdida, pero Carlota salió en mi auxilio.

—Rosales es el secretario.

—Ah. Gracias.

—El caso es que en el fondo sabemos que Carlos tiene razón, pero nadie quiere rascarse el bolsillo.

—Lo que a mí me da qué pensar —dijo Carlota toda seria— es que le haya dado por ahí de repente y defienda la subida con tanto ímpetu. Si no recuerdo mal, fue él el que aconsejó no pagar más.

—Hace dos años, Carlota. Además, es el tesorero, ¿quién se supone que va a discutir sobre finanzas sino él?

—En mi opinión —dije—, subir la suscripción es necesario y no es más que el primer paso. Debemos ser algo imaginativos y empezar a conseguir fondos de donde sea y no solo de los miembros de la asociación.

—¿A qué te refieres? —preguntó Laura.

—A que todo el mundo tiene que poner de su parte. Y con eso me refiero a to-do el mundo. Incluidos los más mayores. Esa actitud de «para lo que me queda en el convento me cago dentro» además de no ayudar, nos entierra más hondo. Ah, y los que tienen más energías, en vez de dedicarlas a fiestear, podían pensar en ideas para que este sitio salga adelante. Hasta que la gente no se involucre más, iremos a peor.

Carlota no parecía convencida. Normal, yo acababa de llegar y los nuevos, por lo general, no criticaban a los que llevaban más tiempo bregando con el problema. Miraba de reojo hacia el grupo que discutía ahora haciendo aspavientos y levantando el tono como si fuesen a solucionar el hambre en el mundo.

—No sé, no sé —admitió.

Laura empezó a chascar los dedos en frente de la cara de Carlota.

—Deja de buscar conspiraciones raras, Carlota, y encuentra a otro al que dedicarle tus neuronas y suspiros.

Hablaban de algo más que del futuro del pueblo y yo ya había metido el cuevo demasiado, así que decidí hurgar mejor en esas conspiraciones de las que hablaban.

—¿Otro? —empecé a picar. Vale, yo también a veces me dejaba llevar por el «cotillismo» más puro. Si me daban a elegir entre hablar de novietes y números rojos, estaba claro quien ganaba.

Carlota sonrió bobalicona y Laura se rio a carcajadas de ella. Estas chichas...

—Laura, eres cruel.

—Qué va. Es que a Carlota —comenzó a explicarme Laura muy solemne— no hay quien la entienda. Unas veces actúa como si estuviese enamorada y otras parece indiferente. Me lo paso pipa viendo esa personalidad bipolar. Y no te digo nada cuando piensa que algo se cuece y ella no está incluida.

Carlota le lanzó un cacahuete a la cara haciendo que se riera aún más. Nunca entendí cómo la

gente es capaz de hablar tan alegremente de temas tan personales. Esa, precisamente, era una de las principales razones por las que siempre sentí que no encajaba en aquel lugar.

—No le hagas caso —se defendió Carlota—. Es que cuando no estoy pillada por alguien, vuelvo a las andadas y me imagino que «alguien» en particular me gusta. Me agrada esa sensación.

—Yo creo que no es normal, pero ya te digo que me lo paso pipa viéndola actuar.

—¿Conozco a ese «alguien»? —empezaba a picarme la curiosidad.

—No lo sé. Es de los mayores, bueno, más bien podría ser su padre. Nosotras nunca hemos hablado con él. No en una conversación de tú a tú, me refiero. A ver si te crees que nos hicimos de la asociación por puro altruismo.

Pusieron los ojos como platos asintiendo con la cabeza para que quedase claro.

«Vaya con las inocentes estas».

Carlota, de repente, se llevó la mano a la frente agachando la cabeza con el dedo meñique estirado hacia afuera. No se podía ser más dramática.

—¡Está mirando hacia aquí! —gritó entre cuchicheos.

—¿Quién? —Fui a darme la vuelta con disimulo, pero Laura me agarró del brazo antes de girar la cabeza.

—¡Quién va a ser! —siseó Carlota entre dientes mientras entornaba los ojos a lo «mira que eres lenta».

—No sé, todavía no me habéis dicho de quién «cojopios» estamos hablando. —Y me vi cuchicheando también.

Era como volver a los diecisiete de golpe. Cómo había echado de menos algo de espontaneidad en los últimos años. La teatralidad de estas chicas era vigorizante.

—Carlota solo tiene un amor secreto y es más que suficiente. Palabrita de honor que con él nos da de sobra.

—¿Amor secreto? Prometedme que no vais a usar esa expresión nunca más en público.

—Le llamamos así precisamente porque es un imposible —aclaró Carlota.

—¿Está casado? —pregunté algo intranquila.

Carlota espurreó la cerveza y por poco acaba duchándonos.

—Verás —intentó explicar mi prima Laura—. Ésta lleva enamorada desde que hizo la comunión, pero en el fondo no quiere nada con él —hizo un movimiento obsceno con las manos—, ya me entiendes.

—Amor platónico —aclaró la aludida limpiando la mesa con doscientas servilletas de papel casi transparente.

—Esa expresión es mucho mejor que la primera; lo de amor secreto, en serio, es una cursilada —aseguré.

—Ya, pero da tanto juego. —Suspiraron a la vez.

—En eso tenéis razón. Sigue.

—Pues eso, que el amor de aquí mi amiga ha evolucionado a una forma retorcida de «estudio de campo».

No pude aguantar la risa. La cerveza comenzaba a hacer efecto.

—Me tomáis el pelo, ¿verdad?

—No, no —dijo muy seria Carlota negando con el dedo—. He utilizado la fascinación que siempre he sentido por él para aprender más en la carrera.

—Y tú estudias...

—Psicología.

—Ya veo.

—A estas alturas creo que tengo información suficiente para empezar con un doctorado, si te soy sincera. He descubierto nuevas formas de adentrarme en los secretos de los pacientes sin que me cuenten sus problemas.

—Hace años —insertó Laura después de aspirar con la pajita los dos últimos mililitros de refresco en un vaso de tubo casi lleno de hielo—, cuando le pilló con la novia de entonces dándose el lote en el río, toda despechada prometió no hablar con él jamás. Pero Carlota seguía obnubilada, así que acabó por espiarle y a día de hoy asegura conocerle mejor que su madre. Ni que decir tiene que nunca había hablado con él, nunca habló con él desde entonces y sigue sin hablar con él, más que nada, como te he dicho, porque podría ser su padre y dime tú a mí qué posibilidades hay de que tengan algo de lo que hablar.

Paró para poder respirar, pero Carlota se le adelantó. Eran dos cotorras de libro.

—Le doy los buenos días. A veces.

Laura asintió.

—Desde lejos se ve todo mucho mejor y me sirvió como antídoto. Le encuentro irresistible, pero me alivia saber que otras cargan con él —siguió Carlota.

Alcé una ceja. Empezaba a pensar que de veras me estaban tomando el pelo.

—No me mires con esa cara. Conozco sus secretos —dijo dando un buen trago de su botellín achinando los ojos—, incluso aquellos que ni él mismo conoce.

Eructó sin mucha elegancia.

—Perdón. —Volvió a beber y siguió hablando casi sin tiempo de tragar—. Por ejemplo. No quiere a su novia, de hecho, no ha querido a ninguna de sus novias.

—Entras en terreno peligroso, jovencita. —Había dejado mi botellín sobre la mesa con demasiada fuerza y el ruido las trajo de vuelta al mundo de los que no disfrutaban del «cotillismo» malintencionado.

Carlota se puso roja. Sabía que acababa de cruzar una línea. Iba a recordarle lo del secreto entre paciente y doctor cuando empezó a botar sobre la silla.

—¡Ay, Dios! Creo que viene hacia aquí. Está dando un rodeo, pero viene hacia aquí. Haced como si nada.

—Si no estamos haciendo nada. —cuchicheé a la vez que encogía los hombros. Tenía dificultades para no soltar una carcajada, pero recordé a tiempo que momentos así eran hitos cuando yo tenía su edad—. Estamos cerca de la puerta, seguro que quiere salir.

—No, no. Hazle caso, con este es un lince. Le tiene calado. —Mi prima Laura no dudaba lo más mínimo de los conocimientos de su amiga.

Oímos entonces un carraspeó detrás de mí y, por supuesto, las dos lunáticas me lanzaron una mirada de «te lo dije».

—Mayra.

Me di la vuelta. Laura tenía razón; podía ser su padre. Vaya con Carlota.

—¿Sí? —Ahora me tocaba a mí pretender indiferencia.

—¿Tienes un momento? —preguntó Carlos tan bajo que casi ni le oigo.

Miré alrededor. Aquel comportamiento no entraba dentro de nuestra política de no hacernos caso en público salvo cuando no hubiese alternativa. Lo habíamos dejado claro en mi casa días atrás, antes de que desapareciera dejando una estúpida nota. ¡Una mísera nota! O, mejor dicho, un frío telegrama con un escueto «gracias, pero ahí te quedas». El objeto de deseo de Carlota no debía actuar como si nos conociéramos delante de la gente. Punto.

Carlos sabía como mandarme mensajes, aunque esta era la primera vez que iban adosados a palabras. Miradas, millones, cambios de postura sin ton ni son, a porrillo, algún que otro empujón en momentos embarazosos, también, pero jamás una palabra. Al menos no directamente. A lo más, le decía algo a alguien en alto para que yo me enterara y, justo después, me taladraba con esos ojos que decían «y que sepas que va por ti». En momentos así, lo primero era ignorarle, pero solo un rato porque siempre acababa por tomar en consideración su opinión.

Con este hombre tenía la amistad más rara creada desde que se inventara la comunicación entre personas, pero funcionaba, aunque fuese solo en una dirección. ¿Por qué no podía yo también mandarle indirectas? Dejé ese pensamiento para más tarde y volví a prestarle atención.

Empezó a rascarse la sien, señal inequívoca de que estaba incómodo, y tenía la otra mano apoyada en la cadera, señal inequívoca de que estaba cabreado.

Me levanté rápido.

—Claro.

Me indicó la esquina al lado de la puerta, justo donde todo el mundo colgaba los abrigos. A unos metros de las dos locas de la pradera.

—¿De qué quieres hablar? —Con mi estatura y lo alto de los ganchos podía camuflarme sin problemas debajo de aquella montaña de ropa.

—Me ha llegado la noticia de que has pedido ser la madrina de las fiestas. —Para estar enfadado estaba manteniendo muy bien las formas.

—La noticia es correcta, sí.

—¿Estás loca?! —Adiós a lo de mantener las formas.

Soltó el aire y apoyó las dos manos en las caderas clavándome esos dos preciosos ojos azules mientras esperaba a que contestase a la estúpida pregunta.

—Déjame pensar. Hum... Creo que no.

—Vale, estás loca.

—¿Se puede saber qué te pasa?

Había levantado demasiado el tono y ahora miraba hacia la concurrencia, no fuera a ser que estuviésemos creando expectación.

Excepto porque Carlota estaba tomando notas, parecía que a nadie le importaba un bledo que Carlos me estuviese echando la bronca en público por a saber qué. Bueno, en una segunda pasada, pude ver a su novia estirando el cuello para localizarle. Cuando vio con quién estaba, se relajó y siguió hablando con mis amigas.

Otra que se dejaba llevar por las apariencias. Otra que no me creía a la altura. Hace años habría querido llorar, ahora, sin embargo, empecé a reírme de mi propio chiste.

—A mí no me hace gracia, niña.

Otro no-no. Desde la estúpida nota, «niña» no me lo iba a llamar nadie, na-di-e. Al menos en público y debió verlo en la mirada de aviso que le lancé.

—Perdona, Mayra.

—Empiezo a enfadarme y todavía no sé por qué estamos discutiendo. —Le copié la postura poniendo los brazos en jarras.

—No entiendo por qué quieres meterte en ese berenjenal.

—Hornear unas pastas y comprar anisete no es meterse en ningún berenjenal.

—No es solo eso y lo sabes.

Levanté las manos para zanjar aquella discusión.

—Carlos, no es el momento ni el lugar —dije tan bajo que tuvo que acercarse para entenderme

—. Cuando tengas un rato, te pasas por casa y lo aclaramos.

—No hay tiempo.

—¿De qué hablas?!

—Vuelvo esta noche a casa y pasado mañana salgo de viaje por el trabajo. De vuelta me voy de vacaciones con mi chica y estaremos fuera dos semanas. Después tengo no sé cuantos proyectos que terminar a consecuencia del viaje de trabajo y, por consiguiente, acabaré haciendo horas extras. Calculo que no te veré en un mes. O te aviso ahora o me callo.

—Calladito hubieses estado más guapo. —Toma, Jeroma, pastillas de goma. Quién hubiese pensado que yo hubiese sido capaz de regañarle.

«Prepárate para un cambio de tuercas, Huck».

—Te van a destripar, Mayra. Llevas una eternidad fuera y no van a dejarte respirar. Ni siquiera vas a poder decidir qué pastitas hornear o el tamaño de las magdalenas sin que las «reinas de la comisión de festejos» den su visto bueno. Joder, hace dos años, hasta censuraron la música que Rosana eligió porque no iba acorde con los estatutos.

—¿Qué estatutos?

—¡Ves! No tienes respaldos para mandarlas al carajo.

Me relajé entonces.

—Por eso no te preocupes, la madre de Carmen ha diseñado un plan contraofensivo para tenerlas entretenidas con otras cosas. En caso de ser elegida, claro.

—Me estoy cagando de miedo. Esto no es la Guerra Fría, para empezar. La cosa es mucho más mundana y te has metido de cabeza a ayudar sin saber cómo se las gastan por aquí.

—Te acabo de decir que me van a echar una mano. Si la necesito, claro está. —Carlos no tenía ni idea de lo bien que se me daba organizar.

—¿En serio? Rosario está como una cabra y Carmen aparece de vez en cuando y siempre en fines de semana. Te digo yo que te vas a comer el marrón sola.

—Tú vete tranquilo y disfruta de unas merecidas vacaciones con..., con... —Era imposible seguir los nombres de cada novia y a veces terminaba confundiéndolas con otras anteriores.

—Sofía.

—Eso. Olvídate del estrés y cuando vuelvas, todo estará preparado para que disfrutes de las fiestas.

—He venido a hablar contigo para convencerte de que lo dejes estar y pases la patata caliente a otra.

—¿Por qué?

Esta vez resopló con más fuerza, pero yo no iba a ceder. Estiré el cuello y puse mi mejor mirada de penitente.

—Porque te han elegido. Mañana te lo dirán de forma oficial, así que no te pongas a dar saltos.

—Pero puedo sonreír, ¿no? —En aquel momento estaba segura de que estaba enseñando todos los dientes y mi preciosa colección de patas de gallo.

Carlos soltó el aire cada vez más contrariado con la evolución de los acontecimientos.

—Sabes que quiero que me acepten —expliqué— y esta es la mejor manera. Soy del pueblo como cualquier otra.

—No has nacido aquí. —Adiós a la alegría. ¿Pero quién se creía este?

—Tú tampoco y eres el tesorero de la asociación esa. Quiero intentarlo y Carmen y Rosario van a ayudarme. Podrías darme al menos el beneficio de la duda. ¿Cómo se supone que voy a encajar si no participo en la vida del pueblo?

Exasperada empecé a rodearle cuando me cortó el paso apoyando la mano en mi brazo.

—Mayra, no dudo de que lo hagas bien, pero sabes que habrá comentarios.

Carlos siempre sabía dar donde más dolía. De no estar rodeados de gente, le habría soltado cuatro frescas.

—¡Siempre los hay y me da igual! Ya no soy la idiota que se dejaba apabullar por las habladurías, te aseguro que sé defenderme bien.

Nunca comprendí que me tratara siempre como cuando tenía diecisiete años intentando solucionar los problemas por mí antes incluso de que se produjeran. Pero lo que era vergonzoso es que, después de más de diez años, yo volviese al hábito de darle explicaciones.

Miré hacia donde tenía su mano agarrando mi brazo con cara de pocos amigos. En cuanto me soltó, volví de vuelta a mi mesa. Cuando me senté y volví la vista, ya no estaba.

—Ha ido al baño —susurró Carlota.

—Por lo visto sí que le conoces —dijo mi prima sorbiendo todavía con la pajita el agua de los hielos.

—No mucho, la verdad.

—Ya, eso se ve a simple vista —soltó Carlota sin mirarme mientras guardaba el bloc de notas en el bolso.

Jolín con la psicóloga.

Nunca lo hago por educación, pero aproveché para sacar el móvil y ver si tenía algún mensaje.

En ese mismo momento sonó un «ping» como el de un microondas.

Huck: Úneme a ese grupo tuyo de contraofensiva, pero que quede claro que me parece una mala idea

Se me congelaron los músculos de la cara de repente y miré a derecha e izquierda en modo pánico. Nadie parecía atenderme, a Dios gracias.

Mayra: Tengo algún as bajo la manga. No trabajes mucho y disfruta de tus merecidas vacaciones

Huck: Gracias. Hasta el mes que viene

Solté el aire de golpe mientras guardaba el teléfono encontrándome a dos diablillas mirándome expectantes como si fuese a obrar un milagro.

—Qué.

Carlota ni se inmutó.

—Mené.

—¿Ein? —Esa fue Laura.

—El espacio acaba de desdoblarse y nos ha mandado de una patada a una cuarta dimensión —aseguré.

—¡¿Ein?!

Y ya no pudimos aguantar más la risa. Estas dos eran lo más surrealista y divertido que había visto en muchos años.

Capítulo 16

Carlos

*E*sporando para facturar, Sofia y yo aprovechamos para mirar los mensajes antes de apagar los móviles.

No tenía muchos y ninguno parecía ser cuestión de vida o muerte. Pasando el dedo por la pantalla, uno de los nombres me hizo olvidar el resto. Me lo había mandado hacía tres horas.

Niña: ¿Sabes cómo manejar un machete?

Si contestaba ahora, lo más seguro es que no se acordara de lo que me había preguntado, pero lo intenté igual.

Carlos: Nunca he tenido la necesidad, aunque no puede ser muy complicado. Solo hace falta tener intención

La respuesta fue instantánea.

Niña: La tengo

Carlos: A quién quieres matar?

Niña: Te lo digo si no me dices "te lo dije"

Carlos: No diré nada. Qué pasa

Niña: La comisión

Carlos: Te lo dije

Niña: >_<

Carlos: Se me ha escapado

Niña: Cuando vuelvas, verás

—¿Buenas noticias? —preguntó Sofia a mi espalda estirando el cuello para ver por encima de mi hombro.

—Depende a quién le preguntes. ¿Lista?

Guardé el teléfono en el bolsillo.

—Siempre.

Sentí un escalofrío cuando la vi casi botar de alegría.

Avanzamos a paso tortuga hasta que una simpática azafata nos dio por quinta vez la bienvenida y se ofreció a ayudarnos con el equipaje de mano. Una vez sentados, me enfrenté a la dura realidad: nos íbamos de vacaciones y a un lugar tan alejado que era imposible cambiar de opinión por el camino o volver antes de lo esperado alegando cualquier excusa.

Al menos, había conseguido acortar aquel experimento a una semana. La idea de pasar más tiempo solos las veinticuatro horas del día me daba pavor.

Ya había intentado dar el «siguiente paso» en una ocasión en el pasado y solo me llevó a tener que recular porque aquella adorable mujer poco menos que me propuso matrimonio en cuanto

volvimos a la vida diaria.

Yo, las vacaciones, prefería pasarlas en grupo. Lo de ir en pareja lo hacía todo demasiado romántico y aceleraba las cosas demasiado, pero Sofía me había atrapado con un viaje a Grecia, a una isla perdida del Peloponeso por cuatro duros y no supe decir que no.

Aunque tras dos jornadas, recordé el porqué de mi animadversión a ir de vacaciones con la pareja.

Los detalles diarios.

Esos eran el enemigo de las relaciones a largo plazo. Esas pequeñas cosas a las que al principio no les das importancia porque la química se huele en el ambiente y todo está bien, todo te hace gracia, todo es aceptable. Y son justo esos pequeños detalles los que se convierten en grandes detalles que no te dejan vivir porque vas mirando todo el día a derecha e izquierda esperando el momento en que suceda algo que te saque de tus casillas. Y sabes que sucederá, sabes que pasará porque siempre pasa, pero hace semanas dejaste pasar la oportunidad de dejar caer que ciertas cosas no eran de tu agrado y ahora las rutinas ya están establecidas y tú solo quieres tirarte de los pelos porque no tienes el valor de decirle a tu novia que, por favor, te deje un milímetro cuadrado de espacio sobre la encimera del cuarto de baño para poner la cuchilla de afeitar; una cuchilla que, por cierto, sabes de sobra que ha usado y no te lo ha dicho. Así que acabas por esconder un juego de cuchillas igual que esconderías las revistas guarras si durmieras en la misma habitación que ella.

Me encontraba en las peores vacaciones en la historia de las vacaciones y mi compañera parecía estar en el séptimo cielo. Bueno, no siempre se podía ganar. La próxima vez sería yo el que buscara donde pasar un puente a lo más.

Habíamos acabado en uno de esos hoteles de doscientas estrellas con playa semiprivada. Según Sofía «el lugar perfecto para desconectar». Allí arribamos llenos de expectativas, al menos yo, pero a los dos días miraba detrás de cada maceta porque estaba seguro de que aquello era un programa de cámara oculta. Parecía un examen. Mi novia actuaba de forma extraña. Demasiado alegre. Con cara de felicidad permanente. Era como estar en el Show de Truman; solo le quedaba empezar a hablar de marcas publicitarias para terminarme de asustar. ¿Estaría embarazada? Si ese era el caso, estaba tomándose muchas molestias para presentármelo en bandeja de plata. Una cena más, una más, y si no lo soltaba, preguntaría yo a bocajarro.

No hizo falta.

—Deberíamos haberlo hecho antes —suspiró satisfecha mientras se desperezaba.

«No preguntes, Carlos. Este es el típico truco para hacerte preguntar el qué y acabar metido donde nadie te llama por picar».

Esperé entonces a que siguiese sacándome de la inopia mientras yo, con disimulo, cambiaba las cuchillas de la maquinilla de afeitar.

—¿Me has oído? —preguntó entonces asomando la cabeza mientras sonreía al ver que compartíamos *mi* maquinilla.

Dije que sí con la cabeza. Tener la barbilla en alto mientras estiraba la piel de la mandíbula para rasurar los ángulos más difíciles, no hacía posible mantener una conversación. Seguí escuchando.

—Al ver tus cosas al lado de las mías... Cuando volvamos deberías pensar en dejar lo imprescindible en mi casa. Yo podría hacer lo mismo. Evitaría el tener que estar yendo y viniendo.

Muy rápido. Sabía que estas vacaciones iban a dar la impresión equivocada y ahora me tocaba

pisar el freno por los dos sin mandarlo todo al garete. Lo malo es que su mirada no tenía pinta de admitir negativas y qué coño, nos iba bien.

Le dediqué al limpiado de la cuchilla más de los estrictos cinco segundos de rigor y afronté la situación como si fuese a llevarle la contraria a mi jefe. Suelta hilo, que pique, recoge poco a poco y llévala a tu terreno sin haber cedido.

—Suenan bien, pero ahora deberíamos enfocar en las vacaciones. ¿Tienes algo pensado para hoy?

Satisfecha con mi reacción, volvió a tumbarse en la cama.

—He pensado en ir a dar un paseo por el mercadillo. Podemos comprar algún recuerdo.

Compra de *souvenirs*. Podía haber sido peor. Ella podría comprar lo que quisiera y yo tendría tiempo de pensar en cómo frenarle los pies.

Así durante seis días.

Y con cada larga, una mueca y con cada mueca, una nueva proposición. Sofía nos quería viviendo juntos a la de ya y no cejaba.

Fue en el viaje de vuelta en coche entre Madrid y Ávila. Era el mejor momento para aclarar ciertas cosas. Si lo hubiese hecho en Grecia, probablemente habría arruinado la escapada, pero debíamos hablar antes de llegar a casa o sus maletas acabarían en mi piso.

—Sofía, sé que estás muy emocionada con la idea, pero no me veo viviendo con nadie. Al menos, por el momento.

Sofía se había puesto rígida y miraba al frente sin pestañear.

—Necesito algo más de tiempo. Solo eso.

—¿Cuánto?

«Con cuidado, Carlos».

—No lo sé.

—Llevamos juntos casi un año y todavía no sé lo que es dormir contigo. Siempre volviendo a tu casa antes de amanecer. Por eso he insistido tanto con las vacaciones y estaba en lo cierto. Estamos bien juntos y diría que es perfecto de no ser porque al final del día terminamos cada uno en una cama distinta.

En parte tenía razón, pero no en la parte que ella creía. Si nos iba bien, era porque siempre teníamos unas camas por separado a las que recurrir.

Aquella semana había corrido peligro de sufrir una sobredosis de Sofía. Convivir con ella lo veía una imposibilidad. Y, sin embargo, con algo de tiempo, podría hacerme a la idea.

—Todo llega, Sofía. Pero cada cosa a su momento. —Arriesgué a alargar la mano y apoyarla en su rodilla. Sentí como una pequeña victoria que no la apartase—. Te lo he dicho hace unos días y lo repito —expliqué—: suena realmente bien, pero no ahora.

Sofía estaba dolida, mucho, aunque cedió.

—Está bien, pero ya sabes lo que pienso. La piedra está sobre tu tejado y tendrás que ser tú el que me lo pida.

Di gracias por haber salido airoso con tanta facilidad.

—Gracias, Sofía.

Y apreté la mano para enfatizar mis palabras. Ella se giró y por la sonrisa que puso, debía haber confundido mi cara de alivio con una de promesa.

Capítulo 17

Mayra

Me había preparado mejor para aquel día que para presentar mi propuesta al banco la primera vez que quise ir de empresaria por la vida. Como no quería que saliera igual de mal, antes de darle el empujón final a los preparativos, había ido a hacerle una visita a nuestro santo patrón. Primero, porque santo Domingo era el que, en última instancia, me había metido en aquel embolado; segundo, porque la mano divina es algo de lo que una nunca se acuerda hasta que de veras lo necesita y yo necesitaba más bien mucho de ayuda extraterrenal; tercero, porque me habían dicho que el cura era un tipo majo y una charla con él era lo único que se necesitaba para ver las cosas desde un nuevo punto de vista; cuarto, ¡necesitaba un rato a solas!

El goteo de domingueños había sido constante durante los últimos días. Ellas más que ellos, pero hubo de todo, incluida la cabra que mi tío Raimundo había traído aposta para enseñarme a ordeñarla y así evitarle el trabajo. Todos mis tíos aparecieron para inspeccionar y Raimundo aprovechó su visita para pasarme la patata caliente porque su mujer se negaba a ordeñar cuando él no tenía absolutamente nada que hacer durante todo el santo día. Al menos era lo que ella aseguraba.

Así que allí me planté; arrodillada ante el altar mayor, después de haber encendido tres velas y un velón, suplicando a la Virgen..., ay madre, que ya ni me acordaba del nombre de la virgen del pueblo, ...María que no me abandonase en un momento como aquel. Prometí una y mil veces no volver a lanzarme a la piscina sin pensar primero y juré por todo lo más sagrado que no le daría un sartenazo a Carlos en la cabeza cuando me soltara un merecidísimo «te lo dije» a la cara.

—Jesusito lindo —recé—. Sé que hace una barbaridad que no vengo a verte, aunque eso lo sabes tú de sobra. Bueno, aquí estoy porque la comisión de festejos me tiene en un sinvivir. No es que yo no tenga algo de culpa, pero es que el estrés corporativo no es nada comparado con lo que esas señoras son capaces de presionar. Jesusito bueno, dame fuerzas para mantener el fuerte un día, solo un día más, y yo prometo traerte flores, morderme la lengua cuando me den su opinión de «buena fe», ¡ah! y prometo ayudar a la pobre madrina que venga después en todo lo que necesite porque, y esto no es por malmeter, Jesusito, pero no imaginaba yo que fuese a ser tan complicado invitar a pastas y anisetes.

El crujir de la madera me hizo girar la cabeza y allí me encontré a un joven sacerdote que, de no estar sentado en una iglesia con una Biblia en la mano, hubiese pasado perfectamente por un modelo de la revista *Fucking Young*.

«¡No, no, Jesusito! Prometo rezar cinco avemarías por pensar cosas así en tu presencia, pero entenderás que no puedo confesarle semejante cosa al cura, ¿verdad?».

Creo que estaba perdiendo la cabeza.

Me senté en el banco y me recordé a mí misma que había venido a hablar precisamente con él, si bien no había pedido cita. ¿Se piden citas para hablar con el cura?

Lo que sea.

El caso es que el cura del pueblo estaba allí, sentado tranquilamente, lanzándome media sonrisa esperando paciente a que soltara sapos y culebras.

Pero, por primera vez en mi vida, no sabía qué decir o por dónde empezar.

—Me habían dicho que era imposible que a una cabrera fuese a comerle la lengua el gato —dijo después de un rato de incómodo silencio.

—*Tja*. Puede que no todas estemos cortadas por el mismo patrón.

«Otra trola por la que confesarme más tarde, lo que prueba que soy más cabrera de lo que mi padre quiere creer. Céntrate Mayra».

Pero el guapo cura no me lo tuvo en cuenta y siguió esperando a que yo dijese algo con sentido, a ser posible.

—Perdone, padre, pero es que ando nerviosa con lo de ser madrina.

—Rosario se pasó por aquí ayer para decirme que ibas a necesitar hospedarte en un convento de clausura después de las fiestas de seguir como hasta ahora. ¿A qué se refería?

—A que me cuesta controlarme delante de las señoras de la comisión de festejos.

—A veces y siempre de buena fe, claro, esas bien pensadas mujeres necesitan que les recuerden no sobrepasarse.

—No sabe cómo, padre. Mañana empiezan las fiestas y todavía no he tenido un momento libre para limpiar y terminar de arreglar el...

Inclinó la cabeza esperando a que terminase la frase.

—Es un secreto, padre. Un buen secreto, pero no quiero que nadie lo sepa —dije bajito—. Me gustaría, sé que es una vanidad pensar así, sorprender con algo en lo que no hayan metido las narices. Tampoco es que sea nada del otro mundo...

—No me digas más y no te robaré más tiempo. Seguro que te quedan cosas por hacer —zanjó sonriente.

—Padre, me queda todo por hacer. —Puse cara de agobio al decir aquello.

—Ve tranquila —dijo mientras se levantaba—. Ya veré lo que se me ocurre.

¿Ya? ¿Solo eso? Me acompañó a la puerta y, a la salida, paró para despedirse.

—Gracias por venir. Me agrada mucho ver caras nuevas por aquí.

¿Aquello era una invitación o un aviso? Extendió la mano, así que me incliné por la primera opción.

—Por cierto, llámame Sebastián. Lo de padre prefiero que lo dejes para cuando las de la comisión estén cerca.

—Mayra —dije dándole la mano—. Un placer.

—El placer es mío. La próxima vez, no dudes en pedir ayuda antes de que te coman viva.

—Lo tendré en cuenta, pa... Sebastián.

Y, mucho más tranquila, fui a esperar a mi hermana a la puerta del hostel.

Media hora después, cuando la vi aparecer con su precioso escarabajo verde, se me llenaron los ojos de lágrimas de puro alivio. Bajó del coche sacando primero sus larguísimas piernas para, por fin, soltar su preciosa melena roja rizada como lo haría Norma Jean en sus mejores tiempos.

Estaba segura de que yo había salido tan pequeña porque ella se había agenciado toda la estatura.

Mi hermana era la sargento de la familia y había recurrido desesperadamente a ella para que mandara a hacer gárgaras a las señoras que me acosaban con todo tipo de detalles absurdos porque no confiaban en que fuera a hacer nada a derechas. Brujas.

—¿Y bien? Dame la lista de las sospechosas y haré guardia en la puerta para que nos dejen en paz. —Me manoseó el pelo hasta que me lo alborotó a su gusto.

La abracé con todas mis fuerzas. Tenía tantos favores acumulados que iba a necesitar tres vidas para devolverlos todos. Era increíble que no se hubiese cansado ya de sacarme de apuros.

—A estas alturas, creo que te necesito más en la cocina que de cancerbero.

—Mucho mejor. Las cucharas de palo grandes son la mejor arma contra las cotillas.

Abrí la boca para protestar, aunque no me dio tiempo ni de soltar el aire.

—Tranquila, hermanita. Recuerda que soy abogado; sé hasta donde podemos llegar.

—¡Elisa!

—Solo bromeo.

«Ya. Como si no nos conociésemos».

Cuando aparcamos en la calleja, teníamos a tres buenas señoras esperándonos a la puerta de La Cuadra.

—No me dejan ni a sol ni a sombra. —Había empezado seriamente a sopesar la idea de no salir de aquel coche, regresar a Madrid y no volver a pisar sierra Negra en lo que me quedase de vida.

—A la de negro de la derecha la recuerdo —dijo mi hermana entre dientes, pero sonriendo igual que si todo fuese de color de rosa—. Me dio un tirón de pelos cuando la llamé «metomentodo» después de hacer un comentario sobre mi pelo. Si se me va la mano, alegaré legítima defensa como consecuencia de un trauma acarreado desde la infancia. ¿Cómo se llamaba?

—No tengo ni idea. Confundo los nombres de lo rápido que se llaman las unas a las otras.

—Será la viuda #1, entonces. ¿Algo que comentar sobre la #2 y la #3?

—Las otras dos son las sicarias del sujeto #1. Las manda como censoras oficiales. Hoy, al ser ensayo general, ha venido ella para asegurarse.

Mi hermana salió del coche más sonriente aún.

«Se va a liar la marimorena...».

—Señoras —dijo con autoridad—. Van a tener que disculparnos, pero mi hermana, la madrina de este año, está demasiado liada para atenderlas como se merecen. Si vuelven en un par de días seguro que nos quedan pastitas con las que invitarlas a pasar la tarde. Ahora mismo nos es imposible perder un segundo en nada que no sea la inauguración de mañana.

—Jovencita —dijo la viuda #2—. Estamos aquí precisamente para asegurarnos de que salga todo bien mañana.

Mi hermana se acercó con determinación a ellas.

—Eso, señoras, deberán dejarlo en manos de Mayra, a no ser que prefieran que dimita y les pase a ustedes el honor. Bien pensado, seguro que ustedes se las pintan solas para organizarlo todo estupidamente en menos de veinticuatro horas.

Creo que la viuda #3 perdió el color.

—Mayra es la madrina y debe cumplir con su obligación —gritó escandalizada la viuda #1.

—Exacto. Así que si no quieren recoger el testigo, será mejor que nos dejen trabajar a gusto.

La viuda #2 fue a decir algo.

—Señoras mías —canturreó mi hermana—, Mayra tiene toda la información necesaria y sabe con detalle lo que ustedes esperan de ella. Un poco de buena voluntad y algo de confianza, y verán lo bien que sale todo mañana.

Las viudas #1, #2 y #3 estaban pensando qué decir cuando un hermano de Pedro entró en la calleja.

—Buenos días, señoritas.

Las tres viudas enrojecieron con el piropo y sonrieron tanto que creí ver los empastes de oro de las muelas.

—¡Pablo, hijo! ¿Qué haces por aquí? —preguntó la viuda #2.

Salí del coche para situarme junto a mi aliada. Pablo le dio un par de besos a mi hermana; se inclinó noventa grados para hacer lo propio conmigo y, cuando se incorporó, nos guiñó un ojo a ambas.

—Me manda el cura. —Puso cara seria, como si se le hubiese muerto alguien.

—¿Está todo bien? —preguntó la viuda #1 llevándose la mano a la medalla que le colgaba del cuello.

—Son las flores, Perpetua. No llegan y don Sebastián no encuentra por ningún lado la factura. Si se hace tarde, no habrá tiempo de engalanar la iglesia.

Las tres mujeres salieron casi corriendo en busca del párroco alteradísimas pensando que no habría azucenas con las que decorar la iglesia y, por tanto, el principio del fin del mundo comenzaría.

—Debo admitir que tienes mano —admitió mi hermana.

Pablo ni se inmutó.

—A quién se le ocurre pensar que conseguirías algo con ese pelo. Las pelirrojas les dan pavor.

Mi hermana estiró el brazo y le dio una torta en el hombro. Pablo era casi tan grande como su hermano mayor e, incluso, mi hermana tenía que hacer esfuerzos.

—¡Rubio fresa!

Pablo seguía impertérrito.

—Mayra tiene mi teléfono. Si vuelven, me mandáis un mensaje y regresaré para quitáros las de la chepa. Suerte, chicas.

Y se fue tan pancho como había llegado.

—¿Y bien? —preguntó mi hermana preparadísima para la acción.

—Carmen y Rosario vendrán esta tarde con las tortillas. He preparado la masa para las pastas, las magdalenas y las galletas del santo. Las recetas están sobre la mesa. Mientras tú le das al horno, yo terminaré de aspirar las paredes del casillo del tío Ceferino. Pedro ha prometido mandar a alguien para ayudarme a sacar el carro y colgar las yuntas en la pared. ¡Mierda! Tendría que haber hecho uso de Pablo. —Miré la hora—. Los de las estufas estarán al llegar y Andrés me va a traer una de las neveras viejas que ya no le caben en el bar. Espero que nos ayude con los cables porque no tengo ni idea de cómo conectar los altavoces del iPod. ¿Que más...?

—Me agotas, hermanita. Me-a-go-tas.

Oímos el claxon de un camión justo detrás. Los de las estufas daban el silbato de salida a mi estreno estelar como madrina de las fiestas de Santo Domingo de los Altos.

Capítulo 18

Carlos

*D*e tener un día favorito, ese sería el 4 de agosto. El primer día de las fiestas del pueblo. Entre el cuatro y el ocho de agosto, Santo Domingo de los Altos era una fiesta. Día y noche.

Al contrario que otros pueblos, que movían la fiesta para que al menos los días principales fueran en fin de semana, nosotros seguíamos una agenda cayese cuando cayese la fiesta.

Sacábamos al santo de procesión después de la misa de inauguración. Y, en cuanto lo dejábamos de vuelta en su altar, la madrina de ese año nos recibía para invitar al pueblo a bollos y una copichuela de licor. Esa celebración era casi más importante que los conciertos de por la noche. En ese momento, el pueblo se reunía no solo para celebrar las fiestas, sino para ponerse al día y ver a los que solo lo pisaban de vez en cuando. Con las energías que dan los dulces, los quintos iban a por el Mayo y lo plantaban en la plaza para que a lo largo de los siguientes días, los más ágiles intentarían treparlo con éxito. Y el primer día se cerraba igual que comenzaba; con una misa y a dormir porque el segundo día comenzaba temprano.

El segundo día era cuando los demás debíamos dar el callo. La mañana se la dedicábamos a los niños y les teníamos entretenidos durante horas. Una tarea que con cada año que pasaba, se hacía más complicada. Con el tiempo habíamos decidido tener años temáticos, al menos, para que los chavalines aprendiesen algo. Este año se lo íbamos a dedicar al fuego. Pretendíamos enseñarles la historia de la zona; por qué nos llamaban «la sierra Negra»; qué era un pirómano y cómo evitar incendios. Para darle emoción al asunto, los bomberos dejarían que incluso se enfundaran los uniformes, aprendieran a usar las mangueras de agua a presión, llenasen de espuma la plaza y dieran una vuelta en los coches con las sirenas encendidas. La noche del segundo día de festejos teníamos baile en la sala de reuniones del Ayuntamiento. Quitábamos todos los muebles e invitábamos a un DJ para que animara la noche. Era una fiesta en *petit comité*, pero cada año recibíamos a más y más gente de otros pueblos.

El tercer día era para los mayores. Después de subir al campanario y tocar durante horas las campanas para celebrar el nacimiento del santo, montábamos una comilona en el río. Allí empezaba la fiesta con tiro al plato y calva, para ponernos con las cartas después. Campeonatos de cinco y caballo, tute, brisca y mus. Los quintos de cada año se encargaban de organizar ese día y este año habían introducido el concurso de billar y fútbolín. Y por la noche: farra. Ahí nos dejábamos las tres cuartas partes del presupuesto. Las orquestas nos dejaban secos, pero así eran las fiestas. Durante dos noches, se nos iba la pinza bailando, bebiendo y haciendo el loco hasta que amanecía.

El último día, los que conseguían salir de la cama participaban en las competiciones de natación; lo más divertido de los cuatro días porque a los domingueños se nos daba fatal nadar.

Por fin, tras una buena siesta, el cierre por todo lo alto con los consiguientes fuegos artificiales a las doce de la noche en punto. En un principiio, ahí acababan las fiestas, pero le habíamos dado

una patada a la tradición empalmando hasta bien entrado el día 5.

Este año las fiestas caían entre el domingo y el jueves, por lo que nuestra madrina tendría una horda de gente a la que agasajar.

Cuando Sofía y yo entramos en la calleja nos quedamos con la boca abierta. Aquel agujero olvidado del pueblo estaba engalanado con banderas de colores. Habían barrido la calle hasta dejar ver el empedrado y, a un lado, una banda tocaba canciones populares picantes en lo alto de un carro.

Rosario, la experta en planes contraofensivos, nos recibió con una bandeja llena de dulces del santo y su hija Carmen nos condujo a un casillo, justo al lado de La Cuadra, en el que medio pueblo se hacinaba mientras le daba a las copichuelas de licor.

Sofía se partía de risa escuchando la música y, aunque hacían lo posible por evitarlo, las de la comisión de festejos estaban rojas como tomates. Puede que por la letra, puede que por el anís.

*Ay madre, que me lo han roto
hija no digas el qué
el cantarillo en la fuente
madre, ¿qué es lo que creía usted?*

—El tío Cefe ha dejado que Mayra usara su casillo siempre y cuando lo adecentásemos. Ha quedado bien, ¿no creéis? —comentó Rosario orgullosa.

Sí, había quedado bien y parecía mucho más grande cuando entrabas. Unas yuntas colgaban de una de las paredes y una cortina ocultaba una esquina llena de aperos. Habían puesto una mesa al otro lado de la puerta y cualquiera podía picar o beber lo que le diese la gana.

Aunque estábamos en agosto, la mañana era fría y una estufa a la entrada daba calor a los de dentro.

Miré entonces a los músicos. Tenían al lado una fogata encendida sobre una plancha redonda de hierro y alguno ya bailaba chispa al ritmo de la jota.

Mayra tardó un rato en acercarse a nosotros. Iba vestida con minifalda amarilla de fieltro con adornos bordados y un mantón negro cruzado al pecho. En vez de leotardos gordos blancos llevaba unas medias normales y los zapatos eran de tacón alto. No era ni mucho menos el traje tradicional de la zona, pero lo recordaba.

—Aquí tenemos a la madrina de este año.

Mayra inclinó la cabeza.

—La misma que viste y calza. ¿Estáis disfrutando del comienzo de las fiestas?

—Mucho —dijo Sofía—. Has tenido una gran idea invitando a los músicos.

*Qué polvo tiene el camino
qué polvo la carretera
qué polvo tiene el molino
qué polvo la molinera.*

—¡Eeeeeeh! —gritó Patricia, la molinera.

—Perdona, guapa. Pero la copla es la copla —se disculpó el que tocaba el tambor.

Mayra disfrutaba mirando a sus invitados pasárselo bien. La mejor madrina de Santo Domingo.

—Tengo que pedir disculpas —dijo después de un rato.

—¿Por qué? —preguntó Sofía.

—Estaba segura de que ya no quedaba sustancia en sierra Negra, que las costumbres estaban perdidas y que la gente no tenía ningún arraigo. Me equivoqué. Todavía pienso que corremos peligro de desaparecer, pero, en las últimas semanas, he visto ejemplos por todas partes de personas que trabajan para que las tradiciones no se pierdan o, al menos, no se olviden. Un historiador aquí, una asociación allá, músicos como estos chicos...

En ese momento, el de la dulzaina se lucía mientras Sonia intentaba enseñar a su hija Laura algunos pasos. Mayra se unió para formar un corro.

*Si mi suegra no me quiere
que se vaya a hacer puñetas
que teniendo yo el clavel
¿pa' qué quiero la maceta?*

—Creo que es hora de que nos acerquemos a la plaza a ver si los quintos han plantado el Mayo —dijo de repente Sofía mientras tiraba de una de mis mangas.

—¿Perdona?

—Me dijiste que los quintos ponían el Mayo hoy.

—Es pronto todavía —. Las tres cabreras bailaban a la vez moviendo los pies. Punta, talón, punta, talón, vuelta. Saqué el móvil y apunté: «Taller de jotas y castañuelas».

—¿Una copita? —preguntó Rosario con una botella de pacharán casero.

—No, gracias —dijo Sofía sin mirar mientras buscaba un sitio donde dejar su vaso.

—Claro que sí —dije yo extendiendo el mío.

—Las receta es de mi madre y las endrinas las recogí por detrás de la enramada. Es una jungla, pero sabía que de chica íbamos a por frutos allí. Si la artritis me deja, iré a limpiar de maleza.

El corro de bailarines se hacía cada vez más grande y ahora la música era una extraña mezcla de letras de canciones antiguas y música pop.

A esos chicos les quedaba un largo camino por delante, aunque no podía negarse que sabían animar al personal.

Alargué el pacharán todo lo que pude, pero Sofía metía prisa para ir a ver como andaba la operación «plantemos un Mayo grasiento en la plaza y trepémoslo». Nunca pensé que algo tan ordinario pudiese interesar a Sofía y menos en Santo Domingo, si bien no iba a desperdiciar la oportunidad de hacer algo juntos allí. Eso sí, ni por asomo iba yo a subir aquel tronco; daba igual lo que hubiese pinchado en lo alto.

Cuando llegamos a la plaza, cinco fornidos chavalotes maniobraban para meter el Mayo pringado en grasa y me vino a la cabeza lo de que la costumbre de plantar aquel tronco representaba la fecundación de la tierra.

Sofía era mucho más mundana de lo que aparentaba, a juzgar por las mejillas sonrojadas y cómo examinaba aquel proceso.

Los viejos sentenciaban instrucciones con calma, sentados en algún poyete, llevándose las manos a la boina cada vez que el Mayo se inclinaba más de lo necesario y los jóvenes resoplaban mientras hacían palanca para que el tronco quedara bien sujeto.

—¡Listo! —gritó Rosales—. Hora de celebrarlo.

Acompañamos a los quintos a tomar algo en uno de los chiringuitos y empalmamos con una merienda cena a base de raciones de oreja, tortilla de patata y chorizo frito.

Después de unas cuantas cervezas, algunos quintos intentaron trepar el Mayo. Este año habían colgado de la guirnalda de hojas de roble una cuerda con una llave. Nadie sabía lo que abría la llave y alguno parecía no poder esperar para enterarse.

Ninguno lo consiguió. A cuatro metros del suelo, volvían a resbalar tronco abajo una y otra vez.

El resto animaba mientras iba cayendo una cerveza detrás de otra. Cuando comenzaron a decir burradas, Sofía se despidió con la excusa de que tenía que trabajar al día siguiente. Había conseguido que mi novia residiera en Santo Domingo dos días completos. Podía darme con un canto en los dientes. Y ella también, porque habíamos dormido juntos durante toda una noche.

—¿Te pasarás por aquí alguno de los días de las fiestas? —preguté cuando nos acercábamos a su coche.

—Creo que no. Tengo un montón de trabajo y este pueblo está lejísimos. —No era el caso, pero tampoco iba a arruinar el momento—. ¿Te veo el viernes, entonces?

—Aquí estaré.

—Pero, las fiestas duran hasta el jueves —se quejó. ¿De qué? No estaba muy seguro.

—Tengo una semana de vacaciones y, para un día, no voy a volver a Ávila.

—¿Vas a quedarte también el próximo fin de semana?

—Claro. —¿De qué se extrañaba tanto?

—Pensaba que podíamos ir a algún sitio.

Dudé tener muchas energías sobrantes al llegar el viernes, pero, si dormía todo el día, podría recuperarme más o menos bien.

—Ven el viernes después del trabajo y planeamos algo desde aquí.

Pensó un momento.

—Ya veremos —dijo mientras entraba en el coche—. Te llamo en un par de días y lo discutimos.

Cerró la puerta y bajó la ventanilla.

—Conduce con cuidado.

Sacó la cabeza y me dio un beso.

—Pásalo bien.

Me sonrió y puso el coche en marcha. Se despidió haciendo sonar el claxon y desapareció en la siguiente curva de la carretera.

Para estar en fiestas, el pueblo parecía tranquilo. Las farolas estaban encendidas, aunque todavía había algo de luz. El cielo estaba sin nubes y la silueta de la sierra se imponía negra en el horizonte.

Estuve un rato sentado en el malecón viendo el sol desaparecer detrás de las montañas dejando poco a poco paso a las estrellas. Porque en aquel lugar todavía podían contemplarse todas las constelaciones.

Aprovechando que todo el mundo estaba reunido en la otra punta, fui a dar un paseo por las calles viejas del pueblo.

Ese era el Santo Domingo que más me gustaba. El lugar que hacías tuyo porque no había nada que te presionase a ser de ninguna manera. Las piedras eran tan antiguas que parecían estar allí desde el principio de los tiempos. Observádonos, pero nunca juzgando; dejádonos meter la pata una y otra vez para volver a recibirnos con el rabo entre las piernas. Sin hacer preguntas.

Ese era el pueblo que me había visto tirar la mitad de la juventud por una estúpida decisión; el mismo que me dejó ceder a la presión de los mayores y, por una única vez, no coger lo que se me ofrecía, a saber por qué; al que le dio igual que una vez más centrado, siguiese buscando,

encontrando y volviendo a perder. Esas piedras no me decían nada, solo me miraban, me dejaban hacer y allí permanecían cuando todo empezaba de nuevo en un ciclo sin fin.

El viento traía, de vez en cuando, el sonido de la música, aunque estuviese casi al otro lado del pueblo. Los de la plaza debía haber conectado unos altavoces.

La música era lenta. Lo mismo estaban ya en las últimas y solo quedaban los cuatro de siempre que, después de todo el día comiendo y bebiendo, bailaban lo que fuera con quien fuera alrededor del Mayo con la esperanza de no ir solos a la cama esa noche.

Bajando la cuesta me di cuenta de que la música no venía de la plaza. La música salía de la calleja.

Sin darme cuenta, los pies me llevaron a la puerta del chamizo que nos había dado cobijo aquella tarde. Ya no quedaba nadie; las luces estaban encendidas y la estufa todavía daba calor. Me asomé y me apoyé sobre la puerta semiabierta.

Alrededor de la mesa, donde todavía quedaban vasos y platos por recoger, Mayra silbaba la melodía que salía de los altavoces apilando bandejas y metiendo comida en tarteras.

Se había cambiado de ropa. Botas forradas, vaqueros, jersey claro, de esos que te invitan a tocar, y un chaleco de plumas.

Allí parado estuve un rato pensando en cómo darle la enhorabuena cuando se diese la vuelta mientras Louis Armstrong encontraba a su chica en Blueberry Hill; la misma a la que promete amor eterno y de la que debe separarse. Pero el viento trae de nuevo aquellas promesas. Él pide entonces subir juntos a la colina para buscar moras y subir cada vez más alto hasta llegar a la luna y, por fin, cumplir aquella promesa.

Mayra se dio la vuelta con una fiambarrera en cada mano. Y ahí se quedó parada no sabiendo muy bien qué hacer o decir. No hacía falta.

Me acerqué y, con cuidado, dejé los recipientes sobre la mesa. La acerqué a mí y comencé a ondular con ella.

—Creía que no bailabas —le dijo a la solapa de mi cazadora.

—Y no lo hago.

—Gracias por aclarármelo.

Bailamos una balada detrás de otra sin seguir el ritmo; al menos, no el ritmo de la música. Con una mano apoyada sobre su espalda y la otra entrelazada a la suya, con su frente apoyada sobre mi pecho y mi barbilla frotando su pelo, nos movíamos a destiempo, pero en perfecta sincronización.

Olía a día de verano.

...He looks at her. She looks at him. For a moment there is nowhere she is going.

He looks at her. She looks at him. For a moment they could almost fall in love...³

Ella y yo, en una realidad paralela. Una realidad oculta que salía a la luz en momentos como aquel, cuando yo me dejaba ver y ella se permitía mirar. ¿Cómo habíamos llegado a esto? ¿Por qué parecía tan fácil en aquella burbuja y tan difícil fuera? No ser amigo de Mayra había sido siempre un imposible.

... Fui la ilusión de tu vida, un día lejano ya. Hoy represento el pasado, no me puedo conformar...

Y el tiempo. Los años sin mover un dedo, dejándola ir.

...Si las cosas que uno quiere se pudieran alcanzar. Si tú me quisieras lo mismo que veinte años atrás. Con tristeza...

—¡Mayra! ¿Necesitas ayuda ahí fuera?

Elisa.

Nos separamos con brusquedad y antes de decir nada, se había dado la vuelta para volver a la tarea de limpiar la mesa de restos de comida.

—Has sido la mejor madrina que este pueblo ha visto en años, niña.

Mayra paró, se dio la vuelta y me miró sorprendida.

—¿En serio?

—Totalmente. Yo nunca te miento, ¿recuerdas?

Le lancé un beso y me marché antes de que nadie nos viera allí.

Tres días después, de pie durante los fuegos artificiales entre los demás domingueños, respiraba satisfecho de lo bien que había salido todo.

Solo una cosa empañaba aquel momento.

Mayra debía estar llorando en ese mismo instante. Menos mal que su hermana estaba allí con ella.

Capítulo 19

Mayra

—¿Con quién bailabas? Ha salido pitando y de espaldas, no le he reconocido.

Tan atareada estaba con las tarteras que no pensé cuando dije:

—Huck.

—¿Ha traído el escocés algún amigo? —Elisa y sus conquistas. Pero esa pregunta tenía una respuesta que podía hacerme salir del apuro airosa.

—De hecho, uno de ellos se ha puesto falda.

—¿Y me lo dices ahora?

—Creía que le habías visto antes. Pero, si vamos a la plaza, puede que le pilles a tiempo. A no ser que alguna haya arramblado con él.

—Deja la comida ahí. Con este frío no puede ponerse mala. ¡Andando!

Casi nos partimos la crisma bajando la cuesta corriendo.

—¡Date prisa!

—Elisa, has visto escoceses antes.

—Ya, pero antes no llevaba seis meses en dique seco. ¡Seis meses, hermanita!

Paré en seco y la agarré del brazo.

—Elisa, recuerda que compartimos la cama. Avísame si llevas a alguien a La Cuadra, ya me entiendes.

—¿Para qué están los casillos llenos de heno? Solo espero que todavía tengan heno dentro, claro.

Llegamos justo a tiempo para ver como alguna levantaba la falda de un amigo de Scott y mi hermana lanzarse sin paracaídas al mundo de los Highlands.

No había mucha gente, pero casi todo el mundo bailaba alrededor del Mayo. Alguno, incluso, intentó treparlo, incluidos los escoceses con un grupo de ávidas animadoras mirando hacia arriba muy cerca del tronco «para dar fe» de que llegaban a lo alto.

Picaronas.

Rosales se acercó a mí.

—Has conseguido impresionar a todo el mundo —me dijo mientras miraba cómo los tíos con falda fracasaban una y otra vez.

—¿Tú crees?

—La gente no para de hablar de ello. Están pensando en contratar a los músicos del carro para el año que viene.

La idea me hizo ilusión. Gracias a aquellos chicos nos habíamos reído a base de bien aquella tarde. Miré alrededor y suspiré contenta.

—¿Vas a subir al Mayo? —pregunté.

—No creo.

—¿Por qué no?

—Porque no tengo ninguna chica a la que impresionar.

Sonaba algo tristón y me dio mucha rabia. Si alguien merecía una buena novia, ese era Rosales.

—Quién sabe. Si consiguieras esa llave —insinué—, puede que la chica apropiada se interesase.

Esta vez sonrió levantando la vista y enfocando en aquel trozo de cuerda colgando en lo alto del tronco.

—Quién sabe —repitió soltando el aire—. Y tú, qué. ¿Hay algún soltero que quieras que llegue a la llave y te regale lo que abre?

«Soltero, soltero...»

—No.

—¿Seguro? —se giró y me lanzó una sonrisa cómplice.

—Seguro —dije apartando la vista.

—En principio —aclaró—, el concepto «soltero» debería ser aplicado estrictamente.

Ahora sonreíamos los dos y yo no estaba muy segura de lo qué o sobre quién estábamos hablando.

—¿Y eso significa...?

—Que, o ha pasado por la vicaría, o no cuenta —aseguró.

—Esa teoría puede ser peligrosa.

—¿Más que subir ahí a costa de quedar como un eunuco?

—Si un hombre no borracho trepa el Mayo, es porque aprecia, y mucho, a la mujer de sus desvelos.

Rosales se echó a reír ante aquella cursilería, pero mi teoría quedó clara cuando uno de los solteros cayó de culo y fue recibido con besos en el suelo. Ante tales muestras de adoración, incluso los más aversos al riesgo intentaron trepar el tronco.

La fiesta empezaba a desmandarse y yo me sentía fuera de lugar.

—Creo que es hora de que me vaya a dormir; mañana tengo que hacer acto de presencia en doce sitios.

—Lo harás bien, madrina.

Me dio dos besos y volvió a mirar a lo alto buscando algo.

—Hasta mañana —dije, pero no me contestó.

Tardé mucho en dormirme aquella noche. En principio, debía estar excitada y contenta ante la idea de ser una parte importante de las fiestas del pueblo, aunque no era el caso. Estaba inquieta y triste al darme cuenta de que, a lo mejor, volvía a imaginar cosas haciendo una montaña de un grano de arena y, muy posiblemente, acabaría por volver a picar y arrepentirme en los años venideros.

Capítulo 20

Carlos

—*E*stás muy callada ahí atrás.

Sofía había intercambiado con Mayra no más de tres cortas conversaciones, pero la trataba como si la conociese de toda la vida. Utilizaba esa técnica a menudo como uno de sus puntos fuertes a la hora de conseguir la confianza de sus clientes, aunque nuestra pasajera no terminaba de picar el anzuelo.

A través del retrovisor vi a Mayra levantar la cabeza mientras hacía esfuerzos por volver a la realidad.

—¿Perdona?

Una vez se dio cuenta de que Sofía se había girado por completo para hablar con ella, cerró el dossier que llevaba leyendo desde que salimos. Lo había visto varias veces antes sobre la mesa de la cocina y me tenía más que intrigado. Era un taco de folios unidos en espiral titulado «La importancia de lo tangible». No había tenido oportunidad de preguntar porque casi nunca conseguíamos estar solos más de diez minutos entre unas cosas y otras y ya me habían pillado tres veces sentado al lado de su estufa. La primera fue Esther, pero para ella ya no era novedad verme allí. Otro día se acercó Pedro para traerle no sé qué contratos y la última vez me costó explicar mi presencia allí ante una Roberta deseosa de conocer con pelos y señales a qué dedicábamos cada uno de los segundos del día.

—Digo —Sofía bajó el volumen de la radio y volvió a enfocar todas sus energías en la pasajera de atrás— que estás muy callada.

Mi novia estaba aplicando todas sus habilidades en acercarse a Mayra y yo no sabía por qué. En principio, había quedado claro que el interés de Sofía por la gente del pueblo era nulo.

El día anterior, Mayra había comentado que tenía que ir a Madrid y Sofía ofreció mi coche para acercarla sin consultarme primero. Tuve que reprimir una tos cuando, al salir de casa, me encontré a Mayra sentada en la bancada de la entrada esperando como una buena chica que la acercase.

Primero dejaría a Sofía en Ávila y continuaría camino con Mayra hasta la capital donde me esperaban unos días de reuniones y conferencias.

—Disfruto del paisaje —dijo Mayra distante.

Mayra no quería hablar.

—Si te distraigo de tus obligaciones, no tienes más que decírmelo.

—En absoluto.

Sofía tenía ahora una expresión triunfante. Había conseguido por fin una vaga insinuación de que Mayra no tenía obligaciones que atender.

Mayra miraba a Sofía a la cara, pero no había expresión alguna en sus ojos.

—Espero que no te hayamos levantado muy temprano —dijo de repente mi copiloto—. Pero el trabajo es el trabajo y tenemos que fichar.

Mi novia tenía una alergia especial a aquellos, que pudiendo trabajar, no hacían nada por encontrar trabajo y había puesto a Mayra en aquel grupo sin pensárselo dos veces.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo en Madrid?

—Un par de días o tres.

—El papeleo puede alargarse. —Sofía intentaba saber qué cosas tenía que arreglar en Madrid que fuesen a necesitar más de una mañana.

—Siempre pasa. — Y Mayra no soltaba prenda.

Ignoré el insidioso retintín con el que se me recordaba lo tedioso de lidiar con el funcionariado. La situación ya era lo bastante tensa.

La siguiente media hora la pasaron hablando de superficialidades, aunque, de vez en cuando, Sofía tanteaba más allá con la esperanza de sacar algún que otro detalle personal. No lo consiguió.

La sonrisa complaciente de Sofía había desaparecido de su cara para cuando aparqué a la puerta de su casa.

En cuanto paré el coche, se lanzó a mi cuello y apretó sus labios a los míos con saña. Iba a recordar aquel encuentro hasta que llegásemos a Madrid y no sabía muy bien qué había hecho para merecer el castigo.

—Pásate por casa esta noche cuando vuelvas. Tendré una cena romántica preparada —ronroneó. ¿Cita en casa? ¿Sin público? ¿A solas? ¿Como al principio?

—Dalo por hecho —balbuceé por culpa de los labios dormidos.

Sofía volvió a besarme, esta vez con más dulzura. Cualquiera que fuese, había pasado la prueba.

—Disfruta estos días —dijo mirando hacia el asiento de atrás antes de salir por la puerta—. Aprovecha tú que puedes.

No creo que, tal y como iban las cosas, fuese un comentario bienintencionado. Mayra no contestó, aunque salió del coche, dio a Sofía dos besos y, antes de que mi novia se diera la vuelta, entró de nuevo sentándose en el asiento del copiloto dando un portazo. Dijo adiós moviendo los dedos con mucha teatralidad, se abrochó el cinturón y preguntó:

—¿Nos vamos?

Arranqué el coche y, cuando me incliné para decir adiós, me encontré con una Sofía encendida de rabia y con la boca abierta.

Mayra no abrió la boca hasta pasada la mitad del trayecto y solo porque empecé yo la conversación.

—¿Dónde quieres que te deje cuando lleguemos?

Miró el reloj de abordo.

—Donde quieras. Llego con tiempo de sobra. ¿Dónde es tu reunión?

—En el centro. Buscar aparcamiento va a ser una pesadilla.

—¿Cuál es la dirección?

—Plaza de Canalejas.

Mayra sacó del bolso su móvil y empezó a navegar.

—Creo que el aparcamiento de la Plaza del Carmen es el más cercano —dijo mientras deslizaba el dedo por la pantalla—, pero está en pleno centro. Baja por Castellana, entra en la Calle Alcalá, gira a la derecha en Virgen de los Peligros, a la izquierda en Aduana, luego el codo y *voilà*.

—Deberíamos haber ido en tren. —Solo a un idiota se le ocurriría ir al centro de Madrid en coche un lunes en horario de oficina.

—Vosotros insististeis.

«Sofía insistió». No dije nada porque me había dejado convencer con demasiada facilidad.

—¿Vas con tiempo? —preguntó sin levantar la vista de la pantalla.

—En principio sí, aunque siempre llego tarde por una cosa u otra. Además, se empeñan en reunirnos siempre en sitios distintos, así que no tengo manera de aprenderme la ruta.

—Te acompaño si quieres. Luego puedo seguir mi camino. No me pilla muy lejos de casa, de hecho.

No iba yo a decir que no a tal oferta.

—¿Te apuntas a ser mi guía turístico?

—¡Qué remedio!

Esta Mayra...

Aparcamos después de sufrir los malos humos de las calles y conductores de Madrid y nos dio incluso tiempo a ir andando tranquilamente mientras la ciudad bullía en los alrededores de la Puerta del Sol.

—Bueno, creo que es aquí —dije mirando hacia el número del portal.

Estábamos a varios pasos de la Plaza de Canalejas, en uno de esos portales antiguos que olían a cerrado, con escaleras de madera y ascensores con puertas correderas de hierro.

—¿Mayra? —preguntó una voz a nuestra espalda.

Un tipo alto, rubio y con un traje caro se acercó con los brazos abiertos y engulló a mi compañera mientras ella se dejaba engullir.

—¡Mario!

—Pero, ¿qué haces tú aquí? Te creía acampando con los teutones. —No la soltaba.

—Ya ves —dijo Mayra algo más seria—. La morriña pudo más.

En menos de diez segundos, aquel desconocido le había sonsacado más información que yo en más de cinco meses.

Carraspeé para hacerme ver.

—Perdona. ¿Os he interrumpido? —Con porte y maneras. El tío que nunca quieres llegar a conocer, para no deprimirte con tu pobre yo, acababa de hacer acto de presencia en mi vida.

—No, no. Deja que te presente. Carlos, este es mi buen amigo Mario. Mario, Carlos es del pueblo. —Genial. Lo de no ser «bueno» vale, pero lo de no entrar ni siquiera en el terreno de «amigo», aunque fuese de pasada, dolió. Ahora era solo vecino.

—Qué tal —Mario extendió la mano y me dedicó una mirada honesta. Encima no podía caerme mal, lo que me hizo odiarle más. Tenía un buen apretón incluso.

—¿De camino al trabajo? —preguntó Mayra a su amigo.

—Cómo lo sabes. Funcionarios, nada menos. ¿Te lo puedes creer?

Saqué pecho y Mayra nos miró de forma alternativa.

—¿Funcionarios en un curso de Eficiencia Corporativa? —Mayra arrugó la nariz y levantó la ceja como si se tratase de una imposibilidad.

Ahí tuve que defenderme.

—Que no se diga que no lo intentamos. —No es que quisiéramos asistir a ese ciclo de conferencias, pero al menos deberían darnos el beneficio de la duda.

Mayra se echó a reír.

—Lo que daría por estar ahí hoy. Sé bueno con ellos, recuerda que están al otro lado de la realidad —le dijo a Mario mientras le abrazaba otra vez—. Y tú —dijo mientras se me acercaba apretándome el brazo —escucha lo que este genio tiene que decir porque suele tener razón.

—¿Suelo? —Mario pretendía estar dolido, pero la miraba con cariño. Demasiado.

—No quiero que se te suba a la cabeza. Os dejo que yo también tengo un día apretado por delante.

Mario examinó su atuendo y Mayra se percató.

—Tranquilo, primero tengo que pasarme por casa —dijo ella poniendo los ojos en blanco.

—No he dicho nada. —El interpelado levantando las manos. Había intimidad entre ellos, seguro.

—Pero te conozco —dijo ella apuntándole con el dedo—. Hala, ¡a ganar los cuartos y servir a la Nación!

Se dio la vuelta y salió del portal a paso rápido.

—Perdona por las miraditas, pero Mayra es capaz de aparecer en zapatillas de esparto en la Junta de Consejeros. No sería la primera vez —dijo Mario mientras la mirábamos alejarse.

Quise preguntarle dos mil cosas allí mismo mientras mis colegas iban entrando con cuentagotas en aquel edificio saludando con la cabeza o con un austero «buenos días».

—Pero esa es otra historia que deberá ser contada en otra ocasión. —Mario puso una sonrisa de oreja a oreja y enseñó unos dientes blancos dignos de un anuncio televisivo—. Será mejor que te lo cuente cuando ella esté delante y pueda reírme a gusto. Odia que hablemos de ese incidente.

—Ahora sí que quiero saber qué pasó en esa Junta.

—Hecho, pero primero tendremos que tomar algo para que se suelte y no quiera matarme por contártelo.

Me indicó el camino en el que estaban las aulas donde pasaríamos los tres días siguientes. Con la crisis se acabaron los seminarios en hoteles de campo. Cuando llegamos a la recepción, extendió de nuevo la mano.

—Bueno, Carlos. Nuestros caminos se separan aquí. Mañana será mi turno; espero que lo que os contemos sirva para algo. Que tengas un buen día.

—Lo mismo digo.

Esas fueron las últimas palabras que intercambiamos fuera de las clases hasta tres días después.

—...ha sido un verdadero placer compartir con vosotros nuestros conocimientos y sería todo un detalle que no caigan en saco roto. Para celebrar lo bien que ha ido todo, tenemos intención de ir a cenar a uno de nuestros restaurantes preferidos. Nos encantaría que os animarais y así poder despedir el curso como se merece. Los que se apunten, deberán estar a las ocho con el estómago vacío en el portal.

Mario se acercó a mí una vez que se dio por cerrada la sesión.

—¿Satisfecho con nuestros servicios? —preguntó mientras se apoyaba sobre la mesa de enfrente. Parecía que la conferencia le había robado todas las energías.

—Mucho. No es fácil conseguir poner a un puñado de funcionarios de carrera, que solo han trabajado como tal, en el puesto del trabajador de una empresa privada y, menos aún, en el del empresario. Ha sido muy interesante. Gracias por no habernos puesto de vuelta y media.

Mario tuvo que hacer esfuerzos por no soltar una carcajada.

—Soy más de la opinión de acercar posturas y sí que he tenido que cortarme con alguna salida fuera de tono a lo funcionario, pero realmente pienso que estamos en el camino correcto —admitió—. Las instituciones públicas necesitan algo más de dinamismo y la empresa privada debería cuidar algo más a sus trabajadores.

—Suenas igual que Mayra.

—Perdona, pero es Mayra la que suena como yo. Todo lo que sabe es gracias a mí; al menos lo

importante.

—Sois buenos amigos por lo que veo.

—Fuimos juntos a la facultad y no hemos roto contacto desde entonces. Mi mujer y ella fueron nuestras primeras alumnas.

No estaba seguro de saber qué salió de aquella experiencia, aunque oír que Mario estaba casado era música para mis oídos.

—Nuestras mejores alumnas, debo decir, y las más inclementes. Una vez terminado el curso, no se cortaron un pelo en diseccionarnos como ratones de laboratorio. Son nuestras mejores asesoras.

¿Mayra trabajaba como asesora o era solo una forma de hablar?

Mario contestó a la pregunta antes de que saliera de mi boca. El tío sabía leer bien a la gente.

—Mi mujer, Diana, dirige su propia asesoría y Mayra trabaja de consultora para ella en ocasiones. Han pasado por millones de cursos, másteres, seminarios y han aprendido en distintos sistemas educativos, casi siempre juntas. Eso, que desean que triunfemos y que son muy listas, hace que las utilicemos como filtro cuando damos forma a un nuevo ciclo de seminarios. Para este, sin embargo, no pudimos localizar a Mayra a tiempo. No te extrañe que tarde o temprano te pida echarle un vistazo al material.

Estuvimos intercambiando impresiones y, al final, decidí unirme a la cena, aunque solo fuese por pasar un buen rato. Mario me empezaba a caer bien y no tenía nada mejor que hacer hasta el día siguiente.

—Puede que mi mujer también se apunte —dijo mientras leía un mensaje en su teléfono móvil—. Apostaría la mano derecha a que se muere de curiosidad por ver a más de veinte funcionarios en una habitación.

—Me siento como un animal de zoo —bromeé.

—Y con toda la razón, pero tranquilo que no lo deja notar.

Mientras Mario respondía a aquel mensaje, me acordé entonces de Sofía y me decidí a invitarla también. Lo mismo le apetecía unirse a la cena.

—Hola cariño. Me pillas saliendo del trabajo —dijo al coger la llamada.

—Yo sigo en Madrid. Ha surgido una cena y quizá quieras apuntarte.

—¿Quién estará? —No era la salida que me esperaba, la verdad.

—Algunos de los que hemos asistido al curso y los profesores.

—No sé. Estoy algo cansada y sabes que no me gusta conducir de noche. Además, para cuando llegase ya estaríais terminando.

—Si vienes directamente sería media hora tarde a lo más.

El silencio al otro lado de la línea me dijo lo que ella no parecía expresar con palabras. Un claro y rotundo «no».

—Tienes razón, ha sido una idea loca por mi parte —adelanté a decir.

—Si me hubieses llamado antes...

Y ahí teníamos aquel tono. La acusación velada como si yo tuviese la culpa de que ella estuviese agotada, o de que no le apeteciera conducir una hora, o de que Madrid estuviese tan lejos o de que yo hubiese tardado menos de diez minutos en llamara desde que me decidiera a apuntarme al plan.

Los hombres jamás haríamos nada bien.

—No pasa nada —aseguré—. Además, no tengo intención de quedarme hasta tarde. Mañana tengo que trabajar.

—Pásatelo bien, entonces. ¿Nos vemos mañana?

—Claro. Te llamo cuando salga de trabajar.

—Prometo estar al cien por cien.

Sofía y su complejo de animadora.

—Hasta entonces.

Mario hablaba con alguien cuando los pocos que decidimos quedarnos aparecimos a la puerta del restaurante. Al verme, hizo señas para que me acercara.

—Diana, deja que te presente a Carlos. Carlos, esta es mi mujer, Diana.

Diana era, en el lado femenino, lo que Mario en el masculino. Simplemente perfecta. Alta, muy morena, guapísima, sonriente y de mirada curiosa.

—Mucho gusto —dijo mientras me daba dos besos para pasar a darme un repaso completo.

Miré de soslayo a Mario a modo de pregunta y él levantó una ceja a modo de respuesta. Parecía que lo de ser animal de zoo era más evidente de lo que pensamos en un primer momento.

Para salvarme de aquel escrutinio, Mario carraspeó y se acercó a su mujer para reclamar su atención. Diana pareció salir de aquel trance y se puso algo roja, pero inmediatamente volvió a tomar las riendas de la situación.

—Mario me ha dicho que tenemos amistades en común.

Me llevé la mano a la barbilla, alcé la cabeza y pretendí pensar durante un momento. Conocía esa táctica femenina de ir dando rodeos para sacar información y no pensaba picar.

Por la risa de Mario estaba claro que él también conocía la táctica.

—Veo que ya sois frente común, así que no voy a seguiros la corriente.

Antes de decir nada en nuestra defensa, Diana nos rodeó para recibir con los brazos abiertos a alguien que se acercaba por detrás.

—Perdona el retraso, pero Pinky ha aparecido en el último momento con una superidea que no podía esperar a mañana. Te juro que si alguien me viene hablando de ratios de conversión, saco la navaja suiza y monto una escabechina. —Conocía bien esa voz.

Antes de darme la vuelta me aseguré de llevar puesto el disfraz de indiferente, pero no funcionó. En absoluto.

Mayra abrazaba sonriente a Diana, aunque aquella Mayra no era mi Mayra, era otra que se le parecía. Con tacones altos, sombrero, algo maquillada y con un traje que bien podía haber salido del armario ropero de Doris Day. Un vestido que marcaba sus curvas y enseñaba lo justo para que yo deseara inclinar la cabeza y, con suerte, ver justo hasta dónde tapaba.

Estaba guapísima.

Cualquiera que la mirase jamás la asociaría a Santo Domingo de los Altos. Parecía hasta más alta de la seguridad que exudaba.

—Estoy pensado en sentarnos en una mesa a parte, lejos de todos estos funcionarios. ¿Cuándo fue la última vez que nos vimos? Seguro que mi marido no nos echa en falta —dijo Diana con una sonrisa de oreja a oreja mientras se acercaba con Mayra agarrada del brazo.

—De eso nada, mujer —se quejó Mario—. Los demás también la hemos echado de menos. Además, es hora de relajarse y no hablar de grupos de edad, posicionamientos, promociones, logos, campañas gancho y toda esa jerga mercantilista con la que os gusta machacarnos.

Diana, la aludida, movió la mano intentando espantar a su marido, pero Mario ya estaba abrazando a la pequeña Mayra.

—Te he reservado un sitio, alelé —le dijo mientras entraba en el restaurante con su mujer a un lado y Mayra a otro.

«“¿Alelí?” Venga, hombre».

El restaurante nos sentó a todos alrededor de una mesa redonda enorme. Sentí algo de alivio al ver que Diana y Mayra se sentaban juntas a varios asientos de distancia de Mario y de mí. Tampoco es que él pareciera tomárselo a mal. Por lo visto, Diana elegía bien sus batallas.

En menos de cinco minutos todo el mundo hablaba con todo el mundo.

Mario era un hombre consecuente y aplicaba en la práctica cada una de las teorías con las que nos acribillaba en las aulas. Dígase de la regla 23D: «Si no es una cena de negocios, NO HABLES DE NEGOCIOS». Gracias a eso, la conversación fue mucho más amena de lo esperado. A lo tonto, averiguamos cosas como que el secretario de Cantabria contaba chistes mejor que Chiquito de la Calzada; que Cayetana le tenía fobia a las flores por lo que hubo que quitar de su vista todos los ramos repartidos por las mesas de alrededor; que Diana había vivido un mes a base de colines y agua y que por eso, ahora, no podía ver ningún producto que se relacionara con el pan sin apartarlo de su vista, cosa que Mateo confundió con el milagro de los panes y los peces al ver que su cesta del pan siempre estaba llena. Alguien admitió que no sabía cantar y que odiaba cuando alguna cena de negocios acababa en un karaoke y Mayra le acompañó en el sentimiento porque, por lo visto, sufría del mismo mal.

La mejor cena entre colegas de trabajo en mucho tiempo.

Capítulo 21

Mayra

Sabía que Carlos estaría allí, pero seguía pareciéndome extraño. En aquella cena colisionaban su mundo y el mío y, por el momento, nadie había muerto de un ataque.

Fue Diana la que me invitó y no pude decir que no. Hacía siglos que no salía con mis amigos en Madrid. Entre mis viajes, sus viajes y los proyectos, no había manera de coincidir en el mismo sitio más que para tomar café. Alguna vez pensé seriamente en organizar una quedada en la sala de embarque de algún aeropuerto, entre vuelo y vuelo. La idea no era absurda sabiendo que una vez Mario y yo estuvimos en el aeropuerto de Francfort en el mismo día, en la misma terminal, pero con dos horas de diferencia. Él volvía y yo iba y, por no saber que el otro estaba allí, perdimos la ocasión de tomar café mientras esperábamos.

Así que, cuando había oportunidad debía ser aprovechada, aunque para ello tuviese que mezclar churras y merinas.

Sentados alrededor de la mesa, miraba a unos y otros intentando ponerles en algún compartimento estanco de mi cerebro con algo de sentido. El zumbido de mi cabeza no es que ayudara demasiado. Ese zumbido, unas veces más persistente que otras, aparecía sin excepción en el momento que Hu..., Carlos andaba cerca. Era una vibración en la parte de atrás de mi cerebro parecida a la que sentiría si un enjambre de abejorros viviese en mi sombrero *cloche*. Siempre ahí, llamando la atención, sacándome de quicio, prohibiendo concentrarme en otras cosas. A veces, incluso, provocándome dolor de cabeza y una sensación incómoda en el estómago parecida al vértigo.

Menos mal que nadie más conocía aquella reacción instantánea a la presencia de aquel..., aquel..., hombre. Daba igual el tiempo que pasara, la punzada en la boca del estómago siempre era la misma en el momento que posaba mis ojos en él.

En principio solo fue un enamoramiento adolescente que había tornado rápidamente en tristeza infinita. Solo que con los años pasó a ser resentimiento para, luego, transformarse en abierta hostilidad. De un tiempo a esta parte, había pasado a ser indiferencia y, ahora mismo, esa indiferencia comenzaba a mutar de nuevo en una extraña amistad subyugada.

Quién subyugaba a quién era otra historia.

Carlos no había cambiado mucho en lo que a físico se refiere. Ahora, eso sí, era más grande. Con los años, aquel tirillas de pelo encrespado, se había convertido en un hombre alto (aunque yo en alturas no era una fuente fiable) y fornido de aspecto cuidado. Siempre impecable, aunque estuviese haciendo surcos con una azada.

El tiempo había pintado patas de gallo alrededor de sus ojos y, cuando se concentraba, aparecían en su frente unas arrugas que habían dejado marca permanente. Su pelo negro estaba ahora salpicado por alguna que otra cana en los laterales y había aprendido a dejar las piernas quietas cuando permanecía sentado más de dos minutos, lo que le daba una pose distinguida.

Sus ojos, sin embargo, eran igual de azules e igual de atrayentes. Nunca fui lo bastante valiente para llevarlo a la práctica, pero estaba segura de que si le miraba fijamente durante más de diez segundos, empezaría por ver espirales y acabaría mareada en el suelo.

Gracias a Dios que había perdido el acento sevillano porque en otros tiempos, cuando hablaba, pensaba que me estaba hipnotizando.

Rodeado de otros colegas, sin embargo, Carlos no destacaba tanto como en el pueblo. Parecía relajado, igual que siempre, pero más en consonancia con el ambiente. Curioso, porque este Carlos no era el que yo conocía. En ese restaurante, el tío de la media sonrisa, algo arisco y con un botellín en la mano, era una persona completamente distinta. Daba más la imagen de un profesional con aplomo y elegancia suficientes para llevar bien una reunión de la Unión Europea sobre los Fondos de Cohesión.

Sofía tenía razón cuando decía que, si en el pueblo vieran a ese Carlos, le pondrían la alfombra roja a sus pies.

—Le vas a desgastar —dijo Diana a mi lado.

—¿Perdona? —pregunté por reflejo.

—Estás borrándole con goma con la mirada, chica. No te culpo, está bien bueno.

Pestañeeé para poder entender lo que me estaba diciendo. La miré y, cuando me percaté de que me había pillado mirándole embobada, sopesé hasta dónde llegar.

—¿Viene de largo? —preguntó en voz baja.

—No viene, punto.

Empecé a limpiar las migajas de la falda de mi vestido.

—Pero tú vas.

Buena insinuación.

—No me dejan.

—¿Quién?

«Nadie. Mis padres, los amigos, su novia, él, mi orgullo... Además, no hay nada en mí que le pueda atraer».

—Es complicado.

—Siempre lo es.

—Hace tiempo que dejé de pensar en ello. Él está ahí y ya. A veces le miro, a veces hablamos y, si tenemos el día sobrado, discutimos desde la distancia.

—¿Por teléfono?

—Qué va. El teléfono se ha añadido al coctel ahora. Bueno, también tenemos alguna que otra escueta conversación cuando se deja caer por mi casa.

Diana me miraba llena de curiosidad y esperaba paciente a que me explicara con más detalle.

Solté el aire porque era difícil hacerme comprender con palabras.

—Nos conocemos desde hace algún tiempo, pero, por lo visto, el mundo no debe saberlo. Yo ya me he acostumbrado a tapar, al fin y al cabo, si de repente parece que nos hablamos, tendríamos que dar demasiadas explicaciones.

—¿Por qué?

—Porque nunca se nos vio juntos. De hecho, mis amigas del pueblo me explican primero de quién están hablando cuando se trata de él porque piensan que nunca hemos cruzado palabra. Y bueno, en público ese es precisamente el caso.

—Pero en privado...

—Cotilla.

Diana se echó a reír.

—Perdona si me preocupo. Pensé que te habías vuelto monja después de lo del alemán.

—Te digo que no hay nada entre Carlos y yo.

«Solo en mi cerebro. Pero ya no de no».

—¿Por qué ocultar que os conocéis?

—Buena pregunta, querida amiga. Rutina, simple y aburrida rutina, al menos, en mi caso. En un pasado muy muy lejano, negó mi existencia y, a partir de ahí, negué yo la suya. Ahora ya no sabemos hacerlo de otra manera. Nos mandamos mensajes subliminales. Un movimiento de manos, un cambio de posición, un manoseo de pelo y eso debe ser suficiente para intuir lo que el otro opina. No sé, nos conocemos a base de estudios de campo, pero sin preguntas.

—¿Estás tomando alguna clase de medicación?

—No —aseguré. El asunto era serio, tristemente serio.

—¿Por qué no sabía yo de este chico?

«¿Chico? Vale, cuando Diana y yo nos poníamos a cotillear parecíamos quinceañeras».

—Porque na-di-e sabe de este chico. Este chico no me conoce y yo no conozco a este chico. Solo nos conocemos cuando no hay nadie más alrededor y con alrededor me refiero a kilómetros o al menos tres casas cerradas entre el mundo de fuera y nosotros.

—Pero dices que habláis.

—Ahora en privado sí, aunque casi nunca directamente en público.

—Ahora.

—Ahora, sí. Hemos tardado trece años en volver a conversar, pero nuestra relación hacia afuera no ha cambiado en esencia. Además, no nos hace falta hablar.

Alzó otra vez las cejas para instigarme a elaborar algo más. Intenté buscar algo que ejemplificara mis teorías.

—Veamos. Carlos le tiene un especie de animadversión a las salidas de tono. Lo que para cualquier mortal es un cambio de conversación, para él es una clara falta de respeto. Más aún cuando la conversación está centrada en algún tema en concreto y él participa de forma activa. Si desvías la conversación de repente, levantas el tono o, simplemente, le fuerzas a salir de la línea de conversación establecida, verás como cambia la posición de las piernas, cruzándolas y descruzándolas, hasta que o el tema vuelve a encauzarse u otro tema cuaja. En bares y restaurantes llama al camarero o le pide algo al anfitrión de turno.

Tomé aire y continué.

—Eso se aplica a cualquiera que no sea yo, sin embargo. Si soy yo la que da la nota, se peina con los dedos o se rasca la sien con el dedo corazón de la mano derecha. De tener una cerveza en la mano, la deja sobre la mesa con mucho cuidado para levantar el vaso de nuevo y limpiar la superficie con una servilleta. Si no hay servilleta, usa el dedo anular de la mano izquierda. Si la irritación aumenta, los movimientos se vuelven más bruscos y, si de veras le cabreo, comienza a respirar por la nariz como si fuese un toro de lidia. Una vez, hace unos años, creí que le daba una lipotimia porque acabé bailando sobre la mesa en una fiesta de cumpleaños. Reconozco que lo hice porque estaba cabreada con él por insinuar que las mujeres de mi familia éramos unas rencorosas. Todavía quiero estrangularle por aquel comentario.

»Cuando está de mi parte, las menos de las veces, apoya la barbilla sobre el talón de la mano derecha y sonríe con los ojos. Le chispean.

—Estoy tentada a probar. ¿Se enfadará?

Negué con la cabeza. Testar a Carlos no era lo que más me apetecía en ese momento, aunque qué

más daba una vez más.

—No —aseguré—. Todo esto que te he contado lo hace de forma inconsciente, creo.

—No me gustaría montar una escena, la verdad.

—Tranquila, tiene una técnica de lo más depurada. Si todo falla, y no consigue hacerme llegar el mensaje a través de indirectas o mandando a alguno de sus amigos para hacer el trabajo sucio, saldrá por la puerta o se levantará para ir al cuarto de baño; aunque esa estrategia es nueva. Todavía tengo que averiguar lo que significa, ya que no siempre lo hace porque yo haya hecho o dicho algo. Como no puedo preguntar, me baso en los resultados acumulados a base de ensayo y error.

Diana soltó el aire en una risa sorda con una expresión de incredulidad que delataba lo extraño de aquello. Era de esperar, a mí me había costado más de una década acoplarme a la situación. Pero todo sea por el estudio de comportamiento humano. Algo por lo que Diana y yo teníamos una fascinación especial.

Sin embargo, no hizo falta inventarse ninguna salida de tono. La salida en cuestión vino a nosotros sin ni siquiera llamarla.

Cinco minutos más tarde, mientras el grupo se enzarzaba en una importantísima discusión a cerca de la desaparición del tipiquísimo fenómeno del Rodríguez en los meses de vacaciones, Cayetana puso sobre el tapete la oportunidad perfecta para que Diana viera en vivo y en directo, con esos preciosos ojos oscuros suyos, el extrañísimo juego que Carlos y yo llevábamos jugando desde el mismo momento que nos conocimos.

—Por cierto, Mayra —dijo Cayetana en alto desde el otro lado de la mesa—, tienes un vestido precioso y el sombrero es una maravilla.

Dos asientos a mi derecha alguien se movió en la silla y se estiró las mangas de la chaqueta.

—Muchas gracias. —Román era un artista y yo estaba muy agradecida de ser su conejillo de Indias.

—Me parece muy original y te sienta como hecho a medida. —Esto tenía que apuntarlo y dejarlo caer en la próxima reunión—. ¿Dónde lo has comprado?

—¡Yo lo sé! —gritó Diana sin venir a cuento haciendo que todo el mundo parara de hablar.

Cayetana se inclinó para ver lo que mi amiga tenía en la mano, y el que estaba sentado dos asientos a mi derecha carraspeó, se atusó el pelo y volvió a dar otra vuelta de tuerca a los cambios socioculturales provocados por la situación económica, a lo que Mario respondió con un estudio que había calculado el ratio que relacionaba la caída del sueldo por persona y los divorcios en parejas recién casadas.

—Aquí tengo la llave de la felicidad, amiga mía —aseguró Diana mientras enseñaba una página *web* a Cayetana en su móvil. Como desde esa distancia la pobre no podía ver qué se mostraba en la pantalla, alargó la mano para que el teléfono pasase de mano en mano y llegase a ella como maná.

—Diana... —avisó Mario.

Acabábamos de cruzar la línea divisoria entre una comida informal y una sesión de marketing visual y yo sin mi bloc de notas. Me daba igual que aquel no fuese el mejor momento, porque no iba a dejar pasar aquella oportunidad. El experimento sobre las reacciones de Carlos lo aparqué en la parte de atrás de mi cerebro y presté atención a las reacciones de Cayetana con lo que tenía delante de las narices.

—Es... —dijo tras unos minutos pasando el dedo por la pantalla—. No conocía esta tienda.

—Es pura adicción. Cuidado con el dedo. En el momento que introduzcas el número de tu

tarjeta no vas a poder parar. Si llegas a través de otro cliente, te hacen un 30% de descuento en la primera compra y yo, queridísima Cayetana, soy cliente, así que mi más sincera enhorabuena.

Esa era la Diana amiga.

Carlos levantó el brazo para atraer la atención del camarero.

Cayetana sacó su móvil e introdujo el sitio *web* apuntando el número de cliente que Diana le dijo para que pudiera disfrutar de la rebaja.

—¿Estáis hablando de trapitos? Esta juventud... —La que acababa de hablar era la comensal de más edad en aquel grupo. Desinteresada, por un lado, al asumir que aquella tienda no iba a cumplir sus expectativas y, a la vez, curiosa por saber qué atraía tanto la atención de las presentes.

¡Y yo sin mi bloc de notas! Pero daba igual tener o no un cuaderno a mano; ni por asomo iba yo a empezar a apuntar cosas cuando ahora mismo Mario nos miraba con cara de poquísimos amigos. Estábamos echando por tierra uno de los grandes principios de la cultura corporativa que él quería eliminar: obligar a los trabajadores a reunirse en comidas de negocios en restaurantes para hablar de lo que debía discutirse en la oficina, es decir, el lugar pensado para hacer negocios.

Cayetana alzó el móvil de nuevo para que pasase de mano en mano, pero, un movimiento de muñeca de mi amiga, le hizo pasarlo inconscientemente en la otra dirección para que, por arte de magia, cayera en las manos de nuestra más «madura» compañera.

—Muy mona la ropa —dijo sin mucho convencimiento, más que nada para cumplir.

—Isabel, dale al icono de arriba que pone «más tú».

Qué envidia me daba que Diana recordase siempre todos los nombres a la primera.

Isabel arrugó la frente, aunque, por no llevar la contraria en público, hizo lo que mi amiga poco menos le mandaba. Qué lista y manipuladora era.

Mario nos miraba prometiendo venganza por aquella traición y Carlos movía el brazo de forma espasmódica recibiendo un «un momentito, ahora mismo les atiendo» del camarero.

Isabel comenzó a jugar con la pantalla, pero no sacó su propio móvil.

«Recuérdalo mañana».

—No me fio de las compras por internet —dijo pasando de nuevo el teléfono. Sin embargo siguió con la vista el objeto que todavía iluminaba las manos al pasar.

«Buena señal».

—¿Habéis terminado? —preguntó Mario con la peor de sus sonrisas falsas.

—Por supuesto, cariño —aseguró Diana—. Entiende que las mujeres aquí presentes no pueden resistirse a una buena compra.

—Nunca lo comprenderé —dejó caer Mateo.

—¿El qué? —pregunté ansiosa.

—Esa obsesión femenina por comprar ropa.

«Este no conoce a Román».

—¿Qué me dirías si te prometiera que con esto puesto las mujeres, que tan raras te parecen, caerían a tus pies? —Mientras hablaba, Diana buscaba algo en la pantalla y, antes de haber terminado la pregunta, ya le estaba mostrado algo—. Y una promesa, es una promesa.

Mateo miró la pantalla sin decir nada.

—Cualquiera en esta sala diría que tú luces mejor que él, así que no digo nada si llevaras eso puesto.

Para rematar la faena, Diana enseñó lo que había en la pantalla a Isabel y esta asintió con la cabeza mucho más convencida que antes.

Cayetana estiró la cabeza y el teléfono comenzó otra vez a pasar de mano en mano. Esta vez,

todo el mundo echó un vistazo. Cuando el aparato llegó a su destino, Cayetana miró la foto y luego miró a Mateo para ponerse roja acto seguido.

—Deberías escucharla —aseguró.

Y sin más, pasó el móvil para que todos, incluidos los dos renegados que se cocían en su propio jugo, le dieran la razón a la más lista de las mujeres.

Señoras y señores, mi mejor amiga, Diana.

Mateo sacó su móvil, se lo pasó a Diana, y esta apuntó algo en él sin cruzar palabra.

Una vez que volvió todo a su ser, mi amiga me dio un codazo.

—Has ganado dos clientes, pero un obstáculo más que saltar con el funcionario.

Carlos no estaba en su asiento. Cerré los ojos y respiré hondo. Nunca saldríamos de aquel bucle.

Capítulo 22

Carlos

Mario y Diana fueron los primeros en marcharse. Hasta ese momento no supe que tenían una hija y necesitaban salvar a la abuela antes de colapsar de puro agotamiento.

Una vez que los primeros dejaron el restaurante, el resto lo tomó como una excusa para dar la noche por cerrada. Mayra se me acercó para despedirse también.

—Bueno Carlos. Nos vemos en Santo Domingo el próximo fin de semana. Si vas, claro.

—¿Cómo vas a volver a casa?

—Andando.

—¿De noche?

—Vivo cerca.

—Te acompaño.

—Tu coche está aparcado en la otra dirección.

—Te acompaño y no se hable más.

Mayra arrugó algo la nariz, pero no dijo nada. Comenzó a andar y yo la seguí.

Bajamos en silencio hasta llegar al Paseo del Prado y giramos a la derecha en dirección Atocha. Fui yo el que rompió el silencio.

—Me han caído muy bien tus amigos.

Mayra alzó la vista no muy convencida.

—Tu amigo Mario es un tío muy interesante. He aprendido mucho de él en los últimos días.

—Espero que no se lo hayas dicho —dijo más sonriente—. Tiende a dárselas de listo cuando ve la oportunidad.

—¿Sois buenos amigos?

—Los mejores. Él y Diana siempre han estado ahí. En los buenos tiempos y en los malos. Tengo su apoyo incondicional.

Lo decía sin maldad, pero sentí ese conocido pinchazo en el pecho y no era una buena sensación.

—Mario me ha comentado que trabajas para Diana —indagué. Había tantas cosas que quería saber.

—De vez en cuando asesoro con ella en algún proyecto. Ahora, con la niña pequeña está tan liada que la libero de algún que otro trabajillo. Nada serio. Son favores que nos hacemos la una a la otra.

Mayra tenía una vida aquí en Madrid y hacía todo lo posible por mantenerla oculta. Por qué razón, era algo que se me escapaba. Si me conocía en algo, sabía que no iba a ir contando nada por ahí y, sin embargo, no me hacía partícipe.

A lo mejor pensaba que la criticaría de todas formas y en eso debía darle la razón. Siempre miraba con lupa lo que hacía y lo que decía y, si exteriorizaba algo, era para reprender y no para

animar.

Tristemente Mayra no tenía en mí un apoyo, más bien un censor. Al menos hasta el momento. En los últimos tiempos había intentado cambiar esa tendencia, si bien había costumbres que eran difíciles de erradicar.

—Sobre el proyecto ese que dices que tienes...

—Está en pañales —dijo a regañadientes—. No quiero darte la tabarra cuando no sé siquiera por dónde va a salir.

Quizá fuese posible que algún día confiase en mí, aunque la mera idea de que ahora no lo hiciese me revolvía el estómago. La cuestión era si deseaba cruzar esa frontera. Esa línea en la que un par de conocidos pasan a ser amigos. Esa línea en la que el conocimiento que el uno tiene del otro pasa de ser simple información a ser afecto. En mi caso, entre mi genuina preocupación por ella y las muestras de ese cariño en público.

Llegamos a Atocha y continuamos bajando por Santa María de la Cabeza a medio metro de distancia el uno del otro.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

Si no preguntaba, reventaría.

—Claro. —Paró y esperó paciente.

—¿Por qué has vuelto a Santo Domingo? Ya sé que es lógico que volvieras tarde o temprano, pero como llevas unos meses allí...

Pensó un momento.

—El año pasado alguien me preguntó por el lugar al que volvería en caso de que todo fallase en mi vida y, sin pensarlo, dije que Santo Domingo.

Aquello me alarmó.

—Tranquilo, no llegué a ese extremo, pero esa conversación me dio qué pensar. Si el pueblo era el lugar al que mi inconsciente llamaba hogar, ¿por qué no llevarlo a la práctica? Mis padres no tenían casa en Santo Domingo, pero había casillos repartidos por todo el pueblo que nadie utilizaba y yo no iba pensando en un chalé. Quería tener un refugio, algo sencillo. Una pequeña casa que fuese fácil de cerrar y rápida de calentar. Un lugar al que ir y venir sin hacer grandes planes con anticipación. Entonces pensé en el casillo de mi tía Irene. Hablé con Pedro y, antes de darme cuenta, estaba todo hecho.

—Me alegro de que volvieras.

Siguió andando como si tal cosa sin percatarse de la magnitud de lo que acababa de reconocer.

Tan lejos, Mayra siempre tan lejos.

Paré y la cogí del brazo.

—Te he echado de menos, niña.

Ahora sí que comprendió la magnitud de mis palabras. La boca abierta y las arrugas de la frente lo dejaban bien claro.

Posé su mano alrededor de mi codo y en silencio continuamos el paseo.

—Esta es mi calle —dijo señalando hacia la izquierda.

—Estoy seguro de que no vives en el cruce. Te dejo en el portal. —Y me aseguraría de que entrase en su casa sana y salva.

Cruzamos la calle y, a unos metros, paró en el portal de un edificio antiguo.

—Vivo aquí. —Pero no hizo amago de sacar las llaves. Por un momento se me cruzó por la cabeza que viviese con su padre. Me recorrió escalofrío de la cabeza a los pies y ella se percató.

—¿No llamas al telefonillo? —tanteé.

—Nadie me espera en casa. Vivo sola.

«Menos mal». Y, cómo no, Mayra también se dio cuenta de lo bien que me había tomado aquella noticia.

—Por lo general no subo hombres a mi casa. Y me temo que en ese grupo estás tú incluido.

—Me alegra oírlo, pero no pienso irme hasta que sepa que has llegado bien.

Resopló, sacó las llaves y abrió el portal sin invitarme a pasar.

Acepté la pequeña derrota; tampoco yo pensaba que fuese una buena idea subir. Ya había conseguido demasiado acompañándola hasta allí.

—Sube con cuidado las escaleras. —Me incliné y le di dos besos. Ella los recibió tensa como un palo.

—¿Pasa algo? —Parecía que había visto a un fantasma.

—Eh, no, no. Perdona. Es solo que ... Da igual, en realidad. Gracias por el paseo, ha sido una velada muy interesante.

—Opino lo mismo. Cuídate, nos vemos en Santo Domingo.

Dijo que sí con la cabeza y desapareció en el portal. Crucé la calle y esperé. Un par de minutos después, se encendió una luz en un cuarto del segundo piso.

Mayra estaba en casa.

En vez de llamar a un taxi volví a mi coche andando. Necesitaba despejar la cabeza y mis pulmones pedían aire fresco. A menos de cien metros de su casa, paré en seco cuando me di cuenta de algo verdaderamente importante: era la primera vez que besaba a Mayra.

El estómago dio una vuelta de campana. Si no me distanciaba ahora, corría peligro de pegarla a mí con pegamento.

Capítulo 23

Mayra

—*M*anzanos y gallinas —murmuraba mientras veía que me quedaba la mayor parte del huerto por limpiar.

Por las mañanas helaba, aunque yo estaba segura de que, a partir de mediados de octubre, veníamos sufriendo un caso agudo de permafrost porque por muy fuerte que le diera a la azada, no conseguía introducirla a más de tres centímetros de profundidad. Eran las dos de la tarde, hacía un frío terrible y mi huerto tenía un aspecto lamentable.

Primera cosa que hacer en cuanto comenzase la primavera: comprar un gallinero, alojar allí a dos hermosas gallinas y plantar cuatro manzanos. Con eso estaría más que entretenida sin partirme la espalda para cuatro patatas que habían resultado ser del tamaño de tomates cherry.

Además haría feliz a la viuda Roberta. Tan orgullosa que estaba ella con su cosecha. ¿Cómo una mujer de cuarenta y ocho años podía conseguir sacos y sacos de patatas, cebollas y zanahorias a la vez que mantenía ella solita el negocio abierto?

—Manzanos y gallinas. —Decidido—. Y un nogal, aunque, pensándolo bien, con un nogal en mi huerto no tendría excusa para ir a robar nueces por ahí. Manzanos y gallinas y tenía más que de sobra.

La sirena de una ambulancia me trajo de golpe al mundo real.

—¿Y ahora qué? —Lo mismo la madre de Rosales había cumplido su promesa de acabar en el hospital por culpa de un ataque de tos. Pero su casa estaba al otro lado del pueblo.

Comencé a marearme cuando el sonido paró justo a la altura...

—No, no, ¡no!

Dejé caer la azada y trepé el muro sin mirar.

Un rato después veía cómo metían a Esther en la ambulancia mientras un sanitario le ponía oxígeno y le inyectaba algo. Sus padres corrían a por el coche dándonos malas noticias y pidiendo favores a los vecinos.

Yo miraba al frente, a la calle por donde la ambulancia desaparecía completamente paralizada. Alguien me dio un golpe en la espalda y me pidió que me apartara para que mis tíos pudiesen seguir a la UVI móvil.

Corrí calle abajo como en un sueño. La calle se estrechaba cada vez más y el aire se hacía irrespirable a cada zancada. Me vi siguiendo un túnel; oí voces a izquierda y derecha, pero esas voces no tenían cara, solo estaba el túnel y al final del túnel...

«Corre, ¡corre! Cuesta abajo y luego a la izquierda».

Golpeé aquella puerta gigante con todas mis fuerzas. Las voces preguntaban, pero no había nadie allí. Grité de rabia y empecé a patear aquella maldita puerta. El túnel no podía terminar allí de golpe.

Por fin la puerta cedió y caí de golpe hacia delante. Él me zarandeó y preguntó algo. ¿Qué hacíamos allí parados?

«Sigue el túnel, no pares...».

—Niña, por favor, dime qué pasa.

Le agarré de las mangas como si el mundo se fuese a terminar, como si estuviese preparando la llegada de un tornado y solo anclándome a él, evitaría salir volando y desaparecer.

«Corre o no habrá tiempo...».

—Me estás asustando, Mayra.

Respiraba con dificultad y lloraba en silencio. Me faltaba el aire, ¡me ahogaba!

Una bofetada, seguida de un abrazo, me sacó de aquel torbellino de angustia.

—Niña —me susurró mientras pasaba la mano por mi pelo—, respira conmigo. Despacio, por la nariz. Yo te sujeto.

Me incliné hacia delante y seguí sus instrucciones. Inspirar..., espirar..., inspirar..., espirar. Me dolían los pulmones.

—Así, muy bien.

Inspirar..., espirar..., inspirar..., espirar...

Me apartó con cuidado y, con los dedos, limpió el reguero de lágrimas que seguían cayendo. Yo estrujaba las mangas de su camisa y no tenía intención de soltarlas. Sin asidero, caería redonda allí mismo.

—Mayra, estoy aquí contigo para lo que sea. ¿Comprendes lo que digo?

Intenté mover la cabeza de arriba abajo incapaz de controlar los músculos del cuello.

Carlos comenzó a acariciar mis brazos, consiguió desenredar mis dedos de su ropa, juntó mis manos y las calentó.

—Respira. Así... Ahora mírame, niña. —Todo daba vueltas—. Dime qué sucede.

—¡Esther! —Esta vez el llanto se unió a mis quejidos—. Es Esther...

—¿Qué le pasa?

—La ambulancia..., se la han llevado a Ávila, de repente... ¡No respira!

—Está bien. Quiero que te tumbes aquí un momento mientras subo a por unas cosas. Cuando vuelva, nos ponemos en marcha.

Esta vez sí que pude asentir y me dejé caer sobre el sofá.

—Solo un momento. ¿Me prometes que no saldrás corriendo?

Volví a asentir.

Se inclinó y besó mi frente.

—Solo un momento...

Si soy sincera, no sé lo que ocurrió entre hacer esfuerzos por respirar tumbada en aquel sofá y mirar a través del parabrisas del coche de Carlos en dirección a aquel horrible edificio.

«Nuestra Señora de Sonsoles».

—Mayra. —Supe que le tenía al lado porque sentí frío cuando apartó su mano. Durante todo el camino había estado allí, sobre la mía—. ¿Quieres que entre yo primero?

—No. —Empecé a temblar, pero daba igual. No se trataba de mí, sino de estar con Esther.

—Nada de heroicidades, niña. En cuanto vea que te supera, te llevo a casa.

—Ni por asomo pienso volver al pueblo.

—Sé lo que tienes en mente, aunque más vale que dosifiques tus energías. Escúchame bien. Vamos a entrar y estar con la familia. Yo me iré antes, pero a las dos horas de marcharme quiero

que me llames y me cuentes lo que hayan dicho los médicos. En cuanto decidan quién se queda esta noche con ella, vengo a recogerte.

—Te digo que no vuelvo al pueblo, Huck.

—No estaba pensando en el pueblo. ¿Vivo aquí, recuerdas? Para evitar preguntas, estaré esperándote en el cruce. Hazme una llamada perdida y en diez minutos me tienes aquí.

Apreté los labios y asentí con la cabeza. Aquello era una solución con la que podía lidiar, aunque preferiría sentarme en la sala de espera.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? —No era una acusación, solo admiraba su aplomo.

—No lo estoy. Esther está sufriendo, pero sé que todo saldrá bien. Lo sé.

Carlos apoyó otra vez su mano sobre la mía.

—No consentiré que enfermes por esto. Esta noche duermes en una cama y no hay más que hablar.

Le miré extrañada. ¿Cómo sabía él...? Pero no me atreví a preguntar.

Salió del coche, bordeó el capó y me abrió la puerta.

—Vamos, niña.

Fue él el que encontró a mis tíos en la sala de espera. Por lo visto, Esther estaba en reanimación y todavía no había salido nadie a decirles qué pasaba.

La energía de la que mi tía hacía honor, brillaba por su ausencia, y mi tío parecía estar a punto de caer redondo allí mismo.

Carlos se agachó y me dijo:

—Ve con ellos. —Y sentí un ligero empujón en la espalda. Aquello me puso en marcha.

Un rato después, cuando supimos que Esther dormía gracias a la morfina, Carlos se despedía de nosotros haciéndome prometer que le tendría al tanto. Pero la situación seguía siendo la misma seis horas después.

Mis tíos se quedarían aquella noche en el hospital y mi primo vendría a sustituirles por la mañana. Cuando por fin nos aseguraron que no había recaídas, decidí hacer una llamada perdida y, con el alma en los pies, salí del edificio.

El sonido de un claxon me hizo levantar la cabeza. Carlos estaba esperándome en el coche.

Ya dentro, empecé a ponerme el cinturón de seguridad como un robot, pero me paró a medio camino.

—Ven aquí. —Y yo me lancé a sus brazos llorando como solo en otras dos ocasiones lo había hecho. Él me sujetó y acunó hasta que volví a calmarme. Con cuidado, me ayudó con el cinturón y puso en marcha el coche.

Tardamos poco en llegar a su casa. Vivía en un bloque de pisos bajo que daba a una estrecha calle empedrada al lado de una plaza, muy cerca de la muralla, pero en la parte de fuera.

—Vivo en el último piso y el ascensor no funciona —se disculpó mientras forcejeaba con la cerradura del portal.

—Me vendrá bien algo de movimiento. Tengo las piernas sentidas de estar sentada durante horas.

Subí las escaleras como una zombi. Podría haber sido un rascacielos y no me habría enterado. Al llegar al tercer piso, abrió una de las puertas y me invitó a pasar.

—He preparado la habitación de invitados.

—Muchas gracias. No tenías que haberte molestado. —En el fondo, daba gracias a Dios de que Carlos me recibiese en su casa; sola en la habitación de un hotel, me habría vuelto loca.

—He preparado una sopa. Si quieres algo más, hay lasaña.

—No tengo hambre, pero gracias.

—Tienes que comer algo antes de ir a dormir. Un plato de sopa y no te doy más la vara.

—Vale.

Me senté en el sillón mientras él calentaba la sopa en la cocina. No quería comer y no quería dormir. ¡Debería estar en el hospital por si pasaba algo!

Carlos se acercó con una bandeja.

—Tómate la sopa; te sentará bien.

El caldo estaba delicioso, pero tenía que hacer verdaderos esfuerzos por no vomitar. Con todo, terminé por rebañar el plato con algo de pan.

Mientras tanto, él mandaba y recibía mensajes en su móvil.

—¿Lasaña? —preguntó cuando terminé de masticar.

—No, gracias. Mi estómago no se lo tomaría a bien.

Somrió sin apartar los ojos de la pantalla. Viendo que estaba atareado, llevé la bandeja de vuelta a la cocina y me preparé un vaso de agua para llevarmelo a la cama. Mirar al techo siempre me daba sed.

Cuando volví, Carlos veía la televisión cambiando de canal cada cuatro segundos.

—No echan nada interesante —dijo.

Me senté con él en el sofá y le quité el mando a distancia.

—La programación no mejorará porque seas tú la que cambie de canal —se quejó, aunque no hizo nada por recuperar el artefacto.

—Al menos el zapeo nos tendrá entretenidos.

Y así pasamos un buen rato saltando de programa en programa. Yo apoyada en él con su brazo alrededor de mis hombros. Eso le daba acceso al mando que yo agarraba con saña cuando no soportaba por más tiempo la última barbaridad que los de la tele de turno compartían con nosotros, los televidentes idiotas, que mirábamos aquella pantalla sin pestañear.

Con cierta maña era incluso posible seguir el hilo de todos los programas y películas y además nos daba pie a adivinar por anticipado lo que iban a decir en la siguiente tertulia o si el malo moriría en los próximos tres minutos.

Llamaron al timbre y Carlos se levantó para ver quién era.

—Pasa —oí que dijo.

Levanté la vista de la pantalla y vi a Sofia entrar en el salón.

—Hola, Sofia —dije mientras me incorporaba.

Sofia y Carlos estaban de pie algo tensos. Ella más confusa que él.

—Hola...

—Mayra —dije. No es que nos viésemos mucho, pero habíamos hablado lo suficiente para que al menos recordase mi nombre.

—Perdona. Claro que sí. Soy un despiste. —Se acercó, me dio dos besos y se sentó a mi lado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó algo más entera.

Levanté la vista para pedirle a Carlos que se explicase, pero él no dijo nada. Simplemente, se sentó en el otro sofá.

—Mi prima Esther está en el hospital y Carlos se ha ofrecido a prestarme su habitación de invitados hasta que los médicos nos den un diagnóstico.

—¿Vas a dormir aquí?

Dije que sí con la cabeza y volví a pedir ayuda a Carlos con la mirada.

El duelo silencioso que presencié entonces entre ellos me hizo saltar del sofá.

—Se hace tarde y mañana quiero estar temprano en el hospital. Buenas noches, Sofía. Buenas noches, Carlos, y gracias de nuevo por el favor.

—No hay de qué —me dijo, pero no apartó la vista de su novia.

Cogí el vaso de agua de la mesa y me encaminé rápido hacia la habitación, aunque antes de cerrar la puerta oí un claro:

—Estás de broma, ¿verdad?

Cerré la puerta y recé para no añadir más problemas a mi vida.

Las siguientes tres noches Carlos entró en varias ocasiones en mi habitación para asegurarse de que dormía. A veces me arropaba y salía con sigilo. A veces se sentaba en la cama, me acariciaba el pelo y me aseguraba que Esther se pondría bien. A veces dejaba un vaso de leche sobre la mesilla y volvía a salir. Yo pasaba aquellas interminables horas en un perpetuo duermevela.

Mi prima seguía sin recuperarse y con cada día que pasaba, más me costaba no volverme loca.

La cuarta noche hice yo guardia y, después del quinto día, volví a Madrid para volcarme en el trabajo escapándome para visitar a Esther en cuanto podía.

No volví al pueblo hasta que le dieron el alta.

Capítulo 24

Carlos

Recibí un mensaje nada más sentarme en el tren.

Sofía: Siento lo que dije. Una regañina de nada no puede separarnos.

No fue una regañina y ella lo sabía. Sofía nos quería juntos de una forma que no me veía capaz de ofrecer.

Carlos: Está claro que entendemos nuestra relación de distinta forma

Sofía: Hablemos cuando vuelvas, ¿vale?

Era inútil contestar. Cerré los ojos y me acomodé en el asiento recordando a la perfección lo que nos dijimos aquella noche hacía casi un mes.

—Entiendo que no hayas aparecido hoy en la cena, pero ¿esto? —Señalaba hacia el pasillo como si allí se escondiera la medusa.

—¿Qué querías que hiciera, que la dejara durmiendo en una silla en la sala de espera del hospital?

Pensó por un momento la respuesta.

—No. Pero me niego a creer que seas el único con una cama libre. ¿No se supone que todos en Santo Domingo tienen una familia kilométrica y se ayudan los unos a los otros?

—He prestado ayuda a una amiga. Sí.

—¿Desde cuándo sois amigos?

—Desde hace muchísimos años, Sofía. —Aquella frase elevó de golpe unos veinte kilos de culpabilidad de mis hombros—. ¿Qué es lo que te cabrea tanto?

—Llevamos saliendo un año.

—Nueve meses.

Volvió a pensar como seguir la reprimenda.

—Casi diez. En diez meses no he dormido en esta casa ni una sola vez ni tú en la mía. Antes de que amanezca desapareces. No tengo ni siquiera un cepillo de dientes en tu cuarto de baño y ahora, ¿una amiga salida de la nada puede pasar aquí el tiempo que quiera?

—¿Estás celosa?

Sofía levantó las cejas y sonrió con evidente maldad.

—¿De esa? No me hagas reír.

Me levanté del sofá y comencé a pasearme por la sala tirándome de los pelos por no soltar una burrada.

—¿Por qué no me dijiste que ayer el Subdelegado daba un cheque a los del centro de metadona?

Paré en seco y la miré. Sofía iba a por todas.

—Pensaba que nuestro trato consistía en presentarte a gente, no obligarme a asistir a eventos en los que no pinto nada.

—Trabajas en la Subdelegación de Ávila bajo el mando directo del Subdelegado del Gobierno. Es imposible que no fueses invitado. Reconócelo, Carlos, te importa un pito la política, pero lo que más me duele es que, sabiendo de mis aspiraciones, no muevas ni un músculo por ayudarme. Eres, con diferencia, el novio más pasota que he tenido nunca.

Al menos no hablábamos de Mayra.

—No te comprometes con nada ni con nadie —siguió sin parar—. Si no fuese porque insisto, nos veríamos dos veces al mes. Y ahora vas de buen samaritano con una medio desconocida dejándome a mí plantada. ¿Dónde están tus prioridades, Carlos?

Se levantó para enfrentarme con los brazos cruzados.

—¿Me estás dando un ultimátum?

Tragó saliva al ver que en vez de arrepentido me veía casi colérico.

—Será mejor que te dé un tiempo para reflexionar sobre como seguir con esto. Es evidente que debemos discutir sobre ciertos aspectos de nuestra relación.

Tampoco iba a funcionar. El daño ya estaba dicho y hecho.

—Todo el que quieras, pero yo no tengo intención de discutir contigo nada más. Ni ahora ni en el futuro.

Eso no se lo esperaba. Fue a replicar, pero la corté levantando la mano.

—Espera un momento —dije antes de salir del salón.

Fui a mi habitación a recoger unas fotocopias y se las di.

—Estos son los eventos a los que todos los Subdelegados de la Comunidad Autónoma y el Delegado del Gobierno tienen pensado asistir. Podrías conseguir esa información en internet, aunque voy a ahorrarte el esfuerzo. Te he presentado a la mitad y la otra mitad o los has visto alguna vez o me conocen personalmente. Puedes decirles que eres amiga mía.

Me trajo a la realidad la voz de una de las azafatas cuando nos informó por megafonía que llegaríamos en los próximos cinco minutos a la estación de Santa Justa. En el aparcamiento había quedado con mi hermano para ir juntos a la casa de mis padres.

Volvía muy de vez en cuando y siempre me arrepentía cuando por fin pasaba en Sevilla al menos un par de días. La familia era la familia y nos llevábamos bien, pero, entre unas cosas y otras, no conseguíamos juntarnos todos. Las novias participaban en contadas ocasiones y la culpa era de mi madre que siempre las trataba tan bien que, después de cada visita, teníamos que hacerle recordar que no había planes de boda. Mi madre asumía que noviazgo y matrimonio iban de la mano, así que, evitando la ocasión, mi hermano y yo, evitábamos el peligro.

Este encuentro habíamos tenido que organizarlo con mucha antelación. Mi padre y mi hermano solo tenían tiempo para la empresa; mi madre, como voluntaria en la Cruz Roja, echaba más horas que ninguno fuera de casa, y yo vivía a cientos de kilómetros. Coincidir ocho días seguidos había sido una proeza.

Esa semana celebrábamos la Navidad y el cumpleaños de mi madre y, para asegurarnos de no tener que trabajar, nos íbamos a juntar en la Finca. El santuario familiar llevaba en construcción desde hacía décadas e iba camino de no ser usado más de tres veces al año.

Mi madre había tenido la desgracia de nacer el día 22 de diciembre, lo que significaba que, durante toda su vida, su cumpleaños y la Navidad se celebraban al mismo tiempo, así que, en esencia, nunca tuvo regalo de cumpleaños. Le daban un palote de caramelo y prometían ser más generosos con ella en los Reyes. Al final el palote era lo que se llevaba porque el seis de enero todos los hermanos recibían un solo regalo: lo que más necesitaran en ese momento.

Cuando se casó con mi padre, todo cambió. Desde el primer día se celebró el cumpleaños de mi madre tan a lo grande como la Nochebuena y, solo por compensar todos los años de palotes, mi padre se esforzaba más en los regalos para su mujer que en cualquier otro regalo para sus hijos. Mi hermano y yo le regalábamos algo juntos y procurábamos que fuese siempre especial.

Este año sería un billete de avión para visitar al niño que mi madre apadrinaba.

El viaje en coche fue tranquilo y mi hermano tenía tanto que contar que no me hizo falta abrir la boca. Como segundo al mando en la empresa de mi padre, era una fuente inagotable de conversaciones sobre cruces genéticos, sementales, exportaciones, regulaciones y lo último sobre quién se había liado con quién entre nuestros conocidos.

En cuanto llegamos a nuestro destino, le di un abrazo a mi madre y me fui derecho a las caballerizas. Hacía una eternidad que no montaba y desde que en el pueblo la empresa de turismo a caballo quebrara, no había tenido oportunidad de practicar mi actividad favorita.

Mi padre ya estaba allí preparándose una montura.

En silencio, como siempre, empezamos a pasear, luego a trotar y, como dos críos, terminamos al galope para ver quién llegaba primero al arroyo.

—Cada vez viene menos agua —se quejó mi padre.

Mi caballo estaba pegado a su yegua para poder beber del hilo de líquido que se acumulaba en una balsa del tamaño de un barreño.

—Los pozos ilegales terminarán por acabar con la poca vegetación que queda.

—¿Estáis seguros?

—Secreto a voces, hijo. Pero, por desgracia, no pasamos aquí el tiempo suficiente para agilizar las cosas. Lo tenemos en manos de los abogados, aunque el caso no avanza. Además, todavía no sé hasta qué punto los vecinos sufren el mismo problema. Recuerda que la última vez que fuimos a arreglar el asunto de la chopera, poco menos que acabamos a tiros. —Calló un momento—. Parece que nuestro sino es llevarnos mal con los vecinos.

—¿Algún problema en Sevilla?

—No. Estaba pensando en Santo Domingo. De repente me he acordado de los cabreros.

«No quieras empezar esa conversación, Carlos».

—¿Siguen tocando las pelotas con la ventana de atrás? —preguntó.

«Ahí se van las buenas intenciones».

—Más o menos.

—Deberías buscar un testaferro que comprara ese huerto y la casa del medio en tu nombre. Eso le daría la puntilla al abogado estirado.

¿Hablaba del padre de Mayra?

—¿Por qué esa tirria con los cabreros? —Iba a lamentarlo, pero la curiosidad pudo más.

—Las cabreras.

Mi caballo empujaba ahora a la yegua para beber más cómodamente y Romero no era famoso por sus buenas maneras.

—¿Perdona? —pregunté mientras tranquilizaba a la paciente Abril.

—Las cabreras, no los cabreros. Son ellas las que nos han llevado por el camino de la amargura desde que el mundo es mundo. ¿No lo sabías? Bueno, es lógico. Creciste aquí, así que nunca hubo necesidad de contarte nada.

Apoyé la frente sobre el cuello de Abril. Empezaba a sentirme como un peón de los dioses de un drama griego.

—Mi abuelo lo llamaba «la maldición» y durante mucho tiempo le creí —siguió.

Así que era eso lo que me pasaba con Mayra... No, demasiado retorcido.

—¿Hablas por experiencia? —pregunté sin apartar la frente de la crin de la yegua.

Mi padre se sentó al lado de una encina.

—Por desgracia, sí. —De repente, parecía cansado.

Me senté a su lado a escuchar después de atar las riendas a una rama.

—No me arrepiento de lo que pasó, gracias a aquello vine aquí y conocí a tu madre. Con todo y eso, me sentí miserable durante una eternidad hasta que dejé aquel lugar atrás.

—No estoy seguro de querer conocer los detalles.

—Y yo te aseguro que no te los voy a contar. En mi caso, tengo que admitir que yo tuve tanta

culpa como ella, pero un estúpido malentendido y la mili de por medio fueron demasiado.

—¿Era algo serio? —Tenía un nudo en la boca del estómago.

Mi padre me miró algo ofendido.

—¿Serio? Fuimos novios durante cinco años y cuando la besé para irme al servicio militar llevaba colgado mi anillo al cuello.

Lanzó una piedra al arroyo medio seco y estiró la espalda.

—Pero eso fue hace mucho tiempo y la vida continúa. Viendo a tu hermano a las puertas del altar con Lourdes y tú con Sofía, creo que puedo presumir de ser el primer mamporrero en romper la maldición. No como mi abuelo.

—¿Qué le pasó al bisabuelo? —Me costaba respirar y en aquel lugar hacía demasiado calor. Diciembre o no diciembre.

—El pobre creyó estar por encima de su cabrera cuando decidió castigarla dejando embarazada a mi abuela. Al enterarse, la cabrera fue a la Josefa y no sé que haría la curandera, pero mi abuela no volvió a compartir cama con él. Poner quinientos kilómetros de por medio parece que era la solución —dijo satisfecho.

Me llevé las manos a la cara y me dejé caer de espaldas sobre el polvo.

—No estés tan seguro —gruñí.

Aquello era demasiado. Bastante malo era vivir con esa obsesión como para saber que, de empezar nada con ella, acabaría saliendo mal. O quizá siempre lo supe y por eso nunca dejé que pasase nada.

—Hijo, no me digas que...

—Mayra —me salió en un suspiro.

Tampoco hacía falta decir su nombre, pero necesitaba desahogarme y mi padre parecía entender el problema de fondo.

Aunque empezó a reírse. Primero meneando la cabeza mientras soltaba el aire para terminar hecho una bola y con hipo por no poder contener las carcajadas.

Más de cinco minutos así.

—¿Qué te hace tanta gracia? ¿Te alegra que yo esté metido en la misma mierda? —Vale, ahora reconocía que Mayra me tenía medio tonto.

Dijo que no con la cabeza sin dejar de reír.

Le empujé para que me mirara, pero nada. De seguir así, acabaría por darle un ataque.

—¡Padre!

Tardó otro rato en volver a incorporarse.

—Perdona hijo, pero no he podido evitarlo. —Seguía riendo e intentaba secarse las lágrimas con las mangas de la camisa.

—¿Algún problema con Mayra?

—Ey, ey —dijo levantando las manos—. Que yo no tengo nada en contra de la muchacha; las cabreras no pueden evitarlo. Para ellas es también un problemón, como una espada de Damocles. Me río porque hay veces que el jodido destino parece saber cómo dar otra vuelta más a la tuerca.

—Padre, no entraré tampoco en detalles, pero estoy agotado y no tengo paciencia para escuchar acertijos.

Mi padre carraspeó y por fin supo como volver a respirar normal.

—Mi cabrera se llamaba Teresa, que en paz descansa. —Se santiguó y miró al cielo con reverencia.

Aquel nombre lo sentí como un puñetazo en el estómago; la ira me hizo ver borroso.

—Bueno —espeté—, en este caso su hija pasa de mí, así que ni maldición ni hostias. —Clavé las botas en el polvo y me incorporé para levantarme.

Aquella afirmación inició otro ataque de risa que duró todo el camino de vuelta y solo mi madre pudo hacerlo parar después de amenazarle con no aceptar su regalo de cumpleaños. Lo miraba con los ojos achinados y con el dedo en alto, intentó acabar con aquella escandalera.

—Mucho mejor así, Emilio. Y ahora ve a ayudar con los aperitivos mientras Carlos prepara la ensalada.

—Lo que tú digas, amor. —El muy zalamero sabía como ablandarla—. ¿Qué has traído?

—Jamón de pata negra y un queso de cabra...

Y volvió de nuevo el ataque. Pero este no hubo manera de pararlo en lo que quedó de tarde.

Fantástico todo.

No volvimos a tocar el tema en toda la semana. Hasta que llegó la hora de despedirnos el día 29 por la tarde.

Mi padre esperó paciente a que mi madre me besara, me diera absurdos consejos y volviese a repetirme que Sofia estaba siempre invitada. Se habían conocido en Ávila en una visita relámpago, al poco de empezar nuestra relación, y no cejaba en el empeño de traerla a Sevilla para sus maquinaciones.

No tuve valor para dejarle caer que Sofia y yo ya no nos veíamos. No como pareja, al menos.

Mandó a mi padre a acompañarnos al coche y, por fin, tuvimos un momento a solas.

—Siento mi reacción del otro día, hijo. Sé que estuvo fuera de lugar —dijo mirando a mi hermano sentarse en el lado del copiloto.

—No pasa nada.

—Sí que pasa. Para mí es historia, pero por lo que he visto estos días, tú no estás en posición de decir lo mismo.

—Estoy bien. Solo que todo lo que me contaste me pilló por sorpresa.

—No lo dudo y también pido disculpas por ello. Lo conté como si fuese una historietita en vez de algo serio que lleva persiguiendo a la mayoría de los hombres de nuestra familia desde Dios sabe cuándo. ¿La quieres?

Buena pregunta.

—Pues no lo sé. Va y viene. Cuando aparecía de ciento en viento era fácil de llevar. Una semana, un mes, como mucho, y podía respirar. Ahora... Lleva meses viviendo en Santo Domingo y la siento por todas partes. Me está estrangulando, padre.

¿Por qué le estaba contando todo esto? Las cabreras parecía ser un hilo que de forma invisible unía a todos los miembros masculinos de nuestra familia. Por primera vez en mi vida, envidié a mi hermano.

—¿Ella lo sabe?

—No, y eso es lo más grave. En tus historias las cabreras son las que tienen la sartén por el mango; en nuestro caso he sido yo el que he estado apartándola de mí. Es casi ya una costumbre y tan bien se me da que ya no soy «eso» para ella.

—¿Eso?

—Lo que tú tienes con mamá, lo que querías tener o quizá tuviste con su madre. Yo no la siento como una maldición, todo lo contrario. Si salí de aquel agujero, fue gracias a ella. Quería ser más digno de ella la siguiente vez que volviera a verla. Cuanto más me preparo para estar a la altura, más lejos la veo. Empiezo a pensar que he esperado demasiado.

—Lo que me temía.

—Explícate.

—Las cosas han empezado a ir mal.

Me eché a reír sin ganas.

—Con Mayra las cosas han ido mal desde el principio. Ahora parece que todo está más calmado entre nosotros. De hecho, paso con ella todo el tiempo que puedo —admití. Para qué negarlo, en cuanto había oportunidad buscaba cualquier excusa para verla.

La cara de confusión de mi padre hizo que me riera más.

—No lo entiendo entonces.

—Supongo que en tu época no existía la expresión. Ahora me encuentro en la peor de las situaciones entre hombre y mujer: zona amigos. Por un lado, nos acercamos, pero, por el otro, el que más me interesa, nos alejamos.

—Malditas cabreras...—musitó.

—Me lo tengo merecido, no creas. Me estoy comiendo con patatas las consecuencias de una situación que he forzado desde el principio.

—No entiendo nada, aunque es lo que tiene pillarse por una mujer. Tampoco sé si puedo ser de ayuda, pero aquí me tienes para lo que sea, hijo. Pase lo que pase.

—Gracias. Excepto Rosales, nadie sabe nada y él solo se lo huele. Estas conversaciones me han venido bien.

—El bueno de Rosales. Parece que ha conseguido que la gente le llame por el apellido. Su padre no debió recurrir al santoral, pero tampoco le culpo. La criatura nació morada y hubo que bautizarla de socorro, así que sus padres no tuvieron mucho tiempo para debatir. El muchacho ha odiado su nombre desde que lo escuchó de la boca del cura en la pila bautismal. Todo iba como la seda hasta que don Pedro dijo su nombre y, desde ese momento, no paró de llorar día y noche hasta que empezó a hablar y exigir que le llamaran Rosales.

Contando aquella más que improbable historia me pregunté si lo de la maldición de las cabreras no era más que pura exageración, pero ya habíamos tenido suficiente con el tema. Necesitaba volver a casa, dedicarme al trabajo y solo al trabajo durante cinco días y a ver, si con suerte, conseguía dar algo de sentido a mi vida.

Pero no. El martes por la tarde conducía camino del pueblo preguntándome si Santo Domingo de los Altos se había convertido en un agujero negro que todo lo atrae y del que nadie sale.

Siempre podría alegar que iba para celebrar la Nochevieja con los amigos. Era eso o acompañar a mis padres al local de Cáritas donde mi madre ayudaba a organizar una fiesta de Fin de Año para los sin techo.

Debería haberme quedado en Sevilla.

Capítulo 25

Mayra

No recordaba la última vez que estuve tan contenta.

Esther mejoraba cada día. Todavía tenía que sufrir ese horrible tratamiento, pero parecía otra. Yo prefería no pensar en si era de veras una mejoría o si era puro optimismo. Mientras funcionase...

Los gemelos carreteros me habían instalado los braseros bajo la mesa de la cocina que usábamos en sus visitas. Si el día era soleado y no se levantaba aire, nos sentábamos fuera, con cinco mantas y litros de té de hierbas al calor de la fogata.

Algún martes o jueves por la tarde se nos unía Trini después de hacer la ronda semanal, así que teníamos munición para cotillear un buen rato sobre los juanetes de esta o los callos de aquel que no salen ni con lija de carpintero. Yo no podía parar de reír, pero ni por esas conseguía enterarme bien de quién estaban hablando; mejor, porque de poder ponerle cara a esa gente, no sería capaz de dar dos pasos por la calle sin partirme de risa al tenerles que dar las buenas tardes. Que si la tal o la pascual, que la de este o aquel... Un follón.

Daba igual. Esther volvía a la vida y no iba a protestar, aunque fuese a golpe de chisme.

Aquel día, como había empezado a nevar, aparcamos en la cocina. Trini había dicho hola y adiós dejándonos solas tras cinco minutos. Por lo visto, le daba pavor conducir con nieve en la carretera.

Esther le dio un sorbo sonoro a su té sabiendo de sobra que me sacaba de quicio y con eso conseguía mi completa atención.

—Ha llegado a mis oídos que el mamporrero vuelve a abrazar la soltería.

Era, por lo menos, la quinta persona que me lo decía. La primera fue Carmen. Me llamó contentísima al móvil a media mañana teniéndome colgada al menos durante media hora sopesando las razones.

A mí la noticia, sin embargo, no me hizo ninguna gracia por innumerables razones, pero la principal era que, la última vez que los vi juntos, empezaron a discutir por mi culpa.

Carlos hacía al menos un mes que no se pasaba por mi casa y, aunque en cierta forma le echaba de menos, era un alivio no tener que enfrentarme a él.

Recordarle cuidando de mí me ponía nerviosa, cada vez que aquella despedida en el portal de mi casa pasaba por mi cabeza era como un terremoto para los sentidos. Dos besos en la mejilla y ahí quedé petrificada intentando asimilar lo que estaba pasando.

Casi treinta años y me temblaban las piernas por dos castos besos en las mejillas.

Pero yo tenía una explicación más que plausible para aquel comportamiento infantil: Carlos jamás me había besado, jamás me había abrazado con ambas extremidades superiores al mismo tiempo y, ciertamente, jamás de los jamases me había acunado. Algún medio abrazo, sí. Muy de vez en cuando y siempre en los últimos meses, algún roce, pero nada más.

Sentir sus labios firmes en mi piel me habían pillado desprevenida y no supe qué hacer. Me quedé idiota, mirándole perpleja diciéndome a mí misma que había bebido demasiado o, quizá, que el aire contaminado de la capital estaba haciendo estragos en su cerebro.

En su casa, mi preocupación por Esther me hizo inmune a sus cuidados, pero, ya en Madrid, me temblaban las manos si se me ocurría pensar en ello. Y unas semanas después, cuando por fin lo tenía todo otra vez bajo control, va y me llama Carmen toda contenta con la noticia. Así que otra vez que fui a recordar segundo a segundo aquellos mimos como si fuesen a ser la explicación a la expansión del universo.

Pero solo yo parecía inquieta. El resto de la población de Santo Domingo ni siquiera se sorprendió. Vale que Carlos coleccionaba novias, pero todo el mundo había coincidido siempre en que hacían una buena pareja.

—Por lo visto lo dejaron antes de Navidad, aunque yo no me fio. —Esther me trajo de vuelta con otro comentario que me dejaba en vilo.

—¿A qué te refieres?

—Vi a Carlos en Nochevieja y parecía inquieto. En mi escasísima experiencia con el sexo opuesto, he aprendido que un hombre puede comportarse de tres formas distintas después de dejar una relación: aliviado, si es él el que lo deja porque la cosa no salió como esperaba; cabreado, si es ella la que lo deja porque él no ha tenido el privilegio de decir la última palabra o triston porque, después de haberlo dejado, todavía sigue sin estar convencido. Carlos parecía inquieto y muy susceptible, dos adjetivos que le son totalmente desconocidos y no se ajustan a ninguno de los tres casos anteriores.

Sacó su móvil y mandó un mensaje. Cinco minutos después alguien llamaba a la puerta.

—Hablando de Rey de Roma. ¡Pase! —gritó.

Un momento...

—Aquí nos tienes —dijeron al entrar quitándose la nieve del pelo.

Esther, de repente, puso cara de querer desmayarse.

—Gracias por venir —dijo en un suspiro.

Carlos y Rosales se acercaron a toda prisa y mi prima levantó la mano muy despacio.

—Te llevo a casa, preciosa —dijo Rosales apartando a Carlos de un codazo.

Antes de que mi prima pudiese siquiera asentir, Rosales la tenía envuelta en una manta y la sacaba en brazos por la puerta dejándome plantada en medio de la cocina con dos tazas de té recién preparadas.

—¿Crees que es serio? —preguntó Carlos preocupado mientras se quitaba el abrigo.

—Hace un momento se encontraba estupendamente. —Puse las tazas sobre la mesa y añadí leña al fuego mientras él se sentaba frotándose las manos.

—Rosales lo tiene todo bajo control.

—¿El qué?

—Lo que sea que tenga.

No se podía ser más evasivo, pero tenía demasiado en la cabeza como para pensar en las maquinaciones de mi prima.

Estuvo un rato callado mientras acercaba las manos a la estufa para pasar luego a repiquetear los dedos sobre la taza de té.

—¿Qué tal llevas el invierno en tu refugio? —preguntó.

Me alegré del cambio de tema.

—Mucho mejor desde que tengo brasero.

Carlos levantó las faldas de la mesa para mirar debajo.

—¿Dos braseros?

—La mesa es larga. Cuando estoy sola pongo solo uno, aunque lío unas humaredas importantes.

Volvió a callar y a repiquetear y a poner la mano derecha sobre la estufa y a mover la pierna haciendo que la mesa temblara y a repiquetear otra vez.

—Si necesitas hablar... —me corté de terminar la frase.

Carlos paró de moverse y alzó la vista, pero no abrió la boca.

—¿Va todo bien? —le pregunté más por mí que por él. La idea de que, por mi culpa, hubiese tenido problemas con Sofia me había quitado el sueño.

Carlos bebió del té y siguió callado.

Esos silencios que me enervaban tanto al principio, ahora eran completamente naturales. Por aquí, salvo que las mujeres se aceleraran con algún tema candente, la gente era parca en palabras. Sentarse al sol sin hablar era, de hecho, el pasatiempo favorito de muchos e, incluso, hasta en el mus los jugadores no se explayaban demasiado.

Cuando Carlos tuviese algo que decir, lo diría y yo estaría allí para escucharle.

Me levanté y puse algo de música; me volví a sentar en la mesa, abrí un periódico atrasado y me puse a hacer el crucigrama.

—Eres la única en el pueblo que no tiene hule, ¿lo sabías?

—Mi tía Irene vino a por Esther el otro día con la importantísima noticia de que la viuda Roberta había recibido unos rollos de hule que eran una maravilla. «Algunos reversibles con lunares», dijo.

—Déjalo todo tal y como lo tienes. No añadas nada.

Dije que sí con la cabeza y continué cruzando palabras.

«Dos horizontal. “Número y letra”. Tiene que ser... “e”».

Subí a escribir la vocal. Pero la respuesta tenía dos letras.

—Pi —dijo Carlos.

—Pero «pi» no es una letra. Entendería «pe» pero no «pi». Además, «pe» no es ningún número.

—Es «pi» —aseguró.

Seguí con el crucigrama.

«Cinco vertical, “Destino”. Esa es fácil, “Sino”».

Justo cruzando la dos horizontal en la segunda letra.

—Sí que es «pi», pero no es correcto, creo.

—Lo que es correcto o no es siempre relativo.

Ya no estábamos discutiendo sobre palabras y letras. Siguió hablando intentando hacer surcos en la mesa con las uñas.

—Crees un día que haces lo que haces porque es lo mejor —dijo quedo— y te arrepientes al siguiente. O haces lo incorrecto hoy y sigues haciéndolo porque no sufres demasiado con la decisión tomada.

¿Se arrepentía de haberlo dejado con Sofia? El té comenzó a cocer en mi estómago subiendo por la garganta como un géiser.

—O ambos —terminó diciéndole a la estufa.

Y yo, como una cagona, callé pretendiendo que el crucigrama me tenía completamente absorta.

Capítulo 26

Carlos

Carlos: Diez años y diez días

Vi como Mayra miraba la pantalla de su móvil por debajo de la mesa.

Niña: 10 años y 10 días

O lo que en nuestro retorcido lenguaje significaba «feliz cumpleaños», «gracias».

Ese año había decidido pasar mi cumpleaños en Sevilla. Con eso me evitaba dar explicaciones en el pueblo y también le daba a mi madre la noticia de que Sofía y yo no estábamos juntos. Entre unas cosas y otras, terminé por dejarlo para otra mejor ocasión.

Mi ex, sin embargo, seguía mandándome mensajes asegurando que me consideraba un buen amigo, aunque yo rara vez contestaba. Solo el tiempo diría si acabábamos siendo amigos o no. Por el momento, prefería mantener las distancias.

Pero que no quisiera estar en el pueblo por mi cumpleaños no significaba que no apareciera para el cumpleaños de Mayra.

Nos habíamos juntado en el casillo de su tío Ceferino con un montón de comida y música al calor de una de esas estufas industriales.

Sentado en una esquina de la mesa, podía observarla con tranquilidad sin que nadie se fijara en mí. Lo había hecho millones de veces antes, aunque casi nunca en la misma mesa, en el mismo grupo; he de admitir que desde la otra esquina del bar era mucho más fácil. La cercanía ayudaba poco. Quizá estuviese en la otra punta, pero juro que yo sentía el calor que emitía y no era el de la estufa.

Porque Mayra irradiaba calor, ternura y allí todo el mundo la abrazaba por instinto sin saber por qué. El único que lo sabía era yo, el único que no la abrazaba.

Empezaba a estar harto de esta distancia autoimpuesta. Ya ni yo me creía que lo hiciese por ella. Esas barreras realmente no existían. No después de tanto tiempo. Bueno, una quedaba en pie y ya iba siendo hora de derribarla.

—¡Por la treintañera! —gritó Carmen.

—¡Por la treintañera! —repetimos los demás.

—Por fin te haces mayor, Mayra. Bienvenida al grupo de los «tañeros». Ahí te quedas hasta que cumplas los cien —dijo Milagros—. No es fácil, pero así es la vida.

—Otros lo llevan tan mal que ni aparecen cuando cambian de década —soltó Fernando dándome un codazo.

—¡Eso, mamporrero! Que no se nos olvida que eres un cuarentón. Además de «tañero», «entón» —soltó Patricia algo chispa.

—Trabajo duro el de cumplir años —añadió Scott con tanto acento que casi nadie le entendió.

—Estáis como cabras —suspiró Mayra aguantando la risa.
—Y lo dice la Cabrera.
Ahí ya nos dio a todos la risa y así seguimos hasta las tantas de la madrugada.
—Bueno, preciosa, hora de irse a la cama —le dijo Rosales a Esther una vez que el resto se hubo marchado.
—Estoy bien.
—Son las dos de la madrugada y ya no queda nadie más.
Esther resopló y dejó que Rosales la levantara de la tumbona hecha un canelón rodeada de mantas.
—Ha sido una fiesta increíble. Así quiero celebrar yo los treinta.
—Muchas gracias, guapetona. —Mayra se levantó y Rosales se inclinó para que pudiese besar a Esther en la mejilla—. Nos vemos mañana.
—¡Adiós cuarentón!
Y nos dejaron por fin solos.
Cuando me giré, Mayra lloraba sin hacer ruido.
—No, no, niña. —La abracé—. No llores.
—Cada vez cuesta más. No termina de recuperarse —dijo casi en un susurro.
—Vamos dentro. Mañana podemos recoger los vasos que queden.
Me acompañó sin rechistar, con su brazo rodeando mi cintura. Apagamos la estufa y salimos cerrando con llave la puerta del casillo.
Dentro, fue a sentarse en uno de los taburetes altos mientras yo preparaba café. Me senté a su lado a esperar que la cafetera hiciera su trabajo.
—El tiempo se le va de las manos, Carlos.
—Ganará la batalla.
—Tu siempre tan optimista —Me agarró de la mano y apretó con fuerza—. Hay días que me cuesta creerlo.
Miré aquella mano. Tan pequeña, tan frágil.
—¿Crees que estamos perdiendo el tiempo? —preguntó—. En la vida, me refiero. En general. ¿Crees que porque tenemos salud perdemos el tiempo que tenemos?
El tono de aquella pregunta hizo clic en mí. Trece años pasaron por mi mente y contesté honestamente a la pregunta.
—Sí.
Me puse de pie y le di la vuelta al taburete en el que se sentaba lo que hizo que perdiera el equilibrio y me agarrara de los hombros. Adelanté un paso y la agarré por las caderas elevándola y sentándola en la repisa sin muchos miramientos.
Su cara de sorpresa hizo replantearme mis actos, pero solo por un segundo. Ella me deseaba tanto como yo a ella.
La había pillado tan desprevenida, que intentaba decirme algo moviendo los labios sin que ningún sonido saliera de su boca.
La cubrí con mi cuerpo reteniéndola de la nuca. Me lancé a su cuello y la besé con impaciencia. Trece años esperando y yo no era descendiente de la rama de los Job, ni mucho menos.
Subí a sus labios y le di todo lo que tenía. Besar a Mayra era lo único importante ahora.
—¿Carlos?
—¿Mm? —Entre chupetones, besos y lametazos, el habla brillaba por su ausencia.
—¡Me estás besando! —Intentó mover las piernas para desasirse, pero no la dejé.

Apartó la cabeza, aunque seguí a lo mío, acabando en una postura no del todo cómoda. Nada romántico. Nada en absoluto. Pero no había quien me parara ya.

—Claro que te estoy besando y si dejaras de moverte, disfrutaríamos mucho más —aseguré.

—Para.

Me separé algo bastante confundido, pero acerqué sus caderas a las mías.

—¡He dicho que pares! —Y torció el cuello para separar su cara de la mía lo más posible.

Me eché a reír. Bueno, empecé, porque antes de la primera carcajada Mayra me había dado tal patada en el pecho que salí lanzado hacia atrás hasta que la nevera impidió que cayera de culo al suelo.

—Aquí no hay nadie que pueda vernos, ¿cuál es el problema?

—¿Que cuál es el problema? ¡¿Me asaltas en medio de mi cocina y preguntas que cuál es el problema?! Por si no lo sabes, para que exista un beso dos deben querer besarse.

Un momento.

—Tú quieres besarme. —Me acerqué y volví a encajarla.

Levantó mucho las cejas y abrió la boca, pero no para besarme.

—Ahora resulta que lees la mente —dijo indignada.

—No, pero puedo leer el resto de ti y me tienes en la cabeza igual que te tengo yo en la mía, no lo niegues.

—Pensar en ti y querer besarte son dos cosas completamente distintas.

—No seas cabezona, niña.

—¡Se acabó!

Esta vez me apartó con furia y yo sentí que las fuerzas me abandonaban. Como un globo al que se le va poco a poco el aire.

—¡Trece años! —gritó enfurecida—. Trece años de mírame-pero-no-me-toques y crees que ahora tienes derecho a acercarte a mí y tomar lo que no quiero darte. Trece años de avergonzarte de que me conoces, de que hablas conmigo. ¡Tengo grabado a fuego que no te intereso lo más mínimo! Trece años de forzarme a odiarte; de actuar por encima del bien y del mal. Nunca preguntas; actúas sin consultarme y siempre para demostrar que me tienes en un puño. ¡Ve a besar a otra porque yo hace mucho tiempo que perdí el interés!

—No hablas en serio.

—Fuera.

—¿Hablas en serio?

—¡Fuera!

Hablaba en serio.

Capítulo 27

Mayra

Tenía que ser un error. Me estaba tomando el pelo.

Yo solo había hecho una pregunta retórica.

«Y tu boca un rollo, guapa».

Huck jamás me besaría así, con..., con...

Respiré varias veces, estaba empezando a hiperventilar.

«Vuelve en ti, Mayra. Respira, unaaaa, dossss, treeees veces».

No, Huck nunca me besaría con pasión. Era imposible.

Después de aquella cena en Madrid, había estado investigando y casi me muero al ver que su nombre tenía más entradas en Internet que nosotros.

Había empezado su carrera en Sevilla, en el Ministerio de Justicia, pero pronto le trasladaron a Ávila. Allí no había hecho más que ascender llegando al tope hacía cinco años. De repente, pasó a trabajar para el Subdelegado del Gobierno y esos son puestos elegidos a dedo. Básicamente el Subdelegado es elegido por el Delegado del Gobierno en la provincia y este a su vez es elegido por el Consejo de Ministros.

Por lo que entendí, el trabajo de Carlos era en principio provisional. Con los cambios de Gobierno los Delegados cambian y con ellos, los subdelegados y sus equipos. Pues no. Carlos debía ser muy eficiente porque ya había trabajado en la subdelegación para dos Gobiernos distintos.

Y yo menospreciándole por ser funcionario. Cuando lo leí, casi me echo a llorar de la vergüenza.

Carlos no podía estar interesado en mí, era imposible.

Luego estaban sus novias. Aquella interminable lista de ligués, escarceos, parejas algo más serias y a saber cuántas de las que nadie sabía de su existencia. Todas, sin excepción, eran las versiones mejoradas de mi amiga Diana: morenas, altas, guapísimas, independientes y, al menos una, de familia rica, que yo supiera.

Y va el tío y me besa en la minicocina de mi minicasa, más comúnmente denominada «casilla para guardar las cabras», y ¿qué hago yo?, darle la patada; literal. El mejor beso de mi vida y le mando a paseo porque, *ipso facto*, me cagué de miedo al pensar que me estaba besando el amor de mi vida, que, en realidad, era muchísimo mejor que el modelo perfecto que me había fabricado yo en la cabeza, durante tanto tiempo, que ya había dejado de contar por puro aburrimiento. El momento me superó.

Besaba mejor que en cualquiera de mis mejores sueños tórridos. Diez segundos de nada que a mí me parecieron eternos. ¡Y ni siquiera se lo devolví!

Tenía que ser una broma. Una broma cruel.

Aunque, ¿quién puede inventarse una erección si no está dispuesto a...? Porque él creció mucho ahí abajo en aquellos diez segundos

Debía ser una reacción pasajera. El alcohol o que la ex-novia seguía rondando por su cabeza.

Me fui a la cama y recordé de nuevo el cuándo y cómo nos conocimos para volver a recuperar la perspectiva. Una vez que volviese a revivir los hechos, me sentiría como si me hubiesen echado encima diez litros de agua helada. Como siempre.

«Recuerda, Mayra. Recuérdalo bien y el beso solo será otro momento para guardar, como todos y cada uno de los pequeños momentos que ha tenido la deferencia de regalarte, pero nunca para repetir».

Volví a los dieciséis mirando al techo.

Una noche en el bar, me quedé boba mirando a un chico mayor de ojos azules y pelo rebelde con la chupa de cuero más fea que había visto en mi vida y cuando alguien a mi lado se dio cuenta de mi embobamiento, me dijo al oído:

—Se llama Carlos e iba a casarse, pero ya no. Por lo visto le han plantado, aunque parece contento.

Estaba borracho, no contento. Hacía el cabra para olvidar y esa fue la única faceta de Carlos que atisbé durante años. Por supuesto, jamás tuvimos oportunidad de sentarnos en el mismo corrillo; es más, jamás se me hubiese ocurrido acercarme a su grupo. Ellos eran los mayores y ni siquiera se percataban de nuestra existencia.

Si a eso añadimos que pequeña nací y pequeña me quedé, pues como que era un imposible que pudiésemos pisar el mismo suelo; menos aún, dirigirme la palabra.

Hasta que aquella mujer, tía lejana de Patricia, tuvo la maravillosa idea de sentarnos juntos a ayudar con la decoración de las fiestas de Santo Domingo.

Esa tarde, haciendo azucenas de papel, la estuve rememorando una y otra vez en años venideros preguntándome si aquello que sentí fue una ilusión o no. Para mí estaba clarísimo que le había causado buena impresión, que habíamos conectado de alguna manera. Yo sabía de sobra que él estaba a dos planetas de distancia con muchísima más experiencia que yo. Tenía que estar acostumbrado a mujeres que sabían conquistar a un hombre, besar y todas esas cosas que distinguen a las mujeres de verdad de las adolescentes. Pero quise creer que él me miraba de otra manera, no como se mira a los conocidos o a los amigos, no, yo vi a otro Carlos distinto al que había observado desde lejos en el bar.

Aquella tarde me miró a los ojos, siempre sonriente. Después de terminar con las azucenas, fuimos incluso a dar un paseo. Me invitó varias veces después y hablamos muchísimo. Le conté mis proyectos y él borró de golpe mis inseguridades. Pintó un futuro espléndido para mí y juro que dijo que conmigo alrededor el verano no podía mejorar.

Aquello duró poco. Algo más de dos semanas y siempre a ratos muertos, sin nadie como testigo. Aunque lo suficiente para que yo me enamorara como en los libros, a lo grande y sin reservas. Pero no fui correspondida como en los libros, ni mucho menos. Unos segundos después de que le abrazase y me pusiese de puntillas con los ojos cerrados y la boca semiabierta, me apartó porque, por lo visto, había tropezado con una piedra. A partir de ahí, actuó como si nuestras tardes juntos nunca hubiesen existido sin volver a dirigirme la palabra

Carlos nunca me rechazó directamente, pero supo como hacerme llegar el mensaje. Tanto me dolió haber sido tan estúpida, que jamás volví a dirigirle la palabra a no ser que fuese él el que se acercara dando rodeos, nunca cara a cara. Para que intercambiásemos la palabra tuvo que pasar más de un año y siempre de puertas para adentro.

Una década después y tuve que cometer la estupidez de volver. Debía haber escuchado a mi padre.

Y paso a paso, sin querer, habíamos vuelto al principio. Al menos yo. Como una tonta había vuelto a caer en sus redes y no era capaz de salir.

Él lo sabía y lo estaba utilizando en mi contra, seguro. No había otra explicación razonable para su extraño comportamiento de los últimos meses. No era normal que, de repente, todo hubiese cambiado y, ahora, en vez de la peste trajese afrodisíacos.

Pero es que había creído ver esa mirada, la mirada que nunca olvidé, la misma que me dio aquellas maravillosas semanas y que borró de su cara de un segundo para otro. Tan fácil para él y tan arduo para mí.

¿Se puede penar por algo que nunca se tuvo?

—No —le dije al techo—. Al menos, en teoría.

Me costó mucho hacerme a la idea de que todo había sido una mentira. En el fondo pensaba que no; que, aunque por poco tiempo, habíamos compartido algo. Pero era mejor ponerse en lo peor, porque una y otra vez vi con mis propios ojos que, de haber sucedido algo, no habría durado.

Carlos no buscaba compromisos; Carlos no quería novias. Él buscaba amigas con derecho a roce hasta que la cosa no daba más de sí.

No hacía falta ser Carlota para verlo.

¿Por qué me había besado?

Yo no quería ser eso.

Me levanté a beber agua. De vuelta en la habitación, me puse el pijama y me acosté.

Últimamente había florecido una pseudoamistad y no quería estropearla. Solo arriesgaría esta nueva cercanía que disfrutábamos por el lote completo y él jamás querría el lote completo.

Una amiga que dar de sí y luego, si te he visto no me acuerdo. Ya habíamos pasado por ello.

Arruinaría este pequeño refugio que había construido en Santo Domingo. Amargaría las relaciones que ahora mismo disfrutaba con gente tan variopinta como Esther, Trini o Rosales. Había vuelto a conectar con mis viejas amigas y no quería irme.

Si Carlos volvía a romperme el alma, no sería capaz de vivir en el mismo pueblo con él cerca espionando cada uno de mis movimientos.

¡¿Y por qué lo hacía?!

Siempre ahí; hasta cuando vivíamos en países distintos. Siempre ahí. Y lo peor es que, cuando no estaba, faltaba algo.

Ni siquiera me importaba que tuviese novias. Patética hasta decir basta.

«Hechos, centrémonos en los hechos».

Esa era mi filosofía de trabajo y, hasta el momento, había funcionado bien. Cuando en vez de centrarme en realidades me centraba en posibilidades, acababa saliendo todo mal.

Por desgracia los hechos eran bien simples.

Me enamoré de Carlos y él me apartó. Seguí enamorada de Carlos cuando no le veía; luchaba por no estar enamorada de Carlos cuando por fin le veía; me enfadaba con él de continuo porque estaba enamorada sin ser correspondida y, ahora, cuando él parecía haber pillado la onda, voy yo y le doy a entender que no estoy enamorada de él.

«Aj. Soy imbécil y acabo de cometer el más grande error de mi vida».

Capítulo 28

Carlos

*H*acía sol y no corría el aire. Si nos dábamos prisa, todavía podía lanzar unas piedras.

A la salida del pueblo, en un antiguo prado que ahora pertenecía a la iglesia, solíamos jugar a la calva cuando el tiempo lo permitía. Era, junto con las cartas, la miniliga de fútbol y los baños en el río, el mejor pasatiempo. Como no era verano todavía, el río quedaba descartado, pero la calva, salvo que lloviera o nevara, nunca se cancelaba.

La calva era un juego ancestral que juntaba a mayores y pequeños. Un cilindro de metal o piedra, que llamábamos morrillo, y un codo de madera que daba nombre al juego, era todo lo necesario para pasar la tarde. Desde una distancia de unos diez metros, el jugador lanzaba el morrillo e intentaba dar a la calva de madera en forma de ele apoyada en el suelo. Si el cilindro daba en la parte de arriba sin haber botado en el suelo, se consideraba punto. Si no, pues a veces contaba algo y a veces no, dependiendo del día y de si jugaban niños.

Clonc.

Gritos y aplausos.

Alguien había hecho clava.

—Hoy voy a machacarte, Carlos. —Mi amigo iba frotándose las manos pensando de veras que me iba a ganar.

Luis, un colega del trabajo, me acompañaba de vez en cuando los fines de semana. Ahora que volvía a estar disponible, seguramente acabase pasando todo su tiempo libre por aquí. En el momento que encontrara a otra mujer que cayera a sus pies, volvería a desaparecer.

Tenía presencia, sonreía mucho y sabía encandilar. Era entrar en una habitación y las tías empezaban a suspirar mientras se colocaban la ropa. Las más atrevidas no tardaban ni cinco minutos en acercarse y contarle su vida en verso. Luis las escuchaba con interés y las trataba como reinas; al cabo de unas horas, elegía a una y desaparecía hasta el día siguiente si la cosa no iba en serio; si el tema se alargaba, no le veíamos el pelo durante días hasta que cortaba por lo sano. No le recordaba yo con nadie durante más de dos semanas seguidas.

Tampoco existía constancia de que alguna mujer le hubiese dejado a él. Luisito era un tipo con suerte.

Rosales y Pedro nos hicieron señas con el brazo.

—Llegáis a tiempo. Si os dais prisa, lo mismo queda algo de comida.

Habían extendido una manta bajo el sol y las chicas animaban a los niños que estaban aprendiendo cómo lanzar las piedras. Había un montón de tarteras, una caja de botellines y un termo enorme con café.

El prado estaba hasta la bandera y Ambrosio, el concejal, separaba morrillos en montones para que cada uno eligiera dependiendo del peso. A mí me gustaban los de piedra encajada en un cilindro de metal.

Estuvimos tirando piedras durante un rato hasta que los más mayores pidieron paso, así que acabamos tumbados sobre la hierba mirándolos jugar.

—Luis va a por todas.

Aparté el antebrazo de los ojos y miré hacia donde Rosales señalaba con la barbilla. Por lo visto, el donjuán que tenía como compañero de trabajo había encendido el radar y ahora pululaba sonriente en las cercanías de Mayra.

Me incorporé con los codos y seguí sus movimientos. Era como un lobo sonriente acechando a su presa. Acercándose como quien no quiere la cosa; a la primera de cambio, se lanzaría a la yugular y a plena luz del día. Rosales no iba mal encaminado.

A falta de palabras, solté un gruñido y volví a dejarme caer. Lo que me faltaba.

—Le está ofreciendo un trozo de chorizo.

Rosales era un cabronazo. Como él no se comía un rosco, disfrutaba cuando a los demás no nos iban bien las cosas en el departamento amoroso. Y Rosales me conocía lo suficiente para saber que algo se cocía en ese sector y no tenía forma de enfriarlo. Un cabronazo.

—Me interesa poco o nada lo que hagan. —Pero tuve que mirar y sí, Mayra le estaba ofreciendo un plato lleno de trozos de chorizo y queso.

—Ya. Nunca te he dicho nada porque no es de mi incumbencia y porque es un tema en el que no me siento a gusto, pero...

Rosales era mi mejor amigo y éramos familia, así que por lógica, me conocía casi mejor que mi madre.

—Suéltalo de una vez Rosales.

—Como quieras. —Con todo y eso, se entretuvo en enredar con la hierba hasta que por fin se decidió a hablar—. No sé si sabrás que cuando ella está cerca, eres otra persona, Carlos. Lo noto yo y lo nota cualquiera con ojos en la cara y dos dedos de frente.

Aquel tono serio no me gustó ni un pelo.

—¿De quién estás hablando?

—Las dos palabras que intercambias con ella te tienen embobado el resto del día, a pesar de que lleves un puñado de años disimulando. Somos muchos tíos y casi todas las mujeres están pilladas, pero Mayra... Mayra nunca se acerca a nadie. No recuerdo siquiera haberla visto enrollada con nadie de por aquí.

Mayra siempre había dicho que no. Tampoco es que muchos le preguntaran, gracias a Dios. De tener algún novio entre los del pueblo habría tenido que exiliarme.

Rosales me leyó el pensamiento.

—Puede que Luis lo consiga. —Ahora Rosales estaba aguantándose la risa y eso solo podía significar que mi colega había ido ya a por la yugular. No me atreví a mirar.

—Ni de coña —aseguré.

—¿Porque lo digas tú?

Cometí otra vez el error de mirar.

—Que hagan lo que quieran. A mí me da igual —espeté cada vez más cabreado porque ahora Luisito no solo sonreía, sino que le estaba soltando el discurso que siempre le funcionaba con las tías de por aquí y Mayra parecía encantada.

—Claro que te da igual. Eso es evidente.

Giré la cabeza para asegurarme de que realmente estaba hablando en serio.

—Haces tantos esfuerzos por pasar de ella que todo el mundo, incluida Mayra, se lo cree —sentenció.

Solté otro gruñido y volví a taparme con el antebrazo. Empezaba a hacerme viejo para estos juegos. Ni que estuviésemos en plena pubertad. Aunque pensando en como me lancé a por ella, cualquiera podría haberme confundido con un quinceañero hiperhormonado o, pero aún, un cavernícola del Paleolítico.

Sin gracia, ¡sin pensar en ella!

Rosales empezó a reírse en mi cara sentado con los brazos alrededor del estómago.

—No veo el chiste por ningún lado.

—Seguro, seguro —dijo con tonillo.

—¿Sabes qué? Me da igual lo que digas y, vuelvo a decir, me da igual lo que haga.

—Quién. ¿Luis o Mayra?

—Rectifico. Me da igual lo que hagan.

—Te repites mucho, pero no cambia lo evidente. Te pasas las horas —continuó haciendo caso omiso a mis comentarios— mirando a través de la ventana con una sonrisa de idiota pintada en la cara y no pierdes oportunidad de pasar la tarde tomando café a la vera de su estufa. Has cambiado tu *modus operandi*, chaval.

Ya no sé si quería preguntar a qué venía toda aquella charla. El siguió de todas formas porque sabía de sobra que era el único al que le consentía entrar en semejantes derroteros.

—Normalmente te lías con esta o con aquella, que te dura como mucho tres meses. Al cabo de un tiempo de tantear aquí y allí, conoces a alguien con quien lo intentas con más ahínco y justo cuando la cosa se pone seria, la pequeña saltamontes aparece de la nada. A lo más tardar, dos semanas después, lo dejas con tu novia y al cabo de un tiempo vuelves otra vez al ligoteo, tras quedar claro que no habrá visitas inesperadas durante una temporada. Y así en bucle. Ahora, sin embargo, parece que Mayra ha venido para quedarse, por lo que me pregunto cómo te va a afectar. Ten cuidado.

Se levantó justo antes de darle un puñetazo en las narices.

—Creo que es mi turno en la calva. A ver si gano de una maldita vez a Pedro y su tropa de hermanos. Con eso de que nos sacan a todos una cabeza van por el mundo como si tuviésemos que pedirles permiso para jugar.

Justo en ese momento, Mayra comenzó a reírse por algo que Luis le dijo. Verlos tan relajados, en público, disfrutando de la compañía del otro era como sentir un puñal clavado en el estómago que iba rajando hacia arriba centímetro a centímetro hasta parar justo en la garganta, dar la vuelta y volver a bajar.

Esto no podía estar pasando. Dos semanas sin hablarnos, sin mirarnos. Ya no sabía si era porque ella no quería recular o porque yo no quería acercarme, pero los hechos hablaban por sí solos; la distancia empezó a ser insalvable en el momento que ya no había oportunidad de vernos a solas y esa era nuestra única conexión.

Ni un mensaje al móvil siquiera. La primera noche pensé que quería aire, la segunda me auto convencí de que necesitaba pensar sobre cómo disculparme, pero tenía tal cabreo que me di algo más de tiempo; la tercera, escribí chorradas de las que se reiría en mi cara, así que las borré, y en la cuarta, me di cuenta de que si ella quería algo ya me habría escrito.

Y así era, todo el mundo era testigo ahora. Tranquila y distante y yo perdiendo los nervios porque era ella la que reía delante de medio pueblo y yo parecía dormir la siesta tan pancho. Quizá debiese exiliarme después de todo.

Torcí la cabeza para espiar, pero lo disimulé tapándome con el brazo otra vez. Tras diez agónicos minutos, Mayra se levantó para practicar también en el juego y Luis, por fin, la dejó en

paz.

—La tarde mejora por momentos —soltó ufano al llegar a mi altura.

—¿Ah, sí?

—No me habías dicho que había sangre nueva en el pueblo. ¿Quién es?

No contesté. Si abría la boca, se notaría quién era para mí y, además, habían hablado lo suficiente como para que yo tuviese que añadir nada. Si quería información, iba a tener que preguntarle a otro.

—¿Crees que estará con alguien?

Seguí sin decir palabra pretendiendo querer echar una cabezada, pero Luis siguió pensando en alto.

—No eres su tipo —solté antes de poder filtrar.

—Perdona, pero todas son mi tipo.

Apreté los puños. Estábamos entrando en terreno peligroso.

—Por si nadie te lo ha dicho hasta ahora, las mujeres no son de usar y tirar.

—¿Pero si son ellas las que me usan a mí!

Me levanté de golpe. No por nada, sino porque quería cambiar de posición.

—¿Te apetece un billar? —preguntó mientras lanzaba miradas calculadoras en la dirección de Mayra—. Creo que hoy he tenido suficiente calva.

—Lo que significa que te han dado una paliza. —Mi amigo no sabía perder.

—De eso nada, colega. —Se levantó también—. Lo que pasa es que estos llevan toda la vida practicando y hoy no era mi día.

Empezamos a andar de camino al bar de Andrés y, según cruzábamos el prado, algunos se encargaron de recordarle a Luis la derrota.

—¡Esperad al campeonato! —les gritó ya desde lejos—. ¡Lo de hoy ha sido solo para estirar los músculos!

No paró de preguntar sobre Mayra durante toda la tarde. Era agotador no responder todas las preguntas con un «no sé», «puede», «no viene mucho» y cosas así cuando lo que quería era gritar «olvídate de ella; Mayra no está disponible».

Perdí todas las malditas partidas de billar lo que alegró infinito a mi insufrible compañero. Mejor restregarme la derrota que continuar con el tercer grado.

Capítulo 29

Mayra

Jugar a la calva había sido la mejor forma de eliminar toxinas y malos pensamientos. Las agujetas en el brazo al menos me distraían de pensar en otras cosas. Dígase, el *gigoló*/amigo-solo-en-privado/tocapelotas que ahora mismo se sentaba al otro lado del bar mientras hablaba con el tío que había estado tirándome los tejos toda la tarde. De cerca y de lejos. En el prado me había dado la vara, pero es que ahora me lanzaba miraditas nada sutiles.

El caso es que el amigo de Carlos no estaba nada mal. Solo por sentir que tenía la sartén por el mango, me había forzado a sentirme halagada por tanto empalagamiento. Lo único que conseguí fue sentirme más incómoda, si cabe. Yo no era de juegucitos, nunca lo fui, y me veía como un pez fuera del agua. ¿Cómo conseguían algunas ser la reina de las fiestas y picar aquí y allá sin perder la compostura?

Yo, al final, había escuchado con una sonrisa como un tío bueno intentaba entretenerme mientras sentía el pelo de la nuca erizarse pensando en quién estaba tumbado a diez metros. Me dieron ganas de levantarme y pegarle un puñetazo por volverme hacer pasar por lo mismo una y otra vez.

Debería haber dicho que sí al concierto al que el guaperas quería llevarme, aunque solo fuese para reafirmarme en que algunos se dejaban llevar sin saber primero todos y cada uno de los detalles de tu biografía. El problema es que nunca se me ocurriría liarme con nadie del pueblo o relacionado de lejos con él. Demasiadas cabezas buscando qué encontrar para hablar de una a la primera de cambio. Y es que, además, a mí siempre me pillaban.

Solo había fumado una vez en mi vida, solo una vez, y me vieron justo cuando comencé a toser. Tres horas después, mi madre me esperaba a la puerta de casa con los brazos en jarras.

Una vez, solo una, besé a un chico detrás de la iglesia y al aparecer de nuevo de detrás de los matorrales, toda mi pandilla me preguntaba si éramos novios. Para colmo, el chaval resultó ser un primo lejano mío.

Un verano después, mi padre me sacó del bar a empujones tras dejar sobre la barra el primer cubata que conseguí de contrabando después de suplicar a uno de mis primos mayores. Y, sin pensárselo dos veces, volvimos a Madrid aquella vez que llegó a sus oídos que la pandilla de amigas nos habíamos bañado desnudas en el río ¡esa misma tarde!

No. Liarne con alguien del pueblo no era posible; con nadie. Los cotilleos y preguntas insistentes me matarían. Hora de olvidarme de chorradas y centrarme en la cervecita a la que mi mejor amiga me había invitado absorbiendo las buenas vibraciones que flotaban en el ambiente a la vez que me ponía al día con las costumbres del local.

El bueno de Andrés había iniciado una especie de ritual en el que los clientes podían elegir la música al menos un día a la semana. En lo que a gustos musicales se refiere, nunca nos poníamos de acuerdo y acabábamos con sobredosis de AC/DC, Extremoduro, Melendi o Paulina Rubio dependiendo del día.

—¡Hoy me toca a mí! —Carlota ni se había movido de la silla y reclamaba su turno a gritos. Como no.

—¡Nooooooooo! —se quejó un chaval de más o menos su misma edad que echaba un billar con un hermano de Patricia. Era hijo..., debería saberlo, pero todavía tenía un popurrí de nombres de familias y apodos.

—Ni pienses por un momento que voy a dejar que te cueles otra vez, Palomo.

¡Palomo!, ese era el apodo. Por aquello de «yo como don Palomo, yo me lo guiso y yo me lo como». Me quedaba por saber qué demonios relacionaba la frase con el muchacho en cuestión, aunque no iba a preguntar, ahí, en medio del bar.

—Pero si tú nunca eliges; qué más te da —insistió Palomo.

—Yo no elijo la música, designo a alguien para que elija por mí, que es distinto.

—Así no funciona, Carlota.

—Andrés no se quejó las cuatro primeras veces, por lo que quedó establecido y, que yo recuerde, tampoco te quejaste tú cuando te dejé elegir. Ahora no protestes. ¿Quién está más cerca del equipo?

Y se puso roja.

—Ejem... Carlos... ¿Te importaría poner el CD de Adele?

Sentí un pinchazo en estómago y lo exterioricé añadiéndome al gruñido general. Incluso Andrés protestó. Creo que nunca dejaría de arrepentirse de haberle comprado aquel CD a su mujer. Poco menos que se había convertido en el comodín que ponían casi todos los días. Al menos los días que yo rondaba por allí. Adele no ayudaba cuando ya estabas en medio de un torbellino. Bueno, sí ayudaba, a caer.

—¿Qué canción quieres que ponga? —Carlos estiraba el brazo de mala gana para alcanzar el CD de la discordia y encender el aparato de sonido.

—Elige la que quieras.

Con arrugas en la frente, Carlos estuvo leyendo un rato los títulos.

—No sé por qué os gusta tanto a las tías. Ni siquiera entendéis lo que dice. Asumís que va de amor por la música, pero lo mismo no dice nada —protestó Palomo después de no colar la bola de billar en la esquina.

Una canción comenzó a sonar.

—¿Mamá? —preguntó Arturo mientras sorbía las últimas gotas de su polo de fresa.

—Dime, hijo.

—¿Por qué no traduces? A lo mejor a Palomo termina por gustarle.

—Buena idea, colega —dijo Carlota y chocó los cinco con el pequeñajo—. Carmen, traduce para darle a ese insensible en las narices.

Palomo resopló y volvió a enfocar en el billar.

—Vale —cedió Carmen—, pero no soy muy buena con la traducción simultánea.

—Papá dice que hablas muy bien —defendió Arturo.

—Entonces lo intento.

Mi amiga cerró los ojos y escuchó unos segundos para coger el hilo de la letra. Carmen intentaba no hablar demasiado alto mientras traducía unos segundos por detrás lo que Adele cantaba como si fuese una canción de cuna.

*Sostenme cerca una vez más,
di que me amas en tu último adiós.*

*Por favor perdona mis pecados.
Sí, nadaba en aguas negras,
pero tú me empujaste ahí.
Vi tu rostro bajo cada cielo
por encima de cada linde
y sobre cada línea.
Conoces mi corazón mejor que yo mismo
fuimos los mejores, tú y yo
Pero tuvimos el tiempo en nuestra contra.
Millas entre nosotros.
Los cielos lloraron.
Sé que te dejé sin palabras,
pero ahora el cielo aclaró y es azul
y veo mi futuro en ti.*

Arturo apoyaba la cabeza sobre las manos, en la mesa, y miraba a su madre embobado, como si fuese un ángel. Ella miraba a su hijo de vuelta complacida sabiendo como le gustaba el sonido de los dos idiomas al mismo tiempo.

En mi infierno personal, sentía un par de ojos taladrarme.

*Te esperaré hasta que estés preparada para amarme otra vez.
Alzaré las manos.
Lo haré todo de distinta forma.
Seré mejor para ti.*

*Te esperaré hasta que estés preparada para amarme otra vez.
Alzaré las manos.
Seré alguien distinto.
Seré mejor para ti.*

*Deja que me quede una noche más.
Construye tu mundo a mi alrededor
y atráeme hacia la luz
de forma que pueda decirte que estaba equivocado.
Era un crío entonces, pero ahora estoy dispuesto a aprender.*

*Pero tuvimos el tiempo en nuestra contra
Millas entre nosotros.
Los cielos lloraron.
Sé que te dejé sin palabras,
pero ahora el cielo aclaró y es azul
y veo mi futuro en ti.
Estaré esperando por ti,
cuando estés preparada para amarme otra vez.
Alzaré las manos.*

*Lo haré todo de distinta forma.
Seré mejor para ti*

Nadie abrió la boca. Quizá porque les gustara la canción, quizá porque no quisieran interrumpir a Carmen, pero allí no se movía ni una mosca. Excepto Carlos que se había levantado y salía del bar mirando al suelo.

...

Estaré esperando...

Me daba igual ya todo. Apoyé los codos sobre la mesa y dejé la cabeza caer sobre mis manos.
—Mamá —dijo Arturo poniendo cara de asco—. Palomo tiene razón, la canción no dice mucho.
—¡Tú sí que sabes, Arturo! —le apoyó Palomo.
«Disimula, Mayra. Respira y disimula y, por lo que más quieras, ¡no tiembles!».
¿Iba en serio?
Carlos siempre iba en serio.

Capítulo 30

Carlos

¿Es que no podían dejarme en paz por una vez? A veces habría dado lo que fuese por desaparecer.

Suponía que había encontrado un recodo del río que nadie más transitaba y lo utilizaba como mi refugio personal. Solo en verano, claro, porque mis riñones aprendieron pronto lo frías que las piedras estaban en cuanto empezaba el mal tiempo.

Aunque la temperatura no era la ideal hacía un sol espléndido, así que allí estaba, en mi refugio, tumbado sobre una manta tomando el sol e intentando leer un libro. Había llegado hacía una hora y todavía tenía que terminar la primera página, pero la intención debía contar para algo.

Por lo visto, era mucho pedir tener un momento de tranquilidad y más aún cuando lo necesitaba de verdad.

Para llegar donde estaba, había que seguir una vereda que casi ni se veía y antes de ver el agua, la barrera de escobas disuadía al visitante a continuar a no ser que quisiera dejarse las espinillas por el camino. Más valía que el que viniese a atormentarme tuviera una razón de peso.

—¡Ah! Estás aquí.

Mi cerebro empezaba a trabajar en mi contra. Ahora veía hologramas. Cerré los ojos, solté el aire y volví a intentarlo.

—Si quieres me voy.

Se estaba dando la vuelta.

—Sabes que no quiero, niña.

Retornó con más cautela y esperó de pie al otro lado de la plancha de granito. Como si fuese capaz de oler el territorio, Mayra no parecía segura de dar un paso más.

—¿Cómo me has encontrado?

Ahora estaba asumiendo que ella me estaba buscando. Eso demostraría un interés que había quedado claro que no existía.

—Rosales comentó algo de que te gusta venir por aquí y este es el único hueco accesible. Yo normalmente me siento río abajo, pero, a no ser que haga mal tiempo, no hay manera de estar sola y a veces ni con esas. Has encontrado un buen sitio.

—Y es un buen sitio para nadar también.

Mayra estiró el cuello, pero desde ahí era imposible que con su estatura viese el agua.

«Y ahora, ¿qué? Más no puedes decir. Ya quedó claro lo que querías el otro día y la canción se supone que expresaba el resto».

Mayra seguía de palo tieso al borde de la piedra y no sabía qué me enervaba más: que se mostrara distante conmigo o que apareciera de repente invadiendo la intimidad que tanto reclamaba para sí. Pero no, lo confuso era que yo seguía allí, en el fondo, esperanzado a que quisiera verme; que quisiese pasar tiempo conmigo, a pesar de todo.

Y si quería hacer las paces, yo encantado. Si no quería más que amistad, contento también. Si estaba allí para dejar claro de una vez por todas que no me quería cerca...

Mayra se sentó en la piedra, de lado. Durante un rato estuvo pasando el dedo por el líquen que crecía sobre la roca.

—Me preguntaba —dijo de repente sin levantar la vista—, qué ha cambiado para que ahora decidas que podemos intentarlo. Si lo he entendido bien, claro, y quieres intentar algo conmigo. Todavía sigo confusa, la verdad.

No podía reprochárselo. Yo también estaba hecho un lío.

—Supongo que me he cansado de esperar.

—¿Esperar?

—La cosa viene de muy largo, créeme.

—Me has ignorado siempre. Bueno, antes de ignorarme, me despreciaste de malas maneras.

—Mayra, si te refieres a lo que pasó hace tropemil años, parece olvidar que eras una cría.

—No era una niña.

—Lo eras. Acababas de cumplir diecisiete años y era imposible que pudiésemos llegar a nada.

—Y ahora ¿sí?

—Ahora sí. Cuando te conocí, tú tenías diecisiete y yo veintisiete. En aquel entonces la diferencia de edad era obvia. Ahora mismo no importa nada. Al menos para mí.

—Yo no quería matrimonio o algo parecido. ¿Por qué siquiera besarme estaba prohibido? Y no me vengas con lo de la edad. Aquella noche te enrollaste con aquella chica y era más o menos de mi quinta.

«No me enrollé con ella, aunque hice todo lo posible para que lo pareciera».

A veces se me olvidaba la buena memoria que tenía, aunque, bien pensado, me demostraba que recordaba todos los momentos, incómodos la mayoría, que habíamos pasado juntos.

Volví a permitirme pensar que a lo mejor me correspondía de alguna forma, por mucho que de palabra me lo negara. Estaba allí hablando de intentar algo; en plural.

—Eras menor de edad, querías ir a la universidad, viajar, conocer gente nueva y yo estaba atado a un trabajo en una provincia distinta. Tenías una vida por delante y yo no me encontraba en mi mejor momento. Diez años y diez días era una diferencia más que considerable. Admitámoslo.

Diez años y diez días...

Nunca hablamos de ello, pero en aquellos tiempos yo estaba desatado. Justo después de que me plantaran en el altar, decidí ponerme el mundo por montera y quemar la noche emborrachándome hasta perder el conocimiento y liándome con cualquiera que llevase faldas. Mi aspecto, además, me evitaba el esfuerzo de tener que ligar; tenía siempre una fila de chicas dispuestas a que les hiciese caso y lo aproveché hasta la saciedad. No tenía ni que utilizar mi acento.

Nadie supo lo que pasó con exactitud aquella primavera de hacía quince años, aunque todo el mundo captó el problema de fondo en el momento que recibieron la cancelación de boda por escrito. «La novia ha puesto pies en polvorosa. Absténganse de hacer un viaje en balde a Sevilla», venía a decir.

Cuando conocí a Mayra unos meses después, estábamos en órbitas paralelas. Durante tres semanas, la gravedad nos permitió orbitar el uno pegado al otro, pero la vida nos mandó de nuevo a rotar por separado.

Mayra nunca lo vio así.

—Ha llovido mucho desde entonces y tu actitud hacia mí solo se relajó en las contadísimas ocasiones que estuvimos a solas. Incluso entonces, siempre me trataste como una hermana

pequeña. Para una mujer eso es humillante, que lo sepas.

Seguía obcecada en rascar el líquen de la piedra y para que yo la oyese tenía que levantar la voz.

—¿Te importa si pasas a este lado de la plancha? No me gusta hablar a gritos.

Mayra se levantó a la vez que murmuraba algo sobre mis manías.

Se tumbó en la manta a mi lado mirando al cielo, con las manos sobre el estómago y los pies cruzados a la altura de los tobillos. Tras un momento, siguió defendiendo su caso.

—Repito una y otra vez estos años en mi cabeza y no encuentro nada que me haga pensar que me quisieras para algo más que una conversación escueta.

—Supongo que siempre he dado esa impresión. Me he pasado tres pueblos intentando que no se notara mi interés.

Mayra se sorprendió tanto por mi comentario que intentó incorporarse con el torso y los pies a la vez, quedando suspendida en una «uve» con los brazos en alto. Con ella siempre me lo pasaba bien y, sinceramente, no comprendía cómo había evitado con tanto empeño tener momentos así.

—Deja que te ayude, contorsionista.

Terminó medio tumbada en mí cuando el punto de gravitación se inclinó hacia la derecha al apoyarse en mis antebrazos. Encogió las piernas y, ya que estábamos, la abracé por los hombros. Así estábamos mucho más cómodos y, como no podíamos mirarnos a los ojos a no ser que ella se rompiera una vértebra, aproveché para soltar lo que, cara a cara, nunca me salía.

—Después de aquel primer verano, hice algún que otro intento por acercarme. No sé muy bien si para hacer las paces, reanudar nuestra amistad o llevarte al huerto.

Con ella siempre fue todo muy confuso. Los límites siempre eran difusos, haciéndome imposible saber si hablaba con ella o ligaba y cuando la pillaba mirando, no sabía si lo hacía porque estaba en su línea de visión o porque me buscaba.

—Lo siento, pero nunca me llegó la onda —lo dijo tan bajo que más que oírlo, lo interpreté.

—Tu padre siempre estaba al acecho. Por un lado, resultaba frustrante, aunque, por otro, agradecía que nadie más tuviese posibilidades contigo.

Durante mucho tiempo me recriminé tener esta obsesión por ella. Una cría, cuando yo podía tener a quien me diese la gana. Más de una noche la pasé en vela preguntándome cómo era posible que, sin buscar nada serio con nadie, no pudiese quitármela de la cabeza.

—Mi padre siempre odió este lugar —aseguró como si nadie más estuviese al tanto—. A saber por qué. Todavía piensa que si vivo aquí, lo hago solo para castigarle. No le entra en la cabeza que sienta una conexión especial con la tierra de mis abuelos.

—Los años siguientes seguiste viniendo con regularidad —continué antes de seguir profundizando demasiado en la figura de su padre—, pero, a mis ojos, seguías siendo demasiado joven. Cuando tu madre murió, desapareciste y me obligué a no pensar en ti nunca más.

El estómago se me hizo un nudo al decir en alto aquello. La madre de Mayra había sufrido un horrible accidente durante la fiesta de Nochevieja en un hotel de lujo. Nadie sabe muy bien cómo, pero acabó en medio de un campo de fuegos artificiales y petardos que quemaron el ochenta por ciento de su piel. En el funeral fue fácil pedirle a una medio ida Elisa su teléfono. Por eso supe del drama que siguió.

El padre enfocó cada segundo del día a arruinar a aquella cadena de hoteles. Elisa se volcó en sus estudios y Mayra... Mayra se encerró en su habitación a oscuras, desconectándose del mundo. Saltaron todas las alarmas cuando acabó hospitalizada porque casi no podía tenerse en pie. Elisa

dejó de coger mis llamadas cuando empecé a ser realmente pesado sobre cómo debían cuidar de ella.

—¿Pensabas en mí?

Besé su pelo y la acerqué aún más a mi cuerpo. Si ella supiera... Pero no quería teñir aquella conversación con lamentos.

—Digamos que era imposible no pensar en ti cuando te contoneabas delante de mis narices y más aún cuando me había prometido no acercarme.

—¡Yo no me contoneo! —protestó dándome una palmada en el pecho.

—No hace falta, niña. Cuando te mueves mi visión va siempre a cámara lenta. No sabes lo que estas curvas me provocan. —Bajé la mano por su espalda y la posé sobre su cadera.

Mayra callaba, sorprendida por como había cambiado mi actitud hacia ella de repente. Desde el beso en su cocina solo tenía una cosa en la cabeza: más.

—Volví varias veces después de que mi madre muriera —dijo centrando otra vez la conversación.

—Claro que sí. Con algún novio pegado a la chepa.

Creo que fue por culpa de aquellas escuetas visitas que empecé a asegurarme de tener cerca a una novia que enseñar.

—Recuerdo especialmente aquel *hippie* con rastas —dije arisco—. Ese que no se lavaba. Cómo le llamabas...

—Chinche.

«Ah, el piojo».

—Eso, chinche —dije con cara de asco—. No te enfades, pero en aquel tiempo tu gusto en hombres dejaba mucho que desear.

—Me hacía reír.

—No lo dudo. Estaba siempre colocado y no decía más que gilipolleces. Le eludía como la peste porque solo me apetecía romperle la cara.

—¿Porque estaba conmigo?

—Porque era gilipollas, niña.

No pareció gustarle aquel comentario. Acaricié su mejilla con la mano libre y volví a intentarlo.

—Y porque nadie era lo bastante bueno para, siquiera, acercarse a ti. Cuando le veía ponerse baboso contigo, necesitaba poner tierra de por medio. Rosales en una ocasión me sacó del bar porque me veía perder los papeles si seguía ahí, mirando un segundo más. Pero eso pasó con el otro, el estirado ese, el pijo.

—¿Por qué precisamente con él?

—Ese era el favorito de tu padre y, o mucho me equivoco, o sonaban campanas de boda.

Elisa comentó una vez que cuando su padre empezó a hacer planes en los que acababa por hablar de bebés, Mayra decidió que era hora de hacer aquel máster cuanto más lejos mejor. Acabó en París porque fueron los únicos que le aceptaron en tan poco tiempo. Aquello fue una huida en toda regla y la distancia hizo el resto. No debieron durar mucho más y, aunque se había ido lejos, agradecí a los franceses haberles separado.

—Nunca entró en mis planes casarme, por mucho que mi padre jugase con la idea.

—Siempre hiciste lo contrario de lo que te mandaron y a conciencia, como todos los cabreros. ¿Entiendes ahora por qué me mantuve a distancia? Tú necesitabas vivir tu vida y yo no quería que te estancararas conmigo cuando te quedaba tanto por hacer. Por el simple hecho de que tu padre no me apreciaba, te hubieses lanzado a mis brazos a ciegas y yo no habría sabido decir que no.

—¿Cómo sabes tú eso?

—El qué.

—Que no le caías bien a mi padre.

Mejor no entrar en eso ahora.

—Llámalo intuición.

—Extraño. Mi padre nunca le puso pegas a ningún amigo mío, siempre y cuando no fuesen del pueblo.

—Tendremos mala fama en Madrid. Quién sabe. Pero centrándonos en por qué pasó lo que pasó. Tú lo has dicho: no querías nada serio y yo no sabía lo que quería. Era mucho mejor que no entráramos en intimidades.

—Supiste darme largas aquella noche en las fiestas. —La conversación había ido demasiado bien.

—Lo mío me costó y aún me da vergüenza haber usado a esa chica como escudo. No estuvo bien, pero funcionó. Tu orgullo herido te mantuvo lejos de mí durante un tiempo.

La besé en la frente. Aquel beso pedía perdón por aquella maniobra cruel, aunque no sé si ella lo entendió así.

—Lloré durante días —me confesó.

«Respira hondo y dile la verdad».

—Lo siento, niña. No supe qué otra cosa hacer.

«Media verdad. Cobarde».

—¿Y ahora?

—Ahora sigo sin saber qué hacer para que me digas que sí. Para que me beses y vayamos a por todas.

—¿Vas de verdad en serio?

—¿No se nota?

Se separó de mí y me miró atenta.

—Creo que sí, pero... No sé, todavía me cuesta pensar que es real.

—Lo es. —Me levanté de la manta y empecé a recoger. Mi fuerza de voluntad comenzaba a flaquear y lo último que necesitaba era saltar otra vez sobre ella—. Tengo que ir a ayudar donde Fernando. Hemos empezado a montar los muebles de su cocina y parece que soy el único en Santo Domingo capaz de leer las instrucciones.

Mayra se levantó también y paró mis movimientos apoyando una mano sobre mi brazo.

—Dame algo de tiempo.

Dije que sí con la cabeza y me alejé a paso rápido de allí sin mirar atrás.

Capítulo 31

Mayra

Si hubiese estado en el cuarto de baño, no habría oído la puerta. Una silueta enorme daba golpecitos sobre el marco de madera y se movía nerviosa dándose la vuelta cada pocos segundos asegurándose de que no había nadie detrás.

Le hice sufrir durante dos segundos de más.

—¿Has tenido que bajar en ascensor o qué? —dijo entre dientes entrando como una bala, empujándome con cuidado hacia atrás y cerrando la puerta en tres milisegundos.

—Sopesaba si venían a secuestrarme.

Antes de terminar la frase, me tenía colgada como un saco sobre su hombro y subía las escaleras de dos en dos.

—Señorita, usted y yo tenemos algo pendiente.

Ya en la habitación me dejó caer sobre la cama y esperó estoico a que dejara de botar clavándome esos ojos cerúleos que tan incómodos ratos me habían hecho pasar durante media vida.

—No sé lo que querrás que hagamos de cara a la galería, Mayra —dijo en su tono más mandón señalándome con el dedo—. Pero aquí, entre estas cuatro paredes, a solas, no habrá secretos entre nosotros. Se acabó lo de jugar al escondite. Si te toco ahora, no quiero más barreras. O nos metemos en esto al cien por cien o ahora mismo se acaba para siempre. Todo o nada. Tú decides.

De repente, tenía la boca seca; todos mis jugos se habían acumulado en las partes bajas de golpe.

—Sabes la respuesta. —La duda ofende.

—No, contigo nunca sé la respuesta y ya la he cagado lo suficiente para cubrir de mierda el planeta. Dime lo que quieres, es bien simple.

Me iba hacer delectárselo. La rebelde en mí se negaba a ceder.

Mientras pensaba cómo contestar sin parecer una estúpida enamorada, comenzó a desnudarse.

Madredelamorhermoso.

—Mira cómo me tienes, niña.

¿Era yo la que le tenía tan tenso, tan guapo, tan erecto? Creo que de forma inconsciente empecé a abrir las piernas.

—Has tenido toda la tarde para pensártelo. —El muy rufián había empezado a tocarse ahí abajo mientras me miraba como si me fuese a comer.

Y yo sentí fuego. Un ardor que empezaba en el vientre y se extendía como una onda expansiva hasta hacer que los dedos de los pies se contrajeran. Todo el amor platónico acumulado hizo contacto transformándose en hambre por él. Literal.

Extendí los brazos para tocarle.

—No, Mayra. Ni un paso más sin aclarar dónde estamos. —Su voz era cada vez más ronca y su mano cada vez más viva.

Era la pura imagen de la lujuria, pero también vi tormento. Esos ojos estaban tristes y me llamaban a gritos. Todas las capas protectoras hilvanadas durante años se rasgaron de golpe y el corazón volvió a palpar como aquella noche de fiestas a los diecisiete.

—Te he deseado tanto tiempo... —confesé entre susurros—. Que ahora me da miedo creer que realmente vaya a pasar.

—Mayra... —Por fin se acercó a mí apoyando las manos sobre el colchón y por fin pude tocarle. Ardía—. Mayra. Mi niña.

—¿Soy tu niña? —Los ojos se me llenaron de lágrimas y debía estar dejándole marcas sobre el pecho con las uñas.

—¿Quieres serlo?

Asentí.

—Dilo, por favor.

Tragué mi orgullo.

—Quiero ser tu niña.

Sus ojos empezaron a soltar chispas, se inclinó aún más y me miró a los ojos de una forma completamente nueva.

—Juro que no te arrepentirás —dijo por fin. Tomó mis labios reclamándome como suya y yo también, por fin, me entregué gustosa.

Recuerdo aquella noche como levitando en una nube donde solo le veía a él; el resto era niebla.

Nada de fuegos artificiales, nada de aquí te pillo aquí te mato. Carlos me mantuvo en una deliciosa tortura durante horas. Casi ni me dejó tocarle. Según sus susurros, yo era el terreno a conquistar.

Me besó con reverencia como si me fuera a romper. Las ansias del primer beso y la pasión del segundo quedaron atrás suplantadas por roces, caricias con los labios y a veces ni eso. Pasaba la mano a dos centímetros de mi piel y yo sentía electricidad atravesar cada poro. A veces paraba, se separaba y me volvía a estudiar con esa mirada. Sin terminar de creerse que estuviese esperándole allí mismo. Luego volvía a mí y acunaba mi cara entre sus manos para besarme de nuevo, lamirme con candor y yo ondulaba de puro placer.

Le sentía por todas partes. Un beso en la parte de atrás de mi rodilla derecha y todo el vello del costado izquierdo se ponía de punta. Cada vez que me atrapaba entre sus brazos y se sumergía entre mis pechos, los dedos de los pies comenzaban a danzar como cabritillas.

—Para de jugar conmigo, por favor —exhalé en una súplica.

—No sé cómo, niña. —En ese momento su nariz jugaba con los rizos de mi pubis mientras sus palmas me retenían por detrás.

Creo que las sábanas no iban a sobrevivir a aquella noche. Agarraba con los puños cerrados el tejido, más que nada, porque era eso o arrancarle la cabellera entre espasmos de pasión. Hacía un buen rato que iba camino de deshidratarme por culpa del sudor y, de seguir así, acabaría culminando sin haber entrado en verdaderas intimidades. Mis pezones seguían siendo tierra virgen y la palpitación entre mis piernas era casi dolorosa.

—Me estás matando. No quiero esperar más, no puedo esperar más —jadeé desesperada.

De repente, dejé de sentir su calor y abrí los ojos buscándole incorporándome sobre los codos. Estaba entre mis piernas, sentado sobre los talones, respirando con dificultad. Sentí el dedo de una mano buscar cómo entrar, mientras que con la otra me pellizcaba en aquel nudo de placer.

Sentí una descarga eléctrica por todo el cuerpo y me rompí en pedazos. Medio llorando, medio riendo grité su nombre.

—Tan bella... —Creí oír.

Pero él no paró ahí. Aquel dedo se adentró en mis profundidades, se retorció, salió y otros dedos, uno tras otro, fueron a hacerle compañía.

Con cada segundo que pasaba, veía como volvía a saltar al precipicio cuando todavía no me había recuperado del primer orgasmo.

—Aguenta un poco más, niña. Esto no ha hecho más que empezar.

La perspectiva era más que tentadora, aunque yo no me veía capaz de controlar nada en ese momento. Lo intenté, prometo que hice todo lo posible, pero él hurgaba ahí justo donde más me gustaba mientras besaba y chupaba otros puntos sensibles de mi anatomía. ¡Así era imposible centrarme en alargar nada!

Unos instantes después paró y yo protesté con un gemido. La decepción duró poco porque a mis oídos llegó el maravilloso sonido del plástico al abrirse y dos segundos después volví a sentir su calor.

—¿Estás segura? —preguntó mientras acariciaba mi garganta.

—No he estado más segura de algo en toda mi vida.

Satisfecho con la respuesta, por fin, le di la bienvenida y, para mi sorpresa, la media hora que siguió fue todo menos delicada. Me hizo sentirle en cada órgano interno y en cada célula mientras sus embestidas me freían el cerebro.

Los milagros sí que existen.

Horas después, cuando Huck dormía, caí en la cuenta de que desde que entráramos en la habitación, no había pensado en otra cosa más que en él. El mundo había quedado fuera de aquellas cuatro paredes. Ese mundo que me consumía y me hacía dudar a cada paso quedaba lejos cuando aquel hombre me tocaba, me miraba o hablaba; y entonces ese mundo no parecía tan horrible, es más, empezaba a resultarme conquistable de nuevo.

Con Huck cerca nada podía salir mal y si salía mal, no importaba.

Recibí el amanecer con él enredado a mí pasando la nariz por mi piel haciéndome cosquillas.

Sentí las famosas mariposas en el estómago o, creo más bien, que el enjambre de abejas que solía volar en mi cabeza había migrado hacia zonas más cálidas.

—Y dime, señorita Mayra. —Puse los ojos en blanco—. ¿Cómo quieres que juguemos nuestras cartas?

—¿Por qué siempre acabas haciendo símiles con naipes?

—Ps. Lo llevo en las venas. Alégrate de que no juego al ajedrez. Esos van como veinte movimientos por delante. Yo ahora mismo propongo pensar en el siguiente. Vuelvo a preguntar: ¿cómo quieres que actuemos?

Estuve un rato rumiando la respuesta y disfrutando del roce de su mejilla.

—No quiero cotilleos; no quiero que nadie me haga preguntas personales o me mire como si buscara algún secreto oscuro en las arrugas de mi cara; no quiero esconderme ni esconderte y, al mismo tiempo, te quiero solo para mí. ¿Pido demasiado?

—Más bien. Pero nadie dice que no podamos intentarlo. A no ser que sea porque te dé vergüenza que estemos juntos.

¿No se suponía que la indecisa era yo? Hombres.

—Huck, ni por asomo pienses que tiene nada que ver contigo.

—Mientras que quede claro de puertas para adentro, sabré sobrellevarlo.

—Dime cómo—. En el fondo lo veía un imposible. Ya me costaba controlarme alrededor de él antes de que pasase nada.

—Vive y deja vivir. No hagas preguntas y nadie preguntará. Actuemos normalmente, como siempre. Tú y yo sabremos lo que hay, pero nadie más va a percatarse. Eso sí, no me pidas que deje de mirarte.

—Nunca hemos actuado normalmente, Huck. Lo nuestro es todo menos normal, aunque tienes razón, no es más que seguir como hasta ahora.

—¿Lo ves? Tenemos ya la técnica depurada, pero te aviso ahora mismo: no consentiré que empieces a hacerte películas por lo que puedas oír, ver o interpretar.

—Resumiendo: tengo prohibido ponerme celoso si alguna se te lanza al cuello —¿No había aprendido ya que yo no soy del género celoso? Si lo fuese, estaría en la cárcel por asesina en serie.

—Va en las dos direcciones, niña ¿O crees que Luis no quiere nada contigo? Salvo que le hable claro, no habrá nada que le impida intentarlo.

—¿Te pondría celoso? —No es que me agradara, pero algo sí que me esponjaba el ego.

—Me pondrá celoso, es un hecho. Pero si no decimos nada, no podré defender tu honor. Tú decides.

Me hizo gracia que saltara con lo del honor. Esas cosas sonaban tan trasnochadas.

—No quiero que sea un oscuro secreto, pero tampoco quiero pregonarlo. ¿Crees que sería posible actuar como dos buenos amigos sin levantar sospechas?

—Verán que nos llevamos mejor que de costumbre. ¿Qué pasará si preguntan?

—Lo negamos y ya.

—No, no más mentiras, niña. Hasta ahora, la única forma que encontré para no mentir sobre mis sentimientos fue ocultándolos. De los demás, de ti e, incluso, de mí mismo. Ya no más, ni hablar.

Pensé un momento, un término medio debía ser la solución.

—Entiendo. Entonces les diremos la verdad. Pero han de preguntar.

Huck se asombró del cambio de actitud y volvió a relajarse.

—Será divertido saber cuánto duraremos así. Hagamos una apuesta. Dime lo que tardarán en darse cuenta.

—¿Qué se lleva el ganador?

—Una botella de vino estaría bien. Gana el que más se acerque a la fecha en la que alguien nos pregunte si hay algo entre nosotros.

—Hecho.

Nos dimos la mano, pero algo no terminaba de convencerme.

—¿Por qué no te enfadas porque quiera que lo llevemos lo más posible en privado? —Cualquier otro ya se habría cabreado por mis neuras.

—Llevo queriendo estar contigo desde que te metiste en aquel coche heredado y pusiste los pies sobre el salpicadero. Ahora te tengo solo para mí. ¿Por qué habría de enfadarme?

—Gracias, Huck.

—Tómate tu tiempo, niña. Yo estaré pegado a ti.

Me acurruqué a su lado y dejé que me abrazara. Pero antes de dormirme otra vez, cerré el trato.

—Les doy un mes. —Estaba segura de que nadie se pisaría.

—Qué ingenua. En una semana nos tienen desembuchando, ya verás.

Y me dormí pensando en las formas de estar pero no estar con Huck. Iba a ser excitante.

Capítulo 32

Calos

«*Qué* extraño».

La Cuadra tenía las contraventanas abiertas, pero no había nadie y ya era tarde.

Había decidido, en mitad de la semana, venir al pueblo por sorpresa para dormir en los brazos de Mayra. En los últimos cuatro días no había podido pegar ojo y no solo por la pila de trabajo que amenazaba con sepultarme vivo, sino porque no tenía a mi despampanante niña a la que abrazar entre la sábanas mientras dormía.

Las conversaciones telefónicas antes de irme a la cama no servían de nada. De hecho, acabábamos por hablar hasta las tantas porque ni ella ni yo queríamos darnos las buenas noches. El sexo por teléfono tampoco solucionaba el problema y, qué diablos, estaba a menos de una hora en coche de ella. Otros tardaban más en llegar al trabajo cada día.

Pero allí no había nadie. Lo mismo había ido a cenar con Carmen o con Esther. Desde que su prima había recaído, pasaba todo el tiempo que podía con ella.

Decidí dar una vuelta por el pueblo. Si no la encontraba, le mandarí un mensaje.

Me daba rabia ver las calles demasiado tranquilas. La carencia de ruidos era inquietante. No se oía ni un alma. No porque no fuera idílico, que lo era, sino porque dejaba a la vista el virus que estaba matando la zona: la despoblación.

Casi no había gente joven que viviese de forma permanente allí. Los que no habían volado era o porque no habían encontrado nada mejor fuera o porque, directamente, no podían. La Cooperativa cerró hacía años; la panadera no había encontrado a nadie que continuara con el negocio y Pedro, el contratista, mantenía abierto el negocio, pero solo tenía a un empleado cuando en tiempos pasados mantenía tres cuadrillas a pleno rendimiento.

Algunos todavía tenían vacas y los cabreros trashumantes nos visitaban en verano, pero nada más. Si acaso, algún vecino con gorrinos hacía la matanza más que nada por costumbre, que no por verdadera necesidad.

Eran las diez e incluso La Tasca y el bar de Andrés estaban cerrados.

Tras darle una vuelta completa al pueblo, lo intenté con un mensaje.

Carlos: ¿Dónde estás?

Sonó un móvil a lo lejos.

—Aquí —oí a mi espalda.

Me di la vuelta, pero no vi a nadie.

—A la derecha.

Seguí sus instrucciones.

—Al lado del árbol. Caliente, caliente

Entonces vi un brazo hacerme señas.

Mayra estaba sentada en el poyete de piedra pegado a la vieja escuela. Entre el árbol y la choza de aperos derruida. Justo en donde hablé la primera vez con ella.

—¿Qué haces aquí? Llevo un rato buscándote —pregunté mientras me sentaba a su lado. La piedra estaba fría.

—Pensar. Aquí pienso mucho mejor.

Estaba oscuro. Años atrás, un hermano de Pedro, Pascual, le dio una pedrada a la farola y nadie se había molestado en arreglarla desde entonces.

Pasé un brazo por sus hombros y la acerqué a mí.

—Espero que sean buenos pensamientos.

—Difícil de saber. Todo es relativo.

—Creí que ya no habría secretos entre nosotros.

—Supongo que trece años disimulando son difíciles de borrar de un plumazo. Dame tiempo.

—Empecemos ahora. ¿En qué pensabas?

—En ti. —La directa me pilló desprevenido probando que ella tenía razón. Nos iba a costar acostumbrarnos a esta nueva etapa.

Le di un beso en la coronilla. Ahora que tenía el pelo algo más largo, se lo peinaba como una hada pilla con las puntas mirando en todas las direcciones.

—¿Te acuerdas cuando nos pusieron aquí a cortar cartulinas para hacer guirnaldas de colores? —preguntó.

—Como si fuese hoy. Creo que acabé con ampollas por culpa de aquellas malditas tijeras.

Aquel día había cometido el error de pasearme por delante de la comisión de festejos con las manos metidas en los bolsillos, lo que hizo que todas las marujas del pueblo pensasen que no tenía nada que hacer. En realidad, así era, pero lo que se les pasó por la cabeza tampoco es que me hiciera saltar de alegría.

Antes de inventar una excusa, me tenían ayudando con la decoración de las fiestas al lado de una diminuta chica que no levantaba la mirada de las cartulinas que esperaban ser transformadas en azucenas.

Como hacía sol, nos pusieron una mesa plegable fuera, bajo el nogal, con estrictas instrucciones de cómo llevar a cabo la tediosa tarea de concebir los adornos que colgarían de los chiringuitos en la plaza, ¡casi un mes después!

—Eh... Si no recuerdo mal, te las apañaste bien para darme coba y no tocar aquellas tijeras —dijo dándome un codazo en el costado—. Acabé por hacerlo yo todo mientras tú fumabas un cigarrillo detrás de otro.

Qué tiempos. Por qué decidiría yo dejar de fumar... Ah, sí. Porque la niña de pelo dorado, sonrisa deslumbrante, ojos que hipnotizaban, unos labios rosas que parecían nubes de azúcar e increíbles dotes para tenerme entretenido, comentó, en algún momento, que nunca besaría a un chico cuyo aliento oliese a cenicero.

—Tu siempre fuiste más artística que yo.

—Siempre supe que tenías mucha cara; lo demostraste desde el primer día.

—Te aseguro que, si te llego a ayudar, no habríamos conseguido terminar nada. Lo mío no son las artes manuales, aunque pesándolo bien...

Con la excusa de un abrazo, rocé con la mano uno de sus pechos pasando justo por donde yo quería. Me incliné y la besé despacio, muy despacio, pensando en lo bien que sabían esas nubes rosas que tenía por labios y esa lengua de seda que siempre jugaba al gato y al ratón.

—Con el tiempo, sin embargo, he mejorado mucho —dije después de apartarme medio

milímetro para coger aire.

Mayra sonrió sobre mis labios.

—¿Cómo vamos a mantener esto para nosotros si nos morreamos en plena calle?

Soltando un suspiro se levantó.

—Nadie puede vernos, niña, pero tienes razón. En tu habitación estaremos mucho mejor, ¿o prefieres la mía?

—Lo que digo. Mucho morro tienes tú. —Pero por sus movimientos parecía tener prisa por continuar donde lo habíamos dejado.

Hicimos el camino de vuelta a su casa en completo silencio intentando no acercarnos demasiado el uno al otro para no empezar con manoseos inapropiados. Las calles estaban tan tranquilas que cualquier murmullo reverberaba.

No nos encontramos con nadie y casi todas las luces estaban apagadas, así que era imposible que nadie me hubiese visto entrar con ella en La Cuadra.

—¿Has cenado? —preguntó mientras abría la puerta.

—No. Y tengo un hambre canina. —Cerré la puerta tras de mí.

—En la neve...

La di la vuelta y entendió al momento de qué tenía hambre.

—Voy a comerte entera, niña.

Y eso hice hasta que me quedé dormido exhausto y saciado.

Casi me caigo de la cama al oír aquel golpe. Abrí los ojos, pero todo parecía tranquilo. Debía haberlo escuchado en sueños.

Estaba al borde del colchón, bocabajo con Mayra utilizándome como almohada. Era tan pequeña que parecía una mochila con sus piernas colgando a cada lado.

Hasta ella, todas mis compañeras de sábanas habían sido mujeres altas así que, al principio, pensé que con mi niña iba a tener que ser imaginativo.

Tuve razón, pero no en el sentido que predije.

Mayra era, con diferencia, la mejor amante que un hombre podría soñar. Tan manejable y ardiente que todo era posible, todo. Dicen que en horizontal la diferencia de altura desaparece, mentira. En nuestro caso hacía el sexo muchísimo mejor. Con ella era un pulpo insaciable porque podía tocar aquí y allí sin hacer malabarismos. Como justo en ese momento.

La tenía literalmente encima y por mí podía acampar allí para siempre. Respirando acompasados, con su pecho y vientre sobre mi espalda.

En cuanto me dejase exhibirla como mi chica, iba a cambiar oficialmente mi profesión para pasar a llamarme a mí mismo «colchón de Mayra».

¡Pumba!

Otra vez.

Mayra gruñó.

¡Pumba! ¡Pumba!

—¡Arturo, ya voy! —gritó y yo quedé sordo porque se lo dijo a mi oído—. No quiero moverme, aquí estoy en la gloria.

—Si no contestas, se irá.

¡Pumba! ¡Pumba!

—Si no contesto, tirará la puerta a patadas.

Sentí que se tensaba de repente. Por fin había caído en la cuenta de que nos iban a pillar.

Ni una semana.

—No te muevas —dijo en bajo.

Me dieron ganas de reír.

Muy despacio se despegó de mí, se puso el albornoz y bajó las escaleras cerrando la trampa.

Miré alrededor para asegurarme de que lo tenía todo en la habitación, aunque hubiese sido gracioso escuchar a Mayra dar explicaciones sobre qué hacían unos calzoncillos en la mesa de la cocina.

Abrió la puerta.

—¡Mayra! ¿Tienes Cola-Cao? —pidió el diablillo.

—Lo siento —dijo Carmen—, pero se ha puesto pesadísimo con que no tenemos tazones en casa y que en La Cuadra hay tazas de colores muy chulas y un montón de excusas para desayunar aquí. ¿Te hemos levantado de la cama? Son las ocho, ya lo sé.

Mierda. Yo tenía que estar en la oficina a lo más tardar a las nueve y media. Todo lo sigilosamente posible que pude, me lancé a buscar el móvil.

—¿Y *brownies*?⁴ ¿Tienes también *brownies*? —Arturo se movía rápido como un ratón.

—No es que me queje, pero ¿no tienes colegio en Madrid?

—Llegamos anoche —gruñó Carmen—. No sé, pero mi madre sonaba rara al teléfono, así que voy a trabajar desde casa durante un par de días. Scott está fuera de todas formas y pensé que aquí el pedigüeño no perdería mucho en el cole. Supongo que con seis años todavía no le dan al álgebra.

Encontré mi teléfono sepultado bajo una pila de ropa.

Carlos: Tengo que ir a trabajar en menos de media hora

—Mayra —escuché a Arturo decir—, alguien te ha mandado un mensaje.

—Luego lo miro. Primero deja que te caliente algo de leche —dijo Mayra.

Carlos: ¡Niña! Sé que tú no compartes mis horarios, pero tengo que ir a trabajar

—El teléfono pita otra vez.

Sonó una silla rechinar contra el suelo de madera.

—¿Quién es Huck? —preguntó Carmen.

—Un amigo —respondió Mayra a toda prisa.

Carlos: Quince minutos te doy antes de bajar a mear

—Tu amigo vuelve a decir algo. Te has puesto pálida, Mayra. Deberías desayunar conmigo. A los niños hoy en día no se les pasaba ni una.

Niña: Veinte

Carlos: Si les echas, podríamos despedirnos a lo grande

—Ahora te has puesto roja. La leche no debe tomarse muy caliente porque te quemas.

—Arturo, deja que Mayra conteste. Cuanto antes acabe, antes tendrás tus *brownies*.

—¡*Brownies!* —gritó el crío—. Corre Mayra, acaba ya.

Niña: Haré todo lo que pueda

Ahora solo tenía que vestirme sentado en la cama para que las baldas del suelo no crujiesen.

Capítulo 33

Mayra

*E*l pueblo siempre fue, al menos en mi cerebro, ese lugar donde hacíamos y decíamos cosas que no podíamos en nuestra vida cotidiana. Yo, y muchas de mis amigas, íbamos al pueblo entre dos días y un mes y teníamos aventuras que contar para el resto del año.

En el momento que pisaba Santo Domingo, me desquitaba de los nervios de los exámenes, de las rencillas con esta o aquella y de todo lo que me hacía sentir mal en la gran ciudad. El pueblo era el lugar donde todas esas cosas no importaban y, aunque en apariencia no hiciésemos nada, los días se llenaban de buenos ratos y mejores recuerdos.

Es por eso que para mí había dos mundos. Santo Domingo y el resto. Y es por eso que me costaba mezclarlos.

En Madrid, por ejemplo, nunca quedaba con mis primos. Algunos, incluso, vivían cerca, pero es que no era lo mismo.

Era fácil de comprender entonces que, sentada en un restaurante coqueto, en el casco histórico de Ávila, con Huck en frente hablando a la luz de las velas, estuviese más nerviosa que la primera vez que fui a un examen sin haber estudiado.

No sé. Aquel momento hacía de repente nuestra relación real. Real, real. Igual a la del resto de mortales. No en mi cabeza como hasta ese preciso momento me había empeñado en autoconvencerme.

Nos comportábamos como una pareja, paseando, cenando juntos, charlando de todo y no estábamos en Santo Domingo. Era extraño e inquietante. Sentí que podía perfectamente vomitar el vino que tan bien había relajado mis nervios cinco minutos atrás.

Estaba saliendo con Huck. Esto no era un rollo durante las vacaciones o un experimento para presumir de experiencia luego en Madrid. Huck era mi novio, ¿verdad?

—¿Está malo tu chuletón? —preguntó algo preocupado.

—No, en absoluto. Está delicioso.

—Entonces, por qué tienes esa cara de susto.

—¿Somos novios? —solté de sopetón.

—¿Perdona? —preguntó ojiplático.

Callé cobarde mientras trinchaba la carne.

Uno de los efectos secundarios de estar cerca de Huck era que la incómoda verborrea que sufría por lo normal, me dejaba de lado quedando muda bajo el influjo de aquellos ojos y aquella boca que me hacían levitar.

Me costaba incluso mantener conversaciones normales sin balbucir más temprano que tarde. Cuando eso pasaba, él me miraba más íntimamente, si cabía, y yo dejaba de racionalizar.

Y claro, salían preguntas telegráficas como aquella mostrando el miedo que tenía a que estuviese jugando conmigo, aunque creo que le hubiese dejado sin ofrecer resistencia. Una y otra

vez volvía a los diecisiete sin moverme del sitio. Milagroso y patético al mismo tiempo.

Huck sonrió, bebió de su copa y se inclinó hacia delante para pasar la yema de los dedos sobre mi muñeca jugando a la vez con las cuentas de la pulsera.

—Creo que la palabra novios se queda corta, pero sí, eso es lo que somos. ¿Alguna duda al respecto?

Sé que era inmaduro, sin embargo esas palabras casi me hacen babear. Muy dentro todavía creía que podía ser una broma, una mentira que quedaría patente en cuanto la influencia del pueblo quedase atrás. Como si, una vez que cruzásemos los límites del término municipal, nada de lo dicho o hecho en sus territorios fuese a prevalecer.

—Creo que otra vez he vuelto a suponer que sabes de mi tesitura —dijo tras limpiarse despacio los labios con la servilleta.

Arrugué la frente. Cuando Huck se ponía misterioso me temblaba todo. Era como tener delante *flashbacks* del hombre que había sido antes. Su «tesitura» como él lo denominaba, era para mí algo a lo que temer porque suponía volver al pre-Huck; al Carlos que no comprendía; al hombre que siempre me dejó confusa.

—Tengo que aprender a ser más abierto contigo, poner en palabras lo que siento. Por lo general se me da muy bien convencer, pero ya sé que tú no te dejas, y menos viniendo de mí.

Tenía razón. Evitaba dejarle que se metiera más dentro aún. La idea de que algo, lo que fuese, pasara y volviéramos a alejarnos me hacía marear.

—Quiero..., no, necesito que nos des la oportunidad de que esto suceda. Que pase lo que tenga que pasar —dijo mirándome a los ojos con fiereza.

Ya, pero había riesgos que no estaba segura ser capaz de correr.

—¿Has pensado alguna vez cómo sería cuando pudiésemos estar juntos? —susurró agarrándose de la muñeca—. Yo sí; millones de veces y, hasta ahora, mis expectativas han quedado reducidas a polvo porque la realidad contigo es mejor que cualquiera de mis fantasías.

Ahí sí que empecé a babear y me daba igual que medio restaurante fuese testigo. En mi cabeza Carlos y Huck eran dos personalidades distintas cohabitando en el mismo cuerpo. Ciento ochenta grados entre el uno y el otro. De un día para otro el Carlos serio, indiferente, distante y siempre enfurruñado se había convertido en el Huck atento, romántico y paciente que ahora mismo me hacía suspirar.

Hasta de cara a la galería, cada día Carlos era más Huck sin ni siquiera percatarse.

Pero la semilla de la duda llevaba echando raíces desde que todo cambió. Era tan milagroso que no podía ser real. Dos personalidades tan distintas no podían fusionarse con solo chascar los dedos. Dos hombres tan opuestos debían estar a esas alturas montando una batalla campal en su cerebro.

Me daba pánico pensar que uno de los dos me estuviese engañando porque tenía la certeza de que, si el segundo era el mentiroso, iba a doler, y mucho, averiguarlo.

No era justo preguntarme si tenía dudas. Él mismo no me respetaría si no tuviese ninguna.

Pero esa afonía pasajera que sufría en su presencia, me impidió decirle todo aquello. Me encogí de hombros y recé para que fuese suficiente.

—No puedo volver atrás, pero sí puedo hacerlo mejor en el futuro.

Le miré buscando en su postura, en su mirada, en su porte, las señales de que lo que decía era verdad. Para mi alivio, las encontré todas. Me estaba dedicando unos ojos vivos, media sonrisa, la barbilla apoyada sobre la mano y un halo de serenidad que no daban lugar a dudas.

Soltó el aire algo contrariado.

—Quiero pedirte disculpas por cómo he llevado las cosas desde que te conocí. He debido hacer un trabajo excelente para que seas tan escéptica sobre nosotros. Mayra, durante todo este tiempo no he hecho más que disimular. No lo confundas con desprecio. Una vez que tracé el plan, lo seguí hasta casi sus últimas consecuencias. Ni te dejé ver mi interés por ti, ni me dejé sopesar la idea de que podía quererte.

«¿Ha dicho “quererte”?».

—Sí, quererte.

«Ya volví a pensar en alto. Este hombre me tiene loca de verdad. Primero quedas muda y luego empiezas hablar como una ventrílocua».

Huck se levantó y se sentó en la silla de al lado.

—Desde nuestro primer beso. ¿He hecho o dicho algo que te haga dudar?

—No —admití—. Todo lo contrario. Parece que has aprendido de memoria el libro de «como ser perfecto con tu pareja».

—De eso se trata. No estoy siguiendo un guion, me sale así. De hecho, la mitad de las veces no sé por dónde me ando. ¿No te das cuenta?

—De qué.

—De que lo más seguro es que estemos hechos el uno para el otro.

«Si fuese verdad...».

Aquella noche hicimos el amor despacio, mirándonos a los ojos, sin hablar. Dejando que nuestros cuerpos se dijese con honestidad todo lo que nuestros estúpidos cerebros se empeñaban en complicar.

Capítulo 34

Carlos

Con todos los años que llevaba analizando cada movimiento, cada opinión, cada pose y todavía la pequeña cabrera rubia seguía descolocándome. Tanto, que me hacía replantear nuestra situación un día sí y otro también.

Excitante y aterrador al mismo tiempo.

Si accedí a guardar nuestra relación en secreto, fue porque estaba convencido de que Mayra iba a ser incapaz de llevar a cabo el plan. Ingenuo pensé que más temprano que tarde nos pillarían infraganti o nuestra actitud nos delataría o, que, tras cuatro cervezas, ella se soltaría y le contaría algo a una de sus amigas.

Pues no. Todo seguía igual de puertas para afuera.

No es que me quejase de como congeniábamos de puertas para adentro, pero, no sé, me picaba que fuese tan distante en el momento que olía la presencia de otro ser humano a quinientos metros a la redonda. Hubiese esperado algo más de pasión.

Porque mientras ella me daba lecciones de estoicismo casi todos los días, yo sufría de espasmos y sudores en cuanto estábamos en público. En el momento que Esther entraba por la puerta de La Cuadra, Mayra sonreía, soltaba el aire y se ponía a cocinar, en ese orden. Yo no sabía qué hacer con las manos y terminaba por manosear las páginas del periódico hasta romperlas.

Con Pedro y Rosales en las cercanías empezaba a sufrir de diarrea verbal y terminaba por darles la tabarra sobre temas que incluso a mí me parecían una estupidez. Y ella escuchaba seria sentada con las piernas cruzadas y los brazos apoyando lánguidos sobre la rodilla.

En algún momento me vi volviendo al viejo tic de mover la pierna de un lado a otro llegando a tal extremo que, una tarde en la que por fortuna habíamos aterrizado alrededor de la mesa del bar el uno junto al otro, ella apoyó la mano sobre mi muslo para que me diese cuenta de que la mesa había empezado a temblar. Y sí, paré de bailar con la pierna, pero aquel roce me tuvo con fiebre y la sangre acumulándose debajo de la cintura el resto de la noche. Por lo menos, la falta de oxígeno en mi cerebro, me evitaba darle la charla a nadie.

Luego estaba la ropa.

Mayra, en mi modesta opinión, era una belleza, pero su estatura siempre hizo que pasase desapercibida para el mundo.

Pero ya no. No, señor.

Además de salirse de la norma en colores y formas, la ropa que se ponía le sentaba como un guante. Siempre. Todo lo que se ponía realzaba aquello que yo en vano intentaba olvidar cuando estábamos rodeados de gente. ¿Cómo esperaba que no me lanzase sobre ella cuando llevaba esos suéteres que dejaban intuir el canalillo y abrazaban su pecho como si no llevase nada debajo?

Para mí, era como si siempre estuviese en cueros y como por arte de magia, ¡nunca dejara ver nada! Gracias a Dios.

Mayra me consumía. Incluso más cuando no podía tocarla.

Bueno, ahora sí que podía tocarla, pero no a cada segundo, los sesenta minutos de cada hora, las veinticuatro horas del día, los trescientos sesenta y cinco días del año.

Alguien me dio una colleja.

—¿Has oído lo que te he dicho? Mamporrero, estás raro y yo no tengo todo el día para decirte las mismas cosas una y otra vez.

Milagros me miraba con los brazos cruzados algo descontenta con mi falta de atención. Desde que le dijese al mundo que estaba embarazada, no había manera de aguantarla. Pensaba que todos y cada uno de los habitantes del planeta debían soportar los cambios de humor que sus hormonas provocaban.

A veces la falta de lógica femenina ponía a prueba nuestra paciencia.

Que Milagros estaba embarazada era algo que todo el mundo sabía desde hacía semanas. Contaba que vomitaba por las mañanas, tenía antojos y lloraba a destiempo a cualquiera que quisiera escucharla. Casi no tendría barriga, pero ya vestía con ropa suelta.

Nadie puede sorprenderse de que vas a tener un bebé cuando llevas semanas andando como si tuvieses una cadera rota y con una mano sobre los riñones, ¿no?

Pues mira por dónde, no.

El pobre Fernando ya nos había indicado que más valía que fuese como si en el mundo no hubiese más embarazadas. Mejor dicho, había suplicado, porque por lo visto los cambios de humor en casa eran incluso más dramáticos.

Así que aplaudimos mucho y nos abrazamos cuando una Milagros llorosa nos comunicaba poco menos la venida del próximo Rey de España o Papa o héroe de leyenda en nuestro pequeño pueblo.

Y en menos de dos jornadas, Milagros dejó de llorar para empezar a dar manotazos, collejas y codazos a cualquiera que osase comportarse «raro».

«Yo, ¿raro?».

—Me apunto —solté, por decir algo.

Esas dos palabras sacaban a cualquiera de un apuro. Al menos en Santo Domingo de los Altos.

—Perfecto. Dile entonces que seremos ocho además del cura. —Y bamboleándose salió del bar.

«¿Decirle qué a quién?».

Rosales a mi lado empezó a reírse dándome golpes en el hombro, pero tuvo compasión de mí y me puso al día como cualquier hijo de vecino sensato haría. Fue al grano, vaya.

—El viernes que viene, merienda en La Cuadra.

Mierda.

—¿Es que no puede ir ella y decírselo directamente a Mayra? —Mi chica ni siquiera sabía que había dejado caer en la última reunión alguna que otra de sus ideas y, como tardaron treinta segundos en darse cuenta de que no eran mías, me estrujaron hasta que admití que se las había oído decir a nuestra más reciente ciudadana.

A punto estuve de admitir que nos veíamos a escondidas como dos adolescentes. Patético.

—La idea se te ocurrió a ti, por si no lo recuerdas.

Ah sí, para borrar mis huellas sugerí invitarla a una de nuestras reuniones alegando que ella era tan socia como cualquiera. La defendí con tanto ímpetu que creo que se me vio el plumero, pero ya no había marcha atrás.

Milagros aceptó la idea con un «ya veremos» y el resto rezó en alto para que Mayra no cocinase una de esas recetas raras que había traído de a saber dónde.

Saqué el móvil para darle la buena nueva.

Carlos: Habemus merienda

—Podemos acercarnos a La Cuadra y lanzarle la bomba a la pobre Mayra. Algo me dice que no tiene ni idea de lo que nos dijiste el otro día —comentó Rosales.

—No está en casa.

—¿Cómo lo sabes?

Mierda.

Niña: ¿Ein?

—Eh. La vi esperar esta mañana el coche de Madrid —dije mirando hacia la pantalla.

Era una media mentira. Ella tenía que ir a Madrid y yo la acerqué a Ávila. Allí cogió el tren a la capital.

—¿Viniste anoche? Podías haberte pasado a ver el partido de fútbol
«No valgo para tener nada que tenga que ver con Mayra bajo control».

—Tenía que trabajar.

—Ah. Si viste a Mayra esperar el autobús podías haberla acercado, al menos hasta Ávila.
«Alguien debería abrir las ventanas; aquí falta el aire».

—Iba en dirección contraria.

Rosales no dijo nada, cosa que agradecí.

Carlos: ¿T acuerdas d esa merienda pendiente con la asociación?

Niña: Repetimos. ¿Ein?

Carlos: Nos reunimos en tu casa el viernes q viene para merendar. 9 en total

Niña: ¡¿Ein?!

Carlos: Encerrona de las gordas. Lo sé. Era merienda o dar demasiadas explicaciones

Niña: Ya veo

Carlos: Nada de excentricidades

Niña: Si el plan es para el viernes no sé si me dará tiempo

Carlos: ¿Seguirás en Madrid?

Niña: Creo que sí, pero calculo que llegaré sobre las seis

Carlos: Pasaré el mensaje y prometo compensarte

Niña: El plan mejora por momentos ¿Cómo?

Carlos: Lo sabrás cuando nos veamos

Niña: ¿Una pista?

Carlos: Ansiosa

Niña: ES TU CULPA

A partir de ahí, la conversación comenzó a subir de temperatura hasta que solo tenía neuronas para ponerla a tono y el oxígeno estrictamente necesario para mover los dedos sobre el teclado ya que el resto de mis energías volvían a acampar entre las piernas.

Cuando acabé con los mensajes y levanté la vista, Rosales ya no estaba.

—¡La cuenta, jefe!

Debía empezar a meter prisa si no quería estancarme en este limbo. A Mayra había que empujarla a hacer las cosas o corría el peligro de enquistarse. Daban fe casi catorce años de silenciosa experiencia.

Y si así debía ser, no iba a ser yo el que se echara para atrás.

Capítulo 35

Mayra

—¿Quién es Huck?

Casi grito al sentir el aliento de Román en la oreja.

—¿Te han explicado alguna vez lo que significa la palabra «privacidad»?

—Eh..., no. Creo que me perdí aquel capítulo de Barrio Sésamo. Y ahora es demasiado tarde. No puedo cambiar; cuanto antes lo asimiles, mejor. ¿Quién es Huck?

—No voy a contestar a esa pregunta.

—Como quieras, pero eso solo puede significar una cosa.

—¿El qué?

—¡Que te has echado novio!

—Porque mantengo mis asuntos para mí, ¿significa que de repente tengo pareja?

—Y que ya no quedas con nadie; y que miras tus mensajes cada segundo y medio; y que no vas a la peluquería.

—La peluquería —Levanté una ceja. ¿Qué tenía que ver la peluquería con todo esto?

—Sí, la peluquería. —Román puso la misma cara que Arturo cuando intentaba explicarme obviedades que solo él comprendía—. Cuando casi perdiste los nervios, ibas una vez a la semana, ahora no vas nunca. Aquí todo sigue siendo lo mismo lo que significa que es tu vida personal la que ha cambiado, para bien. Así que intentémoslo de nuevo: ¿quién es Huck?

—¿Y por qué si mi vida privada va a mejor tiene algo que ver con ese Huck? Si se puede saber.

—¿Estás de broma? Llevas media hora mandando mensajes, lanzando risitas y poniéndote roja como un tomate. No me has oído llamarte, no me has visto acercarme y, si no hablo contigo, no te habrías enterado de que estaba justo detrás. Alégrate de que no haya leído nada de lo que le has mandado.

—Por eso sabes su nombre.

—Hay que estar ciego para no ver una H una U una C y una K en Helvética tamaño treinta y seis.

—Vale, me gusta alguien.

Fingió temblores ante la idea de una mujer y un hombre compartiendo intimidades de alcoba. Román solo se interesaba por dos aspectos del sexo femenino: nuestra alma y cómo vestirnos.

—¿Y bien? —preguntó exasperado.

—No quiero gafarlo.

—Por contármelo no vas a gafar nada a no ser que pienses que voy a ir soltándolo por ahí.

—Sabes que no es eso. Tengo la sensación de que da igual lo que hagamos porque no va a salir bien. Como si fuese inevitable.

Román acercó una silla, se sentó cómodamente y apoyó el codo sobre la mesa.

—¿Crees en el destino? —le pregunté.

—Buf, vaya pregunta. No, creo en la suerte. Buena o mala.

—Yo creo en el destino y algo me dice que no estamos destinados el uno para el otro, si bien sé que no hay mejor hombre que él para mí.

—¿Igual que en una ópera italiana? ¿Una de esas en las que el amor más grande de todos los tiempos tiene lugar, pero todo el mundo en el público sabe que uno de ellos acabará muriendo?

Asentí con la cabeza. Había dado en el clavo.

Pensó un momento.

—Antes de decir lo que voy a decir, conste en acta que no me hago responsable si, siguiendo mi consejo, sufres. Más que nada porque ya te digo que yo solo creo en la suerte. Pensaremos que has tenido mala suerte si no sale bien.

—Escupe.

—Si va a salir mal de todas formas y, por lo que veo, ya estás pillada. ¿Por qué no intentarlo? Olvida los nubarrones que se acercan, cómprate un chubasquero y disfruta de la lluvia. Que te quiten luego lo bailado. Viviendo a medias nunca sabrás si fue el «destino» o tú los que provocaron la debacle.

—Pensaré en ello.

—Nunca te había visto tan profunda y menos con alguien con el que llevas tan poco tiempo.

Me eché a reír. El tiempo y Huck eran conceptos muy relativos.

—Tienes razón. Será mejor que disfrute el momento.

«O me veo suspirando por sus huesos otra década».

—Perfecto, porque el aquí y ahora se resumen en cuatro palabras: pre, sen, ta, ción.

—No voy a ir. La idea es que conecten la empresa contigo.

—Ya, ya. No vas a ir, pero haré lo posible para que sudes la gota gorda organizándola. ¿Cómo quieres atraer a la comunidad bloguera sin que sientan que les estamos comprando?

—Buena pregunta. Ni idea.

—Y ya puestos. ¿Qué diablos es eso que Pinky llama «*affiliate program*» y cuánto va a costarnos?

—Creo que hoy se nos va a hacer muy tarde en la oficina. Ponte cómodo.

Al menos Huck me había cargado las pilas.

Capítulo 36

Carlos

Llegaba tarde.

Carlos: Llego tarde

Estaba poniendo en marcha el coche cuando oí mi móvil recibir un mensaje, pero necesitaba lanzar las pocas buenas ondas que me quedaban a la llave de contacto.

—Si te pones en marcha —le dije a mi coche—, prometo comprar el aceite más caro del mercado.

Con mucho mimo seguí el ritual. Cinturón, punto muerto.

—Muy bien, amigo.

Pedal de embrague, giro de la llave a la derecha, uno, dos...

—No me falles. Recuerda: aceite del bueno.

Tres.

Aguanté la respiración hasta que sentí mi coche volver a la vida.

—Ahora solo tienes que llevarme hasta Mayra —dije sin tenerlas todas conmigo.

Hasta que no conducía por la comarcal, no volví a mirar la pantalla del móvil.

Niña: todo bajo control, pero no creas que se me olvida que me debes un premio. Conduce con cuidado

—¿Ves lo que me pierdo si no te portas bien?

Pocos sabían de mi rara tendencia a hablar con el coche, pero en muchísimas ocasiones aquellas conversaciones me habían sacado de apuros. Nada como una conversación unidireccional para que las ideas me vinieran solas o los problemas se solucionasen como por arte de magia. La gente que sabía de esa extraña tendencia lo encontraba sospechoso o, cuanto menos, excéntrico. Mayra, sin embargo, me regañaba porque, teniendo un amigo incondicional como aquel, ni me había molestado en ponerle nombre.

Pero hoy mi amigo me había dejado tirado antes de ir a trabajar y el garaje a punto estuvo de no devolvérmelo durante todo el fin de semana. Se me pasó por la cabeza, incluso, pedirle el coche a Luis a riesgo de que se apuntara a venir y acabara intentando ligar con mi novia.

Pisé el acelerador y me concentré en la carretera.

Con el abrigo sobre el hombro, las manos cargadas con la compra y el maletín, limpié los zapatos en el felpudo y llamé a la puerta. Estaba intentando no caer en la costumbre de entrar sin llamar, no fuese a encontrarme con sorpresas dentro, dígame de vecinos ansiosos de charla.

Mayra abrió la puerta y mi día se iluminó. Por un segundo dejó escapar esa sorpresa con la que siempre me recibía.

—Pasa, eres el último.

«¿Y si me agacho y le doy un beso? Me regañaría, luego me mataría, sufriríamos el tercer grado, pero se acabó este tormento de reprimirme a cada segundo».

Había tardado demasiado en pensar y ahora Mayra había desaparecido.

«Otra vez será».

Entré y saludé. Allí estaba todo el mundo apretujado y me reí pensando que aquellas cabezas en fila posaban igual que las cabras que solían vivir allí.

—¿Contento de vernos? —gritó Pedro al fondo.

—Pena que estés tan lejos. Ahora solo pienso en abrazarte.

Pedro me hizo la señal del pajarito y el resto soltó una carcajada. Todos estaban allí apiñados como sardinas en lata; más de nueve. Pedro y sus hermanos Pablo y Patricia, el cura, Carmen, Milagros, Fernando, Sofia, Rosales...

Giré la cabeza para asegurarme.

Sofia estaba allí.

Sentí que se me helaba la sangre.

—¿Vas a quedarte ahí de palo tieso? Al menos cierra la puerta —mandó Milagros.

Empujé la puerta con el pie y fui hacia la cocina para dejar las bolsas en el suelo. Mayra ni se había dado la vuelta. Luchaba a la desesperada para abrir una bolsa de kikos, pero ni usando los dientes podía.

Mientras los demás volvían a la discusión, le quité la bolsa de la boca, la abrí y, ya que estaba, abrí el resto de bolsas que había sobre la encimera por si acaso.

—Cuelga el abrigo y ponte cómodo —dijo mientras acercaba un par de platos a la mesa.

—Estoy bien de pie, gracias. —No pensaba arriesgarme a ir a sentarme allí y que a alguno se le ocurriese la maravillosa idea de hacerme hueco al lado de Sofia.

Situaciones así sabíamos que podían ocurrir, pero no se trataba de incendiar más aún la situación. No era la primera vez que alguna ex no entendía el mensaje y volvía buscando una reconciliación.

Miré alrededor buscando...

—En la nevera —dijo Mayra.

...una cerveza.

Tenía el refrigerador hasta los topes. Siempre preparada para cualquier eventualidad.

Agarré una cerveza y me apoyé sobre la encimera.

—Siéntate con ellos, niña —le dije en bajo aprovechando que me inclinaba para dejar el abrigo sobre un taburete.

—¿Seguro?

Asentí y le di un buen trago a la botella.

—...lo que nos falta es una piscina natural —afirmó Fernando—. Lo he visto en otros sitios y os aseguro que atrae al personal.

—¿Ahora resulta que el río no es suficiente?

—*Jacuzzis* y cosas como esas son las que atraen a los turistas —aseguró alguien.

—También atraían los paseos a caballo y mira.

—En Navacancho siguen abiertos.

—Los únicos.

Todo el mundo hablaba al mismo tiempo y no llegaban a nada. Preferían pasar el tiempo divagando con cosas que nada tenían que ver con la asociación en vez de ir, paso a paso, con un

objetivo común que alcanzar. Siempre pensando que una idea cambiaría la realidad de la sierra como lo haría cualquier milagro de la Virgen.

—Creo que estamos afrontando la situación al revés.

Me separé de la encimera. Esa era la primera vez que Mayra alzaba la voz y daba su opinión en público en aquel pueblo.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—Enfocáis los problemas yendo siempre por detrás. Os estrujáis la sesera buscando dar a los turistas lo que van buscando en vez de ofrecer sierra Negra tal y como es a cualquiera que quiera venir.

—Tenemos un negocio que mantener, Mayra —dijo Milagros entre ofendida y confundida.

—Lo sé, pero aquí estamos como miembros de una asociación cultural no como una comisión de apoyo al empresario castellano.

La mirada que Milagros lanzó entonces bien podría haber congelado el río.

—Si la gente viene, tu negocio mejorará —continuó Mayra—. La cuestión es cómo quieres atraer: con un gancho pasajero o con algo permanente.

—Esto se pone interesante. Explicáte, Mayra —intervino el cura.

—Si hay que invertir dinero y esfuerzos, que sea en algo que muestre al que venga lo que este lugar es. Dará igual que cambien las modas, la edad de los turistas o su poder adquisitivo. Si enseñamos lo que sierra Negra tiene que ofrecer, daremos algo que los demás no pueden.

—¿Como qué? —Ese fue Pedro.

—Historia, costumbres, naturaleza. Bueno, eso último lo tenemos cubierto, aunque todavía se podría hacer más.

—¿Qué sabrás tú? —dijo Milagros como si le hubiesen dado una bofetada.

Mayra tenía razones de sobra para andarse con cuidado en este pueblo. Su carisma, su inusual aspecto, su sonrisa y su cerebro solían apabullar por el simple hecho de que nadie se esperaba que «la pequeña Mayra» pudiese poner los puntos sobre las íes. Cuando además se le soltaba esa lengua suya de cabrera, rascaba llagas que escocían demasiado y no todo el mundo sabía cómo lidiar sin contestar de malas maneras.

—Mayra tiene razón —dijo Sofía.

De repente se hizo el silencio. Un silencio cargado, de esos en los que escuchas tu respiración y el latido del corazón como a través de un estetoscopio.

—Ser genuinos es siempre una apuesta ganadora. Haciendo lo que todo el mundo hace solo conseguiréis competir entre vosotros. Las rutas a caballo de Navacancho le han ganado el terreno a las de Santo Domingo, y así con todo lo demás. ¿Os dais cuenta de que para hacer un paseo a caballo no hace falta venir aquí? Todos los pueblos entre este y Barcelona ofrecen el mismo servicio.

—¿Y qué se supone que tenemos que no tengan otros? —preguntó Patricia a Mayra.

—Ahora empezamos a hablar como una asociación cultural. Nuestro trabajo debería ser ese. Escarbar en el pasado, traerlo hasta aquí, modernizarlo si nos da la gana y ser conocidos por ser de este lugar. —Cuando terminó el discurso, Mayra se levantó de la mesa y se acercó para añadir más patatas fritas al cuenco.

No podía estar más orgulloso de ella.

Carlos: Bien hecho

Paró a mi lado cuando vio su móvil vibrar sobre la encimera; leyó el mensaje y me hizo el

hombre más feliz de aquella provincia cuando agachó la cabeza con las mejillas rojas como el carmín.

A partir de ahí, la conversación comenzó a dispersarse. Salieron algunas ideas, pero el personal estaba algo confundido. Mi plan era cimentar la actitud que Mayra tenía e ir introduciendo cambios poco a poco. El más urgente, en mi opinión, era el de involucrar a los domingueños porque la dejadez era nuestro primer pecado.

Poco a poco la gente comenzó a despedirse. Era la hora de la cena y había mucho que cotillear con el resto del pueblo.

Sofía fue la que más zanganeó.

—¿Tienes un momento? —me preguntó una vez que estuvimos solos.

No contesté. Justo entonces salió Mayra del cuarto de baño.

—Podemos hablar en tu casa. Hay algunas cosas que necesito que aclaremos —dijo en bajo mientras invadía mi espacio personal.

—He prometido que ayudaría a recoger —me excusé.

Mayra se acercó hablándole al suelo.

—Yo tengo que ir a ver a Esther; alguien tiene que retransmitirle la reunión de hoy.

Y salió cerrando despacio la puerta.

—¿A qué has venido, Sofía? ¿A defender mis posturas por si me ablando? —espeté.

Mi ex arrugó la frente.

—¡Si ni siquiera has abierto la boca desde que has llegado! No, Mayra tiene razón y me he sentido en la obligación de ponerme de su lado abiertamente. Por lo visto aquí hay gente que, por no dar su brazo a torcer, no ven una buena idea ni aunque les muerda en el trasero. Pero he venido porque quiero hablar contigo. No estabas en casa y me dijeron que podría encontrarte aquí. Como he pagado hasta junio la suscripción, he decidido quedarme.

—¿De qué quieres hablar?

Se acercó más a mí. Despacio, insinuante.

—Carlos —me dijo acariciándome el brazo—, quiero que me digas la verdad. La verdadera razón de nuestra ruptura.

Me separé un paso y ella me siguió.

—Todo lo que teníamos que discutir quedó dicho. No hay nada más que añadir —dije cada vez más tenso.

—La semana pasada me encontré con alguien que conoces.

Sofía seguía tocándome y no me gustaba aquel contacto. La aparté y fui a sentarme en uno de los bancos. Si quería hablar hablaríamos, pero iba a ser la última vez y más valía que a medio metro de distancia.

—Quién —pregunté soltando el aire.

—Ana Vela.

Hacia una eternidad que no escuchaba ese nombre.

—¿Y bien?

—Comprenderás que me llevara una sorpresa cuando nos enteramos de que las dos habíamos salido contigo. Una cosa llevó a la otra y acabamos por comparar.

—¿Has venido a contarme lo que otras ex-novias piensan de mí?

—No, pero hay similitudes que resultan sorprendentes. No empecé a unir las piezas hasta que comentó que tenía muy buen recuerdo de ti sobre todo después del regalo de despedida que le hiciste. Algo sobre un entrenador ecuestre.

—Su hermano quería ser *jockey* y yo le di unos números de teléfono. ¿Qué tiene eso que ver con nosotros?

—Entonces me acordé del «regalo de despedida» que me diste.

—Yo no te he regalado nada —dije cortante.

—El calendario de eventos —matizó ella más cortante todavía con las manos sobre las caderas.

—Ya te lo dije, esa información es pública.

—Cierto, pero me diste el calendario de todo el año y la mitad de las citas no se han publicado aún. Necesito saber la verdad, Carlos. Le he dado mil vueltas a lo que pasó y todavía no comprendo por qué acabamos rompiendo. Nos llevábamos muy bien; yo era tu tipo y tú el mío. No discutíamos y había chispa. Me acusabas de ir rápido cuando ya habías empezado a pisar el freno ¿Por qué me empujaste a dejarte ir? ¿Por qué te sientes culpable?

—¿Culpable?

Sofía cerró los ojos y se tomó un par de respiraciones antes de contestar.

—Tú eres un tío íntegro. Si te viste en la necesidad de empujarme fuera de tu vida y me diste un regalo de consolación es por algo. Antes de salir juntos éramos amigos. Te conozco bien y hay algo que no encaja.

Me recosté en el banco y pensé por un momento. Sofía era la primera mujer que me pedía ese tipo de explicaciones.

—No creo ni en flechazos ni en el amor romántico y tú lo sabes —continuó—, pero teníamos una relación sólida.

»Mira. —Se atusó la frente—. Comprendo que los hombres no tengan la más remota idea de lo que las mujeres pensamos la mayoría de las veces, pero no pudo resultarte tan ultrajante que me mosqueara porque otra mujer fuera a dormir en tu casa sin yo saberlo. Ese día me contaste con pelos y señales lo que estaba pasando en más de veinte mensajes, pero ni una palabra sobre Mayra.

»Solo por dejar mi conciencia tranquila, ¿pasó algo con ella?

—No.

—¿Entonces qué es? — Todo se reducía a Mayra, pero lo que Sofía me preguntaba tenía que ver con ella y conmigo. Era justo que quisiera cerrar esa etapa y me daba la excusa para hacerlo yo también.

Sofía se sentó a mi lado y yo intenté explicarme.

—El premio de consolación era yo.

—¿Perdona?

—De seguir conmigo, habrías vivido con un mísero premio de consolación. Lo intenté de veras y estoy seguro de que podría haber estado contigo hasta que me hubieses dado puerta, pero no era más que un novio postizo. El hombre que quería ser para ti ya estaba pillado y, de vez en cuando, le recordaba al embustero en mí dar marcha atrás.

»Como puedes ver, me conocía poco o nada.

—¿Y ahora sí?

—Creo que empiezo a rascar aquí y allí. Una cosa está clara: en una relación lo quiero todo y, por lo visto, cuanto más inconveniente mejor.

—Yo podría habértelo dado.

Negué con la cabeza.

—Sabes que no. Nos llevábamos bien porque era una relación conveniente, perfecta solo sobre el papel.

—Veo que debería haber esperado más. Lo que cuentas es bastante confuso.

—No para mí. Tienes razón en que forcé nuestra ruptura, pero sé que antes o después hubiese pasado igual.

—Dices que estabas ya pillado. ¿Hay otra?

—Siempre la hubo.

—¿Me dejaste por ella?

Ahora es cuando iba a decir algo horrible.

—No. Nos «obligué» a dejarlo porque no podía estar contigo. Desde siempre, como me negaba a ir a por lo que de veras quería, volvía a prestarme como placebo una y otra vez. Contigo la historia no hizo más que repetirse. Siento haberte hecho daño.

Sofía supo aguantar con dignidad el golpe, aunque la tensión en su rostro era casi dolorosa a la vista. Esperé a que empezaran los gritos, a que montase una escena, pero seguía ahí sentada mirándome fijamente, aceptando lo inevitable: no estábamos juntos y nunca lo estaríamos.

—¿Vas a decirme quién es? —preguntó sin mover casi los labios apretando los dientes.

Iba a volver a hacerle daño.

—No puedo. —«Y no quiero»—. Ahora mismo voy con pies de plomo, aunque convencido de lo que quiero.

Sofía miró hacia las bolsas de la compra apiladas en una esquina y suspiró.

—Está bien —dijo tras diez segundos de lo más incómodos—. Hay ciertas cosas que ya no me incumben.

Se levantó y empezó a abrigarse.

—Supongo que coincidiremos de vez en cuando —dijo a modo de despedida; esta vez, definitiva.

—Lo más seguro. Ah, y que sepas que el día que te presentes a las elecciones, cualesquiera, tendrás mi voto incondicional.

Sonrió por cumplir, me dio dos besos y se marchó.

Estuve un rato sentado en el banco pensando en lo injustamente que había tratado a las mujeres con las que había salido hasta entonces. No porque no me preocupase, no; era más bien que les había hecho perder un tiempo precioso, ya que conmigo no habría habido manera de llegar a nada.

Ojalá saliese todo bien con Mayra porque no tenía intención de volver jamás a aquel patrón de vida.

Con algo de culpabilidad, pero más decidido que nunca, comencé a hacer planes mientras fregaba los cacharros.

La cocina estaba limpia cuando Mayra entró por la puerta un buen rato después.

Que no me mirara a los ojos y parloteara sinsentidos me hizo sentir bien. Mi niña estaba nerviosa y se moría por saber lo que había pasado en esa cocina un rato antes.

En medio del parloteo, la levanté y la senté sobre la mesa. Calló cuando abrí sus muslos y la acerqué a mí buscando su calor.

—¿Sientes eso, niña? —dije arrimándola más.

Asintió al notarme crecer.

Cogí su mano y la posé sobre mi pecho.

—¿Y esto?

Un latido, dos, tres...

Volvió a decir que sí.

—Mírame a los ojos. —Enfocó su mirada en mí.— Solo te veo a ti. Solo tú, únicamente tú

haces que mi cabeza, mi corazón y mis deseos vayan de la mano.

En ese momento me miró de verdad y algo me dijo que comprendió. Por fin comprendió.

Capítulo 37

Mayra

*E*l teléfono empezó a sonar a las tres menos cuarto de la mañana.

—Es el tuyo, niña —gruñó Huck mientras se daba la vuelta alejándose lo más posible de aquella musiquilla estridente.

—¿Mm? —Era un sueño, seguro, así que me acurruqué y seguí durmiendo.

We are family sonaba cada vez con más volumen.

Huck volvió a darse la vuelta, me besó en el hombro y se estiró para coger el móvil y ponérmelo en la mano.

—Alguien te llama.

Todavía con los ojos medio cerrados por culpa de las legañas y gruñendo al aparato pasé el dedo por la pantalla.

—¿Sí?

—Te necesitamos en la presentación y da igual lo que digas.

Eso me hizo despertar de golpe.

—Qué pasa. —Me senté en la cama intentando arrojarme con las mantas. Daba igual la época del año, en este pueblo por la noche hacía siempre un frío de mil demonios.

—Problemas y más problemas para no variar.

—Lo hemos discutido como mínimo treinta veces. Se supone que estaba todo a punto y es a ti a quien quieren ver. Debes ser el único del sector que lo tiene todo preparado dos semanas antes. Nada de lo que digas va hacerme salir de esta cama.

—¡Nadie me dijo que había que ser fontanero para vender vestidos! —Ahí teníamos a la *drama queen* Román.

—¿Estamos hablando de tuberías a las tres de la mañana?

Román empezó a reírse al otro lado del teléfono.

—Desde que vives en ese pueblo, te noto un tanto calenturienta, Mayra.

—Eres un perverso.

Huck se incorporó a mi lado. A oscuras era difícil saberlo con seguridad, pero por cómo empezaron a erizarse los pelillos de mi nuca me debía estar mirando fijamente y con cara de pocos amigos.

—Eso siempre —siguió Román como sin nada—, pero no te llamo para tener sexo por teléfono, aunque pensándolo bien...

—¡Román!

—Tú siempre cortando por lo sano cuando la cosa empieza a ponerse interesante. En fin. A grandes rasgos. Pues que al ir a montar una plataforma alguien ha dado un martillazo a una tubería y ha sido como abrir las compuertas del infierno o, más bien, las del diluvio universal porque la sala de eventos lleva medio inundada desde entonces. Salvo que te llames Noe, no te dejan pasar.

—¿Quién es el responsable?

—¿Un morenazo con nombre argelino? ¡Y yo que sé!

—Me refiero a si es de nuestro equipo o es del equipo del hotel.

—Del hotel. Recuerda que, para evitarnos problemas, decidimos que la cadena se hiciera cargo. ¿Ves? Ese pueblo te tiene en un despiste perpetuo, querida.

Decidí ignorar las pullas. ¡Quería volverme a dormir!

—Bien, porque un retraso así, a cuatro días de la presentación, podría hacernos mucho daño y no quiero que seamos nosotros los que paguemos, además, por el desaguisado. ¿Cuánto tiempo necesitarán para limpiar y secar la zona?

—Ese es el problema. Pinky asegura que no lo tiene bajo control y eso me preocupa porque nuestra Pinky si-em-pre lo tiene todo bajo control. Acaba de llamarme porque dice que hay que andar con zancos y no le dan una fecha segura para el arreglo. Según sus palabras, pueden llegar a necesitar hasta una semana. Lleva desde las once intentado salir del atolladero, pero creo que se ha rendido ante las circunstancias.

Hice una nota mental: asegurarnos de que Pinky durmiese más de cuatro horas cada día en cuanto volviéramos amenazándola con quitarle los ordenadores si no seguía el tratamiento a rajatabla.

—¿Hasta dónde llega el agua?

—Hasta la rodilla.

—Es demasiado. Por un momento pensé en regalar un par de botas de goma de colores a los asistentes.

—No creo que el hotel esté dispuesto a tener una piscina en su sala de fiestas más de lo estrictamente necesario. Además, no vendemos botas y no estoy seguro de que la gente quiera asistir a un concurso de camisetas mojadas.

—No estoy pensando en guerras de espuma precisamente.

—Acabas de darme una idea para futuras ocasiones.

—Habrá que mover la presentación.

—¿Disculpa? —chilló con su maravillosa voz de castrato.

—¿Te acuerdas de la nave que estuvimos sopesando?

—¡¿Disculpa?! —volvió a chillar con aún más ahínco.

—Sal del ese bucle, Román. La nave en forma de cruz, el edificio medio derruido con la cúpula de cristal; la nave de chimeneas y maquinaria pesada. Lo bastante grande para impresionar, pero manejable.

—¿Estás hablando, por casualidad, del lugar que yo quería a toda costa y vosotras, las arpías, no?

Solté un suspiro. Tratar con el Román reinona resentida a las tres de la mañana seguro que no contaba entre las muchísimas situaciones surrealistas para las que me preparaba con anticipación para no salir corriendo y cruzar la frontera.

—Tómalo como una señal divina —argumenté—. El mundo se ha confabulado para darte la razón en forma de tubería rota. Llama a tu contacto y que empiecen a limpiar la nave. Mientras, que los del hotel dismantelen lo que esté hecho. Usaremos las plataformas metálicas y lo que podamos salvar para hacer un laberinto. Nadie se imaginará que no pudimos montar tres pasarelas paralelas y en línea recta; la forma de la planta nos ayudará a dar esa impresión. Será una construcción hecha a retales. Me ocuparé del resto cuando llegue. En dos horas estoy ahí. Avisa a Pinky para que cancele el contrato con el hotel a no ser que le aseguren por escrito que la piscina

estará seca y sin olores para mañana por la tarde y manda al abogado para que no se les ocurra encasquetarnos el muerto. Menos mal que solo llevaban tres días trabajando.

—Mayra, la mandona, uf. De no ser gay me habrías puesto cachondo. Rectifico. Me has puesto cachondo.

—Deja de decir guarradas y a trabajar.

Hizo un sonido de látigo con la lengua y yo tuve que apartar el aparato de la oreja.

—¡A la orden! —Y colgó.

Me dejé caer en la cama. Mi mundo volvía a dar vueltas a velocidades supersónicas. Bueno, al menos había conseguido seis meses de algo de paz. Bien pensado, poco menos que se trataba de un milagro. Ahora había de dosificar y ser consecuente.

—¿Debo ponerme celoso? —preguntó Huck mientras encendía la luz.

Se incorporó despacio sentándose con los brazos alrededor de las rodillas con su musculosa espalda al aire. Cómo me alegraba que nunca tuviese frío. Nada como disfrutar a todas horas de las panorámicas que me ofrecía su cuerpo.

—Sé que no te lo creerás, pero era una llamada de trabajo —aseguré.

—Interesante. ¿Trabajas en la industria del entretenimiento para adultos y por eso no sueltas prenda sobre tu trabajo? Ahora entiendo lo desinhibida que eres en la cama, señorita Mayra.

Me incorporé para tocar aquellos dorsales y de paso encaramarme a él con brazos y piernas como un chimpancé.

—Frío, frío, pero buen intento. Así es como se las gastan algunos de mis colegas; no tienen pelos en la lengua y tengo que pararles los pies o nos vamos por los cerros de Úbeda. No sabes lo estresante y divertido que puede llegar a ser.

—Por enésima vez. ¿Qué haces para ganarte la vida?

—Pensé que tenías asumido que no hacía nada.

—Mayra, no empecemos...

—Soluciono problemas —confesé.

—Eso me lo creo. ¿Qué clase de problemas?

En ese momento sentí la necesidad de enseñárselo todo, de contárselo todo y al carajo con lo de protegernos de la vorágine. Además, era inevitable. Si lo nuestro duraba, tendría que verlo por sí mismo.

—¿Quieres ver de primera mano lo que hago?

—No lo dudes, niña.

—Van a ser unos días de nervios por las nubes, te aviso. ¿Puedes tomarte el viernes libre?

—Acumulo moscosos y vacaciones desde hace seis años. Creo que puedo arreglarlo.

—Tengo que ir hoy a Madrid y Román, el perverso, necesitará echarte un vistazo antes de nuestro vuelo por la noche.

—No tengo ni idea de dónde me estás metiendo, pero me da igual. Te acerco a Madrid y me abres los ojos. Empezaré más tarde en la oficina.

—Todo arreglado, entonces. Yo preparo el desayuno. Ve ducharte y si tú recoges, puedo ducharme después.

—No, no —gruñó mientras se tumbaba encajándome debajo—. Es necesario que vaya relajado para no asustarme de nada de lo que me digas o me enseñes y tú necesitarás estar como una rosa para enfrentarte a no sé cuántos días de estrés. Si nos duchamos a la vez luego, ahorraremos tiempo y podemos desayunar por el camino. En la ducha puedo darte un masaje rápido después de

eliminar toxinas en la cama. —Había empezado a quitarme el camisón y unos dedos expertos buscaban el camino al sur.

—Huck... —Es difícil pensar cuando además alguien succiona tus pezones.

—Chist. Solo será un momento de nada.

No supe decir que no. Esa habilidad estaba vetada en todo lo que tuviese que ver con él. Así que suspiré y dejé que trabajase duro para aliviarme del cargamento de toxinas que yo no sabía que tenía acumuladas.

Y como no, llegábamos ya tarde cuando por fin abrimos el portón de su garaje.

Abrió el maletero y dejó que yo metiese las bolsas de viaje mientras él ponía en marcha el coche.

El motor comenzó a toser en el momento que la llave hizo contacto sin llegar a arrancar. Lo volvió a intentar y el motor volvió a sufrir por ponerse en marcha. El pobre nunca lo consiguió.

—Solo me ha dado problemas desde que lo compré. No me puedo creer que me vuelva a dejar tirado.

Mucho ruido y pocas nueces. El primer coche de Huck fue un Opel Astra que heredó de su padre cuando se sacó el carnet y, desde entonces, mi chico no había puesto las manos sobre el volante de otro coche. U Opel Astra o nada; de tres puertas, a ser posible.

Lo intentó otra vez, pero como quien oye llover. Ni siquiera cuando insultó al ingeniero que diseñó el vehículo o cuando amenazó con ponerle a dieta de aceite o cuando le dio unos cuantos mamporros al volante. Si después de los golpes el coche no iba, era porque no había remedio. Ley universal.

—Deberías replantearte tu relación con las máquinas que posees, Huck.

—Qué les pasa.

—Que te dejan siempre tirado. ¿Has pensando en pedir ayuda profesional? Conozco a una *coach*...⁵

—Mis máquinas y yo nos llevamos estupendamente, gracias. —Volvió a intentar poner el coche en marcha sin ningún resultado. Bueno, esta vez empezamos a oler a humo.

—Amor-odio por lo que veo.

Huck dejó caer la cabeza sobre el volante y, por supuesto, terminó por darle al claxon. Nadie podía echarme en cara que acabase a carcajada limpia en aquel garaje a punto de morir por sobredosis de dióxido de carbono.

—Lo siento, niña, pero hoy no llegamos ni de coña —resopló—. Tendremos que esperar al coche de línea.

—No hace falta —conseguí decir mientras limpiaba las lágrimas de la risa con la manga de la camisa—. Podemos usar mi coche.

La cara de sorpresa de Huck terminó por redondear la mañana. Cómo me gustaba dejar a la gente sin palabras.

—¿Tienes coche? ¿Desde cuándo conduces?

—Tengo coche y conduzco desde hace años. Ven y te lo enseño.

Con las bolsas al hombro y a medio correr, llegamos al garaje donde tenía aparcada a mi pequeña monstruo, al otro lado del pueblo, cerca de una de las salidas a la carretera. Le apreté al botón del mando y cuando la compuerta se abrió a Carlos casi se le descoyunta la mandíbula. ¿He dicho que me gusta dejar a la gente sin palabras?

—Un Mazda CX-3. —Pasó la mano por la carrocería con veneración—. ¿Esta maravilla es tuya?

—Más o menos. Necesito mucho espacio para cargar. Era esto o una furgoneta y como tengo una imagen que mantener, pues como que una furgoneta no quedaba bien.

—No tenía ni idea. —Soltó un silbido y miró a través de la ventana.

Normal, el coche llevaba poco tiempo allí. Además, cuando iba a Madrid, salía de casa a las seis de la mañana y muchos días volvía después de la cena.

—Después del susto de Esther, decidí traerlo —le expliqué—. Tengo que reconocer que es mejor que el autobús.

Al principio no me importaban los largos viajes. Acumulaba horas en Madrid y disfrutaba de días completos libres después porque era imposible ir y venir en el día. Pero si quería compaginarlo todo, necesitaba el coche sí o sí.

Se acercó a mí casi volando.

—Déjame conducirlo, niña.

—Es una chica.

—Prometo cuidarla bien. —Se le veía tan ansioso.

—Vale.

Pegándome contra la puerta del coche me dio uno de esos besos apasionados interminables de agradecimiento que me hacían desear que me pidiera cosas todo el santo día.

Muy a mi pesar, unos segundos después, se apartó para abrir la puerta.

—Sube y ahora mismo me explicas lo de la imagen que tienes que mantener. Habíamos quedado en que no te dedicas al porno, pero reconoce que estás dejando que mi imaginación vuele.

Agarrándome del trasero con ambas manos me sentó en el asiento del copiloto y, supongo que, por asegurarse, empujó las caderas hacia delante para que sintiera lo agradecido que estaba por dejarle conducir mi coche. Me hizo gemir, pero se apartó antes de que pudiese agarrarle de la nuca y repetir la sesión de hacía una hora.

Alguien debía estar echando hormonas en el agua.

—Eres más pervertido que Román —le dije más bien al cinturón de seguridad mientras Huck corría a sentarse en el asiento del conductor.

—La lista de cosas por contarme se alarga por momentos. —Y puso en marcha el coche a la primera.

Huck conducía como si estuviese guiando una nave espacial y él fuese el primer astronauta en ir hacia la luna. Ni siquiera era capaz de mantener una conversación de lo preocupado que estaba en disfrutar de la experiencia, así que hice lo más razonable: trabajar.

Llamé con el manos libres del coche a la oficina.

—A punto de entrar en estado comatoso, ¿en qué puedo ayudarle?

Daba igual las veces que le dijese que no cogiese el teléfono diciendo chorradas así, pero era como hablar contra la pared. Román sufría un agudo caso de incontinencia verbal y no había forma de remediarlo. En eso nos parecíamos bastante, aunque yo, al menos, intentaba corregirme. Él alegaba que si queríamos dar una imagen joven y fresca, debíamos contestar así a las llamadas. Me mordí la lengua, sin embargo, ya que no era ni el momento ni el lugar para entrar en aquel rifirrafe.

—Llego tarde.

—¿No me digas? Y yo convencido de que todos los relojes daban mal la hora.

—Han surgido unos problemillas por el camino, pero ya estamos en marcha.

—¿Estamos? Señorita Salas, habla usted en plural mayestático.
Huck soltó una carcajada.

—Lo siento —dijo haciendo mímica con los labios mientras contrito enfocaba de nuevo la vista en la carretera.

—No voy sola, llevo a Carlos conmigo.

—¿Está soltero? —Levanté las cejas sin saber qué decir. Román no perdía oportunidad.

—No —contestó el aludido.

—Una pena. Soy Román, por cierto, ¿sabes quién es Huck?

—¡Román!

Debería haber llamado desde mi móvil.

—Perdóoon —protestó nuestra diva al otro lado de la línea—. Reestructuro la pregunta. —Y carraspeó para darle más teatralidad al momento—. ¿Es usted, don Carlos, un proveedor, cliente o alguien relacionado directa o indirectamente con esta pequeña emprendeduría?

—Me temo que no —contestó Huck encantado de meterse en nuestra conversación. De repente, como que mi coche no estaba a la altura.

—Perfecto. ¿Sabes quién es Huck?

Eché la cabeza hacia atrás y solté un gruñido exasperado.

—Sé quién es, sí.

—¿Está bueno?

—¡Román!

—Pues no lo sé —dijo mi chófer después de pretender pensar la respuesta con un «Mmm» extremadamente largo—. ¿A qué viene tanta pregunta?

—A que Mayra no suelta prenda, para no variar, y yo sé que hay algo gordo entre ellos.
Carlos bajó la mirada a su entrepierna.

—¿En serio? —Me miró entonces como si me hiciese a mí la pregunta. Quién pensaría que dos hombres hechos y derechos se parecieran tanto a dos adolescentes salidos.

—En serio —contestó Román casi chillando por poder soltarle al mundo aquella bomba—. Se mandan mensajitos y anda como ida.

Tierra trágame.

—He oído que a Huck también le ven raro últimamente. —Carlos continuaba con la farsa como si nada, aunque esas arrugas sospechosas alrededor de los ojos indicaban que estaba aguantando la risa.

Pero como Román no podía verle, el pobre continuó en esa nube de alegría al ver que le daban coba.

—¡Lo sabía! —volvió a gritar.

—¿Podemos centrarnos, por favor? —inserté. Todos los hombres sobre la faz de la tierra estaban confabulados en mi contra.

—Lo siento, Carlos. El trabajo nos llama —replicó Román todo serio.

—No hay problema, yo ya tengo bastante con conducir.

Maldición, se habían caído bien.

Huck me hizo una señal con la mano para que pudiese continuar. Qué considerado.

—Antes de nada —dije centrando la conversación—, me gustaría que Carlos nos acompañara el fin de semana. Necesitará un billete para el viernes y ropa.

—Tengo ropa —insertó Huck algo mosqueado.

Le callé llevándome un dedo a los labios.

—Apuntado —cantó Román—. Cuando venga veremos qué le sienta mejor.

—¿Has hablado con Pinky? —La pobre Rosana debía estar pasándolo fatal.

—Sí y está de los nervios. Será un cerebritito informático, pero es una analfabeta social. — También éramos una empresa honesta y Román nuestro más genuino representante—. Recuerda no ponerla en semejante tesitura en el futuro. Nosotros dos nos encargaremos de las relaciones públicas y que ella despliegue su inteligencia delante de un ordenador. Será mucho más seguro.

—Todavía tenemos casi cuatro días. ¿Cuándo sale nuestro vuelo?

—Hoy a las siete de la tarde.

—Perfecto, tenemos todo el día de hoy para mover la cuadrilla a la nueva sala y montar otra vez las pasarelas.

—Recuerda que esa gente trabaja para el hotel.

—¿Han conseguido desalojar el agua?

—No.

—Entonces les robaremos parte del personal durante tres días a cambio de no pedir compensación por no cumplir el contrato. Pueden darse con un canto en los dientes de que no hayamos cancelado todas las reservas. ¿El director habla inglés?

—Gracias a Dios sí.

—¿Cómo que gracias a Dios?

—Porque eso significa que queda en tus manos. Pinky, la que habla inglés, va a necesitar una cura de reposo antes de la presentación, y yo, el que habla francés, soy el estilista en esta locura. ¡Te toca!

—Dame nombre y apellido del señor.

—Te lo mando al móvil.

—¿Alguna cosa más?

—No. ¡Daos prisa!

—En tres cuartos de hora estamos allí —aseguró Huck.

—Gracias, encanto. Tú eres el único que trae buenas noticias.

—Un placer. Hasta ahora Román.

—Hasta dentro de un ratejo, Huck.

Y colgó.

¿Cómo supo que Carlos era Huck? Román debía tener cualidades adivinatorias o algo parecido.

—Sí que solucionas problemas, niña.

¿Y cómo era posible que hablase tan tranquilo?

Capítulo 38

Carlos

*T*odavía estaba confundido ante la idea de que siquiera tuviese un trabajo y, quizá, algo mosca sobre qué clase de trabajo.

El navegador de abordó nos introdujo en el Polígono Industrial de las Rozas, más concretamente, en uno de sus aparcamientos subterráneos con el número de placa del coche de Mayra en uno de los cubículos.

Seguí a Mayra fuera del *parking* y anduvimos a lo largo de una de las calles llenas de tiendas. Paró a unos doscientos metros.

—Las oficinas están en la primera planta. Este local vacío —dijo señalando a unos ventanales pintados de blanco a pie de calle— es por ahora nuestro almacén. Hasta que las cosas vayan mejor, preferimos pasar desapercibidos.

Si así intentaba convencerme de que lo suyo no era el porno...

Subimos las escaleras y paró un momento en el rellano.

—La puerta A —dijo señalando a la derecha— conduce al territorio de Román; tras la puerta B están las oficinas.

Abrió entonces la puerta B y allí nos recibió una señorita pelirroja. Rectifico, nos recibió el moño alto de una señorita porque, la chica en sí, estaba parapetada detrás de cinco montañas de papeles.

—¡A las buenas, Rocío! —saludó Mayra—. ¿Qué haces aquí?

La tal Rocío levantó una mano, pero siguió con lo que se traía entre manos.

—Sancho tiene pediatra. Hoy recibo yo a las visitas y paso los pedidos —dijo aquel moño.

—¿Dónde está Román?

—En tu oficina —hablaba sin parar de teclear—. En un momento os acerco algo de caféina.

—Eres un sol, pero no hace falta. ¡Ah! Este es Carlos. Si no sale corriendo en la próxima media hora, puede que le veas por aquí más a menudo.

El moño entonces se elevó descubriendo debajo una cara de genuina sorpresa, aunque se transformó rápido. En menos de tres segundos, me tenía bajo sospecha.

—No es de Hacienda —aseguró Mayra.

—Encantada entonces.

Rocío se relajó y volvió a la tarea.

Mayra se dio la vuelta y solo me susurró una palabra al oído: IVA.

Arrugué la frente.

—Rocío y yo —explicó mientras nos metíamos en un pasillo con puertas a cada lado—, llevamos juntas la contabilidad, pero es ella la que se chupa el marrón con Hacienda y la Seguridad Social. Me odia por ello, aunque en el fondo es una mujer feliz rodeada de papeles con

la perfecta excusa para poner a las autoridades de vuelta y media. Como has podido comprobar, puede oler a un funcionario a tres kilómetros.

—Lo tendré en cuenta. —Dónde me había metido.

Mayra asintió y abrió una puerta en la que ponía CEO en letras plateadas y yo tragué saliva porque debía reconocer que, hasta ahora, pensaba que mi chica no tenía una ocupación específica y si aquella era su oficina...

En cuanto abrió la puerta, un chillido de verdadero pánico nos dejó helados en el umbral.

—¡Qué llevas puesto! —gritó un tipo que no podía ser otro que el tal Román.

—No he tenido tiempo de pulir mi atuendo.

—¡Vas en *pisamierdas* y en camisa de franela de las de verdad, de las gordas! Quítate eso ahora mismo o me da un infarto aquí y ahora.

Mayra puso los ojos en blanco, se dio la vuelta y se marchó, encerrándose dentro con aquel histérico.

En cuanto nos dejó solos, el tipo sonrió con cierta maldad y se me acercó con la mano extendida y una voz grave que me dio más miedo todavía. No podía ser de fiar alguien que era capaz de cambiar de registro tan rápido. El Román del teléfono me pareció más «normal».

—Perdona el teatro —me dijo mientras nos dábamos la mano—, pero si no me escandalizo, no me hace ni caso. Tú debes ser el misterioso Huck.

—Culpable.

Había entrado en una casa de locos.

—Siento haber terminado con su momento sabático, pero el negocio es el negocio.

—Y el negocio es...

Volvió a lanzarme una sonrisa extraña y dijo que no con el dedo.

Definitivamente aquel lugar era un manicomio.

Mayra reapareció. Esta vez con unos pantalones vaqueros ajustados, unos tacones kilométricos, una blusa roja ceñida en las partes importantes y un collar de perlas grises atado en un nudo a la altura de la cintura.

La loca más guapa que había visto en mi vida.

—Mucho mejor, ¿verdad, Carlos?

Le di la razón asintiendo con la cabeza incapaz de construir una frase coherente.

—Hora de trabajar —espetó Mayra, aunque no pudo disimular ponerse tan roja como la blusa.

Empezó a sacar papeles, hacer llamadas telefónicas y echarnos de su oficina, por ese orden, pero, antes, tuvo compasión de mí y vino a besarme para cerrar la boca que llevaba soltando saliva desde que entró.

Acompañé a Román a las profundidades de sus dominios tras la puerta A y, debo reconocer, que eran mucho más acogedores que los que vi tras la puerta B.

Allí había una sala grande de suelos de madera, cortinas que arrastraban y muebles de época. Tras una cristalera se oía el runrún de máquinas. A lo mejor se trataba de una imprenta.

Cuando volví a prestar atención a mi acompañante, este me miraba serio de arriba abajo y andaba en círculos a mi alrededor con la mano en la barbilla como si estuviese sopesando qué hacer con mis pantalones.

—Eres alto y tienes espaldas. Deberías presumir más de ellas. —El tono afectado de su voz había desaparecido por completo—. La cintura baja te sienta bien, pero no te veo con pantalones demasiado ajustados. Optaremos por algo más clásico, aunque no creo que la chaqueta cruzada

que tenía en mente te siente bien. Ese tiro está demasiado holgado —le dijo a mi bragueta— y atrás también sobra. Para cuando acabe contigo, no van a reconocerte en la oficina.

Por la forma en que miraba la parte media de mi cuerpo no supe si alegrarme por lo que acababa de decir.

—¿Quién dice que trabajo en una oficina? —pregunté para eludir volver a los detalles sobre mi anatomía.

—Hueles a despacho, amigo. Pero nadie dice que no puedas ir elegante al trabajo todos los días, por muy aburrido que sea. Ponte cómodo, ahora mismo vuelvo.

Como todavía no estaba cómodo en aquel lugar, en vez de sentarme, me decidí a explorar. Después de pasar la mano sobre la superficie, me convencí de que una pared estaba empapelada con tela que parecía seda. Las cortinas entre amarillas y verdes eran pesadas y la lámpara de cristal tintineaba. Las cómodas abombadas blancas, sofás de época y biombos chinos, le daban carácter a una habitación que, en principio, parecía estar medio vacía. Era casi imposible imaginarse que nos encontrábamos en un polígono industrial y no en el salón de un modesto palacete.

Román reapareció acompañado de una mujer de cierta edad con una cinta métrica colgada del cuello, un montón de rulos de tela bajo un brazo y una de las muñecas llena de alfileres. Él, por su parte, acarreaba una montaña de ropa que fue colgando con mucho cuidado en una barra al lado del biombo.

—Bien, Carlos —dijo confiado—. Es hora de ponerte guapo. Esta encantadora dama se llama Camila y va a tomarte las medidas, pero creo que podemos hacer algo contigo con lo que te he traído.

Camila dejó las telas sobre una mesa, acercó un enorme espejo con ruedas y me situó justo en medio de la habitación. Ahora, casi todo el espacio estaba ocupado.

Respiré entonces algo más tranquilo. Sabía que lo del porno había sido una tontería dicha para hacer gracia, pero con el maldito secretismo que Mayra y Román se traían ya no sabía qué pensar. Al menos, por ahora, solo se trataba de ponerme ropa, no de quitármela.

Aquella mujer midió desde la circunferencia de mi cabeza hasta el tamaño de mis pies mientras Román apuntaba los números en una libreta. Cuando terminaron, Camila desapareció con órdenes sobre colores y clases de tela y me dejó atrás con un Román enfocado en una misión que cumplir.

Chaquetas, camisas, pantalones, chalecos, trajes, sombreros, calcetines, zapatos, cinturones, tirantes, etc. Me cambié de ropa detrás de aquel biombo chino al menos treinta veces y creo que sudé más que en dos horas de gimnasio.

—Con esto tengo todo lo necesario —dijo por fin—. El viernes no te hará falta llevar equipaje. A excepción de la ropa interior, por desgracia.

Solté el aire exasperado.

—Equipaje a dónde.

Román volvió a sonreír como si acabara de recibir los regalos de Navidad.

—París, amigo mío. París.

Ahora sí que estaba confundido.

—¿Vamos a París? —pregunté en cuanto entré en el despacho de Mayra. Empezaba a sentirme como en uno de esos juegos de rol en los que hay que encontrar el tesoro. En vez de luchar contra troles, tenía que sonsacarle la información a un par de lunáticos bien vestidos.

—Pues claro. Tu vuelo sale a las doce y media de la tarde. ¿Te viene bien?

—Deja que haga unas llamadas. —Ni muerto iba yo a echarme para atrás.

Mayra siguió trabajando y discutiendo con Román sobre horarios, pases, pantallas, música y no se qué de una grúa mientras yo dejaba recado en la oficina de que llegaría tarde y discutía con mi jefe sobre los días libres que tenía pendientes sin que interfirieran con la agenda.

Cuando colgué, observé a aquellos dos locos interactuar. Hacían un buen equipo. Hablaban poco y se ponían de acuerdo con facilidad. Debo admitir que no había visto utilizar ordenadores, tabletas y móviles con tanta efectividad en mi vida. Por lo visto mantenían una video conferencia con una mujer mientras discutían sobre precios y aplicaciones.

Viendo que se habían olvidado de mí por completo, aproveché para desaparecer con elegancia.

—El viernes a las doce y media me viene bien —dije mientras me levantaba del sofá.

Román y Mayra me miraron a la vez.

—Genial —dijo Román extendiendo la mano—. Dame tu número de DNI para hacer la reserva.

Mientras Román se sentaba para llamar a la agencia de viajes, Mayra se acercó y me abrazó por la cintura.

Era la primera vez que dábamos muestras de afecto en público y me asombró que fuera ella la que las iniciara. Mayra, en el momento que salía del pueblo, era una mujer mucho más echada para adelante y le sentaba bien. Para atestiguarlo, recorrí el espacio que separaba nuestras bocas y la besé rápido.

Clic.

Alzamos la vista y ahí estaba Román con una cámara en alto.

—Seguid, seguid. Por mí no os cortéis.

Clic.

—No le hagas caso. Es un teatrero —me dijo Mayra.

—De eso ya me he dado cuenta.

Y volví a enfocar en ella. Que Román hiciese fotos me daba igual. Cuando mi niña me tocaba, nada más importaba.

—Me vuelvo a llevar tu coche —dije al separarme—. Lo aparcaré en Barajas el viernes.

Mayra me acompañó hasta la puerta; Rocío me despidió levantando la mano y yo prometí estar preparado para lo que fuese tres días más tarde.

Un tipo con mi nombre en alto escrito en un folio, me esperaba al otro lado de la puerta corredera en la sala de llegadas del Aeropuerto Charles de Gaulle. Sin decir una palabra, le seguí hasta su vehículo. Según cruzábamos París y nos metíamos en el extrarradio, pensé si acabaría con un navajazo en medio de la nada industrial francesa.

Pero, en vez de aterrizar en la nada, aterricé en el caos. Me alegré de no llevar equipaje porque tuve que esquivar máquinas excavadoras que esparcían toneladas de gravilla a la entrada de una pequeña nave cuya fachada alguien limpiaba con arena a presión.

Ni que decir tiene que nadie contestó a mis gritos preguntando dónde encontrar a Román, Mayra, o cualquiera que organizase algo en aquella locura.

Entré en el edificio y creo que, por un momento, pensé en salir corriendo. Gente y más gente yendo de un lado para otro, todos con casco, gritando en francés, armenio o ruso y haciendo ruido montando a saber qué, en aquel enorme lugar, rodeando máquinas en desuso que alguien también limpiaba con aire a presión.

Fijo. Mayra y Román trabajaban para una empresa que organizaba eventos. No tan excitante como el porno, pero mucho más seguro, dónde iba a parar.

Intentar encontrar a Mayra en aquella muchedumbre era absurdo, más que nada porque, por muy rubia que fuese, su cabeza jamás destacaría sobre las demás. Tan pequeña era que a veces pasaba por delante y ni te enterabas. Pero Román sí que era más fácil de encontrar, si no fuese porque allí todo el mundo llevaba un casco blanco puesto.

Bueno, no todo el mundo.

Alguien con el pelo rosa corría de un lado para otro moviendo los brazos y gritando en inglés. Una pena que cuando me acerqué para preguntarle ya había desaparecido.

Vale. Esta era la dirección correcta y no tenía nada más importante que hacer. Así que me subí a una escalera y me senté a esperar. Las leyes de Murphy son muy claras: si pasas de seguir buscando, alguien te encontrará.

—¿Se puede saber qué haces ahí arriba y sin casco?

—Encantado de verte, Román. Un día espléndido, ¿no te parece?

Se echó a reír.

—Me caes bien, Carlos. Espero que te dure el buen humor hasta mañana.

Bajé de la escalera y le seguí a una sala cubierta por un plástico enorme en la que no había ruido, solo barras y perchas con portatrajes colgando.

—Estamos terminando —le dijo a sus pies mientras esquivaba cajas—. Los últimos detalles son siempre los peores.

No dije nada, pero por lo que había visto ahí, no había nada terminado. Eso era un campo minado lleno de gente corriendo.

—No pongas esa cara. De verdad que vamos bien. Estarán toda la noche trabajando y mañana a las 9:00 han prometido tenerlo todo bajo control. Eso nos da nueve horas para organizar las últimas pinceladas. Deberías haber visto lo que nos encontramos cuando llegamos el martes por la noche. Mayra lleva con el piloto automático puesto desde entonces.

Le creí. En los últimos dos días habíamos hablado por teléfono un par de veces, pero o estaba medio dormida o daba órdenes a la vez que intentaba mantener una conversación conmigo. Los mensajes en el móvil resultaron una mejor idea. Cada uno mandaba algo cuando podía y así nos manteníamos en contacto más a menudo.

Mayra entonces cruzó la barrera de plástico. Tenía ojeras; el pelo, que ya le pasaba de la oreja, estaba atado en dos pequeñas coletas que la hacían más juvenil aún; tenía un mono de trabajo puesto y cuando se acercó, me llegó un olor a aceite industrial a las fosas nasales. Me dio igual que dijese que estaba sucia; la recibí como se merecía y, como no, Román sacó una cámara para dar fe del encuentro.

—Yo ya no tengo nada más que hacer aquí —dijo ella sonriente.

Se quitó el mono y lo metió en una bolsa de plástico.

—Pinky y yo defenderemos el fuerte esta noche. Que sepas —me dijo Román— que ayer no durmió para que hoy pudieseis estar juntos. Más vale que se lo agradezcas.

Román movía las cejas y lanzaba besos al aire. No se cortaba con nada.

Iba a decir algo cuando Mayra empezó a empujarme en dirección a la cortina de plástico.

—Exactamente. Me voy a dar un buen baño y a dormir calentita. ¡Ja!

«Oh, oh. Eso no deberías haberlo dicho, niña. Le estás dando pie».

—¡Calentón es lo que estoy! ¿Has visto al electricista?

—Hasta mañana —cantó Mayra mientras movía los dedos para despedirse.

—¡Bruja!

—Disfruta de las vistas —dije para picarle más.

—¡Me caías bien, mamporrero! —gritó antes de que desapareciésemos. Si me llamaba así era porque Mayra le había puesto al día. Buena señal. Empezábamos a ser una pareja.

Y salimos de aquel caos.

—¿Conoces París? —preguntó, por fin, ya en el mismo coche que me había traído desde el aeropuerto.

—He estado un par de veces lo que significa que he visitado todos los sitios que aparecen en las guías como cualquier turista de pro.

—Entonces, viendo que esta ciudad no tiene secretos para ti, tendremos que contentarnos con la habitación del hotel.

—Podía ser mucho peor. ¿Cuándo llegamos?

—En unos veinte minutos.

—No hablas en serio.

Tomé su mano y la posé sobre mi abultado regazo. Abrió mucho los ojos, pero no la apartó, no, apretó para convertir aquellos siguientes minutos en un verdadero tormento.

Subir en el ascensor del hotel fue aun peor porque éramos de repente seis personas en aquel cubículo y Mayra se pegó a mí para hacer sitio.

Casi cuatro días sin ella. Demasiados días.

—¿Estás muy cansada? —pregunté desde el cuarto de baño.

—Si te refieres a si quiero ir a la cama la respuesta es sí, pero no para dormir.

—Tengo una idea mucho mejor.

Abrí el grifo y eché un par de bombas en la bañera. Cuando Mayra se acercó para ver qué me tenía tan entretenido, casi salta dentro con la ropa puesta.

—No con tanta prisa, niña. Deja que yo me ocupe.

Mientras la bañera se llenaba fui quitándole la ropa, pero no la toqué. Eso la impacientó aún más. Mayra era una ansiosa con todo lo que tuviese que ver con el placer.

—¿Me vas a bañar? —preguntó mirando medio en trance como le bajaba los pantalones.

—Entre otras cosas.

Apoyó las manos sobre mis hombros mientras le quitaba los zapatos, las medias y los pantalones. Y allí la tenía con solo la ropa interior puesta. Uno de mis momentos favoritos: cuando de repente le entraban las vergüenzas e intentaba taparse. Un brazo sobre el pecho, una mano sobre el pubis y un pie sobre el otro en un delicado equilibrio.

Lo que ella no sabía es que cuando hacía eso con los pies, esas uñas pintadas atraían toda mi atención y me ponían tan cachondo que tenía que enfocar en otro sitio para no lanzarme a por ella como un cavernícola.

Así que empecé por el cuello; a los pies les dedicaría algo de tiempo ya en el agua.

Deseaba con todas mis ganas que se dejara el pelo largo, aunque debía admitir que ahora lo tenía perfecto para dejarme jugar ahí. La rodeé sin dejar de besar y tuve que contenerme para no dejar marcas de chupetones. A ella le hubiese dado igual, pero no sabía lo que se iba a ponerse al día siguiente y no quería estropear nada.

Masajeé las cervicales a la vez que seguía lamiendo sin pausa.

Soltó un suspiro.

—Qué gusto —susurró.

—Estás tensa.

Abrí los dedos y rasqué hacia arriba mientras los enredaba en su pelo. Cerré los puños y tiré despacio.

Gimió.

Para entonces, ya no se tapaba y de forma inconsciente se recostaba sobre mí. Nada como su espalda para frotarme en ella.

Gemí.

La abracé por detrás con un antebrazo sobre sus pechos y una mano por debajo del tanga. Era una posición que nos gustaba a los dos. Mordí el lóbulo de la oreja mientras movía despacio las caderas; estaba tan duro que, de acelerar, acabaría a la de ya.

Se dio la vuelta mientras yo seguía buscando la fricción.

—Deja que te quite toda esta ropa, pero no pares —pidió.

—No creo que pueda.

Sonrió como un niña mala y comenzó con la camisa. No sé cómo conseguía maniobrar tendiéndola tan sujeta, pero, después de la camisa, abrió los botones del pantalón y abrazó mi hombría con ambas manos.

Gemimos.

Bajó para ayudarme con los pantalones. Me quitó los zapatos y los pantalones fueron detrás, pero no se levantó justo después. Abrió la boca y me tragó, con calzoncillos y todo.

—Mayra...

—¿Mmm?

Me agarró por detrás; cerró algo la mandíbula y me lamió.

—¡Mayra!

—¿Mmm?

Cogió la cinturilla de los gayumbos por detrás y tiró hacia abajo. Se apartó justo lo necesario para dejarlos resbalar y volvió a la carga haciéndome doblar ligeramente las rodillas.

Miré hacia abajo y me encontré con un sueño hecho realidad. Mayra y su boca a mi entera disposición. ¿Cómo había podido vivir más de una década sin esto?

«El baño. Estás aquí para usar la bañera».

Pero el paraíso no se abandona así como así. Con algo de suerte...

—Aj. —Sentí hacer tope. Entre tantas sensaciones, había cerrado los ojos y echado hacia atrás la cabeza.

Volví a mirar y las rodillas casi cedieron.

Mayra había cambiado algo el ángulo y ahora me estrangulaba con la garganta. El color de los labios a juego con las mejillas y unos párpados medio caídos eran la viva imagen de la decadencia. Con una mano me seguía teniendo preso y con la otra se tocaba entre las piernas.

Acaricié su pelo con las dos manos y la aparté con cuidado.

—Tu boca va a ser mi perdición.

«Y tus manos, y tu pecho, y tus pies...». La lista era interminable.

La levanté y, para terminar de torturarme, se pasó la lengua por los labios. Si aquello no era clamar por un beso no lo era nada.

Y nos besamos como si fuese la primera vez. Lenguas que no saben dónde o cómo posarse, dientes que muerden por desesperación, saliva a chorros mezclándose para diseñar nuestro cóctel. Solo faltaba un ingrediente y para añadirlo, tenía que deshacerme de su ropa interior.

No fui demasiado considerado con la poca tela que la tapaba, pero ella no protestó. Nunca lo hacía. La tumbé y empecé a bajar con lengua y labios si bien mis dedos ya separaban sus piernas.

—Siento hacer esto sobre el suelo del baño...

Me agarró del pelo, levantó las caderas y me empujó hacia abajo.

Por lo visto el suelo del baño era tan bueno como cualquier otra superficie.

Pliegues de pasión me esperaban ávidos. No podía decir que no.

Cuando sentí su cuerpo temblar, paré y fui a unir nuestras bocas de nuevo. Mientras la besaba, nuestras entrepiernas se frotaban con urgencia, tanto que aquel beso perfecto no duró más de diez segundos antes de que ella gimiera en mi boca lo bien que le sabía aquel orgasmo.

—Hora del baño, niña.

—Pero tú no te has...

—Chist. Ya tendremos tiempo luego.

Mayra seguía volando alto cuando la levanté y la metí en la bañera.

Con un suspiro se dejó resbalar dentro.

Me senté de frente y dejé que el agua caliente y las sales hicieran su trabajo. Al cabo de tres segundos nos envolvía un merecido sopor.

—Creo que podría vivir dentro de esta bañera —dijo mientras apoyaba un pie sobre mi pecho.

Sin mirar comencé a jugar con esos diminutos dedos. Esa fijación mía quedó patente cuando mi pequeño amigo surgió de las aguas sin pedir permiso.

Aquel pie desapareció y, al abrir los ojos, vi a una desnudísima Mayra chorreando agua sentarse sobre mí para cuidar que todo el mundo quedase contento.

Esa noche, ya entre las sábanas, mirándola soñar, juré hacer lo que fuera por tenerla siempre conmigo. Acurrucada a mi lado dormí feliz como nunca lo había hecho hasta ese momento.

Amanecí incluso antes que el despertador, pero no hubo manera de despertar a Mayra hasta que no empecé a hacer ruido con las bandejas del desayuno y poner bajo su nariz una taza de café solo.

—Dijiste que debías salir a las seis. —Mayra no era una persona madrugadora. Podía quedarse hasta las tantas de la noche trabajando, aunque había que levantarla con grúa por la mañana.

Murmuró algo mientras se incorporaba siguiendo el olor de la cafeína.

—¿Eso dije? Mentí —llegó a articular.

—Bebe el café primero. Seguro que te devuelve la memoria.

Desayunamos rápido y media hora después salió pitando para dar los últimos retoques. Yo tendría todo el día para entretenerme por las calles de París. ¿Qué hice en realidad? Volver a la cama.

A las siete en punto de la tarde, el mismo conductor me dejaba en la misma zona industrial. Esta vez, sin embargo, el edificio parecía otro.

La gravilla, perfectamente distribuida, recibía a una considerable cantidad de gente que seguía un camino señalizado con velas de jardín enormes y esperaba paciente su turno para mostrar su invitación.

Dejé mi abrigo a la entrada y me mezclé con los asistentes.

Por un momento pensé que estábamos en un casino. En una mesa de juego, seis personas ponían fichas de colores sobre los números del tapete, pero la ruleta tenía cosas escritas al lado de cada número.

Esperé hasta que alguien ganó algo. Un hombre en la veintena se levantó y la azafata le extendió una caja. Dentro había un par de tirantes. Un rato después, una mujer de mi edad gritaba de alegría al recibir de la misma azafata una chaqueta de traje.

Seguí mi *tour*.

Un par de periodistas hablaban por teléfono a mi lado dando detalles sobre el evento, así que, gracias a mi precario francés, por fin me enteré más o menos. Estábamos allí para dar a conocer

«la nueva línea», sí, creo que había que llamarlo así, de ropa para no sé qué temporada de no sé qué nueva firma.

Por fin, a lo lejos, vi a Mayra contestar a las preguntas de alguien con un micrófono y un cámara detrás y Román tenía alrededor un enjambre de gente que no le dejaba ni a sol ni a sombra.

Por lo visto, la empresa de eventos en la que trabajaba Mayra tenía una buena clientela si la prensa le dedicaba tanta atención.

La ruina de ayer era hoy un *hall* inmenso lleno de luces, flashes, camareros con bandejas llenas de bebidas y comida, música demasiado alta para mi gusto y una procesión de modelos que caminaban sobre pasarelas instaladas a un metro sobre el suelo y que recorrían casi todo el espacio dejándonos a los demás encajados como en una especie de laberinto. En las paredes había instaladas grandes pantallas en las que un cursor mágico iba navegando a través de una página *web* en la que se podía comprar desde cinturones hasta horquillas para el pelo pasando por faldas, pantalones, blusas y todo lo necesario para que hombres y mujeres fueran de guapos por la vida.

El diseño de la página era simple, atemporal y muy intuitivo y, por primera vez, vi que los modelos no tenían las típicas figuras esmirriadas, aunque alguna había. Mujeres ejecutivas mayores que yo, chicos que todavía tenían acné, una pelirroja regordeta, vestida para ir a una boda, luciendo orgullosa sus curvas apoyada en el hombro de un guaperas tatuado que podía ser perfectamente el cantante de un grupo *grunge*. Por lo visto, pretendían llegar a un amplio espectro de la población.

Como no tenía nada que hacer mientras Mayra trabajaba, me entretuve con la ropa de hombre. Era la primera vez que una marca le dedicaba tantos esfuerzos a la parte masculina como a la femenina. Ropa de trabajo, trajes para ir de fiesta, vestuario informal... lo vendían todo y a todos los precios. Cualquiera podía comprar algo allí.

En una de las pantallas apareció una mujer dada la vuelta con la cabeza hacia abajo. Llevaba una camisa de hombre sin cuello y unos pantalones vaqueros sueltos con agujeros por todas partes. Tenía los brazos extendidos en cruz y las palmas de las manos mirando hacia arriba.

Conocería aquella silueta en cualquier parte.

Mientras intentaba comprender qué hacía Mayra posando allí, alguien se acercó por detrás y me agarró del hombro. Me di la vuelta y me encontré con la última persona que quería ver en el mundo.

—Es una sorpresa verte por aquí —dijo confiado. ¿Es que nunca perdía la compostura?

Nos dimos la mano.

—Lo mismo digo. —Quise parecer tranquilo, pero fallé.

—¿Tienes negocios con el mundo de la moda? —me preguntó mirando la foto de Mayra dada la vuelta.

—No, sigo siendo el mismo funcionario aburrido de siempre. —Carraspeé porque el comentario no le hizo ninguna gracia. Como era de esperar.

—Supongo entonces que no has venido solo.

«Ahí vamos, pero no voy a ponértelo fácil».

—No, mi acompañante ha tenido que ir a organizar algunas cosas.

—Es increíble lo que ha creado, ¿verdad? —dijo orgulloso atusándose las solapas de la chaqueta.

Me fue imposible disimular la sorpresa.

—Si mueve bien sus cartas, conseguirá posicionarse para hacer algo grande. La presentación en Madrid fue muy bien y ahora París. La siguiente parada será Londres y, si todo sale según lo

previsto, en dos años Berlín. Sentiré que la cosa va rodada cuando otros empiecen a copiar.

Estaba confuso y mi interlocutor lo aprovechó para soltarme la bomba.

—Los accionistas de la empresa son tres. Mayra, Rosana —dijo mientras señalaba con la barbilla a la mujer del pelo rosa vestida a lo punk— y Román.

Él siguió y siguió.

—Venden exclusivamente *online* y tienen intención de hacerlo en todo el territorio europeo. Negocios, tecnología y diseño; las tres cabezas de la empresa. Además, cada uno cubre uno de los tres grandes mercados fuera de España. Román es su conexión con la pasarela francesa, Pinky enfoca sus esfuerzos en el mercado anglosajón y Mayra conoce lo que mejor vende en el área germana. Menos mal que algo bueno salió de aquella estúpida idea de dejarlo todo y trasladarse a Alemania.

Ahora entendía por qué se empeñaron tanto en vestirme. O sea, que llevaba puesto uno de sus modelos.

Empezaba a pensar que no tenía idea de nada, pero mi acompañante se encargó de ponerme al día. Vaya, Mayra tenía una empresa que vendía ropa en internet y a lo grande. A saber lo que pensó de mí cuando dudé de que fuese capaz de atender a menos de cien personas en las fiestas del pueblo.

—Está todo pensado hasta el último detalle —siguió diciendo inclemente—, pero, en los últimos meses, el proyecto solo han tenido dos cabezas y media y eso no puede continuar así.

Ahora me miraba demasiado serio con los brazos cruzados sacando pecho; la misma postura con la que me increpó más de una década atrás. Lo que no parecía comprender era que ante él no tenía a un joven perdido que no podía pensar más que en la fecha de la siguiente fiesta.

—No está dando el cien por cien y hay mucho en juego para que unos pájaros en la cabeza arruinen su carrera.

Nunca supe por qué este hombre me odiaba tanto. Antes, porque ella era menor de edad, después, porque mi estilo de vida no era el apropiado y ahora, ¿qué?

—Mayra conseguirá todo lo que se proponga —aseguré.

—De eso no tengo la menor duda, pero no desde un pueblo que no sale en el mapa.

Fui a replicar, aunque volvió a adelantarse.

—O desde una capital de provincia.

Por lo visto, con Francisco, este era el único tipo de conversaciones que podíamos mantener. Aquellas en las que, no con demasiada finura, se me lanzaba el inequívoco mensaje de «mantente alejado de mi hija, capullo».

Capítulo 39

Mayra

—Con que un proyecto en internet —dejó caer Huck al entrar por la puerta de nuestra habitación del hotel.

—Vendemos ropa *online*, ¿no?

Me senté para quitarme los zapatos. Los tobillos me estaban matando.

—No sé si cabrearme o darte la enhorabuena.

—Entendería sin problemas lo primero y me alegraría mucho recibir lo segundo.

—Como ya no me enfado contigo, recibe mis felicitaciones. —Me levantó de la silla y me abrazó con fuerza—. Ahora quítate la ropa y ven a la cama a contármelo todo. Ya no tienes más excusas para tenerme en vilo.

No podía haber tenido una mejor idea. Estaba agotada, pero me apetecía charlar un rato con él antes de caer dormida en sus brazos.

Me tumbé a su lado apoyando la cabeza en su pecho.

—Cuenta, niña. Estoy preparado.

Carlos no dejaba de asombrarme. Había temido que montara en cólera por no haberle puesto sobre aviso y, sin embargo, allí estaba tumbado esperando. ¿Se le puede pedir algo más a una pareja?

—La idea se me ocurrió estando en París —empecé—. Una de mis compañeras de piso era de una zona perdida a unos cuatrocientos kilómetros de la capital y un día, hablando de esto y aquello, me comentó que se había acostumbrado tanto a las ventas por catálogo que, incluso en París, le daba pereza ir de tiendas. Además, aseguraba que con internet todo estaba a su disposición y solo apretando un botón.

»Hasta ese momento no me di cuenta de que los que viven fuera de los centros urbanos deben desplazarse para comprar todo lo que no sean productos de primera necesidad y sabiendo que hoy en día casi todo el mundo tenía conexión a internet... Parece mentira que no me acordase de los viajes que mi abuela hacía para comprarnos un pijama.

»Sabía que estaba todo inventado y que las grandes firmas de ropa no siempre funcionaban bien en la red, pero ¿qué pasaría si enfocaba el negocio desde el otro lado? No se trataría de una tienda que pasase a vender en internet, sino una tienda virtual que, con el tiempo, podría pasar a ser física.

»En esa idea basé mi proyecto en el MBA que hice en París; por desgracia, fui a intentar hacerlo realidad con la peor persona que hay bajo el cielo. Me utilizó hasta tener el proyecto en marcha y me dejó en la estacada en cuando creyó que comenzábamos a despegar llevándose con ella los primeros beneficios. Román se unió a nosotros poco después de empezar. El pobre también se llevó de golpe su sobredosis de realidad. Había muchísimo que pulir y no salió como esperábamos. Si contamos, además, que no teníamos ya reservas... Al final, viendo que la cosa

nunca prosperaría, saltamos del barco antes de que se hundiera. Ambos trabajamos gratis durante todo un año, pero aprendimos de la experiencia.

»En aquella época conocí a alguien.

—¿Alguien? —Se tensó de repente.

—Wolfgang.

—¿Como el músico?

—¿Por qué todo el mundo hace ese comentario? Wolfgang es un nombre de lo más normal.

—Sí, claro. Y yo me llamo Rogelio.

—¿Me dejas seguir?

—Por supuesto. Estábamos en que empezaste a tocar el clavicordio.

—¡Huck!

—A veces eres una gruñona, niña. Vale, sigue.

Se acopló más cómodamente y me apretó con el brazo para que continuara.

—Gracias. Como iba diciendo. Conocí a Wolfgang y una cosa llevó a la otra...

—Sáltate esa parte.

—Es una parte esencial del relato.

—No estoy de acuerdo. Seguro que me la puedes evitar. ¡Y no pongas cara de querer martirizarme! Sigue.

—Wolfgang resultó ser un encantador de serpientes.

—A lo mejor sí que esa parte de la historia era pertinente.

—Tarde, majó.

Nos echamos a reír, pero ni él volvió a preguntar por esa parte de la historia ni yo me molesté en recordarla. Tampoco es que fuera nada del otro mundo, la verdad.

—Seguí a Wolfgang de vuelta a Alemania y me encontré con un país en el que, si no hablas el idioma, despídete. Con tiempo de sobra, volví a intentar algo parecido a lo de París, pero esta vez, además del alma, el proyecto me dejó sin blanca. Es más, la idea de Wolfgang de hacer las cosas bien era a base de pedir prestado y no sé cómo se las apañó, pero acabamos con créditos que el negocio no pagaría ni aunque nos convirtiéramos en el nuevo INDITEX. Coche, piso y otras cosas de las que presumir. A la edad de veintiséis y al borde de la bancarrota. Parte de la indemnización por el accidente de mi madre pagó aquella locura y me ayudó a empezar de nuevo. Ni mi padre ni mi hermana querían tocar ese dinero, así que me dejaron invertirlo en mi nueva andadura cuando, ya en Madrid, volví a encontrarme con Román. Pinky decidió dejar su trabajo como desarrolladora en una gran empresa porque, según ella, había tocado techo por lo que pudimos tener a un genio informático en nuestras filas. Precisamente eso fue lo que faltó en las dos ocasiones anteriores. Buscar esos servicios de forma externa fue un grave error.

—Pero, volviendo a Alemania —continué antes de que dijese nada—, Wolfgang no trabajaba; al menos, no de forma regular. Se las daba de empresario sin pegar palo al agua y me acusaba a mí de dedicar horas y horas a la empresa cuando lo que tenía que hacer era buscar gente que hiciese el trabajo por mí. Al final además de tener yo la culpa de que los bancos nos estrangularan, se me acusó abiertamente de haber arruinado nuestra relación.

Huck me abrazó con fuerza.

—Ese músico de pacotilla es un desgraciado. Si algún día nos lo cruzamos, recuérdame que le dé con un clarinete en la cabeza —dijo.

—¿Por qué un clarinete?

—Es el primer instrumento con forma de bate que me ha venido a la cabeza.

Decidí utilizar el momento para introducir un tema delicado en el que era esencial estar de acuerdo si queríamos mantener nuestra relación a flote.

—No es fácil tener una empresa y no es frase hecha. Muy pocas parejas sobreviven a algo como esto.

Huck me miró extrañado y yo lo entendí porque rara era la vez que un funcionario siquiera atinaba a imaginar lo que tener una empresa suponía.

—Son horas y horas de estrujarse el cerebro para nada. Vivir al borde de la quiebra con cada cambio en la legislación de aquí y allí. Es una lucha constante con Hacienda y sientes como una losa la responsabilidad de dar de comer a tantas familias como empleados tengas. Lo de llegar mal a fin de mes es una metáfora; hasta que el banco no da el visto bueno a las nóminas, no respiras a gusto y cada euro que pagas en comisiones es un segundo de vida menos.

»En esta empresa, Pinky, Román y yo hemos puesto todo lo que tenemos y después de dos años de andadura, no podemos decir que la cosa vaya a ser un éxito.

Huck escuchaba serio lo que tenía que decir y parecía imbuido en una conversación interna consigo mismo. Pero debía soltarlo todo primero, antes de que me hiciese preguntas.

—Juro que no es cierto, pero parecerá que mi única obsesión es la empresa, que mi amor es la empresa, que sin la empresa no soy nada. De hecho, si terminé en Santo Domingo, es porque creían que estaba al borde de quemarme. Dormía como mucho cuatro horas al día, sobrevivía a base de café y, salvo que tuviésemos una comida de negocios, nunca comía caliente. Pinky tuvo un amago de infarto al poco de empezar y eso nos obligó a pisar el freno. Decidimos entonces que, de forma alterna, tendríamos siempre dos días completos libres a la semana, un horario estricto de oficina y al menos un mes de vacaciones al año. Trabajar desde casa es fácil, pero también controlamos las horas. Cuando yo empecé a mostrar síntomas de agotamiento, me llevaron a una cura de reposo durante una semana y entonces pensé en el pueblo; al terminar con la colección de verano, decidí mudarme e intentar compaginar Madrid y Santo Domingo. Me dieron el mes de vacaciones y luego dos meses en cas...

—¿Quién? ¿No eres la dueña?

Suspiré resignada.

Los tres fundadores vivíamos bajo el yugo de «la empresa». Un ente que nos utilizaba como peones para mirar por su bien. Realmente extraño, aunque no menos cierto.

—Román, Pinky y yo tomamos las decisiones de forma unánime e intentamos buscar el mejor equilibrio entre nuestra vida personal y la profesional. Pero las decisiones se toman pensando primero en la empresa y luego en los individuos. Una vez que dejé el trabajo hecho, tenía merecidas mis vacaciones; los dos meses siguientes los tendría libres, si bien siempre estaría disponible, un mes más de trabajo a tiempo completo desde casa y vuelta entonces a la rueda del hámster; justo a tiempo de lanzar las siguientes novedades. Como estar ociosa me daba cargo de conciencia, terminé por trabajar a días alternos. Esto último no se lo digas a Román. Me vino bien para investigar a fondo lo que hacía la competencia.

»Llevo yendo y viniendo, del pueblo a Madrid y de Madrid al pueblo desde entonces.

—Dos meses es una oferta generosa.

—Cierto. Lo que indica lo mal que me vieron. ¿Has oído hablar alguna vez del nudo nervioso?

—No —contestó confundido.

—Pues es una cosa que se instala en la boca del estómago y que presiona hasta que no puedes comer, beber o incluso respirar. El mío lo sentía como del tamaño de un melón y, en algún momento, en vez de hablar tartamudeaba por la falta de aire en los pulmones y en el cerebro.

Huck me apretó otra vez con fuerza sin decir nada.

—Cuando quise darme un respiro, Santo Domingo fue el único lugar que me vino a la cabeza. Sé que está algo lejos, pero me da perspectiva. Tiempo libre, lo que se dice tiempo libre, tengo más bien poco, aunque es pisar el pueblo y siento que estoy de vacaciones.

—Sé a qué te refieres.

Estuvimos un rato en silencio disfrutando el uno en los brazos del otro.

—Huck.

—¿Hmm? —El pobre seguía pensando y pensando. Era más que posible que huyese en cuanto pisásemos tierra patria al día siguiente.

—Mi pareja debe conocer los pros y los contras de lo que supone esto —zanjé.

Se tensó de repente y me separó lo suficiente para mirarme a los ojos.

—¿Me estás diciendo que nos olvidemos? ¿Que lo dejemos?

La cara de pánico que puso casi me hace llorar y saltar de alegría al mismo tiempo.

—No, pero no esperes una relación tradicional. Mis horarios nunca se ajustan a las ocho horas reglamentarias. A veces empiezo a las ocho de la mañana y a veces a las diez. Aunque tenga por derecho al menos dos fines de semana al mes, es difícil que tenga dos días seguidos libres y, en más ocasiones de las que sería estrictamente necesario, ando como ida porque he visto algo en la contabilidad que no cuadra o el ratio de conversión no se ajusta a lo esperado. Cuando trabajo en casa trabajo, es decir, que no me paseo o me dedico a ver la televisión. No recuerdo la última vez que leí una novela porque a mis manos solo llegan informes, revistas económicas y tratados de sociología y mercadotecnia. Ponme con Diana en un albergue para gente sin techo y, en vez de repartir comida, terminamos por hacer encuestas.

—¿Estarías dispuesta a ponerme el segundo en tu lista?

¿Dónde estaba el mamporrero que me tenía siempre a distancia? Si dejaba que este nuevo Huck se me acercara más, no iba a haber manera de que le soltara después. Si ahora decidía seguir adelante, lo haría con todas las consecuencias, contra viento y marea. Solo tendría que rezar para que él aguantase la tormenta.

—Huck, eres la primera de mis prioridades, pero tengo que comer. Es difícil de explicar porque en realidad yo no voy al trabajo, el trabajo soy yo, las veinticuatro horas del día. Es imposible desconectar. Me da muchísimas satisfacciones, pero solo me oírás hablar de problemas y más problemas que ni te van ni te vienen.

—Entonces decidido —sentenció mientras me besaba en la frente—. Yo te ayudo encantado con el estrés y, además, me ofrezco como oreja oficial. Recuerda que soy hijo y hermano de autónomos, por lo que es imposible que me asustes. Tú, a cambio, prometes dormir conmigo todas las noches. En Madrid, Ávila o Santo Domingo. ¡Ah! Y si tengo tiempo, viajo contigo o le doy la tabarra a Román en la oficina, pero tendrás que aprender a tenerme cerca. Lo de que no seáis una empresa de cara al público tiene que tener sus ventajas y voy a explotar ser consorte de una de las accionistas mayoritarias. ¿Trato hecho?

El pobre no sabía donde se estaba metiendo, pero estaba más que dispuestísima a intentarlo, aunqueuviésemos que organizar nuestro tiempo juntos a base de notaciones en agendas y pósitos en la nevera.

—Trato hecho. Sobre el estrés...—Empecé a jugar con su ombligo— Ya has visto lo duro que he trabajado hoy. ¿Crees que podrías ayudarme?

—No sé. Primero tengo que hacer un plan de ruta. —Bajó el dedo índice por mi cuello—. Empezaré el mapa por aquí.

No pude decir nada a partir de ahí porque su mano empezó a conectar puntos entre mis piernas y yo ya no supe en qué ciudad del mundo me encontraba.

Capítulo 40

Carlos

No está bien espiar, pero es que estaba justo al otro lado de la doble puerta abierta y en media hora teníamos nuestra sesión dominical en el hostel. Para disimular, Mayra había llegado diez minutos antes que yo y ahora discutía con Milagros. Yo estaba apoyado en la barra tomando un café y las veía ir y venir mientras lo preparaban todo.

—Estás enfadada conmigo —oí a Mayra decir.

—No —contestó seca Milagros.

Mover cosas sin ton ni son sobre la mesa daba margen para no tener que levantar la vista y mirar a la amiga desesperada que intentaba hacer las paces.

—Estás cabreada, no lo niegues. Desde que dije aquello de que no somos una «comisión de apoyo al empresario castellano» no has vuelto a dirigirme la palabra.

Milagros debía estar realmente resentida porque no se dignó ni a negar ni a afirmar. Raro en ella.

El bebé empezó a llorar.

A pesar de acabar de dar a luz, Milagros insistió en que siguiéramos juntándonos en el hostel, al fin y al cabo, no había muchos sitios en donde cupiésemos todos.

Y esa era otra. Desde la reunión en La Cuadra, cada vez venía más gente y no para interrumpir a la primera de cambio, sino para escuchar. Por lo visto, Carmen había grabado la reunión y todo el mundo en el pueblo pudo ver en vivo y en directo a la Cabrera ponerlo todo patas arriba.

Para evitar el caos habíamos abierto un libro de sugerencias. Una vez leídas, las íbamos sacando en las reuniones y analizábamos si tenían o no potencial.

—¿Te dejo sola? —preguntó Mayra en un hilo de voz.

Milagros debía haber empezado a dar de mamar.

—No. Cuando te has abierto de piernas para medio equipo médico de la maternidad y te han visto hasta las entrañas, que una amiga te vea dar el pecho es casi poético.

Rieron juntas, aunque duró poco.

—Sé que he estado arisca —admitió Milagros—, pero es que no tienes idea de lo difícil que se han puesto las cosas. En verano recibimos gente, no mucha, pero es que el resto del año solo vienen los cazadores y en fines de semana. Está todo tan parado que, de seguir así, vamos a tener que cerrar.

—¿Y crees que porque yo no tengo aquí un negocio no me preocupo?

—Claro que no, pero si nosotros cerramos, dime quién queda para recibir turistas. Dos casas rurales y para de contar. La asociación debería pensar primero en nosotros, ¿no te parece?

—Si conseguimos atraer gente, tu negocio saldrá ganando. Además, enfocar nuestros esfuerzos en el hostel y en las casas rurales no resuelve el problema de fondo.

—Damos trabajo —dijo Milagros a la defensiva.

—El negocio lo lleváis tú, Fernando y tus padres. A riesgo de que te enfades más aún conmigo ¿a cuántos das de trabajar? ¿A uno? ¿A dos y a media jornada si el negocio va viento en popa?

—Mejor que ninguno.

—Pero sigue sin solucionar nada. Es como estar colgando de un hilo que a ciencia cierta terminará por romperse. Con lo que dije en La Cuadra solo pretendía abrir algo las posibilidades, nada más. A ti que más te da que vengan a Santo Domingo porque haya un Spa o porque vengan a conocer el claustro del convento que, según la leyenda, el santo estableció aquí. La diferencia reside en que el Spa costará un ojo de la cara construir y mantener mientras que las ruinas del claustro llevan ahí siglos sin pedir pan.

En ese momento empezó a entrar la gente y empezaron a caer los cafés. Cada vez me costaba más entender lo que se decían en la otra sala con el repiqueteo de cucharas y tazas.

—Milagros, solo te pido que si tenemos opiniones contrarias, se queden aquí y no afecten a nuestra amistad.

No pude escuchar ni ver la reacción de Milagros porque Pedro me arreó un manotazo en la espalda.

—¿Preparado, tesorero? El secretario acaba de entrar por la puerta y como Fernando tiene gente en la cafetería, no hay por qué esperarle.

Nos apelonamos todos alrededor de la mesa, incluido el cura, y alguno tuvo que sentarse sobre los barriles de cerveza alineados contra la pared.

—Tengo aquí —dijo Rosales, el ex-secretario de facto, pero todavía secretario en la práctica— el libro de sugerencias y hoy toca... ¿Escuela?

Miré de reojo y sí, alguien había escrito con mayúsculas la palabra «escuela» y nada más.

—Sí —dijo Mayra levantando la mano.

—Tú dirás.

—La vieja escuela se cae a pedazos. ¿Ya no se dan clases aquí? —preguntó suavizando el tono.

—Ahora los niños van a Corneja para la primaria y a Villaseca al instituto o la FP. Van y vienen en autobús, aunque muchas veces los padres tienen que hacer turnos para llevar y traer a lo chavales si tienen alguna actividad extraescolar.

Mayra escuchó asintiendo con la cabeza. Oír aquello no le hizo ninguna gracia, pero esa era la realidad del pueblo. Teníamos niños, aunque no los suficientes para tener siquiera un maestro.

Era deprimente.

—¿Nada más? —preguntó Rosales con la vista otra vez en el libro de sugerencias.

—No. Quería conocer la situación antes de exponer mi idea.

—¿Y qué idea es esa? —animó Patricia sentada en uno de los barriles.

—¿Quién es el propietario de la vieja escuela, aquí, en Santo Domingo? —preguntó Mayra a su vez.

—El pueblo, creo —contesté—. Es terreno público y el edificio también.

—¿Está estipulado que el edificio sea utilizado en exclusiva como escuela? —Las preguntas de Mayra eran siempre demasiado atinadas.

—No lo sé —admití—. ¿Por qué?

—¿Qué tal si recuperamos el edificio y lo trasformamos en una biblioteca y un lugar para reunirse?

—¿Como la sede de la Asociación Piedras? —dijo alguien de cachondeo.

—Exacto —replicó Mayra toda seria—. Y donde todos puedan leer, los niños hacer los deberes, los mayores usar un ordenador, cuentacuentos, club de lectura, juntarse para hacer punto

los miércoles, los domingos para discutir sobre qué hacer para las fiestas o cualquier otra actividad cultural que se nos pase por la cabeza. Eso es exactamente lo que estoy diciendo.

Empezaron los murmullos.

—Perdona, pero es una idea descabellada —soltó Milagros.

—¿Por qué? —preguntó alguien.

—Porque no podemos permitirnoslo, por eso.

—Todavía no hemos llegado a eso, Milagros. La cuestión es si la idea puede prosperar —aplacó Rosales.

—Milagros, hemos recaudado un montón de dinero para arreglar el campanario. Podemos hacer lo mismo con la vieja escuela. Además, es un bien público y para cosas como esa pagamos impuestos, ¿no? —dijo otro.

—¿Y para qué diablos necesitamos una biblioteca? Eso ni da dinero ni atrae a la gente. Es tirar a la basura los pocos cuartos que tenemos en la caja —dijo uno de los más mayores.

—Pero ayudará a que se vaya menos gente a largo plazo —intervino Mayra.

—Tonterías —dijo Milagros.

Mayra levantó las cejas y sé que contó hasta veinte.

—Cualquier pueblo necesita una infraestructura —dijo mi novia muy pausadamente—. Y no solo me refiero a puentes y carreteras; hablo de infraestructura social.

Milagros entonces la llamó «resabida», pero se lo dijo al bebé que tenía en brazos. Mayra, por su parte, siguió pretendiendo no haber oído nada.

—Un hostel, un bar, una iglesia, el Ayuntamiento, centro médico, una escuela, una farmacia, economato y otros oficios como construcción, panadería, carpintería, cooperativas agrícolas y ganaderas, hacen que un grupo de personas sea una comunidad funcional. Sin eso, la gente se va porque no hay ni trabajo ni perspectivas. Aquí nos falta la mitad, así que el que puede, se marcha. Si hay que unir esfuerzos, debería ser para mantener esa estructura o recuperarla, como es nuestro caso. Recuperemos la vieja escuela, démosle uso y en cuanto nazcan tres niños más, presionemos por traer maestros.

»He estado mirando y nuestra escuela y la de Corneja son las escuelas más grandes de la zona. ¿Por qué deberíamos dejarla derrumbarse?

—He oído que en Corneja —dijo Carmen—, van a construir un nuevo edificio para los chavales porque el que tienen no cumple con la regulación y, por lo visto, es más barato hacer uno nuevo.

—He visto el proyecto —dijo Pedro—. Quieren plantar un bloque de hormigón a la salida del pueblo y derruir la escuela para montar un centro de visitas o algo parecido. Este último quieren que parezca un cubículo de cristal y acero. Muy moderno, pero algunos dicen que no pega ni con cola.

—Si recuperásemos la vieja escuela siguiendo la arquitectura tradicional, además de un espacio para la cultura, mantendríamos el espíritu de sierra Negra. Los que quieran ver la esencia de esta zona terminarán por venir aquí, aunque sea para echar un vistazo —dijo el cura para mi sorpresa.

—Pero terminarán por dormir en Corneja, donde pueden presumir de centros de visita en acero y cristal. —La acidez con la que Milagros hablaba era tan palpable que hasta ella parecía incómoda con sus propias palabras.

Al cabo de media hora de discusión, quedó claro que las opiniones en contra eran mayoría, aunque ciertos miembros de peso parecían encantados con la idea. No era un mal comienzo.

A Mayra, sin embargo, se la veía miserable.

—¿Por qué se lo toman todo a la tremenda, como si les estuviese ofendiendo? —me preguntó

una vez en casa.

—El miedo a lo desconocido. Además, te tienen delante para echarte la culpa de todos los males. Dales tiempo.

Se acurrucó a mi lado en el sillón de la habitación.

—¿Y tú que piensas?

—¿Sobre tu idea?

—Sí.

—Que es magnífica. Brillante de puro simple. Te habría dado un beso en los morros saltando sobre la mesa, pero alguno no lo habría visto bien.

—¿Que me besases?

—No, que tirase todo por el camino.

Rio y me hizo sentir bien. Sentada en mis brazos pidiéndome consejo y dejándome consolarla, me hizo sentir mejor que bien. Sereno, confiado, por completo a su merced y en paz conmigo mismo.

Supongo que por eso se me soltó la lengua.

—Quiero estar contigo siempre, niña.

—Ya estamos juntos —dijo.

—Para siempre, siempre, me refiero. —Al decirlo en alto creo que yo mismo me asombré de la magnitud de mi declaración.

Mayra por su parte, pareció dejar de respirar y, muy despacio, se incorporó para mirarme entre asustada, asombrada, prevenida y feliz.

Solo podía pedirle una cosa más a la vida.

—Si quieres me arrodillo, aunque no tengo anillo con piedras preciosas y el discurso preparado. No hay velas ni música, solo yo.

Pasó a respirar con dificultad.

—¿Me estás preguntando lo que mi vívida imaginación cree que me estás preguntando? — tanteó.

Cogí su mano, besé la palma, tragué con dificultad y volví a mirarla a los ojos.

—Te estoy pidiendo que te cases conmigo, Mayra. Te voy a suplicar que seas mi compañera de vida, que me aceptes como tu compañero, que me dejes hacerte feliz hasta mi último aliento. Por favor, únete a mí. Quiero prometer que te querré siempre. Me haces falta, niña.

Quedó muda y yo me asusté. A una Cabrera jamás le faltaban las palabras, nunca. Había ido demasiado rápido, la estaba presionando, iba a mandarme a freír puñetas.

—Piénsatelo con tranquilidad. No tienes que contestar...

Posó su mano libre sobre mis labios.

—Deja de volverte loco, Huck. Dame al menos un segundo para recuperarme del *shock* y decirte que sí con algo de elegancia.

Grité un «¡ha dicho que sí!» a pleno pulmón y ella se lanzó a mi boca sellando nuestro compromiso.

Capítulo 41

Mayra

Supé que aquella reunión iba a salir mal en el momento que mi padre abrió la puerta y posó la vista sobre Huck. El desprecio que salía a chorros por cada poro de su piel, bien podría haber envenenado a cualquier insecto que volara a nuestro alrededor.

Me saludó con un abrazo que duró mucho más de lo normal, apretando muchísimo, mientras que ni siquiera se molestó en estrechar la mano de mi acompañante.

Se me heló la sangre pensando que no solo aparecía allí con un novio, sino con un prometido que, a ojos vistas, no era de su agrado.

—Hola, papá. Seguro que te acuerdas de Carlos. —Sentí que empezaba a sudar, igual que cuando esperaba un castigo después de alguna travesura.

—Le recuerdo.

Bien, dos palabras. Íbamos mejorando.

Mi padre apartó la vista y con el brazo nos invitó a pasar.

—Tu hermana ya está aquí. En un momento la comida estará servida.

—¿Has cocinado? —pregunté más que asombrada.

Desde que mi madre falleciera, mi padre no había aprendido ni a freír un huevo. Entre las reuniones en restaurantes, la comida para llevar y los precongelados, mi padre se apañaba mejor que bien.

—*Catering*. Es el invento del siglo, solo hay que poner la mesa.

Y me lanzó una mirada que decía «así que ya sabes lo que tienes que hacer».

—Ayudaréis a Elisa —mandó.

Agarré a Carlos de la mano para ir al salón, pero no conseguí que se moviera.

—He traído un par de botellas de vino —dijo después de carraspear—. A lo mejor van bien con la comida.

Mi padre ni le miró. Extendió la mano, cogió las botellas y desapareció por la puerta de la cocina.

—¿Qué bicho le habrá picado? —me pregunté en alto.

Carlos encontró aquel comentario muy cómico porque soltó un bufido allí mismo.

—Este es el Francisco que yo conozco, niña. No creo haberle visto relajado en mi presencia nunca. De hecho, el que haya aceptado el vino es toda una proeza. Creo que le caigo realmente bien.

Esta vez fue él el que me empujó en dirección al salón porque yo seguía perpleja con la escena que acababa de presenciar. Puede que mi padre y Carlos se conocieran mejor de lo que en un principio pensé. Pero era imposible; ellos nunca habían coincidido en el mismo sitio en el mismo lugar más que en contadísimas ocasiones durante mi infancia.

Mi hermana estaba demasiado concentrada con el mantel como para percatarse de nuestra presencia. Tiraba de las esquinas para que el pedazo de tela quedara centrado, pero no terminaba de estar a su gusto. Cada vez que quedaba contenta con un lado, fruncía el ceño porque el otro lado quedaba descuadrado.

Sí, mi hermana era una perfeccionista insufrible. En el trabajo y en casa. De ahí que quisiera cambiarlo todo en La Cuadra.

—¡A las buenas! —grité justo a su espalda.

Elisa pegó un respingo y, al llevarse la mano al pecho, la mitad del mantel quedó arrugado.

—¡Mira lo que has hecho!

Me encantaba hacerla de rabiar por esas cosas. Si la dejabas, organizaba tu vida hasta el último detalle por lo que yo hacía todo lo posible por compensar. Yo era la única persona del mundo capaz de redimirla. Era poco menos que un acto caritativo para con la humanidad; salvo que consiguiera relajarse, acabaría por convertirse en una déspota. Tendencias ya tenía.

—Para con eso, que tienes que saludar a alguien. —Tiré de ella para que se alejara de aquel mantel.

Miró entonces a Carlos y dejó de prestarle atención a la mesa.

—Tu cara me suena —dijo sonriente mientras le daba dos besos.

—Zanahoria.

—Cuántas veces tendré que decirlo. ¡Rubio fresa! —Mi hermana tenía ahora los brazos cruzados sobre el pecho y lanzaba cuchillos por los ojos. Como si Huck fuera a cambiarle el mote con solo mirarle.

—Lo que tú digas, zanahoria.

—¡Ajjjjj! —Aunque de repente, paró de protestar y nos miró con atención toda seria dedicando dos segundos a nuestras manos entrelazadas.

—Sabía que teníais algo

—¿A sí? —pregunté porque no había manera de que mi hermana supiese nada.

—Las fiestas. Tú eres el desconocido bailarín del garaje —dijo señalando con el dedo a Huck.

¿Es que no era posible tener un minuto en privado en aquel pueblo?

—El mismo —soltó todo chulo.

—Pero... —dijo confundida—, yo pensaba que te llamabas Huck. ¡Oh, no! Creo que acabo de meter la pata.

Mi hermana me miró pidiendo disculpas por haber dejado caer que había otro hombre en escena. Elisa, a veces, cuando se relajaba demasiado, era una bocazas, pero era parte de su encanto.

—Tranquila —aseguró Carlos—. Somos la misma persona, aunque no sé por qué me llama Huck.

Y entonces Carlos le dedicó una sonrisa de oreja a oreja y mi hermana se deshizo allí mismo. Otra que no podía resistirse a sus encantos. Mientras Elisa miraba embobada, Huck cambiaba el peso de una pierna a otra.

—Ejem, hermana. Carlos está ya pillado, así que deja de babear. —Lo de ser bocazas lo llevábamos en la sangre.

¿Era posible que mi hermana pillase la directa? No.

—Seguro que no es nada serio —aseguró.

Antes de yo montar en cólera, Carlos reaccionó con esa tranquilidad suya.

—Me temo que lo es. Todo lo serio que se puede llegar a ser —afirmó mientras me acercaba a

él.

—En ese caso —suspiró la traidora de mi hermana—, seguiré dedicando mis esfuerzos al mantel.

Al darse la vuelta me dijo al oído:

—Creo que le gustas.

«¿En serio?».

—¡¿Está la mesa puesta?! —gritó mi padre desde la cocina.

—¡Un momento! —gritamos a coro mi hermana y yo.

—¡Menos cháchara o comeremos frío!

Entre los tres conseguimos poner la mesa justo a tiempo para que mi padre apareciera con la primera bandeja de aperitivos.

Nos sentamos los cuatro a comer. Carlos y yo a un lado, mi padre y mi hermana a otro.

La comida fue bien, aunque la conversación la mantuvimos Elisa y yo. Carlos nos miraba, pero no decía nada; mi padre ni siquiera eso. Enfocaba los cinco sentidos en el plato que tenía delante y solo se movía para utilizar los cubiertos o levantarse y traernos más comida.

En algún momento de la sobremesa, Huck entrelazó su mano a la mía y apretó para llamar mi atención.

—Creo que es el momento —susurró.

Yo me puse roja, pero tenía el guion aprendido.

—Tengo una buena noticia que dar. Le dije a mi familia.

Elisa sonrió esperando que continuara y mi padre, por fin, levantó los ojos de la mesa.

—Carlos me ha pedido que me case con él y yo he dicho que sí. —Ese no era exactamente el modo en el que me lo había preparado, pero estaba tan nerviosa que el anuncio había salido algo brusco. Con todo y eso, sentí que me quitaba un peso de encima.

La sonrisa de mi hermana quedó petrificada en su cara y creo que los párpados quedaron pegados a las cejas. Mi padre palideció poniendo cara de susto y comenzó a negar con la cabeza.

Sabía que sería una sorpresa, aunque no esperaba esa reacción.

—Francisco —atenuó Huck—. Llevo enamorado de tu hija desde hace muchísimo tiempo. He esperado y esperado a que fuera un buen momento para ella y estoy muy feliz de que me corresponda. Espero que, después de asimilar la noticia, estéis tan contentos como nosotros.

Huck, obviamente, tenía el discurso mucho mejor preparado que yo porque juro que empecé a derretirme allí mismo.

—No —dijo mi padre—. Jamás.

Mi hermana giró la cabeza, aunque no se atrevió a preguntar y yo tuve que llevarme la mano a la boca para no soltar un grito.

Carlos se estiró en la silla manteniendo la mirada de mi padre como en una especie de duelo.

—Diste tu palabra, muchacho —acusó mi padre señalándole con el dedo—. No aceptaré que te cases con mi hija.

—¿De qué estás hablando, papá? —acerté a tartamudear. La cosa empezaba a ponerse surrealista.

—Este... saltacunas. Nos hizo una promesa a tu madre y a mí. Una promesa que, por lo visto, ha decidido ocultarte.

—¿Huck? ¿De qué va todo esto?

—No voy a renunciar a ella, Francisco. Con promesa o sin promesa no voy a dejarla marchar. Ya no.

Mi padre le dio una patada al suelo que retumbó en toda la habitación.

—¿Es esa la manera en que mantienes tu palabra? ¿Quieres así convencerme de que eres de fiar?

Carlos empezó a enfurecerse, a enfurecerse de verdad, con los puños cerrados sobre la mesa y la vena de la frente palpitando a punto de estallar.

Pero fuese lo que fuese lo que allí se cocía, no se trataba solamente de ellos. Estaban hablando de mí y yo me encontraba en la sala, por el amor de Dios.

—¡Se acabó! O me decís qué pasa o me marchó. —Había empezado a llorar y no sabía por qué. Sentía que el aire me pesaba en los pulmones cada vez más y solo era la antesala de lo que estaba por venir.

Mi hermana, por fin, salió del trance con mi grito y asintió con la cabeza apoyando la moción agarrándome de la mano para darme ánimos.

—Hora de sincerarte con tu novia, hijo. —Ignoré el tono con el que mi padre menospreciaba a Carlos porque había otras cosas más importantes de las que hablar, pero no iba a consentir que tratara sin respeto a mi prometido en el futuro.

—¿Carlos? —Creo que no soné demasiado confiada.

Huck contestó a mi pregunta.

—El verano que nos conocimos, no sé cómo, tus padres pensaron que tenía malas intenciones con respecto a ti.

Mi padre rio como lo haría el malo de cualquier película.

—¿No sabes cómo? Venga, hombre. Ibas como un perro en celo detrás de ella babeando y, no sé qué cosas le dirías, pero mi hija parecía flotar en una nube. Querías meterte en sus faldas y ¡era menor!

Ahora empezaba a comprender.

—Eso fue hace mucho tiempo, papá.

—Deja que termine. Verás con qué calaña quieres casarte.

Iban dos. Dos insultos en cinco minutos.

Carlos volvió a tomar mi mano y se giró para mirarme a los ojos.

—Tu padre tiene razón. Me volví loco aquel verano pensando en ti y, por lo visto, fue evidente para el resto. Una tarde que estabas con tus amigas en el río, tu padres me invitaron a vuestra casa. Tras una larga conversación, accedí a no intentar nada contigo.

—Lo prometiste —volvió a acusar mi padre.

Carlos seguía mirándome a los ojos.

—Prometí mantenerme a distancia. Prometí no ir detrás de ti. Prometí respetarte; no hacer amistad contigo y conseguí mantener mi palabra. Te mantuve lejos durante muchísimo tiempo, pero esta última vez ya no pude más.

—Todos los hombres de tu familia sois iguales —escupió mi padre—. Jugáis con las mujeres y las dejáis tiradas en la cuneta cuando más os necesitan. No harás eso con mi hija.

—Eso no es verdad. —Volví a ver esa vena en la frente de Carlos a punto de explotar.

Por fin mi hermana metió baza.

—Aquí hay algo más que un escarceo entre una jovencita y un chaval algo más mayor.

Mi padre entonces encontró la excusa perfecta para soltar más sapos y culebras. Si es que era posible.

—Aquí nuestro amigo viene de una larga lista de señores que les son infieles a sus mujeres.

Con cada frase sentía que alguien pinchaba mis entrañas con una aguja y empezaba a tener ganas

de vomitar. Llevaban jugando conmigo años y años y yo ni siquiera me había dado cuenta.

—Eso no es verdad —repitió Huck cada vez con menos control de sí mismo.

—¿Quieres en serio que ponga las cartas sobre la mesa? —amenazó de nuevo mi padre.

—No tengo nada que ocultar y estoy seguro de que los hombres de mi familia tampoco.

—Su padre —dijo mi progenitor mirándome a los ojos— por poco rompe nuestro matrimonio.

—¿¡Qué!?! —espetamos al mismo tiempo mi hermana y yo. Todo aquello sonaba cada vez peor.

En ese momento, mi padre perdió algo la compostura y no estaba seguro de querer continuar.

—Francisco. Si quieres que todo quede claro, termina lo que acabas de empezar y suéltalo —forzó Huck.

Mi padre se desinfló y se llevó las manos a la cara.

—Vuestra madre y su padre fueron novios durante mucho tiempo.

Quise apartar la mano de Carlos, pero no me dejó.

—Llegó incluso a pedirle en matrimonio —continuó mi padre—, pero el muy cobarde lo mantuvo en secreto. Cuando se fue a la mili tu madre prometió esperar, pero él nunca volvió.

—Volvió —aseguró Carlos.

—Ya. Volvió para despedirse.

—No sé los pormenores, pero mi padre asegura que fue un malentendido y la distancia terminó por arruinar su relación.

—Qué va a decir, ¿que mi mujer tuvo la culpa?

Mi padre se irguió en el asiento y en ese momento pensé que llegarían a las manos.

—No. Él reconoce que la culpa fue de los dos. Antes de decidir culpables, sería mejor escuchar ambas versiones. Además, lo que pasara entre ellos no tiene nada que ver con lo que siento por Mayra.

—No eres de fiar —Otro insulto.

—¿Por qué?

—Eres un mujeriego. —Otro.

—Si tan malo soy, ¿por qué no dijiste nada en París? Allí fui acompañando a tu hija y no hace falta ser un lumbrera para ver que éramos más que amigos. Me presentó como su pareja.

—No pensé que lo vuestro hubiese llegado tan lejos. Tenía intención de prevenirla hoy, pero vosotros veníais con otros planes.

Ahí puse pie en pared.

—Creo que los dos olvidáis algo —intervine—. Con quien venga o vaya es cosa mía, ¿de acuerdo?

Eso se lo dije a mi padre.

—Pero antes de discutir mi relación con Carlos, es obvio que tenemos toneladas de información que asimilar.

Me di la vuelta para hablar con mi prometido.

—Huck, creo que debo mantener una larga conversación con mi familia. En privado.

Carlos fue a protestar, aunque le corté antes de que dijese nada.

—Nada cambia entre nosotros, te lo prometo. Pero mi hermana y yo merecemos explicaciones después de lo que acabo de oír y estoy segura de que ahora mismo mi padre no aprecia tu compañía.

Volví a enfocar la atención en mi padre.

—Esta es la última vez que vuelves a faltarle el respeto a uno de mis invitados. Prometido o no. Y, salvo que no quieras volver a verme, será mejor que empieces a aceptar la idea de que le

quiero y tengo intención de casarme con él independientemente de lo que tú opines.

Mi padre volvió a enfurecer y agarró el mantel con los puños.

—Antes de explotar piensa bien lo que vas a decir. No tienes delante a la chavala de diecisiete años a la que controlar conspirando a sus espaldas. He dejado que decidas qué hombre me merece y qué hombre no. Me he dejado aconsejar hasta que, irremediabilmente, me has puesto siempre entre la espada y la pared. Acabo de enterarme de que, durante más de diez años, sabías que estaba interesada en él y él en mí y has hecho lo posible para separarnos. Papá, ahora mismo no eres mi persona favorita, pero sabiendo que mi madre era de la misma opinión escucharé lo que tengas que decir.

Volví de nuevo a prestar atención a Carlos.

—¿Harás esto por mí, Huck? —supliqué.

Carlos apretó los labios y asintió de mala gana con la cabeza.

—Te acompaño a la puerta. —Me levanté antes de que cambiara de opinión.

Salimos en silencio del salón y ya en la puerta me estrechó entre sus brazos.

—Te pondrá en mi contra, niña. Si os dejo ahora no volveré a saber de ti.

Nunca le había visto tan vulnerable, tan inseguro de algo.

—Confía en mí. Espérame en casa, prometo ir allí volando en cuando termine aquí. Todos esos secretos deben salir a la luz. Necesito saber qué es eso que mi padre tiene en contra tuya.

—Quiero estar presente.

—Si tiene que ver con la vida privada de mi madre, puede que sea mejor que primero nos lo cuente a nosotras. ¿No te parece?

—¿Cómo voy a defenderme si no estoy presente?

Entonces acaricié sus mejillas y sonreí apenada.

—Yo estaré aquí para defenderte. Nuestra familia comienza a construirse a partir de este momento. Tú estarás siempre conmigo y yo contigo, estemos en el mismo lugar o no. En el fondo, es lo que lleva pasando durante años. Nuestras vidas iban por caminos distintos, pero siempre estuvimos presente en el otro.

Huck me besó entonces con tanto ímpetu que acabé con la espalda contra la pared del pasillo dándole con mis labios lo que mi corazón gritaba.

«¡Te quiero! ¿Por qué me has puesto otra vez en una tesitura como esta?».

Muchos minutos después, me ayudaba a poner los pies sobre el suelo con delicadeza.

—Esperaré en casa —susurró—. Llama si hay algún problema.

Asentí con la cabeza.

Antes de salir, volvió a abrazarme.

—Eres mía, Mayra. Siempre lo fuiste y te aseguro que siempre lo serás, diga él lo que diga.

—Eso ha sonado muy chovinista.

—Probablemente, pero es cierto, y recuerda que funciona en las dos direcciones. Fui, soy y seré tuyo siempre. Ahora ve a pelearte con tu padre y ponme en buen lugar. No quisiera tener que pensar en puñaladas a la espalda cada vez que haya reuniones familiares.

—Ve tranquilo. —Sin embargo no las tenía todas conmigo.

En cuanto le vi ir escaleras abajo, sentí de golpe su ausencia. Cerré la puerta antes de llamarle para que volviera. Eso tenía que hacerlo sola, aunque al menos fuese por compensar tantos años de ignorancia.

Estaba tan enfadada con mi padre y también con Huck por ocultarme tanto que no podía enfrentarme a los dos al mismo tiempo. Ahora era el turno de escuchar lo que mi padre tenía que

decir. Cuando volviera a casa, esperaba tener suficiente fe en nosotros para escuchar sin salir corriendo lo que mi prometido tuviese guardado en la recámara.

Capítulo 42

Carlos

Aquella espera se me hizo interminable. A cada minuto miraba si tenía algún mensaje y me paseaba por el salón del piso de Mayra como un tigre en una jaula de circo barato. Perdido.

La reacción de Francisco me había pillado por sorpresa. Debía ser un buenísimo abogado porque no le vi venir. Nunca pensé que sacara a colación aquella «visita» de hacía tantos años. Uno podía pensar que un hombre de su edad no interfería en la vida amorosa de su hija.

Me equivoqué, y cómo. No solo había tendido que decirle a Mayra la verdad delante de su familia, sino que además acabé por ponerme gallito.

No exactamente como lo planeé.

Eran pasadas las diez de la noche cuando, por fin, mi chica apareció por la puerta arrastrando los pies con los ojos rojos e hinchados. Necesitaba un abrazo y se lo di gustoso.

—Deberías haberme llamado. Habría ido a recogerte —le dije al oído.

No quería soltarla. No sé. Mi instinto me decía que cuanto más cerca la tuviese, mejor.

—Mi hermana me ha acercado. Necesitábamos un momento para estar a solas después de todo lo que mi padre nos ha contado.

—¿Estás bien?

—Ha sido intenso, Huck. En mi vida había visto a mi padre pasar por tantos cambios de humor en tan poco tiempo.

—Ven a la cama. Necesitas descansar.

Cinco minutos después de acurrucarnos bajo las sábanas, seguía absorta en sus pensamientos apoyada en mí. No había dicho nada, pero, al menos, ahora parecía relajada.

—Mi padre tiene todavía muchas cosas que arreglar consigo mismo —dijo casi en un susurro un buen rato después.

—No sé si debo preguntar.

—Mi padre no ha superado la muerte de mi madre. Diez años después y todavía sigue echándole la culpa por dejarle atrás.

—Le entiendo bien. Si ahora desaparecieras, me enfadaría mucho contigo, después de morirme de pena, claro.

—Creo que tu presencia ha reavivado recuerdos que tenía a buen recaudo. Perdona por su salida de tono; asumo que estar en tu contra es una forma de tener más presente a mi madre. Por lo visto, tu padre dejó huella y afectó a su matrimonio.

Ahora era cuando iba a plantarme o a recriminarme cosas de las que no podía defenderme.

—Lo siento de veras.

—No es culpa tuya, Carlos. Tardará en asimilarlo, pero es verdad. Tú no tienes nada que ver en lo que mi madre y tu padre tuvieron cuando eran unos críos. Echártelo en cara ha sido un golpe bajo. Además, llamarte cosas no es con lo que fuese a ganar puntos conmigo, precisamente.

—No me estoy poniendo de su parte, pero con mis antecedentes familiares y personales, no creo ser lo que tu padre cataloga como un buen partido.

—¿Qué sabrá él de hombres? —Se giró para darme un beso con sabor a menta y acabó a horcajadas sobre mi regazo.

—Cuando me llamó mujeriego dio en la llaga. —El tema de las mujeres que habían pasado por mi vida nunca había salido a colación, aunque si no lo dejábamos zanjado, se volvería en mi contra en el futuro.

Mayra suspiró y separó algo el cuerpo.

—No me gusta imaginarte con otras, Huck, pero no voy a mentirme a mí misma pensando que has sido un monje cartujo en la última década. Yo tampoco he sido una monja.

Puse una mueca de asco ante tal comentario. Había quedado claro que lidiar con la presencia de sus novios era algo que gustoso quería olvidar.

—¿Vas a acusarme de incitadora por haber estado con otros hombres? —preguntó mientras entornaba las caderas.

—No —admití.

—Entonces, es justo que yo no te acuse de mujeriego.

—¿Eres siempre tan civilizada?

—No lo sé. Digamos que, desde que me incrustaras contra la encimera de mi cocina, no se me pasa por la cabeza que quieras estar con nadie más. Acúsame de ingenua.

Estaba en lo cierto. Mayra acabó de hechizarme con aquella patada a lo karateca, aunque de ingenua nada. Sabía que me tenía a sus pies.

—¿No estás enfadada conmigo?

Pensó un momento.

—¿Por qué habría de enfadarme?

Y yo me acobardé otra vez porque sabía que si presionaba, me arriesgaba a perderla.

—Por no contarte lo que sabía sobre nuestros padres.

—Es la vida privada de tu padre. No te correspondía a ti contarme nada.

—Pero afectaba a tu madre también.

—Y por eso debía haber sido mi padre el que nos lo contara. Además, dejarlo tanto tiempo en secreto solo ha hecho que saliera a la luz de la peor de las maneras. No entiendo qué costaba haber dejado caer que mi madre tuvo un noviete antes de casarse.

—Cuando fui a Sevilla la última vez, mi padre me contó que había estado enamorado de tu madre, pero que salió mal. Por lo visto fue algo serio para ambos, aunque no pudo ser. Con el tiempo encontró a mi madre y ya nunca miró atrás. Ahora que lo pienso, no recuerdo la última vez que se pasó por el pueblo.

—Por mi parte, al menos, ahora sé por qué mi padre odia tanto Santo Domingo. Si pudiese, mandaba un *bulldozer* a derribar La Cuadra hasta lo cimientos.

Callé un momento. Lo importante volvíamos a dejarlo pasar. Respiré hondo y la volví a estrechar entre mis brazos.

—¿Mayra?

—¿Sí?

—¿Estás enfadada conmigo?

Suspiró y apoyó su frente sobre la mía, pero no contestó a mi pregunta. Aquello fue peor que un sí o un no.

En silencio, volvimos a recostarnos sobre el colchón el uno pegado al otro y al cabo de unos

minutos me llegaba el sonido pausado de la respiración de Mayra al dormir.

Horas después seguía despierto con la sensación de que mi niña volvía a alejarse y esta vez, con toda la razón. No podía aceptarlo. Debía pedir disculpas, pero antes había que terminar de aclarar el peso que el pasado tenía puesto sobre nuestros hombros.

Llamé a mi padre. Mayra y yo no podíamos empezar nuestro matrimonio con un montón de secretos y malentendidos a nuestras espaldas. Cualquier comentario fuera de lugar, rencillas ocultas que nadie quiere reconocer y mucha mala labia podían convertir cada reunión en una batalla campal, incluida nuestra boda.

Eso si había boda, porque una vez todo aclarado, ¿qué?

Cuando realmente tuve que dar la cara y luchar por ella años atrás, me dejé convencer de que no era posible y acabé por pensar que no merecía la pena. Craso error. Mayra sí merecía la pena, no la mujer a la que un año antes había pedido en matrimonio y me dejó plantado a dos semanas de la boda jurando que éramos muy jóvenes y que lo hacía por mi bien. Dos años después me la encontré a tres manzanas del piso de mis padres casada con un dentista y con dos niños.

Nunca quise echar las cuentas.

Eran pasadas las doce, pero mi padre cogió la llamada al segundo tono.

—Hola, hijo. —Sabía por qué llamaba, así que en silencio esperó a que empezara.

—Hoy he estado en casa del padre de Mayra y no ha sido de las mejores experiencias de mi vida.

—Lo siento mucho, hijo. Sabía que seguramente saldría mal.

Arrugué la frente. Excepto Mayra y yo, nadie daba dos duros por nuestra relación. Pues iban mal encaminados. Ya se lo dije a ella por la tarde: no iba a dejarla marchar. Si no salíamos de esta, que fuese por nosotros, no por lo que otros impusieran. Ese tiempo se acabó.

Hice una solemne promesa allí mismo: aclararíamos lo que fuese necesario con nuestras respectivas familias y si era un imposible, cortaríamos el cordón. Ella era mi mundo, el resto solo decoración.

—No he dicho que se haya terminado; todo lo contrario. Lo de hoy me ha dado más mecha.

—Me alegro.

—Pero hay ciertas cosas que aclarar y solo tenemos una versión de la historia.

—¿A qué te refieres?

—Parece que hay algo pendiente entre Francisco y tú. El cómo solucionéis vuestras diferencias o si solucionáis vuestras diferencias, es algo que me da igual, pero hoy ha quedado claro que afecta a mi relación con Mayra. No quiero que en el futuro mi mujer me acuse de haber traído malos recuerdos a su familia y tampoco quiero, siquiera, tener la tentación de atacarla por ahí por no saber lo que pasó entre tú y su madre.

—Entiendo. Vas en serio con ella, entonces.

—Completamente. No creas que no sé que te estoy pidiendo compartir algo que en principio no nos incumbe, pero te lo pido como un favor. Si sacando a la luz ciertos secretos, hago a mi novia feliz, te ruego que lo intentes. Mamá ni siquiera tiene por qué enterarse.

—Esto pasa por acumular gas en una botella. Un pequeño golpe y todo explota. ¿Qué quieres saber?

—Estaba pensando que Mayra y yo fuésemos de visita. Es hora de que mamá la conozca. Con algo de suerte, podríamos rascar unos minutos para que nos cuentes tu lado de la historia.

—Hay poco que contar, pero si crees que puedo ayudarte, que así sea.

—Gracias, papá. Si Mayra quiere, podríamos ir mañana.

- Tu madre estará encantada de que paséis el fin de semana aquí.
- En cuanto sepa los detalles te lo digo, aunque primero debo preguntar.
- Cuando quieras, hijo.
- Gracias otra vez.

Capítulo 43

Mayra

*D*esperté abrazada a Huck. Yo que siempre amanecía con dolor de cuello porque los hombres grandes con los que había dormido en mi vida eran demasiado incómodos de acoplar, despertaba con la cabeza apoyada en el pecho de Carlos como si fuese mi almohada favorita. Y lo era.

Pero hoy, con la luz, vino también el desasosiego. Mi padre y sus cuentas pendientes con mi madre, su negativa a aceptar a Huck como parte de la familia, los secretos que todos mantenían, mi vida enfocada casi en exclusiva al trabajo, nuestras residencias separadas por más de cien kilómetros... Así nadie conseguiría llevar bien una relación y menos un matrimonio. Daba igual lo que el corazón me dijese.

—¿Estás despierta?

En las últimas semanas Huck había terminado diseccionándome por completo. Si antes me conocía, ahora me tenía memorizada. Creo que hasta contaba las respiraciones que hacía por minuto para asegurarse de si dormía o no.

—Más o menos.

Estaba despierta, pero lo que de verdad quería era dormir. Necesitaba que mi cerebro procesase las últimas veinticuatro horas.

—Anoche hablé con mi padre —dijo mientras pasaba los dedos por mi pelo.

Ese comentario me despejó en un segundo. Levanté la cabeza y le busqué sacando mis ojos de debajo de las sábanas.

Nos sentamos apoyando la espalda en el cabecero mirando al frente, hacia la puerta doble acristalada que daba al vestidor. En realidad, era una diminuta habitación de invitados, pero, como no tenía invitados y sí mucha ropa, acabé cumpliendo el sueño de cualquier mujer: tener un armario ropero en el que poder pasear si era necesario.

—Creo que deberíamos ir a Sevilla —me dijo.

—¿Cuándo?

—Hoy.

—¿Ha pasado algo?

—No, pero después de lo de ayer no quiero dejar cabos sueltos. No sé lo que tu padre te contaría, aunque sea lo que fuese, habrás de compararlo con lo que mi padre tenga que decir.

—Huck, lo que haya entre ellos no tiene nada que ver con nosotros.

—Pero nos afecta. Ayer fue la última vez que salgo de casa porque hay algo que solucionar en la familia. Yo soy tu familia también y tú la mía; o nos toman como un paquete o mejor que ni se molesten en llamar.

Sentí una punzada en el pecho.

—Eres un poco drástico, ¿no te parece?

—Puede, pero mejor dejar las cosas claras desde el principio. Una vez dicho todo, tendremos algo de paz para dedicarnos el uno al otro. Entonces sí será cosa de los demás si se entienden o no, pero nosotros nos mantendremos al margen.

Era lógico y sí, en algún momento había que plantarse. Eso o dejábamos que mi padre, o su padre o a saber quién metiese las narices en nuestra vida privada cada vez que se les antojara.

—¿Y en Sevilla crees que pondremos punto final a este batiburrillo?

—Esa es mi intención. He esperado más de una década para estar contigo y me cabrea que ahora salgan problemas de debajo de las piedras. Problemas que no son nuestros y se empeñan en cargarnos a la espalda.

»Vamos a Sevilla. Mi padre cuenta su versión de la historia. Conectamos las piezas del puzle y todo el mundo por fin respira a gusto.

—Está bien. —Por muy cansada que me sintiera, era un buen plan, así que a Sevilla que iríamos.

Huck me dio un beso en la frente y empezó a comprar los billetes con el móvil.

—Si nos damos prisa llegaremos a tiempo para el tren de las nueve.

Le dejé haciendo las reservas mientras me metía en la ducha. Aquella jornada iba a ser otro día para recordar. Solo esperaba salir airosa de la experiencia.

Dos horas y cuarenta y cinco minutos después de salir de Atocha, llegamos de una pieza a la capital hispalense.

El trayecto en taxi desde la estación de tren no duró más de diez minutos y unos metros a pie hasta llegar al piso de sus padres. Sevilla era preciosa y todavía me quedaba por entender por qué Huck acabó trabajando en la recia Ávila pudiendo vivir allí, rodeado de sol y palmeras.

Su madre nos abrió la puerta y le dio un abrazo a Carlos con lágrimas de alegría en los ojos.

—Mamá, te presento a Mayra, mi novia. Mayra, mi madre, Manuela.

Me dio dos besos y me sonrió.

—Me alegro mucho de conocerte. Debes ser especial si mi hijo te ha traído todo el camino hasta aquí.

Le devolví la sonrisa, pero no supe qué decir. Lo más seguro era que en las siguientes horas acabase echándome de casa por no haber traído nada más que miserias.

La seguimos hasta el comedor donde nos esperaba su padre. A Emilio le había visto un par de veces siendo muy jovencita. Recuerdo también que fue de los primeros en ir de senderismo por la sierra. Mi familia no paraba de criticarle porque nadie podía imaginar que fuese divertido andar diez kilómetros para solo mirar árboles a cada lado del camino.

No había más que posar la vista en Emilio para ver cómo sería Huck en treinta años. Eran como dos gotas de agua. El uno con más canas que el otro, pero la misma mirada y el mismo porte.

Solo fue por un milisegundo, lo suficiente para pensar en lo fácil que tuvo que ser para mi madre enamorarse de él.

—Mi mujer —dijo al recibirnos—, ha preparado pescaíto frito y algo de jamón. Si queréis, podemos sentarnos con unas copas de jerez y cerrar este asunto de una vez.

Y al grano. Este hombre me caía bien.

—Mamá... —empezó a decir Huck algo nervioso, pero Manuela le interrumpió.

—Tu padre me ha contado el porqué de vuestra visita y, aunque hubiese sido mejor conocer a Mayra en otras circunstancias, me gustaría escuchar lo que pasó tiempo atrás. Supongo que

también quiero evitarle que tenga que repetírmelo todo otra vez.

Con ese acento y el movimiento de manos, aquel comentario me sonó a un chiste, pero nadie estaba de humor para reír. Lo cierto es que aligeró el ambiente y nos dio una buena excusa para sentarnos cómodamente en el sofá sin tener que mirarnos.

Huck me cogió de la mano y me besó en la frente. Habíamos decidido decirles primero lo de la boda, aunque viendo cómo salió en Madrid, empezaba a pensar que eran malas noticias las que traíamos.

«Vaya forma de soltar nuestro compromiso a los políticos. Esto va a ser aún peor que con mi padre».

Se me hizo un nudo en el estómago y le di un trago al vino. Cuando sentí el calor del alcohol relajarme, le di otro trago por si acaso.

—Antes de nada, quiero daros una noticia: mamá, no te enfades conmigo, Mayra y yo vamos a casarnos.

Manuela se llevó una mano a la boca para preguntar un momento después:

—¿Por qué habría de enfadarme, hijo?

—La última vez que estuve aquí no te dije que lo había dejado con Sofía y, ahora que lo pienso, con mi larga lista de conquistas, no te parecerá serio el anuncio, pero te prometo que Mayra es la mujer que quiero. La mujer que he querido desde que me fui a vivir a Ávila.

—No comprendo...

«Otra pobre que anda perdida con todo esto. Debemos ser multitud».

—Para entendernos todos por fin es para lo que hemos venido. Cuando todo quede claro, podremos celebrar como tú quieras el compromiso.

—Enhorabuena, hijo —dijo su padre—. No negaré que me sorprende mucho que hayáis llegado hasta aquí.

Huck se puso serio.

—¿Dudas de que no podamos llegar hasta el final?

Manuela reprimió malamente un quejido, pero su hijo la tranquilizó.

—Tranquila, mamá. El chasco de hace quince años no se repetirá.

Emilio, por su parte, no parecía muy convencido.

—Creo que es mi turno, entonces —dijo después de darle un buen trago al fino.

Huck y Manuela aprovecharon también para beber; allí todos éramos un manojo de nervios. Dicen que en todas las familias cuecen habas, pero es que lo nuestro era dadaísta: sin pies ni cabeza.

—Teresa y yo nunca fuimos amigos en la escuela —empezó Emilio de sopetón—. Ya se sabe, los muchachos y las niñas no se mezclaban y nosotros, además, perdíamos muchas horas porque teníamos que ayudar en casa. Pero una vez que me percaté de ella, quedé vendido. Nos hicimos novios más o menos a los trece, pero ella se empeñó en que nadie lo supiera.

Me puse roja. De tal palo...

—Pero pronto yo también quise mantenerlo oculto. En mi casa las cabreras no tenían buena fama y puede que aquello me influyera para mal. Pensé entonces que pasaría como con otros amigos míos con una novieta aquí o algún apaño allá que nunca duraba, pero Teresa y yo duramos. Estábamos bien juntos.

»A ella también la machacaban en casa con la fama que teníamos nosotros de usar a las mujeres y un buen día vino a decirme que era mejor dejarlo; que no íbamos a llegar a nada. Discutimos y acabamos por romper, pero para mí nada había cambiado. Yo estaba enamorado de tu madre —me

lo dijo muy serio, aunque lanzó una mirada de disculpa a su mujer— y no iba a consentir que mis padres o tus abuelos decidiesen por nosotros. Así que me declaré y prometí pedir su mano en el momento que fuésemos lo bastante mayores.

»Por aquel entonces, apareció tu padre. Por lo visto tu abuelo paterno era cazador y durante un tiempo llevó a la familia de vacaciones a Santo Domingo de forma regular. No sé cuándo, pero en algún momento, debieron coincidir y tu abuela empezó a hacer planes para el futuro de tu madre en la gran ciudad.

»Teresa me juró no estar interesada y cuando llegó el tiempo de ir a la mili, le regalé un anillo con la intención de casarme con ella en cuanto volviese. Quería estar seguro.

»Unos meses después, mi hermana me dijo por carta que tu padre había empezado a cortejar a tu madre, pero Teresa me juraba que era mentira, que sus padres intentaban emparejarles, aunque que ella no tenía ningún interés, que me esperaba.

»Para cuando volví del servicio militar, me consideraba un hombre y, antes incluso de pasar por casa de mis padres, fui a presentar mis respetos a los cabreros, anunciar mi noviazgo con su hija y pedir su mano.

»Tu abuelo me abrió la puerta y me echó a patadas dos segundos después anunciando a gritos, para que todos los vecinos lo oyeran, que en aquella casa pronto se celebraría una boda, pero no la mía.

»Todo fue a peor desde ese momento. Teresa no se me acercó y yo tampoco hice nada por reencontrarnos. No sé, creí al cabrero y el par de veces que vi a tus padres de paseo me convencieron de que yo ya no pintaba nada.

Me incorporé para añadir algo a la historia, pero con la madre de Huck delante me parecía una broma de mal gusto.

—Mayra —dijo Manuela—, si tienes algo que decir, dilo. Estamos aquí para eso.

Pensé un momento la forma de no ofender. La maña de Diana me hubiese venido bien.

—El noviazgo de mis padres fue apalabrado —aseguré—. Mi padre se enamoró de mi madre en el momento que la vio por primera vez y buscó la manera de cortejarla desde el principio. Mi madre, sin embargo, no mostró ningún interés, pero sí que es verdad que no le dijo nada de ningún otro novio. Mis abuelos estaban muy por la labor de juntarlos, así que hicieron todo lo humanamente posible por que terminaran en el altar a costa incluso de dar que hablar.

—¿Y eso? —me preguntó Huck.

—Por lo visto, y eso me lo dijo mi hermana porque de niña escuchó a mis tías cotillear, mis abuelos permitieron que mis padres pasasen solos todo el tiempo que les diera la gana. Mi padre podía entrar y salir de casa cuando quisiera y llevarla donde le apeteciera sin que nadie se asegurase de que cortejaran como era debido. Mi padre era un buen partido y eso bastaba. Mis abuelos, que tan conservadores eran, miraron hacia otro lado.

»Mi padre dice que fue durante esas salidas cuando mi madre empezó a pensar en él como novio y «todo fue como la seda cuando el mamporrero la dejó bien de más». No se enfaden conmigo —me apresuré a decir—, pero es lo que me han dicho con palabras textuales.

—Puede que lo pareciese —dijo Emilio—, pero no fue tan fácil para mí. Volví incluso a intentarlo antes de marcharme. Me habían apalabrado un trabajo aquí, en Sevilla, y quise traerla conmigo. Para entonces teníamos tantas cosas que echarnos en cara que, en vez de una reconciliación, terminó siendo un nuevo Trafalgar. Nos dijimos cosas horribles; cosas de las que me arrepentí siempre. Con los años quedó claro que no estábamos hechos el uno para el otro, pero siempre me quedó el escozor de aquella despedida.

Emilio entonces se levantó de la mesa y fue a abrir un cajón. De él sacó un saquito de terciopelo y me lo dio para que viese su contenido.

—Lo recibí al poco de que tu hermana naciera —dijo mientras se sentaba otra vez.

En el saco había un anillo de oro atado a una tira de cuero casi negro por el uso. Dentro había una inscripción que decía «de E para T».

—Prometió esperarme y yo prometí volver para inscribir la fecha de nuestra boda. Ninguno cumplió su promesa y nos echamos la culpa el uno al otro durante mucho tiempo.

Se me hizo un nudo en la garganta al ver ese sencillo pedazo de metal. En aquella época, Emilio debía haber hecho grandes esfuerzos para poder pagarlo.

—Mi padre lo encontró escondido en la caja de joyas de mi madre —dije mientras pasaba el dedo por el metal—. Discutieron mucho y ella le admitió su amor por ti. Él no la creyó cuando le juró que se había terminado. No se hablaron durante un tiempo, pero terminaron por reconciliarse. El nacimiento de mi hermana debió ponerlo todo en perspectiva.

»Cuando mi madre murió, el anillo había desaparecido y mi padre no volvió a pensar otra vez en aquello hasta que Carlos y yo llegamos con la noticia de nuestro compromiso.

»Fue como abrir la caja de Pandora. Ayer por la tarde —dije mirando a Huck a los ojos— hubo momentos en los que no estaba segura si hablaba de nosotros o de ellos.

Emilio metió de nuevo el anillo en la bolsita, se acercó a su mujer y le dio un beso en la mejilla. Ella le sonrió y le siguió con la vista mientras él volvía a meter aquel anillo en el cajón.

Manuela era una señora. Yo no estaba segura de haber sido tan comprensiva en su lugar.

—Nadie entre nuestras familias ha conseguido llegar a nada —aseguró Emilio volviéndose a sentar—. Casi todos lo han intentado, pero ha sido siempre imposible. Se dice que uno de los primos de mi padre estuvo con su cabrera toda la vida, aunque nunca se casaron y, por supuesto, nunca lo supo nadie más que ellos. Jamás un mamporrero y una cabrera han pasado por el altar. Somos como aceite y agua; o solía ser así.

Nos miró sonriente y volvió a beber de su copa de vino.

—Creo que necesitaremos un momento para asimilar todo esto —dijo por fin Huck tras a saber cuánto tiempo—. Mamá, si no te importa, quisiera enseñarle la casa a Mayra y pasar la tarde en la terraza.

—Me parece una buenísima idea, hijo. Y Mayra, estás en tu casa.

—Muchas gracias, Manuela.

Huck me subió arriba donde tenían una terraza tan grande como el piso de abajo. Allí, bajo el sol, parecía casi verano.

Nos sentamos en unas tumbonas y al poco tiempo se quedó dormido. Tuve tiempo de pensar y pensar, de hurgar en el pasado y darle una y mil vueltas a nuestra historia. Una hora y media después me sentía miserable y evitaba lo posible mirarle.

Cuando despertó, volvió a hacerme aquella dolorosa pregunta.

—¿Estás enfadada conmigo?

Y yo decidí sacarlo todo fuera.

—Tenías 27 tacos, Carlos. Tres menos que yo ahora. ¿Cómo es posible que te obligaran a nada?

—No ocurrió exactamente así. No fue un tercer grado, ni mucho menos.

Aquella contestación me inquietó aún más.

—Una vez —pedí—. Solo una vez. Cuéntamelo todo y cerremos ese capítulo. Cuando este fin de semana acabe, necesitaré un tiempo para asimilarlo, pero ahora mismo quiero saberlo todo, con puntos y comas.

Carlos pensó un momento.

—De hecho, fue una conversación casi agradable. Tu padre tenía planes para ti. Quería que conocieses mundo, que acumulases experiencias. Odiaba la idea de verte encerrada en un pueblo que colapsaba o en una ciudad de provincias. ¿Quién quiere vivir en Santo Domingo o Ávila cuando puede comerse el mundo? Debes admitir que sus deseos eran lícitos. Yo no era más que un tío que podía dejarte embarazada.

Quise reírme de aquella estupidez, pero era tan cierta que me pareció más triste que otra cosa.

—No pongas esa cara, niña. Si ahora mismo tuviese una hija adolescente que diese visos de enamorarse de un hombre diez años mayor, directamente la mandaría a un convento. Tu padre no me puso contra la espada y la pared, si bien acabó por hacerme prometer algo que, muy dentro, sabía que era erróneo. Mi culpa.

»Tu madre, sin embargo, vio algo distinto en mí y en ti. Tu madre debió verse a sí misma en aquello. Teresa sabía que, si nos dejaban, no habría manera de separarnos; acabaría saliendo mal y tú sufrirías como ella sufrió. Ninguna madre quiere eso para su hija y menos con diecisiete.

—¿Te das cuenta de que todo esto iba sobre mí y jamás formé parte? Todo a mis espaldas, Carlos. Lo que era bueno para mí y lo que no, lo que debía sentir y lo que no, con quién podía pasar mi tiempo libre y con quién no. Todo sin mí.

»De mis padres entiendo la preocupación y el control que querían ejercer sobre una hija adolescente, pero, ¿tú? Carlos, en aquella época nos conocíamos de dos miserables semanas y te permitiste el lujo de decidir por mí sobre mi futuro. Tres cabezas pensantes cavilando cómo llevar mi vida.

»Además, tú prometerías mantenerte alejado, pero me obligaste a alejarme también. Durante más de una década, en el momento que me tuviste cerca, no te cortaste un pelo en controlar desde arriba lo que me sucedía, decidiendo siempre por anticipado. Todo por mi bien.

Me levanté porque empezaba a sentir la ira bullir en mi interior. Necesitaba estar a solas, y esta vez mejor por varios días, pero antes tenía que hacer una última pregunta.

—Contéstame con honestidad. ¿Es así como quieres que funcione nuestra relación? ¿Tú decidiendo por mí como hasta ahora? ¿Me convencerás de lo que hacer con mi vida haciendo a todos lo que me rodean partícipes menos a mí? Mejor no me contestes. Supongo que tú también tienes derecho a decidir lo que quieres hacer sin que yo te ande presionando.

Paré un momento para tomar aire.

—Perdona —dije bajando la vista—. Creo que me estoy ofuscando y así no vamos a llegar a ningún lado.

Miré el reloj para evitar su mirada. Estaba tan confundida.

Soltó el aire como si llevase el peso del mundo a sus espaldas y se tapó la cara con las manos. Tras unas cuantas respiraciones se incorporó y se sentó con los codos en las rodillas.

—Me he pasado los últimos trece años eludiéndote, Mayra. Mirando desde lejos y, sí, desde aquella maldita tarde en que tus padres me llamaron para «charlar», he desarrollado un agudo instinto para conspirar en todo lo que se refiera a ti. Nada que los demás pudiesen ver. Si quieres que continúe así, así será; si me quieres para una charla de vez en cuando, así será; si me quieres para invitarte a cervezas, así será; si me quieres para guardarme rencor por el resto de nuestros días, así será; si dejas de quererme, asumiendo, claro, que sientas algo por mí, que así sea, pero nunca dejaré de cuidar de ti. Eso es algo a lo que no soy capaz de renunciar. Sé que nadie te adorará como yo lo hago y sabiendo que nadie estará a la altura, no tengo intención de querer a nadie más que a ti. Es un hecho; lo he intentado, una y otra vez, para llegar al mismo sitio. Es tú o

nadie. Es más, dará igual cuándo, dónde o por qué, en el momento que nos acerquemos de nuevo, volverá a ser como siempre. No hay manera de que tú y yo no nos amemos si nos damos la oportunidad.

Clavó unos ojos cansados en mí y esperó paciente a que replicara.

—Volvamos dentro —dije tras un larguísimo silencio—. Es hora de cenar y tu madre me ha dicho que tenía preparada una sorpresa.

—Por supuesto —dijo como saliendo del trance.

Intenté sonreír. Hasta empujé las comisuras de los labios hacia arriba, pero estaba resquebrajándome por dentro. Debía estar reflejándose en la cara porque Carlos se puso de pie y me abrazó como si intentase mantener los pedazos unidos.

—Tómate tu tiempo, niña. Dios sabe que lo necesitas, pero vuelve a mí. Estaré esperándote —me susurró al oído.

Cuando bajamos, la madre de Carlos ya había empezado a servir la sopa. Una vez sentados, Emilio empezó a conversar sobre no sé qué yegua mientras Manuela intentaba explicarme el funcionamiento de una de las ONG en la que era voluntaria. Por lo visto, las horas del día en las que no dormía las dedicaba en ayudar a los demás.

Yo intentaba prestar atención, pero mi mente volaba. Sabiendo la extraña situación en la que nos encontrábamos, se me ocurrió dibujar sobre nuestras cabezas el icono correspondiente que el hombre del tiempo nos pondría de estar allí explicando cómo nos iba.

Emilio, después de confesarse, mostraría un sol espléndido dando vueltas lanzando rayos de luz que intentaban apartar la niebla que casi tocaba el pelo permanentado de Manuela. Carlos, que movía de vez en cuando la cabeza y contestaba con monosílabos, sufría un caso agudo de nubarrones negros con rayos y centellas atacándolo de forma incesante mientras que yo podía jurar que sentía la nieve cuajar sobre mi cabeza.

Los cuatro, sin embargo, manteníamos estupendamente el tipo. El más contento evitaba mostrarse demasiado alegre; la más taciturna se consentía a sí misma suspirar; el más apesadumbrado se esforzaba por sonreír y la más angustiada se conformaba con llevarse la cuchara a la boca sin que los nervios vertiesen la sopa antes de que el metal tocara sus labios.

Después de la cena, Manuela me enseñó mi habitación. Sí, esa mujer no veía con buenos ojos que durmiésemos juntos bajo su techo. Realmente, estaba dando una buenísima impresión.

Mientras sacaba el pijama de la bolsa, Carlos vino a darme las buenas noches.

—Mi habitación es la de la derecha —dijo señalando una puerta tras rascarse levemente la sien—. Si necesitas algo, no tienes más que llamar.

Apreté los labios y dije que sí con la cabeza.

—Buenas noches.

—Buenas noches —contesté.

Sabía que no dormiría esa noche, y así lo atestiguaba el reloj despertador cuando marcó las dos de la mañana sin yo haber cerrado medio párpado.

Piensa que te piensa.

«Tic, tac, tic, tac. Hora de tomar decisiones». Y salté de la cama antes de poder recular.

—¿Qué pasa? —dijo medio dormido dando un respingo.

—Ahueca —susurré mientras le daba unas palmadas en el costado.

Cumplió sin rechistar, aunque dio unos pocos gruñidos hasta que tuve sitio en el colchón.

—No es que me queje, pero ¿qué haces aquí?

—Chist, intento pensar.

—Mayra —le dijo a la almohada con voz rasposa—, asumo que piensas en nosotros y, aunque las tías sois un misterio, algo me dice que conmigo en pelotas tan cerca no vas a pensar con claridad.

—Tú tranquilo. Cuando termine, me vuelvo a marchar.

—Como quieras. —Cambió de posición, me abrazó por la cintura y siguió durmiendo.

Yo esperé mirando al techo y esperé y seguí esperando.

—¿Tienes agua? —pregunté a las cuatro y media.

—¿Hng?

—Tengo sed —susurré.

Encendió la luz y me acercó un vaso lleno de agua que tenía en la mesilla.

—Gracias.

Cuando bebí lo suficiente le devolví el vaso, lo dejó de nuevo sobre la mesilla, apagó la luz y volvió a abrazarme.

—¿Has llegado a alguna conclusión?

—Estoy cerca.

A los dos segundos volvió a dormirse y yo seguí mirando al techo. Y ahí seguía cuando empezó a filtrarse la luz por las persianas.

Huck abrió los ojos.

—Buenos días, niña. —Me besó en la mejilla, dobló el codo y apoyó la cabeza en el talón de la mano.

¿Cómo podía saber que estaba esperando a que se despertara? Daba igual.

—Anoche —expliqué—, me fui a la cama con un bolo nervioso importante. Si me preguntan qué sentía en ese momento, hubiese encontrado al menos doce adjetivos para explicar mi estado anímico, ninguno bueno. Al cabo de tres horas dando vueltas intentando racionalizar qué diablos quiero y sin llegar a ninguna parte, vine aquí a ver si ayudaba.

—¿Y ayudó?

—En absoluto. Sigo igual de perdida, ¿pero sabes qué?

Negó con la cabeza.

—Desde que anoche me metí en la cama contigo, ni una sola vez he sentido el bolo nervioso estrujar mi pecho. Sea lo que sea que deba buscar, obviamente ha de ser contigo. Y otra cosa de la que me he dado cuenta es que, si no pienso en lo que pasó hace trece años, soy feliz.

»Me pasa justo lo contrario ahora que te tengo. Antes en cuanto la situación me superaba, me marchaba para tener algo de paz; ahora en cuanto me alejo, me entra la angustia.

—Ergo...

—No voy a dedicarle un segundo más a residir en aquel momento. Aquella niñata ni por asomo soy yo. Era el proyecto de lo que soy ahora y quiero pensar que tú eres la evolución de aquel idiota. Porque, reconozcámoslo, fuiste un idiota.

Y ahí le dio un ataque de risa. Siempre en los momentos álgidos, cómo no.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Estás bien, hijo? —preguntó su madre preocupada.

—Estupendamente, mamá.

Volvió a mis brazos unos segundos después algo más calmado.

—Será mejor que vuelvas a tu habitación antes de que tu suegra se entere de que has dormido aquí y te ponga una de sus caras —me dijo al oído.

Antes de darme un ligero cachete en el culo, se aseguró de besarme de forma exhaustiva no

fuese yo a pensar cosas raras una vez sola en mi habitación.

Capítulo 44

Carlos

Lo de ser romántico es una mierda. Al menos, cuando lo tienes que preparar. ¿Quién me mandaría prestarme voluntario para organizar mi propia boda por muy informal que fuese? Ni dos minutos tardó Mayra en convencerme. Estaba tan ilusionado por casarme con ella que dije a todo que «sí, mi niña» y «lo que tu quieras, tesoro».

Román me traía de cabeza con colores, texturas y majaderías parecidas en vez de simplemente hacer un vestido y un traje. En serio, una boda civil si en algo aventajaba a cualquier boda por la iglesia era que no hacía falta tanta pompa.

No sé cuantas veces había tenido que pisar el freno. El primer boceto del vestido de novia que me enseñó casi me hace marear. La única cosa que me vino a la cabeza fue «tarta de nata». Un pastel, vaya.

Le hice quitar capas y capas de aquello que él llamaba tul y le amenacé con comprar el vestido en otro sitio si no se dejaba de tanta tendencia barroca.

Rosana le expuso los pros y los contras y dos días después volvíamos a empezar de cero buscando que Mayra fuera la novia más guapa del planeta sin que fuese necesario hacerla entrar de lado por las puertas.

El papeleo también empezaba a hacer mella en mi ánimo. Quién hubiese podido imaginar que yo protestara de la burocracia reinante. Un mes de espera para quince minutos de ceremonia y gracias a que nos insertaron en la cancelación de la boda del conocido de un conocido. No es que no se fuesen a casar, pero, en el último momento, el pobre diablo se había dejado convencer y ahora se veía sumergido en la preparación de un bodorrio a dos años vista en la Catedral. Me daban sudores fríos solo de pensarlo.

Hoy, aunque había ido en persona a ver el vestido terminado aprovechando que Mayra estaba en Valencia, Román me había dado con la puerta en las narices alegando que ya difícil lo teníamos, a tenor de nuestra historia familiar, como encima añadir mala suerte viendo el vestido de la novia antes de la boda. Al menos ya no me lanzaba miradas de odio por no haber sido invitado.

Solo me quedaba una cosa por hacer en Madrid y hoy tenía tiempo de sobra. Era hora de llevarle la invitación en persona a mi futuro suegro.

Entré en su oficina y pregunté por él.

—¿Tiene cita? —demandó el recepcionista.

—Me temo que no.

—El señor Salas está ocupado en este momento. Si lo desea, puedo abrirle un hueco en los próximos días.

—No tardaré mucho. Solo dígame que el señor Carlos Peña le trae las invitaciones. Es un asunto personal.

El recepcionista sopesó un momento y asintió.

—Puede sentarse ahí mientras paso el recado —me dijo antes de marcar una extensión en su teléfono.

Habló muy bajo tapando el auricular con la mano, oculto detrás de la barra de la recepción. Cuando terminó, se levantó del asiento.

—El señor Salas le atenderá en un momento —aseguró.

—Muchas gracias.

Para no salir de la rutina, el padre de Mayra me tuvo casi media hora esperando. Que refunfuñara si quería.

—Si me acompaña...

Seguí al recepcionista a lo que parecía una sala de juntas con una mesa enorme en medio y una docena de sillas de cuero colocadas alrededor.

—Espere aquí, por favor. —Sin decir una palabra más, volvió a su puesto de trabajo.

Elisa entró un minuto después.

—Hola, Carlos —dijo dándome dos besos—. ¿Qué te trae por aquí?

Sonreí porque no podía creer que Francisco utilizara estrategias tan pueriles.

—Vengo a ver a tu padre.

Elisa arrugó la frente e, inmediatamente, se dio cuenta de la artimaña. Francisco le había pasado la patata caliente. No pareció asombrarse en absoluto.

Nos acomodamos y charlamos un rato mientras tomábamos un café.

—Mi padre tiene la vana esperanza de que conseguirá haceros entrar en razón —admitió Elisa después de haber hablado de esto y aquello—. No parece entender que es él el que debe doblegarse. No se lo tengas en cuenta, le tenemos muy mal acostumbrado. No quiere ver lo feliz que es mi hermana sin nosotros dos cuidando de ella. En vez de agradecértelo, te echa la culpa. Refunfuña porque te ve de yerno cuando creía que te había borrado del mapa un montón de años atrás. Necesita algo de tiempo para lamerse las heridas, nada más.

—Lo tendré presente. ¿Crees que conseguiré verle hoy? —Levanté el sobre con la invitación.

—Puedo entregársela yo si quieres.

—No, debo dársela en persona. Llámalo extracompensación, pero yo no tengo intención de dejar que se salga con la suya.

—Es justo.

Seguí a Elisa hasta el despacho de su padre. Llamó a la puerta y entró.

—Será un momentito —me dijo antes de cerrar.

Al cabo de unos minutos, salió sonriente y me invitó a pasar. Me dio dos besos y desapareció pasillo abajo.

Francisco no levantó la cabeza cuando entré en su despacho; nada más que señaló con la mano la silla donde sentarme.

Me senté, no antes de dejar la invitación sobre su mesa. Dejó de escribir, abrió el sobre y arrugó la frente.

—Ceremonia civil —dijo después de introducir de nuevo la invitación en el sobre.

—Hablamos de tu hija. Le das un contrato que firmar y es la mujer más feliz del mundo. Si es sin mucho público, mejor que mejor.

—Veo que la conoces bien —dijo algo contrito.

Desde París había conseguido hacerle perder los papeles en maneras que nunca creí posibles. Francisco no era ya, ni mucho menos, el abogado estirado que todo lo sabe. A mis ojos era ahora un padre preocupado, obcecado en no dar su brazo a torcer.

—Prometí no fomentar nuestra amistad, no dejar de interesarme. Es asombroso lo que se puede llegar a conocer a alguien desde lejos. Da igual lo mucho que lo intentáramos todos, Mayra y yo hemos sido y seremos siempre una pareja. Mi deseo es que, a partir de cierta fecha, seamos una pareja «convencional». Ya sabes, ser capaces de ir al cine juntos o ir a nadar al río sin tener que asegurarnos de que nadie nos ve.

Hasta él debía entender lo absurdo de todo aquello. Francisco tenía, a mi parecer, bastantes defectos, pero la estupidez no era uno de ellos.

Se recostó en la enorme silla y se tomó su tiempo en estudiarme. Dios sabe lo que esperaba encontrar.

—Ha llegado a mis oídos que haréis separación de bienes. —Habla tan despacio que parecía que le estaban sacando las palabras con sacacorchos.

—Otro contrato y este ante notario, nada menos. Era una opción demasiado tentadora para dejarla pasar.

Fiel a sus manías, Francisco no le vio la gracia a mi comentario. Podía conformarme con haber intercambiado varias frases sin que hubiese alguna amenaza velada en el discurso.

—La idea fue de Mayra y estuve de acuerdo —expliqué—. No queremos mezclar su trabajo y el mío en el matrimonio. Si el negocio no sale bien, cosa que creo imposible, al menos tendremos un dique a nuestra disposición para que nuestra familia no salga perjudicada. Con mis ingresos da más que de sobra para los dos y los hijos que vengán.

Francisco se tensó, pero inmediatamente sus ojos se ablandaron. Ya se veía abuelo.

Saboreé aquella pequeña victoria con mi mejor cara de indiferencia.

—Supongo que es Elisa la que te lo ha contado —proseguí—. Por mi parte no tengo ningún problema en que le eches un vistazo al documento.

—¿Dónde vais a vivir?

—En Santo Domingo, en Madrid, en Ávila. Donde ella quiera.

Se llevó la mano a la boca y empezó a frotar el labio con los dedos en un puño. No iba a ceder.

—Mira, Francisco —dije apoyando las manos sobre la mesa para levantarme—. Entiendo el porqué de lo que hiciste y cómo lo hiciste. Yo, en tu lugar, habría procedido de la misma forma, pero no te equivoques. Mayra es mi mujer y yo soy su marido, con o sin papeles; o te haces a la idea o acabarás por perder a tu hija y no por que yo haga nada. Aunque solo sea por ella, seamos civilizados cuando esté delante. Una vez que nos demos la espalda, ponme a parir si te apetece.

—Suena razonable.

«¡¿Qué?! Nada que salga de mi boca es razonable para este hombre».

Se levantó de su asiento y bordeó la mesa hasta plantarse delante de mí. Extendió el brazo y dijo:

—Nos vemos en unos días. ¿Algún protocolo con el vestuario?

Le di la mano todavía sorprendido.

—Ve en vaqueros si quieres, pero, atendiendo a la excitación mal contenida de Román, irás más acorde si te vistes de punta en blanco.

—Entonces tendré que pedirle ayuda.

—Si no me equivoco, serás el último en ponerse en sus manos. Pinky me ha dicho que la semana pasada fue a Sevilla y los puso a todos firmes. Miedo me da.

Hizo un amago de sonrisa y yo me lo tomé como que más o menos nos daba su bendición.

Capítulo 45

Mayra

*E*staba casada...

Estaba casada.

Casada con Huck.

Volví a mirar incrédula el anillo que así lo atestiguaba y recordé, más asombrada aún, lo bien que había salido todo.

No hubo sangre. Nadie regañó con nadie. Todo el mundo parecía feliz por nosotros. Todos. En aquella sala, un pequeño grupo de gente bien avenida había atestiguado que Huck y yo nos queríamos y lo haríamos por ley el resto de nuestras vidas.

Bueno, hubo un momento extraño cuando mi suegro se quedó paralizado al ver a mi hermana por primera vez.

—Eres el vivo retrato de tu madre —había dicho parpadeando como si le hubiese entrado polvo en los ojos.

La situación se solventó gracias al desparpajo de mi hermana y un ligero empujón de mi cuñado. ¡Me había casado con Huck!

Fuimos a celebrarlo al Parador de Ávila donde todos pasaríamos la noche. A la boda asistió mi padre y mi hermana y, por el lado de Carlos, su hermano con su pareja y sus padres.

Solo la familia. Como pedí.

Román me vistió de seda salvaje, como una patricia romana, con unas cintas doradas cruzadas en el pecho y sandalias a juego que se ataban subiendo por la pantorrilla. Una abertura en la parte de delante las dejaba ver a cada paso. Se acercó a Ávila para asegurarse de que me lo ponía bien, es decir, que sin él era imposible que me vistiera.

No sé cómo lo hizo, pero el vestido no llevaba ni botones, ni cremalleras, ni enganches por ningún lado. Era una sola pieza de tela sujeta exclusivamente por las cintas doradas.

Único y a juego con la cadena de oro de mi madre y una medalla en la que mi padre y mi hermana habían grabado su frase preferida: «No descanses hasta conseguir lo que el alma te pida». Lloré de felicidad al recordarla y la eché muchísimo de menos en aquellos veinte minutos.

Unos días antes había ido al cementerio a contarle todo y me sentí tan bien después, que supe a ciencia cierta que no me equivocaba. Simplemente, había tardado un tiempo en abrazar la verdad.

La boda fue el viernes por la tarde y el sábado lo pasamos paseando por la ciudad. De no ser porque teníamos invitados, habría cenado en la cama con los pies en alto.

En cuanto volviésemos de la luna de miel, invitaríamos a los amigos a una buena barbacoa. Nada como contentar a los que quieres a través del estómago, pero aquel sábado no podía pensar en más celebraciones. Me sentía como si hubiese llegado a la meta de una maratón interminable y corriese peligro de darme una pájara. El pobre Huck estaba igual de exhausto.

Aquel domingo habíamos vuelto al pueblo y, antes de poder sentarme, Carlos me azuzaba para que me pusiese guapa porque teníamos que ir a un sitio.

—¿Cómo de guapa? —Estaba tan cansada que hacía lo que él me decía por inercia.

Carlos sacó del armario lo que tenía intención de ponerse y yo intenté compaginar.

Media hora después, una pareja de guapos llamaba a la puerta de la iglesia. Ella sin tener la más remota idea de lo que pintaban allí. La misa hacía un rato que había terminado y ahora todo el mundo estaba en casa comiendo o en el bar. Por el camino nos habíamos encontrado con alguno que nos recordó que había reunión después y Huck había ido contestando con un escueto «sí» mientras me metía prisa.

Sebastián abrió la puerta y, después de darnos la bienvenida, nos hizo seguirle hasta el altar mayor. Cada vez estaba más confusa y el cura se dio cuenta.

—Estoy aquí como testigo, no como sacerdote. Un testigo que espera que esta ceremonia sea la antesala de una unión como la Santa Madre Iglesia estipula, pero que, por ahora, se conforma con dos esposos ofreciendo su unión ante Dios.

Aquel comentario solo me confundió más.

Con una sonrisa, me besó en la mejilla y, tras dar un abrazo de puñetazo en la espalda a Huck, nos guio hasta el pequeño altar de la derecha adornado con preciosos ramos de flores. Cuando llegamos, se dio la vuelta, unió nuestras manos y se apartó.

Por fin Huck decidió sacarme de la ignorancia.

—Mayra, sé que debía haber avisado, pero ya te he puesto en la palestra demasiado y no quería arriesgarme. Hace unas semanas, en Sevilla, mi padre dijo algo que ha planeado por mi cabeza desde entonces y hace que, aunque tú y yo estemos casados, no sea la forma en la que deberíamos unirnos. Al menos, eso creo.

Arrugué las cejas porque no entendía muy bien a dónde quería ir a parar. Mi marido estaba muy nervioso cambiando el peso de una pierna a otra. Se le veía tan acongojado, tan sonrojado... Alzó la vista y, entonces, el mundo se desvaneció a nuestro alrededor.

Respiró hondo y continuó.

—Mi padre dijo que ningún hombre de mi familia y una mujer de la tuya habían pasado por el altar y yo me contenté pensando que con un matrimonio civil rompíamos con aquella horrible costumbre. Pero no pude dejar de darle vueltas a la idea de que, con nuestro matrimonio, dábamos por fin descanso a generaciones y generaciones de parejas rotas que no habían conseguido llegar hasta aquí y pensé... —Volvió a bajar la vista y a tragar con dificultad.

Apreté sus manos y le animé a seguir.

Alzó la vista y me encontré con unos ojos enrojecidos llenos de determinación.

—Quiero casarme contigo aquí, niña. Donde ellos quisieron casarse antes y no pudieron. O, al menos, decirles que lo hemos conseguido.

Nunca le había visto tan emocionado como entonces y me contagié de sus lágrimas.

Entonces, lo entendí. Nosotros nunca estaríamos casados sin haber mostrado nuestros respetos a los que quisieron estar en nuestra situación y fallaron. Aquel sería nuestro cerrojazo al pasado.

—Huck... —Se me cerró la garganta de la emoción. Me preguntó con la mirada y yo le dije que sí.

Él se acercó a mí, besó las palmas de mis manos y dijo:

—Espero que nos den su bendición.

—Estoy segura de ello.

En silencio penamos por los que habían intentado sin éxito amarse como lo hacíamos nosotros y,

por fin, sentí la imperiosa necesidad de gritar a los cuatro vientos nuestra unión. El aura de secretismo que me ocultaba del mundo desde que mi madre muriera, se elevó de mis hombros liberándome de miedos e inseguridades. Un vestido de plomo invisible fue resbalando desde los hombros dejándome desnuda, vulnerable y, al mismo tiempo, conscientemente fuerte.

Huck, mi Huck, estaba allí conmigo para mostrarnos orgullosos juntos y había empezado por donde debía. Ante el altar, para mostrar respeto primero por los que sufrieron un amor no correspondido, una sociedad obtusa o una familia que jamás les apoyó.

«Mamá, ¿ves cuánto me quiere?».

—Quiero casarme aquí contigo, Huck. El único lugar donde podíamos resarcirles. Ellos serán nuestros testigos.

Asintió con la cabeza y sonrió. Y yo entonces me puse nerviosa porque aquel momento era de verdad el momento y no estaba segura de poder poner en palabras lo que sentía por él.

—Tú primero —le supliqué.

—Espero empezar juntos este camino, niña. —Intentaba aligerar la situación, aunque estaba tan nervioso como yo.

Respiró hondo y continuó.

—Te dije una vez que practicaría lo de poner en palabras mis sentimientos, pero cuando lo que siento es tan apabullante, no hay manera de expresarlo sin dejar la mitad en el tintero.

»Me alegra saber que tenemos una vida por delante para ir diciéndote cada día cuánto te quiero y probándote...

Le corté de cuajo cuando mis palabras salieron como una escopeta de mi garganta. De repente, sin pensar.

»Volví por ti y no porque necesitase escapar de nada. Regresé por ti. Aquí, cerca, me sentía en casa, pero porque mi hogar eres tú. Mejor sola sentada a tus puertas que lejos rodeada de gente completamente perdida. Mejor mirarte desde la distancia que compartir con otro mis días.

»Te amo, Huck. Porque me haces feliz y porque cada día contigo me siento como aquella niña enamorada haciendo azucenas de cartón.

Podía haber seguido horas declarándome, pero no me dejó.

Se acercó más a mí mirándome maravillado.

—Te querré siempre —susurró—. Ni la muerte conseguirá separarme de ti.

Fui yo quien le besó. Colgándome de él apretando mis labios a los suyos.

Él me levantó de la cintura y, tras aquel casto beso, hundió su cara en mi cuello.

—Ahora y siempre —susurré—. Ahora y siempre.

Salimos del trance con las toses del cura. Cuando giramos la cabeza, nos encontramos a un Sebastián más ancho que largo.

—Cómo me gusta casar a la gente.

Reímos los tres y seguíamos con la sonrisa puesta cuando el cura nos sacó a empujones de la iglesia.

Antes de nada, necesitaba ir a visitar a mi prima Esther. Ella sería la primera en saberlo. En cierta forma, ella allanó el camino más de lo que podía haber imaginado. Sus visitas sorpresa y su enfermedad habían borrado de un plumazo el melodrama al que hubiésemos estado destinados de seguir con nuestras paranoias. Viendo por lo que estaba pasando, mis problemas no eran nada en comparación. Qué diablos, yo no tenía problemas.

Entré sin llamar y me encontré a mis tíos viendo la tele en la cocina. Perfecto, porque no me apetecía darle al pico para que ellos fuesen justo después a pregonar al mundo que tenía novio.

Sonaba ridículo, pero ,en un pueblo así, una nueva pareja, cualquiera, era comidilla para meses y meses.

—Buenos días, familia.

—¡Hola, hija! —Mi tía era de las de grandes recibimientos—. Acabo de subir algo de chorizo y queso de la despensa, ¿te corto algo? —Y de grandes comilonas.

—No, gracias. ¿Está Esther por aquí?

—En su habitación, pasa. Le gustará la compañía.

Que mis tíos no se echaran a llorar a cada minuto era digno de admiración. Vivir una enfermedad durante años era algo que no le desearía ni al peor de los enemigos.

Entré en la habitación todo lo sigilosamente que pude. Estaba oscuro y no se oía ni un alma. Nunca se lo reconocería a nadie, pero desde hacía meses, cuando veía a Esther dormir, buscaba a cada segundo síntomas de vida; cualquier movimiento, el sonido de su respiración, cualquier cosa que me indicara que seguía entre nosotros.

—Encantodetumadre —llamé bajito.

—Pequeñaja —contestó en un suspiro.

—La que viste y calza, ¿cómo andas hoy?

—Veamos..., ahora mismo no me duele nada porque estoy colocadísima. Algunos tendrían envidia. ¿Qué te trae por aquí?

Tuve que sonreír.

—Vengo a contarte algo.

Eso provocó la reacción esperada. Esther levantó un dedo. Hoy era día de bajón. Aunque estaba mucho mejor, había momentos en los que las fuerzas se le iban y yacía silenciosa esperando a que volvieran. Ojalá mis noticias ayudasen.

—Dime que tiene que ver con finales felices. Necesito uno a la de ya —me dijo más animada siguiéndome con los ojos.

—Exacto, prima. Por eso vas a ser la primera en enterarte.

Me senté a su lado y me incliné para que todo fuera más secreto. En cuanto fui a abrir la boca, su madre entró por la puerta con un bocadillo de salchichón con mantequilla en un plato.

—Te traigo algo de picar. Esther ya ha comido.

Mi prima gruñó, pero mi tía no hizo ni caso.

—Mamá, ¿te importa? Estamos en medio de una conversación.

—Ya me voy, ya me voy.

Irene salió de la habitación, pero empezó a hacer a saber qué en el diminuto pasillo.

Se me ocurrió una idea.

—¿Dónde tienes el móvil? —susurré

—En aquella mesa, ¿por qué?

Me levanté, le acerqué el aparato y empecé a teclear en el mío.

Mayra: Pues que piqué

Mi prima miró la pantalla de su móvil y comenzó a escribir con el pulgar a toda pastilla.

Esther: ¿1 muela?

Mayra: :D No, yo, idiota

Esther: ?????

Mayra: Carlos y yo

Esther: O_O

Mayra: Mira mi mano

Y levanté el dedo anular.

Esther soltó el móvil y levantó los brazos.

—Ya iba siendo hora, prima —me dijo llorando.

—¿Lo sabías?

—No, pero me lo olía y donde hay humo... Acabas de alegrarme el mes.

Soltó un grito de alegría e Irene abrió la puerta toda asustada.

—¡Qué pasa!

Esther volvió a gritar llorando sobre mi cuello.

—Luego te lo cuento, mamá.

Esther era mi cotilla favorita, sin duda.

Capítulo 46

Carlos

Sebastián se adelantó alegando que tenía unos asuntos que arreglar con Pedro en el bar cuando lo que quería era tener asientos de primera fila.

—Os veo dentro, pareja —dijo con retintín.

Mayra andaba tensa a mi lado. Quizá ella estuviera muerta de la vergüenza, aunque yo no podía sentirme más contento. Nunca lo reconocería en alto, pero estuve muerto de miedo pensando que se lo pensaría y me dejaría solo en medio del altar. Y no solo no me había plantado, sino que había aparecido dos veces, nada menos. No se me podía culpar por querer gritar a los cuatro vientos que Mayra además de mi chica, era mi mujer, mi esposa. Me estaba convirtiendo en un cursi de libro y bien orgulloso de ello.

Desde donde estábamos, cualquiera que mirase por la ventana del bar podría ver como nos acercábamos. Era el momento.

Me pegué a ella, rodeé sus hombros con el brazo y le di un pequeño apretón.

—¿Nerviosa?

Soltó un suspiro y yo reí.

—¿Qué te hace tanta gracia si se puede saber? —Por su reacción pensaría que para ella era peor enfrentarse a un pueblo lleno de cotillas que a una OPA hostil dispuesta a absorber su preciada empresa.

—No sé; después de habernos casado dos veces y haber roto una maldición, esto debería parecerme un camino de rosas.

—Sabes que las habladurías me matan.

—El que nos vean juntos no es una habladuría, Mayra. Después de catorce años, por fin, no somos un cotilleo, somos una realidad.

Paré y le di la vuelta para que me mirara.

—¿Te avergüenzas? —Otra vez sentí ese miedo irracional a que no estuviese convencida, a que me dejara detrás de un momento a otro.

—Me ofende que preguntes eso —dijo con lágrimas en los ojos. Hoy había llorado tantas veces que ya no sabía muy bien cómo interpretar aquellos lagrimones.

Acaricié su mejilla y ella se apoyó en mi. Seguramente, ahora medio pueblo estaba en aquel momento apretujado alrededor de la ventana para tener información de primera mano.

—¿Quieres que suelte la bomba nada más entrar? Nos ahorrará tiempo —ofrecí.

—No —dijo mientras se sonaba la nariz—. Déjalo en mis manos. Te prometo que saldremos del armario en la próxima hora, pero a mi manera.

—Como quieras, cabrera. Todos tuyos.

Empujé la puerta y esperé a que pasara delante lanzándome dagas con los ojos.

—No hace falta que disfrutes tanto —dijo entre dientes.

—Porque acabo de darte la batuta, que si no, ya habría quedado claro lo que hay entre nosotros, niña.

—Exhibicionista.

—Cagona.

Me dio un manotazo en el brazo y vi esas chispas en sus ojos, las mismas que me dedicaba en la cama. De gatita a leona en cero coma cinco segundos.

«Sí, vamos a salir del armario en un santiamén».

Laura y Carlota no tardaron ni dos segundos en empezar a dar saltos a su alrededor.

—Eh... ¿Mayra? ¿Tienes un momentito? —lanzaban gritos agudos y me miraban de reojo.

Siempre aparentando que algo importante se cocía cuando lo único que hacían era darle una y mil vueltas a lo evidente. Mujeres.

—Necesito un café. ¿Quieres otro? —le pregunté por encima del hombro mientras me acercaba a la barra.

Mayra asintió justo antes de que la arrastraran hacia el futbolín donde el resto de la pandilla de los quintos se juntaba siempre.

—Dos cafés con leche en vaso, jefe —pedí mientras buscaba un hueco en la barra.

Fernando, Pedro y Rosales me acercaron un taburete. Me miraban esperando que soltara prenda, pero ninguno se atrevió a preguntar. Reposar el brazo sobre los hombros de una chica no era, ni mucho menos, algo a lo que dedicarle la mañana. Con todo y con eso, se morían de curiosidad. Cotillas.

—¿Cuándo empezamos con la reunión? —pregunté mientras me sentaba.

—Cuando los señores del Consistorio tengan a bien aparecer —resopló Pedro.

Si alguien en este pueblo estaba dejándose los cuernos por hacerlo revivir, ese era Pedro, el constructor, y los del Ayuntamiento de aquí y los alrededores se empeñaban en ningunearle.

Pedro era un tío serio, cabal y con olfato para los negocios. Conocía a todo el mundo en la zona, era de fiar y, a pesar de construir casas, era un ecologista empedernido. El problema era que odiaba el politiquero y daba igual lo que le animáramos para que se presentase a la alcaldía. Era cuestión de tiempo, sin embargo. Nuestro alcalde era casi un anciano y no sabía luchar las batallas como antes.

—Voy a ir llamando a la gente —dijo Milagros mirándome de arriba abajo.

«Otra que tal baila».

Nos fuimos a sentar alrededor de las mesas que habían preparado. Hoy íbamos a ser muchos; entre nosotros y las otras asociaciones de los alrededores probablemente nos juntásemos más de cincuenta personas. Por eso habíamos pensado en reunirnos en La Tasca en vez de en la sala de detrás de la pensión. El alcalde había puesto el grito en el cielo porque, según él, estas cosas había que hacerlas en el edificio del Ayuntamiento, pero no pudo llevarse el gato al agua con esto. Ni él ni ninguno de los concejales había dado un duro por nosotros y, ahora que empezábamos a recoger los frutos, no íbamos a darles el placer de tomar las decisiones. Es más, si ellos estaban aquí, era porque nosotros les habíamos puesto todo en bandeja.

Mayra se acercó mientras escribía como loca algo en su móvil. No quedaba un sitio libre, así que empecé a levantarme cuando ella, sin decir nada, se sentó sobre mis rodillas con los cinco sentidos en la pantalla.

¿Esa era la forma de sacarnos a la luz? Ya daba igual, por lo que la rodeé por la cintura con el brazo mientras nos acoplábamos mejor.

—¡Dos cafés con leche en vaso! —gritó Juan. Como siempre, le tocaría participar en la reunión

desde la distancia, a gritos y mandando de vez en cuando a alguien como mensajero.

—Son nuestros cafés —le dije al oído.

Mayra levantó la vista y se encontró con veinte pares de ojos mirándola.

—Voy yo —dijo tan tranquila.

—¿Tienes dinero?

—Pues claro. —Y soltó un resoplido no demasiado femenino mientras se levantaba.

—Siempre dicen lo mismo —protestó Fernando.

Milagros le dio una colleja. Ya no estaba embarazada, pero daba manotazos igual.

—¡Ay!

—¿A qué te refieres?

—A que nunca lleváis pasta encima —contestó a su mujer mientras se atusaba la parte de atrás de la cabeza defendiéndose con el codo ante posibles nuevos ataques.

Milagros cruzó los brazos dispuestísima a lanzarse a la yugular de cualquier tío que siguiera rascando en la llaga.

—¡Huuuck! —gritó Mayra al techo mientras se apoyaba en la barra.

Puse los ojos en blanco y Fernando se estiró mirando satisfecho a la concurrencia.

No quería dejar mi silla. Estaba cansado y, si me levantaba, me la iban a robar, pero me levanté, iría al fin del mundo por esa mujer. Cinco metros y tres horas de pie no me matarían después de la enésima gran bronca con mi suegro, dos bodas y 48 horas sin dormir por culpa de las hormonas haciendo horas extras en cuanto Mayra se acercaba a menos de medio metro.

Me estaba levantado cuando comenzó la feria de chismes.

—¿Qué te he dicho? Estos tienen algo.

—¿Cómo le ha llamado?

—Será... Dios, esto viene de largo.

—¡¿Qué?!

—Si no habláis más alto, no nos vamos a enterar los demás.

Encantado de dejar atrás el gallinero. Acabábamos de salir del armario y Mayra no había dicho más que una palabra: mi nombre. Qué grande era mi chica.

Me acerqué por detrás y apoyé las manos sobre la barra encerrándola a ella en el medio.

—Dijiste que tenías dinero —le dije a su pelo.

—Y tengo dinero —dijo muy digna—, pero Juan no tiene cambio.

—Olvidate de pagarme dos cafés con un billete de 50 euros, Mayra. Cuando terminéis y todo el mundo haya pagado, tendré para cambiarte.

—No son solo los dos cafés. Te debo la bolsa de patatas de Arturo y la ronda de cervezas de la semana pasada.

Mientras esos dos se enzarzaban en el cuento de nunca acabar, saqué treinta euros de la billetera.

—Cóbrate —le dije a Juan—. Y si sobra, ponlo en el bote.

Mayra se dio la vuelta y me miró contrariada.

—Tengo dinero, Huck.

—Ya lo sé, pero nunca a mano. Fer tiene razón, las tías siempre os las apañáis para no pagar la cuenta.

Miramos los dos hacia las mesas donde todo el mundo hablaba a la vez y miraba de soslayo. El grupo del fútbolín directamente comía palomitas mientras no perdía ripio.

Mayra nunca lo reconocería, pero, en ese momento, estaba encantada consigo misma. Había

iniciado un cotilleo con chicha y ella seguía teniendo la sartén por el mango. Miraba como una reina miraría desde el balcón de su palacio. Para mi mujer, aquello era una victoria sin parangón.

—Buen movimiento, niña.

—*Tja* —sonaba sexy cuando chasqueaba la lengua al decir aquello—. Tengo mis momentos. ¿Te importa si nos sentamos en la barra? Estoy cansada y quiero que sigan un rato rumiando.

Nos sentamos el uno frente al otro con el codo sobre la barra. A Mayra se le cerraban los ojos y miraba mimosa el vaso de café.

—Cuando acabemos, nos vamos a casa a echarnos la siesta —prometí—. Puedes empaquetar después.

—¿Y tú? —hablaba con los ojos cerrados.

—Está todo preparado, pero las maletas las tengo en Ávila. Daremos un rodeo.

—¿Y qué se supone que tengo que empaquetar?

—No pienso decírtelo, niña. Pon de todo un poco en la maleta. Si quieres, ni eso. Me apuesto el cuello a que en Madrid tienes ropa para dar cuatro vueltas al mundo. Allí podrás preparar el equipaje con algo más de tiempo.

—¿No vas a darme una pista?

—No. Si no aciertas, siempre podemos comprar ropa cuando llegemos, aunque dará igual porque no tengo intención de salir de la habitación.

—Me gusta cuando haces eso.

—¿El qué?

—Toquetear al anillo.

Miré hacia abajo y vi como los dedos de una mano jugaban con la alianza en la otra.

—Nadie se ha dado cuenta —dije.

Estaba tan contento que me daba rabia que nadie se hubiese percatado de aquel pedazo de metal que tanto significaba.

—Porque nadie se lo imagina. ¿Huck?

—¿Mm? —Si el alcalde no llegaba pronto, me iba a quedar dormido allí mismo.

—Quiero besarte. —Me desperté de golpe.

—¿Aquí? —Empecé a mirar alrededor. La gente seguía lanzándonos miradas no demasiado veladas.

Mayra apoyó el pie en la barra de mi taburete y se irguió entre mis piernas.

—Aquí mismo —aseguró.

Tragué saliva. Aquello no me lo hubiese esperado yo nunca.

—Señora de Peña, va usted a dar mucho de lo que hablar. —La abrazaba por las caderas y ella enredaba los dedos en mi pelo.

—Prometa no decirle nada a mi marido. —La visión de ella tan cerca, mirándome desde arriba, siempre me quitaba el aliento. Siempre.

Agachó la cabeza y me beso. Justo cuando abría la boca para lamerla bien, comenzaron los gritos.

Fue Mayra la que se apartó y sentenció:

—Ahora sí que hemos salido del armario.

Entre bramidos y aplausos el pregonero se nos acercó muy solemne. Reinó el silencio y levantando la mano pidió «la lista».

—¿Qué lista? —preguntamos Mayra y yo a la vez.

Juan salió de la trastienda con unos papeles en la mano y se los pasó a Jorge, el pregonero. Este

se estiró solemne y se nos plantó delante.

—Ejem—nos dijo muy bajo—. Antes de proceder, necesito que me digáis desde cuándo esta... —empezó a señalarnos con el dedo alternativamente— esta... relación viene llevándose a cabo. ¡No es nada personal! Pero entenderéis que necesito hacer bien el trabajo.

«Sí, seguro».

Le dije la fecha al oído y él acalló las preguntas levantando el brazo mientras me escuchaba. Una vez recolectada la información, Jorge se estiró la chaqueta, se subió a una silla, carraspeó, sopló la corneta que siempre llevaba amarrada al hombro y procedió.

*Ciudadanos todos de esta nuestra pequeña Villa.
Se hace saber a todos los vecinos
que desde el 30 de marzo.*

Curioso, Mayra y yo parecíamos ir de diez en diez. Mi cumpleaños era el diez de marzo, el suyo el veinte de marzo y nuestro primer beso como pareja el treinta. Justo un año después de que pisara Santo Domingo para quedarse.

Empezaron los murmullos otra vez.

*¡Que desde el 30 de marzo!
Carlos José Peña López corteja a la señorita Mayra Salas Hernández
con permiso de su padre, por supuesto.*

Juro que algunas de las mujeres en la sala empezaron a pasarse pañuelos de papel.

*Así mismo,
es menester anunciar el ganador o ganadora de la porra iniciada tiempo atrás
en la que ante previo pago de 10 euros
se participaba en la apuesta de adivinar
cuándo los susodichos comenzaría dicho cortejo.*

Mayra comenzó a reír a carcajadas y yo no daba crédito. Jorge paró para buscar algo entre ese montón de papeles arrugados y sucios lamiendo el pulgar cada vez que tenía que pasar alguna hoja. Era la primera vez en la historia del pueblo que todo el mundo esperaba en silencio.

Nuestro amigo volvió al pregón.

*Todos sabéis que la mitad de lo recaudado irá para ayudar a pagar las fiestas
y la otra mitad será el premio del ganador o ganadora.*

Jorge levantó la vista y empezaron los pitidos como era de esperar. La paciencia no era nuestro fuerte, pero es que a nuestro pregonero le encantaba levantar expectación.

Mi mujer lloraba de la risa protegiéndose de las miradas con la cara hundida en mi hombro, agarrada a mí para no caer de aquel taburete en el que todavía se mantenía sobre una sola pierna.

*Si nuestros cálculos son los correctos
un total de 501 personas
han participado en la porra.*

Mayra paró de reír y levantó la cabeza de golpe.

—¿Quinientas una?

—Por favor—dijo Jorge levantando la mano para silenciarla.

Con más ahínco todavía gritó a los cuatro vientos.

*Ciudadanos y ciudadanas de Santo Domingo de los Altos.
Tengo el placer de comunicar que
Doña Rosario Villaseca Martín es la ganadora
de la no despreciable cantidad de
dos mil quinientos cinco euros.*

Rosario y Carmen empezaron a saltar abrazadas gritando como si les hubiese tocado la lotería. Dos mil quinientos euros eran dos mil quinientos euros como atestiguaban los gruñidos de decepción del resto.

—Y nosotros pensando que iban a flipar. —Creo que era la primera vez que veía a Mayra medio catatónica y estaba de lo más graciosa.

—Ya ves. A esta gente no se le pasa una —admití con orgullo.

—Ni que lo digas.

Jorge nos lanzó una mirada de «¿se callan o los callo?» y nosotros cerramos el pico como buenos ciudadanos.

*Eso deja
otros dos mil quinientos cinco euros para gastar
en las próximas fiestas de nuestro santo patrón.*

*Así mismo,
esperamos vuestras opiniones e ideas
en los próximos días
escritas en el tablón de anuncios del Ayuntamiento.*

*Enhorabuena a la premiada
y nuestras más sinceras felicitaciones
para la nueva pareja.*

Y ahí se desataron.

Un tsunami de gente gritando con los brazos en alto se precipitó en nuestra dirección arrollando todo por el camino. Cayeron sillas, todas las patas de las mesas chirriaron; solo el fútbolín mantuvo el tipo.

Las más rápidas fueron ellas. Alguna se me colgó del cuello y casi me caigo del taburete. Besos, abrazos y mucho toqueteo. A mi mujer directamente la sepultaron y a alguna vi cómo intentaba saltar sobre la nube de cuerpos para no ser la última en felicitarla.

Habíamos salido del armario a lo grande.

Un silbido agudo nos paró a todos en seco.

—¡Qué demonios pasa aquí! —gritó el alcalde.

Dos segundos en silencio y volvieron los gritos. La marabunta volvió al ataque y dio igual que el alcalde se dejara los pulmones. Los hombres del pueblo intentaban apartar a sus mujeres para darnos aire y, ya de paso, tener oportunidad de meter baza. Yo hacía un rato que no tenía idea dónde había aterrizado Mayra porque con la primera oleada quedé arrinconado contra la barra y ahora recibía palmadas en la espalda como si me hubiese entrado la tos.

El alcalde volvió a silbar con más ahínco, esta vez usando un silbato.

—¡Cuando acabemos, podremos seguir celebrándolo, pero ahora tenemos cosas más importantes que discutir! ¡Dejad a los chicos que respiren, hombre ya!

Poco a poco la multitud fue dispersándose, conseguí acercarme a Mayra y, tras asegurarnos de que la ropa seguía en su sitio y no había órganos desmembrados por el suelo, nos fuimos a sentar

alrededor de las mesas. Como era de esperar, mi silla había volado, así que acabé sentado con medio trasero fuera, en la esquina de una mesa pegada a la pared, con mi niña entre las piernas. Podía haber sido mucho peor.

—Durante algunos momentos nos habéis tenido en vilo —aseguró Carmen.

—¿Y eso? —preguntó Mayra.

—Elisa, aunque también apostó, juraba y perjuraba que salías con un escocés, y muchos de los de vuestras familias aseguraban que era imposible que acabaseis juntos; tu prima Sonia —dijo señalando a Mayra—, palideció y nos dijo que era una broma cruel. Pero después del video, volvió la confianza.

—¿Has vuelto a grabarme sin permiso? —pregunté como si no supiese de sus tendencias al espionaje.

—Era un asunto importante, Carlos. Menos mal que quedó probado que no andábamos mal encaminados. No tenéis idea de cómo os miráis y no hace falta poner la calefacción cuando coincidís en el mismo sitio.

Milagros nos llamó dando palmas y allí que fuimos todos como borregos siguiendo su llamada. A mi lado Mayra susurró un «lo flipo» meneando la cabeza incrédula.

La gente empezó a apretarse para no perder ripio y, como no, empezaron los empujones. Trini apareció de la nada para pegarse a Mayra y ya de paso felicitarla.

—Acabo de llegar. He oído que por fin habéis salido a la luz. Me alegro mucho por vosotros.

Se abrazaron con cariño. En los últimos meses se habían convertido en buenas amigas y me alegré por Trini. La ruptura con el indecente de su ex estaba pasando factura hasta el punto de borrarle la sonrisa. A algunos habría que colgarles de las pelotas.

—¿Sabías lo de la porra? —preguntó Mayra.

—Pues claro. Creía tener información privilegiada, pero mi fecha era anterior. Les habéis tenido meses en un sinvivir.

Recibí otro empujón y casi besé la pared.

—Aquí no cabe nadie más, mamones —solté.

Trini se asustó pensando que se lo decía a ella y no al que tenía justo al lado.

—Te estás poniendo como un tonel, mamporrero. Será porque al fin alguien te prepara una comida decente.

Marcelo jamás me había llamado mamporrero, más que nada, porque le conocí después de que decidieran cambiarme el mote a «mamporro» sin consultarme. Un mote, el primero, que me gustaba desde siempre, pero que por lo visto ponía nervioso al personal. Ya no, evidentemente.

—Las noticias vuelan. ¡Enhorabuena, tío! —Para poder darme la mano tuvo que aprisionar a la pobre Trini con el codo y serpentear por detrás del cuerpo de mi mujer—. Por lo visto habéis estado entretenidos en mi ausencia

—A Dios gracias. ¿Te importaría sentarte en la mesa para hacer algo de sitio? La sangre no me circula por el brazo. —Dar la mano cuando medio cuerpo lo tienes aprisionado contra la pared no es, ni mucho menos, cómodo.

—Con mucho gusto, aunque no sé si a la señorita —dijo señalando con la barbilla hacia delante —le gustará tenerme pegado detrás.

—Eh..., me da igual..., en serio. —Trini no sabía dónde meterse.

—¿Estás segura?

—Si quieres me siento yo en la mesa y tú te pones delante —ofreció ella.

—No, bombón. —Al escuchar aquel piropo, la pobre empezó a palidecer—. Seguro que tienes

un montón que discutir con tu amiga y yo prefiero martirizar aquí al colega.

—Trini, este payaso es Marcelo de dos pueblos a la izquierda. Trini es de dos pueblos a la derecha. —Hice las presentaciones antes de que ella saliese corriendo. En un segundo quedábamos los cuatro encajados para que Ambrosio, el lechero, pudiese apoyar medio jarrete en la otra esquina de la mesa.

Ambrosio hacía años que no vendía leche, pero todavía olía como si acabara de ordeñar doscientas vacas.

—Típico de los «domingueros» —saltó Trini yendo a la yugular—, como si Santo Domingo fuese el centro del Universo. Para que lo sepas, somos nosotros, los de Corneja del Valle, los que tenemos Guardia Civil, médico fijo y residencia de ancianos.

Nuestra tímida amiga parecía tener genio.

—Y nosotros —apuntilló Marcelo—, en Navacancho, tenemos más historia que vosotros planchas en el río. Cuando vengan a echar un vistazo los de Patrimonio a los yacimientos, ya veréis.

Trini y Marcelo esperaban impacientes a que replicara mientras Mayra aguantaba la risa como podía.

—Mis disculpas —dije levantando las manos—. Continuamos esta discusión en otro momento. Ahora mismo no estoy lo bastante despierto para pensar.

Nuestro alcalde volvió a pedir calma y nos presentó al resto de alcaldes y concejales que se habían unido a la reunión.

Yo desconecté porque me sabía la película y porque no estábamos allí para tomar decisiones, sino para aportar ideas y dejar que reposaran. Intentar unir esfuerzos no iba a ser fácil y, con lo cabezones que éramos todos, tardaríamos años hasta que todo el mundo confiara en las intenciones de los demás.

—... por lo visto —oí de pasada al alcalde—, mi homólogo de Corneja ha recibido información sobre una nueva subvención. Parece que deberíamos pedirla en conjunto y pensar bien qué proyecto presentar. La Junta explicará con exactitud qué tienen en mente el mismo día que se publique en el B.O.E y hemos pensado que alguien vaya y recoja en mano toda la documentación necesaria. ¿Alguien se presta voluntario?

Los allí presentes empezaron a excusarse. Típico.

—Carlos. —Levanté la frente del hombro de Mayra—. No sería la primera vez que vas en «viaje de reconocimiento», ahora puedes ir bien acompañado, además.

La gente empezó a reírse por lo bajo.

—Me temo —dije— que no será posible.

—Todavía no os he dicho cuándo es la conferencia. A lo mejor...

—No. No lo entendéis. Esta preciosidad y yo nos vamos de luna de miel el martes y estaremos un tiempo indeterminado disfrutándola a conciencia, así que deberéis contar con otros —Mayra se llevó las manos a la cara queriendo desaparecer; como si fuese a funcionar—. Cuando volvamos, asaremos un choto para celebrarlo.

Otra vez comenzó el guirigay y todo el mundo, por fin, vio los anillos. Mirando alrededor podía verse a la gente contenta por nosotros. El amor por la silla impidió que volvieran a echársenos al cuello.

«Gracias, Santa Vagancia, por aquellos pequeños milagros».

—Nos acabáis de arruinar la próxima apuesta con la consiguiente pérdida de fondos para las fiestas. Debería darte vergüenza, mamporrero. —Carmen siempre tan encantadora; normal que

hubiese terminado casada con un escocés.

—Seguro que encontraréis a otros pardillos pronto. —Todavía tenía varias cosas que aclarar con esta pequeña bruja manipuladora y sus ideas descabelladas.

—¡No lo dudes! ¡Ha sido divertidísimo! —gritó Carlota desde el fútbolín.

—Aquí hay algo que no me encaja —pensé en alto.

¿Qué tenía que ver Carlota con todo aquello?

—No lo sabes tú bien —dijo Mayra—. A esta no se le escapa ni una. Me temo que ella no ha hecho más que seguir mis instrucciones sobre lo de ser creativos a la hora de recaudar fondos. Me está bien empleado.

Vaya con la psicóloga.

Capítulo 47

Mayra

Ya en casa, me quedé plantada en medio de la cocina negándome a subir a la habitación. El cansancio no había podido con la desilusión. Seguían pensando que mi idea de recuperar la escuela no era lo suficientemente buena para, ni siquiera, sopesarla con seriedad. Meses dándole vueltas al asunto para nada.

A veces me veía tentada a darle la razón a mi padre. «Esta gente no es cabezota, es más bien cerril», había dicho millones de veces. Si no había nada a lo que agarrarse, los jóvenes seguirían marchándose a buscar pastos más verdes y volver solo para emborracharse los fines de semana o nadar en el río en el mes de julio. Los más mayores nos irían dejando también, y Santo Domingo de los Altos terminaría siendo un pueblo fantasma.

Rosario había sido la primera en volver para pasar su jubilación en la casa de sus padres y, o dábamos la impresión de que había cosas que hacer en el pueblo, o nadie más seguiría su ejemplo.

Yo no estaba pensando en hacer del pueblo una segunda Florida, pero, al menos, era algo. Contando las veces que los hijos iban a visitar a los padres, llegaría un influjo de gente que ahora mismo no existía.

Si conseguimos un buen fondo de libros, quién sabe, los chavales de otros pueblos no tendrían problemas en hacer los deberes aquí. Si alguien deseaba dar clases particulares de lo que fuera, el Ayuntamiento tendría salas que ofrecer; la asociación tendría una sede fija y maldita sea, ¿desde cuándo es una buena idea dejar caer un edificio público?

Pero no, todo eso era «demasiado arriesgado». Esta gente no tenía la menor idea de lo que la palabra riesgo significaba y no dejaban que nadie se lo explicara y menos una «de fuera».

Mala cosa. Necesitábamos sangre nueva ya o mejor ir buscando otro sitio donde vivir.

—No le des más vueltas, niña. —Huck me abrazaba por detrás y me mecía despacio—. Terminarán por ceder. En Santo Domingo de los Altos pensamos bien, pero tarde. Estoy convencido de que, en este caso, no será demasiado tarde. No perdamos la perspectiva y sigamos manteniendo el proyecto vivo. Por ahora, es lo único que podemos hacer.

—Me da tanta rabia.

—A mí también, pero enrabietándote conseguirás que se pongan aún más en contra. Este pueblo necesita proyectos a largo plazo, así que deberemos armarnos de paciencia. Empezaste esto sola y ahora tienes a un pequeño grupo apoyándote. Si en el próximo año vemos que nadie quiere mover un dedo, buscaremos otras formas de sacar la biblioteca adelante.

Sabía que tenía un as escondido en la manga, pero, obviamente, no quería darlo a conocer. Huck siempre había sido un buen jugador de mus. Él había hablado y expresado por fin su opinión ante todos, pero nadie, incluida yo, conocía la jugada que tenía.

En ese momento Rosario entró por la puerta sin llamar.

—¿Interrumpo algo? —Íbamos a tener que poner un tranco porque estas marujas no pararían hasta pillarnos con las manos en la masa.

—Llegas a tiempo. ¿Te apetece un café? —solté muerta de la vergüenza.

—No gracias. He tenido excitación de sobra por hoy.

—¿Qué te trae por aquí, Rosario?

Huck se había despegado de mí.

—Hacéis una pareja estupenda, ¿lo sabíais?

Haciendo caso omiso a mis señales de alarma corporales, se acercó a darnos otro abrazo achuchándonos como si nos fuera a perder o algo.

—Bien. Antes de que os marchéis, quería que supieseis que he decidido donar los dos mil quinientos y cinco euracos —dijo a bocajarro.

Ante tal anuncio, no pudimos más que sentarnos los tres alrededor de la mesa.

—He estado pensándolo y creo que ese dinero estará mejor empleado si lo guardamos para arreglar la escuela.

—Rosario, el proyecto está en el aire y ese dinero puede hacerte mucho bien.

—El pueblo lo necesita más y todos sabemos que el Ayuntamiento utiliza la estúpida excusa de que no hay dinero para tapar que no tiene visión. Sé que dos mil quinientos cinco euros no son nada para todo lo que se necesitará, pero son un comienzo. He estado pensando en lo que dijiste, Mayra. Si no empezamos nosotros a ayudar, nadie lo hará por nosotros. De seguir como hasta ahora, este pueblo acabará por ser un lugar fantasma. Sé que sin subvenciones es imposible que salgamos del agujero, pero no podemos depender solo de ellas. Si queremos hacer algo, deberíamos hacerlo porque creemos que es lo mejor, no porque haya una subvención que lo diga. No esperaba ganar la porra, así que olvidaré que ese dinero existe.

—Muchas gracias, Rosario —dijimos a la vez.

—Cuando volváis, me decís si lo ingreso en una cuenta o qué. Mientras tanto, me aseguraré de escribir en el tablón de anuncios que los otros dos mil quinientos cinco vayan a la escuela en vez de malgastarlos en otra banda de música más cara y que toca los pasodobles igual de mal. No me harán caso, pero el concejal no tendrá más remedio que leer lo que me parece importante.

Se levantó del banco con dificultad y se dirigió a mí para acariciarme la mejilla.

—Nuestra errabunda por fin ha vuelto a casa —dijo con una sonrisa triste.

Tan rápido como apareció, se fue dejándonos con la boca abierta. Entonces Huck me abrazó de nuevo y me besó hasta que sentí que los pulmones no daban más de sí.

—¿Huck? —pregunté cuando por fin pude respirar.

—¿Hmm?

—¿Qué demonios significa «errabunda»?

—Hora de echarnos la siesta, niña.

Menos mal que esa vez sí que dormimos la siesta. Media hora más despierta y hubiese terminado dormida de pie.

Estaba tan relajada dos horas después que ni me molesté con el equipaje. Si Huck no quería decirme nada, acabaría con un par de mudas, unos pantalones, dos jerséis y el resto podía comprarlo él. Bueno, por si acaso mentí un bikini en el bolso.

Una vez en Madrid, mi padre nos invitó a comer y optó por agasajarnos en uno de sus restaurantes preferidos. En lugares concurridos era menos probable lanzarse al cuello de alguien.

—¿Y dónde dices que vais? —le preguntó a Huck después de haber pasado yo por el tercer grado aprovechando que unos minutos antes mi marido tuvo que atender a una llamada.

—Es una sorpresa.

—No me gusta —dijo antes de llevarse un pedazo de carne a la boca con demasiado ímpetu.

—Tranquilo que Elisa está al tanto.

—¿Se lo has dicho a mi hermana y a mí no?

—Elisa tiene un sobre que podrán abrir cuando les de la gana una vez hayamos embarcado con todos los detalles del viaje. Sabrán cuándo y dónde estaremos en las próximas tres semanas.

—Tres semanas es mucho tiempo —apuntilló mi padre.

Y tenía razón. Con un negocio que atender, más de una semana fuera del país era una idea temeraria. A lo mejor terminábamos en la península. Eso no lo había pensado.

—Podremos volver, si es necesario, en menos de veinticuatro horas. Román y Pinky han prometido llamar si es importante —aseguró. Lo tenía todo planeado.

—Cuando volvamos, vas a lamentar haberme robado por tanto tiempo. Me veo haciendo horas extras hasta el fin de los días.

Román acabaría haciéndome pagar por mi ausencia. No sería la primera vez.

—Prometo llevarte la cena en tartera si se da el caso.

Huck me acercó a él y me plantó un beso en la frente. Al mirar de reojo a mi padre, juro que creí ver un esbozo de sonrisa.

Íbamos progresando.

—Entonces os acerco al aeropuerto o al tren. —Mi padre seguía sin fiarse, pero me hubiese preocupado de veras si lo hubiese dejado pasar.

—Como quieras.

Al día siguiente, a las nueve en punto, mi padre nos despedía en la zona de salidas de la Terminal 4 del Aeropuerto de Barajas. A cada minuto que pasaba, estaba más cerca de saber el misterioso lugar en el que pasaríamos un montón de días solos. Miraba expectante hacia todas las pantallas de salidas y llegadas por si acaso a Huck se le escapaba algo, pero él ni miró.

Me sentía como la niña del Mago de Oz a punto de chasquear las zapatillas rojas. Tampoco es que me importara esperar unos minutos más. En cuanto fuésemos a facturar, vería dónde íbamos.

Menos en la Terminal 4. Allí los puestos se sucedían uno detrás de otro y podíamos facturar en cualquiera. Para más inri, Huck se acercó primero en solitario para hablar con la señorita del aeropuerto que se suponía debía darnos instrucciones sobre el vuelo, los asientos y esas cosas. Con una sonrisa y unos ojillos chispeantes, Carlos se las apañó para que no me enterase a dónde me quería llevar. La pobre azafata no pudo luchar contra sus encantos. Eso sí, antes me preguntó si era verdad lo de la luna de miel y bla, bla, bla.

Huck sonreía triunfal viendo cómo me comía las uñas. Había prometido no mirar nuestros billetes si debía enseñarlos al personal de aeropuerto y juro que fue difícil de cumplir.

Menos mal que en cuanto embarcáramos, sabría nuestro destino.

Heathrow.

—¡Londres!

—Haremos escala allí, sí.

—Aj. Desisto.

—No te sulfures, niña. En Londres no podré guardar el secreto durante mucho más tiempo.

Y entonces pensé: «¿Para qué quiero saberlo? Con Huck tengo más que suficiente. Un iglú en Laponia con él a mi lado deja al Taj Majal a la altura del betún».

Así que me olvidé de tontunas en cuanto subimos al avión. Me senté con él en el asiento más cercano a la ventana y disfrutamos de las nubes y al tierra rotando bajo nosotros.

En Heathrow paseé por el aeropuerto con el chip de turista puesto, parando por el camino en todas las tiendas del *Duty Free*. Compré una novela y varias revistas y le seguí hasta que paró de andar de repente. Me cogió de la mano y besó mis nudillos.

Cuando se ponía mimosón me era difícil no volverme gelatina.

—Hace catorce años me dijiste dónde querías que te llevase de luna de miel, ¿lo recuerdas?

Arrugué la frente confundida.

—Date la vuelta y mira hacia arriba.

Giré los talones, pero mantuve los ojos cerrados. En el último momento me daba reparo mirar.

Huck me abrazó por detrás y apoyó su barbilla en mi cabeza.

—Abre los ojos, Mayra —me susurró.

Tragué saliva y abrí los ojos. Enfoqué unos segundos la vista y al leer nuestro destino en aquella pantalla, recordé emocionada a un larguilucho Carlos algo triste diciéndole a una jovencita enamorada con la cabeza llena de pájaros:

—De una cosa estoy seguro: jamás me casaré.

—Nunca digas nunca jamás.

—¿No eres un poco joven para pensar en esas cosas?

—No es que vaya por la vida pensando en el matrimonio, pero algún día me gustaría encontrar a alguien con el que quisiera casarme. Todo el mundo quiere encontrar a su alma gemela.

—Bien por ti, pero no me invites.

—¿Por qué no?

—Esos eventos por todo lo alto me dan alergia.

—No, no. Mi boda sería privada. Yo, el novio y los más cercanos, nadie más.

—Igual que todas las tías, tienes planeada tu boda hasta el último detalle.

—Reconoce que, aunque sea solo por los regalos y la luna de miel, merece la pena.

—Los regalos no cubren el pastón que te gastas, te lo aseguro. Lo de la luna de miel es harina de otro costal. Se pueden hacer viajes interesantes, no lo niego. ¿O eres de las de ir de crucero?

—No.

—Pero también lo tienes planeado, ¿a que sí? ¿Dónde irías de luna de miel?

—Nueva York.

—Interesante. ¿Por qué Nueva York?

—Quiero pasear por esas calles llenas de gente, mirar hacia arriba y no llegar a ver lo altos que son los rascacielos. Quiero llamar a un taxi silbando con los dedos y visitar Tiffany's como en la película «Desayuno con diamantes».

—¿Con tu amigo Huckleberry?

—No, con el novio.

—Me refería a la película. Cuando Audrey Hepburn canta «Moon River» y en la canción habla de su compañero de aventuras, su amigo Huckleberry.

—Oh...

—¿Mayra?

—Nueva York con mi amigo Huckleberry. Suena bien.

Tres semanas después

Carlos

Me levanté temprano y dejé una nota para que Mayra fuese en mi busca cuando se recuperara de la paliza del viaje. Conociéndola, saltaría de la cama para ver qué me había hecho no despertar con ella.

Bajé la cuesta a toda velocidad porque quería conocer todos los detalles y explicárselos a mi mujer cuando apareciese, pero, cuando torcí la esquina y me acerqué a mi casa, me encontré con una estampa que recordaba más a una escena de la guerra civil que a una obra de renovación en progreso.

—¡No me mires así, tío! Ya te dije por *e-mail* que habíamos tenido problemillas.

—¿Problemillas? —Al gigante de Pedro no le pegaba nada hablar en diminutivos, así que solo podía significar que la cosa iba mal, realmente mal.

—No sé cómo has podido vivir en esta casa tanto tiempo sin que se viniese abajo.

Empecé a sentir un tic en la pierna derecha.

—Las vigas del tejado eran palillos —siguió tan tranquilo—, la argamasa era arena, los minicimientos nadan en lodo y la casa de la Jacinta está atestada de termitas. Llevamos raspando desde hace una semana y ya ni apuntalando mantenemos nada erguido. He tenido que pedir refuerzos porque cada día nos encontramos con un problema más gordo que el del día anterior. Tengo media familia a jornal.

Cerré los ojos porque, de no tomarme un momento, acabaría por estrangular al constructor barra ex-amigo.

—¿Te das cuenta de lo que voy a enseñarle a Mayra en cuanto baje?

Pedro pensó un momento y puso cara de estar bebiendo vinagre.

—Lo siento tío, pero es lo que hay.

Había metido la pata; para no variar. En vez de enseñar orgulloso el mejor regalo de bodas de la historia a mi recién estrenada esposa, iba a tener que pedir disculpas por ofrecer una ruina llena de bichos que, a ese paso, jamás sería habitable.

—Me cago en todo, Pedro.

Mientras discutíamos, un tipo delgado trepaba a la primera planta de la casa de la tía Jacinta y tanteaba con el pie la estabilidad del suelo. ¡Se le veía gracias a un boquete en la fachada!

—Viendo que esto iba a peor, me he permitido el lujo de llamar al arquitecto que diseñó los planos de La Cuadra. A Pablo le ha salido un trabajo en La Línea de la Concepción y estará liado los próximos meses. No podía, además, cargarle con esto. Miguel —dijo señalando al desconocido— conoce bien los gustos de tu chica y seguro que hace de cojín cuando vea todo esto.

Con lo grande que era Pedro, resultaba llamativa la «sensibilidad» que demostraba, aunque él siempre lo llamara sentido común. Tener al tal Miguel allí haría que las malas noticias al menos

no sonaran tan horripilantes. El arquitecto era una bola de energía y estaba dando soluciones a problemas que nadie más veía.

Pedro me dio un codazo y señaló a mi derecha.

Allí se acercaba ella. Toda sonriente, moviendo las caderas, poniendo mi mundo patas arriba otra vez. Mi niña rubia relucía y no solo por el pelo. Mayra tenía un aura a su alrededor que todo el mundo intuía y que yo veía como si estuviese pintada con rotulador fluorescente a cinco centímetros de su cuerpo. La melena lisa, que yo observaba crecer cada día, le llegaba a la altura de los hombros y ondulaba siguiendo el movimiento de su cabeza.

Los problemas desaparecieron.

—Mamporrero —dijo Pedro tras soplar el humo de su cigarrillo—. Eres un capullo con suerte.

—De eso no te quepa duda.

Para que quedase claro y, para que negarlo, allanar algo el camino, recibí a mi mujer con un beso de los que hacen época y si paré, fue por los pitidos de los que intentaban lidiar con los escombros de nuestra casa.

Algo bueno tenía que tener lo de que ya no fuésemos un secreto. Graciasadios.

—¿Huck?

—¿Mmm? —Mayra era la única criatura sobre la faz de la tierra que conseguía dejarme sin palabras.

—Tu casa solía estar intacta en esa esquina y mi huerto solía tener menos piedras y más terreno.

—Eh... —Besé su cuello justo donde más le gustaba para ganar algunos puntos.

—¿Huck?

—¿Mmm?

—Están mirando y, ahora que me doy cuenta, ¿qué hace Miguel aquí?

Acallando los silbidos de los molineros con una señora peineta, guie a Mayra al muro de piedras al otro lado de la calle para hablar en privado. La senté en lo alto y yo me acoplé entre sus piernas.

—Verás, niña. Esto no es lo que parece.

Mayra se echó a reír.

—Aquí no hay mujeres, así que esa frase queda fuera de lugar. —Pero dejó de reír en el momento que vio lo disgustado que estaba.

A ver cómo se lo contaba quedando bien... Pasé un dedo por su clavícula y le hablé al hoyuelo de la garganta

—¿Recuerdas que te dije que mi regalo de bodas estaría esperando cuando volviéramos de nuestra luna de miel?

Ella asintió con la cabeza y me lanzó una sonrisa de esas que me dejaban alhelado durante un rato.

—Pues bien. —Carraspeé—. Parece que vas a tener que esperar algo más para verlo.

Señalé en dirección a nuestra ruina con el pulgar.

—Tenía intención de enseñarte nuestra nueva casa, pero todo está saliendo mal.

Mayra acarició mi cara con ambas manos y me obligó a mirar hacia arriba instigándome a continuar.

—La casa de una de tus tías hacía de bocado entre la mía y la de una de mis primos, así que las he comprado para ti. Mi intención era sanearlas y que vieras algo hecho antes de que volviéramos, pero no han tenido más que problemas desde que empezaron a demoler y limpiar.

Apoyé la frente en su pecho.

—En vez de enseñarte nuestro futuro hogar, tienes que ver una ruina.

Mayra apartó mi cara de su precioso balcón para ofrecerme otra de sus sonrisas de marca registrada.

—¿Me has comprado dos casas?

Asentí.

—La Cuadra es estupenda, pero quería que tuviésemos un lugar para los dos donde empezar una familia. —Sentí que la temperatura subía al decir aquello.

—Y pensaste que en un mes tendrían el cascarón limpio y casi preparado para empezar a decorar.

Asentí otra vez y me besó en la frente.

—Nunca has tenido que hacer obras, ¿verdad? —Sonreía de oreja a oreja, aunque tenía los ojos llenos de lágrimas. Recé para que fuesen lágrimas de alegría.

Negué con la cabeza.

—No pensé que fuese a ser tan complicado, sinceramente.

—Yo sí y te aseguro que podía ser mucho peor.

—Es un desastre, niña —dije sintiendo el cabreo trepar por el cuello.

—No. Es el regalo más bonito que me han hecho en la vida.

—Nuestro primer proyecto juntos y ¡es una ruina!

—Nuestra ruina.

Me besó en la nariz y sentí aquel beso demasiado húmedo. Me aparté y vi cómo las piscinas de sus ojos comenzaban a soltar líquido a chorros.

—No llores...

—Es que... —hizo un puchero—. Es que... —hizo otro—. Soy tan feliz... —rompió a llorar de tal modo que los molineros empezaron a ofrecer pañuelos. Todos sucios, seguro.

Volví a enseñarles el dedo anular y, antes de que Mayra comenzara a soñar con castillos de arena, le planteé la situación tal y como era. Lo último que quería era un «...pero tú me prometiste...».

—Han descubierto agua en los cimientos y mira —dije señalando hacia la antigua casa de su tía, la más pequeña de las tres, pero la que había provocado todo el desastre—: están deshaciéndose de todas las vigas porque han encontrado termitas.

Aquello empezaba a superarme.

—Interesante... —sopesó tan tranquila.

—¿¡Interesante!? Va camino de convertirse en un erial.

Volvió a besarme, esta vez como Dios manda, y me tranquilicé de inmediato. Cuando se apartó para que pudiésemos respirar, me ronroneó acaramelada con ojitos de cabritilla:

—Es normal, Huck. Una obra es siempre un infierno, pero has tenido una gran idea comprando las otras dos casas. Podemos hacer lo que queramos, a nuestro gusto. Será una casa preciosa. Tan grande...

—Ya te lo dije. Quiero un montón de hijos y espacio de sobra para invitar a nuestra gente y amigos.

—Con la casa creo que podemos empezar ahora mismo, lo de la descendencia tendrá que esperar a esta noche. Nos vendrá bien tener una excusa para eliminar el estrés que vamos a sufrir en las próximas horas, días, semanas.

Resoplé pensando otra vez en el caos que se explayaba a mi espalda y volví a dejar caer la cabeza hacia adelante para aterrizar en las nubes esponjosas del pecho de mi mujer. Pensándolo

bien, a lo mejor era necesario un revolcón rápido antes de enfrentarnos a la obra. El casillo de heno de Enrique pillaba cerca.

—Luego, Huck. —Mayra y su capacidad para leerme el pensamiento—. Ahora toca...

En ese momento el suelo del primer piso de la casa que estaban limpiando se vino abajo sepultando al arquitecto y al hermano de Pedro debajo de una montaña de madera carcomida y piedras.

—¡Miguel!

—¡Pablo!

Todo el mundo gritaba al mismo tiempo y se lanzaban a quitar escombros del agujero.

—¡¿Estáis bien?!

Nadie contestó.

—¡La viga! ¡Primero la viga! —Pedro había saltado sobre aquella pila de piedras y lanzaba fragmentos al aire a la desesperada.

Mientras apartaban piedras, no paraban de gritarle a la mole de escombros.

Empecé a hacer llamadas. La primera a una ambulancia y después a todos los habitantes del pueblo para que viniesen a echar una mano.

Tras media hora moviendo granito por fin escuchamos a Pablo contestar.

—Estamos bien —gritó entre toses—. El arquitecto ha perdido el conocimiento por un momento, pero ya ha vuelto en sí. Parece que no tenemos nada roto.

Para entonces todo el pueblo había empezado a reunirse en la calle y el claxon de la ambulancia hacía horas extras para apartar a la multitud. Los hombres mayores daban órdenes desde lejos y las mujeres rezaban al Santísimo para que nadie muriese. Entre ellas, la tía Jacinta miraba compungida lo que quedara de su vieja vivienda y maldecía a los mamporreros por ahora y siempre.

—¡Dejen paso! —gritaba uno de los sanitarios apartando a los locales para que la ambulancia pudiese acercarse.

—¡Un brazo! ¡He encontrado un brazo!

Comenzamos a trabajar con más ahínco hasta que apareció una pierna, una mano y, por fin, la espalda y la cabeza de Pablo.

¿Dónde estaba el arquitecto?

—Estamos bien —repitió el molinero.

Al poco rato descubrimos que Miguel había quedado sepultado debajo el cuerpo de Pablo. Por lo visto, al caer, se había girado para impedir que la pared de piedra golpeará al arquitecto.

Los chicos de la ambulancia sacaron a los dos hombres de los escombros y medio pueblo llevó en volandas la camilla hasta el vehículo.

—Estamos bien, en serio —repetían una y otra vez, pero hasta que los sanitarios no confirmaron que todo parecía estar en orden no respiré tranquilo.

Cuando por fin la ambulancia salió pitando, decidimos dar el día por concluido y Pedro, Mayra y yo les seguimos en coche detrás.

Eso era una confabulación astral. ¿Es que no nos iban a dar un respiro? Con lo que nos había costado llegar hasta allí y nuestro hogar empezaba a rebelarse. Miré a Mayra a través del retrovisor y me vino a la cabeza algo que mi padre nos había repetido hasta la saciedad.

«Si en un matrimonio no hay obstáculos por el camino, decíme a mí dónde está la gracia».

Pues mira tú, nosotros teníamos gracia a espuestas.

Volví a mirar a Mayra y su sonrisa no hizo más que convencerme de que mi padre tenía toda la

razón.

Soltando el aire puse el coche en marcha y di por iniciada nuestra siguiente aventura juntos: construir aquella casa y dedicarnos en cuerpo y alma a llenarla.

Agradecimientos

Con esta ya van tres. Me daría vértigo si estuviese en las alturas. Un momento... ¡Estoy en las alturas!

Por dónde empezar...

No creo que haya espacio, tiempo o palabras suficientes para expresar lo importante que es para mí el apoyo de la persona que más quiero en este mundo. Sin él no habría Poppy; sin él no habría historias que contar.

Gracias por existir.

Por dónde continuar...

Hay por el mundo una pequeña armada de personas que han compartido conmigo experiencias de vida para que esta historia pudiese salir a la luz. Algunas ya no están entre nosotros; otras me han hecho recordar tiempos pasados; las que más, me han enseñado a ver la vida desde otro ángulo y todas aparecen en mis relatos de una forma u otra. Su anonimato no les hace menos especiales.

Gracias de todo corazón.

Y ahora la sorpresa del siglo...

En los últimos meses he visto asombrada cómo algunos de mis lectores incluso han publicado sus opiniones sobre mis libros en la red. No tienen idea de lo halagada que me siento y lo sorprendida que todavía sigo al respecto, más aún cuando han pregonado a los cuatro vientos que les ha gustado lo que han leído. Todas y cada una de sus opiniones las he guardado en un pequeño despacho en mi corazón y allí voy a reflexionar alguna que otra vez cuando el ánimo flaquea.

Muchísimas gracias por su apoyo.

Pero que no se me enfade el lector anónimo que lee y calla porque también tengo para él toneladas de cariño y respeto.

Todos y cada uno de ustedes me hacen sentir a gusto con lo que hago y le dan una nueva dimensión a la idea de pasarme horas delante de la pantalla del ordenador. A estas alturas, sin el sonido de las teclas, como que el día no estaría completo.

Gracias por leer estas más de cien mil palabras.

Hasta la próxima.

Poppy García

Aquí me encuentro, por si quieren pasarse.

www.poppygarcia.com

[Amazon](#)

[GoodReads](#)

[Twitter](#)

[Facebook](#)

1. Vestido femenino bávaro y austríaco, evolución de los trajes tradicionales típicos de la zona.

2. Fiesta popular alemana que tiene lugar en Munich entre mediados del mes de septiembre y la primera semana de octubre.

3. Ella lo mira, él la mira. Por un momento ella no va a ninguna parte. Él la mira, ella lo mira. Por un momento casi podrían enamorarse.

4. Bizcocho de chocolate.

5. Entrenador(a).

© 2020, Poppy García

Primera edición en este formato: abril de 2020

© de esta edición: 2020, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

ISBN: 978-84-17705-64-0

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.